

**75 AÑOS
DEL PARTIDO
ACCIÓN
NACIONAL**



*Fundación Rafael
Preciado Hernández*

75 AÑOS DEL PARTIDO

ACCIÓN NACIONAL

Fundación Rafael Preciado Hernández

75 AÑOS DEL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL
Fundación Rafael Preciado Hernández

Derechos reservados, 2014

Partido Acción Nacional
Av. Coyoacán 1546, colonia del Valle
03100, México DF

Fundación Rafael Preciado Hernández
Ángel Urraza 812, colonia del Valle
03100, México DF

La reproducción total o parcial no
autorizada vulnera derechos reservados.
Cualquier uso de la presente obra debe
ser previamente concertado.

IMPRESO EN MÉXICO

ÍNDICE

Prólogo	5
.....	
I Aniversario	9
.....	
V Aniversario	17
.....	
X Aniversario	45
.....	
XX Aniversario	63
.....	
XXX Aniversario	129
.....	
XL Aniversario	141
.....	
L Aniversario	187
.....	
LX Aniversario	109
.....	
LXX Aniversario	239
.....	
LXXV Aniversario	265

PRÓLOGO

Conmemorar el aniversario de una institución como Acción Nacional ha sido, desde hace 75 años, ocasión de reflexión, de recuento, de revisión y de insuflar nuevos aires a través de distintas actividades, foros, espacios de discusión y de diálogo, entre otros medios que el Partido ha encontrado para reunirse y celebrar su presente, recordar su pasado e idear su futuro. No todas las efemérides son iguales y si bien cada una ha tenido un sello particular, la memoria colectiva representa un valor indiscutible que va sumando experiencia a lo que es ya una tradición.

No es cosa menor que este 2014 el PAN llegue a tres años de siglo como partido político. La tenacidad de la primera hora, el talante y el empeño vertido entre sus cuadros durante años de sequía electoral y franco abuso por parte del poder, la insistencia de postular candidatos que si bien tenían en claro que aquella carrera era en condiciones absolutamente desiguales y alevosas por parte del gobierno, también vivían con la certeza de que ese esfuerzo era parte de un proceso gradual y sistémico de ir construyendo una

oposición responsable y persistente, fueron, en conjunto, situaciones que forjaron, templaron y escribieron una historia que lleva consigo el éxito de haber encabezado la alternancia política en México, primero desde el plano estatal, luego en el federal, “sin prisa pero sin pausa”, bajo la convicción de que todo cambio profundo proviene de aquello que Castillo Peraza llamó en la década de los noventa “victoria cultural”.

En ese sentido, la revista *La Nación* ha sido desde 1941 –antes lo fue el *Boletín de Acción Nacional*– la bitácora de la ruta panista, de esa “larga marcha” desde la oposición hasta el gobierno. Y es con ambos instrumentos –la historia, por una parte, y su recensión escrita, por la otra– que la Fundación Rafael Preciado Hernández presenta el volumen que el lector tiene entre sus manos: *75 años del Partido Acción Nacional*, que reúne desde el primer hasta el más reciente aniversario panista, haciendo hincapié en una división por décadas que permite acercarse al modo en que el PAN vivió cada uno de sus festejos.

Así, ya fuera el primer aniversario, con apenas una cuartilla del mencionado *Boletín*, o el largo repaso del vigésimo, en el que se detallan por rubros –municipio, campañas presidenciales, legisladores, entre otros– los trabajos del Partido, o el septuagésimo, con la Comisión de Revisión y Mejora que acompañó a las derrotas de las elecciones de 2009, la suma de este compendio histórico arroja luz sobre diversas etapas, modos de encabezar la dirigencia y celebraciones que demuestran ese orgullo y ese honor por ser la fuerza transformadora y civilizadora de la política nacional.

La intención final, en suma, es repasar las principales cimas de la historia del Partido Acción Nacional desde una óptica propia, anecdótica, plena de los valores partidistas y orgullosa de su participación en la vida pública. Nombres como Carlos Septién, Luis Calderón Vega, Abel Vicencio, Luis H. Álvarez o Gustavo Madero son parte ya del recorrido panista por los caminos del México moderno, teniendo como testimonio las plumas que a través

de sus distintas épocas han escrito en *La Nación*, colección invaluable no sólo para conocer el pasado del PAN sino, en buena medida, para asomarse a épocas cuando la censura y la represión oficiales impedían que la prensa libre ejerciera su labor de informar con objetividad y veracidad.

Con *75 años del Partido Acción Nacional*, la Fundación Rafael Preciado Hernández, apoyada por el Centro de Estudios, Documentación e Información del PAN (CEDISPAN), aporta un compendio histórico para ahondar en diversas facetas, en vistas y visitas al pasado panista, con la certeza de que ese ayer es el sustento de un presente que poco a poco apunta a convertirse también en tradición, al tiempo que rinde homenaje a las mujeres y hombres que hicieron posible conmemorar esta importante fecha: el 75 aniversario del PAN.

Juan Francisco Molinar Horcasitas

Director General de la Fundación Rafael Preciado Hernández

I

ANIVERSARIO

Hace un año, del 14 al 17 de septiembre,¹ una Asamblea memorable aprobó la formal constitución y las bases estructurales de Acción Nacional, definió la expresión de la doctrina social y política que Acción Nacional sustenta, y señaló la posición del Partido en la vida pública de México.

Aquella Asamblea nació de un sentimiento ya insufrible de angustia por el porvenir de México, de la urgencia lacerante de romper con la verdad la espesa costra de falsificación que ha envuelto la vida nacional, de la aguda necesidad de cumplir el deber indeclinable de dar otra vez contenido y fines humanos a la actividad colectiva.

Frente a un Estado abismalmente escindido de la Nación verdadera, preso en manos de mafias destructoras, vuelto cada vez más instrumento de opresión y de engaño, improvisación negligente y barbarie desdeñosa de los valores que dan vida a las naciones y a los hombres; frente a una postura lamentable de resignación acomodaticia, de impotente murmuración, de escepticismo deprimente, de expectación milagrera; frente a una propaganda dispendiosa, oportunista, cínicamente contradictoria, era tarea imperiosa la de alzar no ya el reproche negativo –por ello mismo estéril e inútil además por obvio y por unánime–, sino la claridad confortante de afirmaciones capitales: la eminente dignidad del hombre, de toda persona humana, la realidad entrañable de la Nación y de la Patria, la subordinación del Estado a la Nación verdadera y de ambos y de todos los hombres, a normas superiores de Moral y de Derecho.

¹ *Boletín de Acción Nacional*, núm. 20, septiembre de 1940.

Era obligación ineludible, necesidad espiritual tan compelente como un grave dolor físico, emprender el camino de salvación, ganar de nuevo las libertades necesarias al decoro humano, tomar en las propias manos el destino personal y colectivo abandonados a extraños, negarse a compartir la criminal indiferencia ante la vida pública, exigir que el Estado sea genuina expresión de la comunidad nacional, gestión cuidadosa de los intereses colectivos.

Por eso la Asamblea constituyente de Acción Nacional fue ante todo, proclamación de una doctrina, de una recta y firmísima interpretación de la persona humana, de la Nación, del Estado, de las relaciones sociales, de los principios que hacen posible y fecunda la convivencia, que le dan sentido, la elevan y la dignifican. Eso y un ardiente llamamiento al deber, una recordación de que sólo por el esfuerzo propio, tenaz, incansable, y nunca como un regalo de caudillos, ni como resultado de fuerzas extrañas, pueden obtenerse el bienestar económico, las libertades concretas, la justicia y la paz.

Los “viejos nombres, reencendidos y deslumbrantes –hombre, persona, Nación, Patria, Libertad, Bien Común–”, resonaron de nuevo en México y dieron forma a la inquietud nacional, sentido al ansia apremiante de cambio que todos en México experimentamos. No es compatible –cuán ciertamente lo sabemos ahora–, la elevación de la vida personal con la decadencia y la corrupción colectivas, y la vida social padeciera de disolución y envilecimiento, si las conciencias y las voluntades personales rehuyen el tenaz esfuerzo de salvación. Hombre y Nación, individuos transitorios y Patria perdurable, corren la misma suerte, y con ellos la corren, también, la familia y la universidad, el hogar y la escuela, el taller y el campo, la economía y la dignidad. Porque es uno mismo el fluir vivificador de los valores supremos, de la colectividad a cada hombre, y en el momento en que esa corriente se tuerce, se suspende, se agota, declina la Patria y viven en la abyección sus componentes.

Con las afirmaciones esenciales, sencillas, claras, proclamamos el programa mínimo de Acción Nacional, afirmativo también, rigurosamente positivo y posible, muestra de cómo los principios iluminan, dignifican y dan solución a la vez práctica y elevada a las cuestiones nacionales que la pasión o el interés y siempre la corrupción de una política entendida sólo como técnica de alcanzar o de retener el poder, han oscurecido y manchado de simulación y de ineficacia en nuestro País. El programa mínimo que nunca pretendió ser exhaustivo ni abarcar todos los problemas de la Nación, ni constituir otra cosa que un testimonio irrecusable de la ineptitud o de la perversidad de quienes han hecho de esos problemas simple ocasión de medro político y han logrado que tantos años de esperanza popular, de anhelo de justicia y de paz y de mejoramiento, desemboquen en la amarga realidad de una gigantesca quiebra nacional en lo social, en lo político, en lo económico. Un programa simplemente indicativo del caudal inmenso de posibilidades que tiene nuestro país; de posibilidades que reclaman esfuerzo y sacrificio como lo pide todo empeño de superación, pero que no son un sueño, que pueden volverse inmediata y fecunda realidad si el esfuerzo se acomete con mente clara, con voluntad generosa, con manos limpias.

Aun la cuestión electoral, tan propicia a volver convulsa la vida nacional y a ocultar tras el apremio de los problemas y de la situación inmediata, las inquietudes y las dolencias hondas que aquejan a México; la participación misma en esa campaña, participación de presencia y de testimonio, sin otra solidaridad posible, y movida exclusivamente por la necesidad de hacer que el ideal se encarne siempre, que el imperativo del espíritu se cumpla en hechos actuales, no alteró el ritmo de la tarea que Acción Nacional le ha impuesto, ni contuvo el desbordamiento de esa tarea sobre las circunstancias episódicas de la lucha electoral. El desenlace de ésta tampoco cambiará en un ápice la posición y las convicciones declaradas.

Más allá del descorazonamiento que una burla del voto causaría, más allá

del optimismo expectante que produciría el triunfo del claro deseo popular, más allá de las rectificaciones que de todos modos vendrán a la desorbitada gestión pública de estos últimos seis años, más allá aun de la inmensa oferta de reconstrucción económica y social que la vida del país requiere, está la tarea esencial, la que supera y desborda a todas las demás: la de crear un clima moral adecuado para que no en esta vez ni en sólo un incidente de la vida pública, ni solamente cuando se vuelve irreprimible el asco ante la corrupción política, y la Nación se ve en el momento límite en que están en juego, definitivamente, la dignidad de los hombres y el destino de la Patria, sino en todos los momentos de la vida nacional y para hacer justamente imposible la repetición de estas ocasiones de angustia, todos los mexicanos, hombres y mujeres, estén dispuestos a cumplir el indeclinable deber de mantener su dignidad, su fidelidad inquebrantable a los únicos valores que hacen la vida digna de ser vivida, su decisión de no permitir que su destino y el destino de su Patria sean motivo de ingratas experiencias, objeto de crueles falsificaciones, sitio donde acampen la ciega pasión sectaria y el parasitismo que gangrena.

Así lo hemos dicho a toda la Patria y así lo ha comprendido entrañablemente México. La necesidad de una renovación. Jornada por el único camino del esfuerzo propio, ha llegado hasta las mujeres y hasta los niños. En lo sucesivo, como ha dicho González Luna: “Nadie podra resistir el rubor triste del hijo humillado por el egoísmo o la complejidad acomodaticia del padre; nadie podrá resistir el desprecio de la mujer al cobarde”. Y no es posible olvidar que “cuando lo heroico comienza a ser clima de amor y de infancia, es que grandes sucesos se preparan”.

Son débiles e inexpertas las manos que así alzaron hace un año, una luz en el oscuro paisaje de la vida de México; pero la luz es tan grande que pronto se ha extendido a toda la República. Eran cortas las voces que lanzaban la nueva afirmación; pero hallaron luego resonancia cordial en los mexicanos.

Y ya no habrá medio de apagar esa luz, ni de acallar esas resonancias. Podrá conspirarse contra la existencia o el funcionamiento concretos de Acción Nacional como organización política; pero nada podrá impedir que la verdad promovida siga abriéndose paso en las conciencias y labrando ella misma cauce para producir en los mexicanos la renovación de México que es nuestro anhelo.



V

ANIVERSARIO

ACCIÓN NACIONAL: 5 AÑOS DE IR CONTRA LA CORRIENTE¹

A cinco años de distancia de su origen, Acción Nacional –el partido más original y macizo que haya tenido México en su historia política–, ha comenzado a celebrar la Asamblea General que señalan sus Estatutos. Como en 1939, las manos amigas de este conjunto de políticos vuelven a estrecharse al calor de la tarea común, y en la promesa de un esfuerzo redoblado.

Políticos sorprendentes, sí, éstos de Acción Nacional. No han pedido un puesto; y en cambio han rechazado muchos. No son ni ricos, ni influyentes, ni desesperados, ni místicos y han dado batallas serenas en las luchas electorales, en contra del fraude organizado que en México detenta el poder. No van hacia sus fines ni aprisa ni despacio, sino que caminan con un robusto paso natural que irrita a los impacientes y a los perezosos. No hablan a gritos descompuestos, ni tampoco cuchichean en secreto o en aquellarres, sino que exponen sus ideas en tono simplemente humano, cálido.

¹ *La Nación*, núm.153, 16 de septiembre de 1944.

Ni levantan el brazo, ni cierran el puño, ni hacen desplantes; sencillamente invocan a Dios en sus asambleas y saludan cordialmente a los hermanos en la tarea. Ni desdeñan a sus enemigos ni los insultan; los miden y los combaten en la exacta medida del valor de sus ideas y de la extensión y profundidad de sus corrupciones. No tienen por último, antecedentes históricos en ningún movimiento político mexicano anterior, sino que responden a un nuevo concepto de la política. Y se empeñan en oponer la validez de sus principios, el ejemplo de sus vidas, el ahínco de sus esfuerzos claros y abiertos, a la gritería, a los ataques, a las mañas, a la indiferencia, a todo ese conjunto atormentado, enfermo y malicioso que forma el régimen y las gentes que prefieren sepultarse en la murmuración y la indiferencia.

Sí: es un extraño partido. Si alguna característica de temperamento podría encontrarse a primera vista, es una: la terquedad. A Acción Nacional se le ha metido entre ceja y ceja la idea de que la salvación de México no depende de milagros que no se merece, ni de revoluciones que siempre se planean y nunca se realizan, ni de solas luchas electorales en las que el fraude está siempre al acecho, ni de componendas peligrosas ni de asesinatos, ni de resistencias pasivas; a Acción Nacional se le ha hecho convicción esencial la idea de que la salvación de México depende de nosotros mismos, de la formación de una opinión ciudadana, organizada, limpia y enérgica, capaz de ser freno del poder y capaz de imponerse en el juego de una auténtica democracia; Acción Nacional cree que la política debe ser una actividad humana normal, no distorsionada ni violenta, no oculta ni gritona, sino función abierta y clara del hombre pleno. Y al lograr y predicar sus ideas y sus objetivos, ha dedicado cinco años largos de lucha permanente.

En esos cinco años, se le ha vaticinado muchas veces el fracaso; se le ha calumniado; se le ha saboteado en varios aspectos; se le ha robado en triunfos auténticos. Y Acción Nacional, tercamente, sigue en su camino sin desviaciones ni componendas. Cinco años después es una fuerza más sólida, más

organizada e igualmente limpia que en sus principios; y tiene en su abono la doctrina más seria y maciza que se haya elaborado en México; y el ejemplo viril que ha dado sin desmayos a un país hambriento de limpieza y de decoro; los esfuerzos más grandes y brillantes que en México se hayan realizado últimamente para hacer de la democracia una verdad interna y no un artículo de verbalista exportación.

Tal vez sea norma política de éxito inmediato el seguir la corriente que una situación marca. Pero Acción Nacional persigue triunfos más duraderos. Así, si las gentes resultan pesimistas, Acción Nacional no les ha explotado eso, sino les ha servido grandes dosis de optimismo maduro. Si las gentes son fatalistas, Acción Nacional se ha empeñado no en hacer un movimiento también fatalista, sino en despertar fuegos de esperanza y de júbilo. Si las gentes son pasivas, Acción Nacional no ha organizado esta pasividad para aumentar el lastre de México, sino que se ha dedicado a pedir a muchos tullidos que se echen a andar. Y en la misma forma ha pedido a los miopes que vean un poco más lejos, y a los débiles que sean firmes, y a los limitados que rompan sus barrotes, y a los tranquilos que se muevan un poco. Y en este empeño ha obtenido sabrosos triunfos; porque lucha no por agravar a México, sino por reformar a México. Con los únicos que no ha tratado nunca ha sido con las gentes de mala voluntad.

Por eso Acción Nacional es un movimiento nuevo, distinto y personalísimo. Otros movimientos en México al exaltar los defectos nuestros dejan la impresión de que han convocado a los cojos, a los ciegos, a los iracundos y a los pacientes para hacer organizaciones de cojos, de ciegos, de iracundos y de pacientes. Acción Nacional es un movimiento de gente sana –o que se va sanando conforme actúa en sus filas–; y que en todo caso, tiene un ardiente deseo de salud nacional. Y así, mientras se empeñan en enfermar más aún la mísera vida pública de la Patria, Acción Nacional se dedica a desintoxicarla, limpiarla, hacerla respirable y tónica. Con grave ira y resistencia por

parte de los que buscan climas de violencia, de inhumanidad, de abandono, de tóxico. Y es que lo interesante –tal es la idea central y tozuda de Acción Nacional–, no es explotar y capitalizar los defectos arcaicos de la política y de la gente en México, sino el transformar lo contrahecho y enderezar lo tortuoso.

Tarea larga; pero Acción Nacional no está hecha para un día. Tarea larga pero jubilosa y humana. Y en cumplir con lo jubiloso y con lo humano está uno de los mejores secretos de la vida. Tarea larga: pero muy a gusto de estas gentes que no conocen el morboso placer de destruir ni rumian goces ásperos de pasiones mediocres. Tarea larga: pero la única que puede dar a México la espina dorsal que le habían quebrado.

El secreto de Acción Nacional consiste en su naturalidad para actuar, y en la natural hombría de bien que la anima sustancialmente desde su aparición. Con esas calidades –esencialmente humanas–, Acción Nacional es un movimiento capaz de superar las hondas diferencias que presenta la composición social del pueblo de México –y, naturalmente, porque basa su existencia en la formulación de aquellos principios comunes a todo mexicano de buena voluntad–.

Así, en lugar de seguir la casi fatal trayectoria que obliga a los movimientos cívico-políticos del país a extenderse horizontalmente a lo ancho de una sola capa social –alta, media o proletaria según el carácter del movimiento–, Acción Nacional ha logrado establecer líneas verticales que congregan en su torno al indio, al trabajador, al profesionista, al comerciante. Y es que a todo ello es común en primer término la ambición de una Patria ordenada y generosa, la concepción de las bases espirituales de esa Patria, y, por último, las virtudes de naturalidad y hombría de bien características de lo mejor de nuestro pueblo. La naturalidad en la acción política permite así que cada individuo pueda cumplir su deber ciudadano en su propia vida, con sus propios recursos, sin afectación ni violencia, sin disimulo ni miedo. Permite además que el individuo haga política en la misma forma natural y completa

en que actúa como padre de familia, como trabajador –como hombre simplemente–. No es ya preciso que a la puerta del partido político el hombre se vea precisado a abandonar su honradez, su pudor o su decoro –en los casos peores–; o a despedirse trágicamente de su familia antes de cada sesión –en los casos mejores–. A las puertas de Acción Nacional el hombre entra tal cual es –sin mutilaciones, sin distorsiones, sin temores–, y sale más cumplidamente varón con el tónico que presta el cumplimiento del más difícil de los deberes, que es el político.

Es que Acción Nacional está realizando la labor más importante que en el campo social pueda desarrollarse en México. Se ha hablado mucho últimamente de que es la educación la base del despertar futuro de México. Ciertamente. Acción Nacional ha tomado para sí, y ha trabajado durante 5 largos años, en la tarea de educación política de la ciudadanía mexicana. Y como todavía queda mucho por enfrente en ese inmenso campo sin labor, Acción Nacional se propone tercamente seguir proclamando abecedarios de civismo y cartillas de cumplimiento de deberes.

¿Realizaciones? ¿Logros? ¿Y por qué no preguntar, como lo hizo alguna vez un jefe del Partido, cuáles son las realizaciones y los logros que los enemigos de Acción Nacional han logrado sobre ella? Se tendría así un interesante balance. Porque los fraudes no la han debilitado ni acobardado, sino que parecen haber vigorizado a sus hombres y a sus cuadros. Los gritos y las campañas de la jauría política probablemente hasta le hayan servido de propaganda gratuita. Las pequeñas miserias y mordiscos de la crítica ligera o envenenada, han quedado en eso: pequeñas miserias. Las calumnias favorecidas y en ocasiones difundidas activamente, han ido cayendo una tras otra para quedar también en eso: en calumnias. Todo lo cual significa que, navegando por mares de escollos y lianas, Acción Nacional ha logrado mantener su ruta, aumentar y vigorizar su tripulación, y darse el gusto de recoger náufragos.

Por lo demás, a la vista están los resultados. Allí se encuentra desparra-
mado sobre la República el mejor grupo de hombres de buena voluntad que
la Patria tiene en esta hora, ahí está una doctrina política sustancial, orgá-
nica, concepto nuevo de la vida pública mexicana, planteamiento distinto y
moderno de cuestiones nacionales y de conceptos sociales; a mí se presen-
tan esos fenómenos de ósmosis de ideas en virtud de los cuales se habla
otro lenguaje político en México y se proclaman otras ideas muy distintas
de las de hace poco tiempo; allí están los ejemplos de civismo y varonía que
Acción Nacional ha dado a la Patria –y que son escalones ya cimentados
para la marcha arriba de la ciudadanía–, ahí está ya –plantado en medio del
desconcierto mexicano– un símbolo actuante y vivo de limpieza, decoro y
energía en la actuación pública de la Patria.

TEXTO DEL INFORME DE
MANUEL GÓMEZ MORIN
ANTE LA 5A ASAMBLEA DEL PARTIDO

Hace cinco años, en este mismo lugar, en estos mismos días, con el emocionado júbilo del que reconoce y emprende su camino aun sabiéndolo lleno de responsabilidad y erizado de obstáculos, nos reunimos para fundar oficialmente nuestro Partido.

Sesiones inolvidables; descubrimiento cargado de promesas para México; coincidencia de interpretación de la vida, de la sociedad, de la Patria; pensamiento paralelo y corazones unánimes en la comprensión y la decisión. Afán de servir, sin mancha. Resolución consciente de la longitud y de la aspereza de la tarea. Gozo profundo de la definición. Calor vital del encuentro humano generoso, sin dudas y sin apetito, en el camino común de un empeño superior de salvación.

Bienvenidos hoy los que, presentes entonces, retornan ahora a ratificar su voluntad de esfuerzo. Bienvenidos todos los que posteriormente, por el ímpetu creado entonces, se han sumado para enriquecerla, a la obra de todos.

Algunos faltan de los que hace cinco años estuvieron aquí. Unos, sólo

faltan en presencia física, retenidos por atenciones inaplazables, pero partícipes y colaboradores expresos en esta reunión. Otros, porque como en toda empresa humana, en la nuestra ha habido disidencias; pero ellos también están presentes en nuestra memoria y en nuestro deseo ferviente de que el propósito común nos una otra vez en la labor conjunta, infinitamente superior a los motivos personales de separación y discrepancia. Otros, por último, cumplida ya su peregrinación temporal y rotas sus ataduras de carne, seguramente desde lo alto nos inspiran y acompañan, extienden sobre nosotros su protección y más aún que antes, con más firmeza y con mayor claridad, nos guían y nos exigen.

No fue una aventura la fundación de Acción Nacional; fue un destino. No fue arrebatado de pasión ni interés transitorio; fue precisión de deber y certidumbre de un estilo de vida. Para todos, aun cuando se extingan la forma o la posibilidad de la organización, aun cuando se quiebren los lazos que a ella nos vinculan, esta empresa ha sido y será huella espiritual indeleble.

Los accidentes externos de estos cinco años, son de todos conocidos. Hemos estado continuamente presentes en la vida de México y procurando participar en ella con encendido deseo de servirla, de ayudar a hacerla mejor, más humana, más rica, más ordenada y generosa.

Tal vez ha habido errores de juicio y faltas de oportunidad; ciertamente –por incapacidad, por inexperiencia, por apatía–, ni hemos hecho todo lo que podíamos hacer ni, mucho menos, muchísimo menos, todo lo que hubiera sido necesario hacer. De esas deficiencias y de esas inoportunidades y de esos errores, sólo uno es responsable.

No ha habido, en cambio, ni un solo abandono, ni la menor desviación de los principios que juntos definimos como nuestros. Los profesionales de la mentira y del oportunismo, de la consigna y de la traición, vanamente agotan su charlatanismo pretendiendo imputarnos los cambios de frente que en ellos no son accidente sino substancia. Es que no hemos estado ni estaremos jamás

aquí para servir intereses transitorios, ni estamos ni estaremos al servicio de patrones, ni nos mueven las modas precarias del esnobismo intelectual. Somos voluntarios libérrimos de una convicción afianzada en principios eternos, sin otro compromiso que con nuestra razón y nuestra conciencia, sin otro interés que el de servir a la causa genuina y permanente del hombre y de la Nación.

En memorándum que se presenta por separado, el Comité ha intentado hacer el relato de las actividades principales de Acción Nacional en el quinquenio. Quedan fuera de ese relato numerosos trabajos hechos por los Comités Regionales y Locales y las innumerables tareas que a su cargo han tomado directamente –en conversaciones, en cartas, en prestación de servicios, en iniciativas de todo género–, los miembros individuales del Partido. También por separado, la Comisión de Cuentas presenta a la Asamblea el dictamen producto de su revisión cuidadosa.

En cuanto a los resultados –y de ellos nos hemos preocupado solamente como medio y punto de referencia para juzgar la eficacia en la táctica del trabajo, nunca como medida de ese trabajo ni como anhelante inquietud de obtener frutos de los que estamos seguros por certidumbre que nos viene de Fuente más Alta–; en cuanto a los resultados, podemos sin temor y sin jactancia exponerlos. Los que nosotros reconocemos, los que nos son atribuidos, los que nos son negados.

Desde luego, la postulación de los principios en torno de los cuales sea posible congregarse permanentemente a la opinión pública; la difusión de esos principios para que lleguen a todos los ámbitos del País; la formación de programas que muestren la viabilidad y la eficacia prácticas de las tesis sostenidas. Esa fue y seguirá siendo la tarea esencial del Partido.

Por todos los medios a nuestro alcance, hemos procurado cumplirla y la seguiremos cumpliendo. Los principios y programas proclamados, en unidad que nos esforzaremos por integrar cada vez más y en mayor coincidencia

con la realidad de México y con sus necesidades y posibilidades verdaderas, no han sido todavía objeto de una sola rectificación. Para combatirnos, o se ha acudido al infeliz procedimiento frente-populista de atribuirnos una falsa posición doctrinal o programática, o al bajo expediente vulgar de la injuria.

Se nos presenta así, como partidarios de siniestras regresiones a quién sabe qué tiempos de brutal represión de las libertades, de ignara y conformista burguesía, de aplastamiento de los trabajadores del campo y la ciudad por el hambre y la miseria; se nos presenta como aliados de imperialismos inciertos que unas veces son el retorno al viejo imperio político español, y otras –y cómo nos divierte el aterrorizado intento de los falsarios para crear en este caso el equívoco deleznable– y otras el “nuevo orden cristiano”; aun se ha llegado, con risible insolencia, a señalarnos como responsables de la escasez y de la carestía, de la desvalorización monetaria, del abrumador crecimiento del costo de la vida.

Todo ello, por supuesto, sin la menor referencia posible a nuestro programa, a nuestra doctrina y a nuestra acción concreta; todo ello, además, procedente de aquéllos que sin duda, con sus teorías y con sus hechos, gestionan de modo activo o son cómplices o agentes, y siempre aprovechados económica y políticamente, de las más humillantes conculcaciones de la libertad, de la corruptora hipertrofia del Estado, de la destrucción de la economía nacional; de aquéllos que han convertido el grito justiciero “libertad y tierra”, en la realidad de un campesino miserable y oprimido, de un agrarismo desvitalizado y desertor de su misión, de un campo mexicano manchado de sangre y de rencores, insuficiente, artificiosa y criminalmente cerrado al fecundo “abrazo de señorío”, a la alegre, pacífica y próspera celebración perpetua de esponsales del hombre y de la tierra, gratos a Dios y fuente de abundancia para la Nación; de aquéllos mismos que han gestionado o aprovechado la desvalorización monetaria y la escasez y el encarecimiento e, incapaces de trabajar y producir, sólo en el crecimiento irresponsable del

Estado, en la anarquía económica y social, en la ineptitud y en el abuso que en ellos se agazapan, pueden hallar satisfacción a su apetito; de aquéllos que han impedido la formación de robustas organizaciones de trabajadores y las mantienen convulsas, divididas, expoliadas, víctimas de sus interminables querellas personales por el Poder; de aquéllos que, incapaces del esfuerzo de pensamiento y de conducta necesarios para ganarse la devoción y la confianza del pueblo de México, han procurado siempre la fuente de su poder en complicidades y subordinaciones con todos los imperialismos en busca de aliados de alquiler, y con las más tenebrosas conjuras internacionales.

Están firmes e intactos nuestra doctrina y nuestros programas; está abierta nuestra constante invitación para discutirlos a la luz de la razón y de la buena fe. Nada han podido contra ellos la injuria ni la calumnia. En cinco años de llevarlos por todos los rincones de México, de repensar cada uno de sus detalles con el más intenso deseo crítico, no sólo ha aumentado nuestra convicción personal, sino que reiteradamente hemos tenido el gozo de comprobar que coinciden con todos los mejores valores del alma nacional, con los que dan ser y figura y realidad substancial a México, con los que le han permitido sobrellevar pruebas tremendas y conservar todavía su capacidad de fe y de esperanza; con los anhelos más permanentes y más altos y más verdaderos que el pueblo de México, el pueblo auténtico, ha sostenido en toda su historia, no en la torpemente mutilada por el sectarismo, sino en su historia íntegra de triunfos y derrotas, de imperios y república, de centralismo y de federalismo, de “jacobinos de época terciaria y católicos de Pedro el Ermitaño”, de Cuauhtémoc y Cortés, de Vascos de Quiroga y de Núñez de Guzmán, de Alamanes y Gómez Farías, de Díaz y Madero, de indios y blancos y criollos y mestizos, de la guerra de Texas y del 5 de Mayo; desde Fray Antonio Margil de Jesús, el santo y heroico “Peregrino Septentrional Atlante” que tantas veces fue de Panamá al Mississippi, civilizando, construyendo, salvando, a otros peregrinos ni heroicos ni santos, ni civilizadores ni constructores ni salvadores.

En estas horas de gravedad sombría para el mundo y para México, esos principios y ese programa y su consideración sincera, razonable, de auténtica buena fe, son medida de responsabilidad y roca firme en que puede fincarse no sólo el porvenir de México, sino su posible aportación valiosa en la reconstrucción del mundo.

Después, nos hemos esforzado en reencender en todos los mexicanos el concepto verdadero de la política y del deber político; de la política como base y corona en el tiempo, de toda actividad humana o social, como constante empeño de entendimiento y colaboración entrañables para el bien, como lucha incesante contra las fuerzas y tendencias inferiores de abandono y de ruina, de engaño y de violencia; no de la política como la han hecho ser los profesionales, oportunidad de las más bajas satisfacciones, lucha feroz por el poder y sus gajes más mezquinos, complicidad y compadrazgo, duplicidad y traición. El deber político como inexcusable responsabilidad de todo hombre, como baluarte de la persona humana, y de la familia y de la ciudad, de la fe y de la comunidad de cultura o de trabajo, y de la Nación; como obligación de colaboración activa y sacrificada, de deliberación justa y sincera, de subordinación de egoísmos y preferencias personales a lo superior y más valioso, de indispensable acción conjunta, de libremente aceptada disciplina.

Hemos tropezado en esta parte de la tarea, con los obstáculos de toda índole que a una formación organizada y actuante de la opinión pública, opinión que sólo quieren masas indiferenciadas, simulación de organizaciones, regimentación coactiva, substitución de la rica y diversa voluntad de hombres libres, por la dócil mansedumbre del rebaño. Hemos tropezado con sistemas legales y administrativos pensados adrede para corromper la vida pública y hacer imposible el cumplimiento del deber político. Y con caciques, lidercillos, esbirros y pistoleros. Y con los obstáculos mayores que han sido la apatía y la desconfianza, fruto de tantos años de burla y de traiciones, de esfuerzos generosos desviados por el engaño o rotos por el fraude.

Pero ciertamente estos cinco años acreditan el gradual crecimiento de una conciencia política, la superación de un abatimiento cívico que pareció mortal hace cuatro años; el vigoroso despertar, por encima de la propaganda pagada y a pesar de las deficiencias lamentables de los que deberían ser sus órganos, de una opinión pública; la conversión de lo que era solamente decepcionado apartamiento o nauseada repulsión, en una exigencia cada día más incontrastable, de cambio radical y verdadero de hombres, de procedimientos, de orientaciones en la vida pública. Una exigencia que nada podrá contener ya porque es justa y necesaria y porque es clamor nacional y porque el mundo nuevo que está naciendo la apoya y la reclama.

Unos cuantos retrasados, ávidos de retener sus posibilidades de opresión económica, mental y moralmente vinculados al pasado inmediato, al sistema caduco de la farsa y de la podredumbre, lo defienden y pretenden conservarlo; quizá hasta serán capaces de intentar hacerlo –ellos, interesados adoradores de la ruina y de la catástrofe– provocando un caos de confusión y de violencia. Pero nada podrán. Oscuros conspiradores, cambian todos los días la dirección de sus consignas y el rumbo internacional de sus solicitudes de apoyo; esclavos del acontecimiento y de la circunstancia; pero esclavos, sobre todo, de su voracidad, inútilmente tienen tendidas a todos los rumbos las manos llenas de iniquidad o colmadas de sobornos.

El pueblo lo sabe y ellos mismos lo saben. Ya en las propias filas del régimen, por habilidoso intento de transformismo político, o con sincera buena fe, es cada vez más frecuente la condenación de los abusos, errores y deserciones en que hemos vivido y el reconocimiento de esa necesidad de un cambio completo y genuino. Recuérdese la disgustante declamación del liderzuelo que en nombre de los principales responsables del desastroso grito en la tribuna de lo que debería ser el Congreso: “ni malos líderes obreros que se corrompan al contacto del dinero, ni malos dirigentes campesinos que se prostituyan al conjuero de una situación de privilegio material, ni malos funcionarios públicos que

escalen el Poder para amasar fortunas fabulosas en forma relampagueante”; recuérdense los diversos “don Roque”, intelectuales o políticos que repiten con cinismo sorprendente los cargos fundados de la opinión en su contra y en contra de sus patronos, y engolan la voz para reclamar su derecho a ser ellos mismos, y exclusivamente ellos, los que critiquen o corrijan los desmanes de que siguen siendo cómplices, de los que se siguen aprovechando.

Todo esto no es quizá sino cinismo o inconsistencia cobarde: inútil intento de confusión desesperada o lamentación por las oportunidades que sacrificó la mezquindad. Pero junto a ello hay la generosa rebeldía real de los trabajadores, que aun obligados por la fuerza a formar en las simulaciones y respaldos, pudieron algún día creer en la sinceridad de los dirigentes o en la eficacia final de su táctica y hoy están convencidos ya de lo contrario y cada vez menos dispuestos a seguir siendo usados como objeto de maquinaciones. Y no hay que olvidar la recentísima manifestación del Presidente de la República y del Presidente del Congreso que paralelamente reconocieron la urgencia de repensar y dar contenido substancioso y práctico a principios hace mucho burlados y transgredidos, que garantizan las libertades esenciales, hacen posible el mejoramiento verdadero para todos, vuelven al Estado a su verdadero carácter de autoridad y servicio para el bien de la Nación, y a ella lo sujetan, y que pidieron el retorno a la orientación fundamental de “pensar en México, vivir para México y creer en México”.

Pueden tener estas expresiones un simple valor de oportunismo como piensan los escépticos, o el carácter puramente circunstancial con que a todo trance pretenden limitar su alcance los que viven del mundo profesional de la política; pero nuestro deber es tomarlas como manifestación sincera y meditada de una convicción, y nuestro derecho, el derecho de todo el pueblo de México, es exigir que se cumpla y florezca en realidades, la promesa en ellas contenida. Jamás hemos orientado nuestra actividad a la negación sistemática. Hemos deseado las ocasiones de aplauso y no lo

hemos escatimado cuando ellas, como en el caso del uso moderado de las facultades extraordinarias, se han presentado. Toda crítica ha sido acompañada de una sugestión positiva de remedio, de precisión de conceptos y de rumbos constructivos. Ni siquiera hemos aceptado la cómoda tesis de una completa abstención electoral que hubiera podido justificarse sobradamente en lo político por la subsistencia intacta de los métodos de cínica burla al sufragio, de pistolerismo y de imposición.

Creímos indispensable, de una parte, no limitarnos a la denuncia verbal de la corrupción que comenzando por el bastardeo de la representación política, invade al Estado mexicano, sino extendemos a poner en evidencia práctica esa corrupción y a hacer patente que ella no es debida ni a la incapacidad ciudadana, ni a la falta de hombres limpios y desinteresados que puedan ser llamados al servicio público, sino a una organización legal y administrativa hecha para volver imposible el funcionamiento normal de las instituciones básicas en que nuestra estructura constitucional reposa, y al podrido sistema de mentira, de impunidad, de complicidades, de simonías, que al amparo del Poder y abusando legítimamente de esto, ha permitido a una banda sostener el más torpe o indecoroso monopolio político en México. Por esta razón participamos en elecciones; en elecciones locales para gobernador, en elecciones de diputados, en elecciones municipales. Quedan, por esa participación, constancias innegables no sólo de la necesidad, sino de la viabilidad evidente de restaurar en México, luego, a reserva de más hondas reformas, la realidad de la representación política que es el principio esencial de legitimación del régimen jurídico que la Constitución establece.

El resultado de estas experiencias electorales no fue la confirmación por el fracaso, de la apatía desesperanzada, sino al contrario, el reencendimiento de la voluntad ciudadana de lucha; ese resultado enseña la posibilidad y la urgencia de fortalecer doctrinal y programáticamente y con cuadros firmes, responsables y permanentes de acción, a la opinión pública, no sólo para

capacitarla a exigir con vigor incontrastable el cambio de la situación actual, la creación de nuevas instituciones que abran la posibilidad jurídica del sufragio, sino capaz de dar a esas instituciones vida y eficacia humanas, posibilidad de cumplimiento práctico valioso, ordenado al bien, apoyo inquebrantable en una verdadera conciencia política nacional y en un responsable esfuerzo de inteligencia y cumplimiento del deber político.

Toda nuestra acción ha sido pública, abierta, sin componendas ni comadrerías. Cuanto hemos hecho lo hicimos a la luz del día y con nuestra personal y exclusiva responsabilidad. No hemos sido “puestos de mando a control remoto” de nada ni de nadie; ni en las diversas escalas de nuestra propia jerarquía ha habido órdenes ni consignas sino en todo caso comunión de ideas libremente aceptadas. Si en diversos rumbos de la vida pública, sin excluir al régimen, aparecen con creciente frecuencia esas ideas y aun las formas verbales de su presentación en Acción Nacional, ello no es otra cosa que la infalible realización del poder de la verdad, de la fuerza indefectible del Verbo.

En política, dicen, sólo cuentan los resultados. Tal vez así sea; pero en ámbito más ancho y elevado, del que la política no es sino dependencia, otros son los datos de la cuenta y otra la medida de valor. A esos datos y a esa medida nos hemos atendido siempre. Cuán poco ve el que ignorando el misterio del trabajo humano de la tierra, después de hecha la siembra sólo advierte que el esfuerzo del labrador no ha hecho sino arañar la superficie y destripar terrones. Labradores de almas, conocemos las lentas medidas del tiempo de la germinación. Y tenemos, eso sí, la certeza de que la semilla es buena y la tierra es fértil.

En esta labor modesta, pero de todos los días; en esta fluida batalla en un frente que cubre toda la vida nacional de lo económico a lo espiritual, de lo político a lo social, de lo internacional a lo interno, sin desdeñar oportunidad alguna a nuestro alcance de proclamar y gestionar lo que creemos verdadero

y bueno, de reprobador y combatir lo que estimamos perjudicial y falso, han transcurrido los primeros cinco años de vida de Acción Nacional.

“Seguimos continuando”. Con idéntico fervor, con renovada esperanza, con el mismo anticipado conocimiento de la longitud de la tarea. Sin odio para nadie, sin rencores ni nostalgias, encendidas en deseo de prender el diálogo fértil entre todos los mexicanos de buena fe, de suscitar la colaboración honrada y entrañable de todos en el esfuerzo de creación común, de definición y defensa de lo que es nuestro y es claro y es valioso y humano, contra lo que nos es ajeno y hostil, y es confuso y destructor e infrahumano.

Por eso, no como una mera celebración, esta Asamblea se reúne para seguir adelante en la lucha inagotable, en la más firme y más completa postulación de los principios y programas que creemos ciertos y salvadores; para ganar ímpetu nuevo en la ordenada confrontación de nuestras ideas y en la comprobación repetida de nuestra cordial amistad.

Dos son los temas que la Asamblea tratará: “Necesidad y Principios de la Reforma Social” y “Urgencia y Caminos de la Renovación Política”.

El primero ha estado presente siempre, desde los pasos iniciales de formación del Partido, en nuestra atención y en la adopción de principios y de programa; es necesidad resultante del punto de partida mismo de nuestra convicción que es el concepto del hombre integral, cuerpo y alma, necesidad y anhelo, compleja realidad substancial y no entelequia vacía, ni levedad angélica, ni mera unidad biológica; por nuestro concepto de la sociedad como rica, heterogénea variada formación de hombres, medio y ambiente indispensable para su vida, estímulo para su perfección, no entidad autónoma, nebulosa e inaprensible, ni cárcel, ni máquina, ni irredimible masa homogénea.

Es reclamado, además, ese tema, por la hiriente realidad de un mundo sacudido de dolor y de miseria y en él, de nuestro México abrumado de insufribles carencias y privaciones, más tremendas y lamentables por innecesarias, por no ser en modo alguno impuestas fatalmente, sino consecuencia y

fruto de errores culpables, de abandonos y traiciones criminales. Es exigido, por último, por las circunstancias, ya que estamos en horas de zozobra y decisión propicias como ningunas a la simulación demagógica, al mesianismo virulento y destructor, o al temible paraíso pueril de los paraísos fáciles y sin esfuerzo.

Todo ello obliga a pensar ahora con la seriedad más responsable en la naturaleza del problema del hombre en sociedad, en sus datos reales, en la extrema complejidad de ese problema; en el caudal de energía heroica, de ágil precisión técnica, de elevación, pureza y generosidad, heroicas también, que su solución demanda.

El problema de la justicia social es un problema de conducta personal; lo es, igualmente, de ordenación social. Es moral y es jurídico, es económico y de cultura, es nacional y es internacional.

No será resuelto si no hay una estructura pública adecuada de la sociedad; pero tampoco lo será si los hombres, individualmente, cada uno de ellos, no son capaces de construir y crear, de producir y de dar, sobre todo de dar, que es el origen y el fin de producir y de crear y de construir. Nunca será resuelto sin el apoyo de una economía suficiente; pero tampoco lo será, ni esta economía podrá fundarse ni cumplirse, sin la vigencia activa y cierta de una cultura que conozca los valores supremos del espíritu y a ellos se subordine y en ellos se alimente. Nunca será resuelto si las economías nacionales no son bastantes y firmes, ni podrá serlo mientras falte una economía internacional generosa y ágil que no ahogue de prosperidad a una patria y aplaste de miseria a la vecina. No será resuelto si falta el sobrio prodigio de una técnica certera, y jamás lo será, si le falta la llama interior insustituible de la caridad.

Una aclaración más: nunca será resuelto. Porque esa es la ley de lo humano: ser afán constante, y constante lucha, y camino interminable de perfección. Cumplida una esperanza, otra nueva encenderá los ojos de los hombres. Colmada una necesidad, surgirá otra más amplia o más fina; a cada

nueva cumbre de realizaciones escalada, aparecerán cumbres más altas que inciten al empeño; y a todo lo largo de la peregrinación jubilosa y doliente habrá necesidad de mantenerse en constante pie de guerra contra el asalto de la mentira y de la avaricia, de los violentos y de los corruptores, de los prevaricadores y de los perezosos. Esa es la ley.

Hay que decir todo esto, hay que gritarlo con ruda sinceridad, porque el tópico se presta como ninguno y la oportunidad es como ninguna propicia, al charlatanismo vacuo o interesado o a la conjura sombría del oportunismo fraudulento; a la ilusa gestión lamentable del simplismo de recetarios definitivos, a la explotación criminal, que tan bien conocida nos es en México, de los que hacen de la reforma social pretexto de su interés faccioso, caballo de Troya de su voracidad y su apetito; al veneno que venden los fabricantes de paraísos a la vuelta de la esquina, los traficantes de ese estupefaciente social y humano que es el esperar algo por nada, el creer que la abundancia o la cultura, la justicia o el bien, se hacen o se obtienen sin esfuerzo infatigable y sacrificado.

Necesitamos postular con el vigor de una exigencia perentoria, la formación de un programa coherente y realizable y el cumplimiento de un esfuerzo limpio, sabio y sincero para la reforma social en México; pero necesitamos también ponernos en guardia y poner en guardia al pueblo de México contra pueriles o insidiosas ilusiones paradisiacas y contra la explotación indigna y cruel de su esperanza.

No pueden, no deben subsistir la miseria y el desamparo, la ignorancia y la inseguridad. México tiene todo lo necesario para lograr que sus hijos, sin excepción, gocen de “casa, vestido y sustento”, de lo necesario para guardar el cuerpo y de lo que reclama la vida del alma. Pero lograrlo es empresa gigantesca o, dicho mejor, es empresa humana auténtica, de rudo trabajo, de lucha doloroso, de constante y angustiosa vigilancia.

La construcción, aquí y ahora, de la ciudad armoniosa y justa, es la dura

misión genuina que alzamos como bandera contra las infames o pérfidas arquitecturas de nubes, realidad de sueño o engaño miserable, contra el helado egoísmo acomodaticio, y contra la ferocidad del materialismo falaz e inhumano.

Treinta años hace –largos, sacrificados, ensangrentados treinta años– que se viene prometiendo en México la reforma. Sólo en la propaganda pagada se ha cumplido la promesa. Sus realizaciones, mínimas frente a la necesidad ingente, ni siquiera pueden compararse a las que en estos mismos treinta años se han cumplido en otras partes. Y aun lo poco hecho está casi siempre manchado de rencor y de partidismo, de afán de medro político cuando no de peculado intolerable. No valen las tartamudas explicaciones que quieren justificar el desastre por la necesidad de lucha o por la falta material de posibilidades. Estas, aun las de “material humano” que alguien declaró inservible, existen en México, al alcance de su necesidad, con sólo que de verdad y con pureza las queramos tener.

Desde hace muchos años no ha habido necesidad alguna de lucha para hacer prevalecer un sentido de justicia social; el régimen que a sí mismo se ha adjudicado el nombre de revolucionario, ha tenido el control completo del Poder; las fuerzas externas a él, que podrían suponerse opuestas a la reforma social auténtica, o no existieron o fueron aniquiladas desde hace lustros; ha habido, por el contrario, ardiente unanimidad en el deseo de ver cumplirse de hecho y limpiamente la reforma. Las luchas sangrientas y crueles han sido entre las mismas facciones del régimen por querellas internas del Poder y sus granjerías o de la facción contra los que han querido y gestionado la reforma, o contra los que siempre y generosamente trabajan y quieren vivir en libre paz. Y con estas luchas estériles o repugnantes, han sucumbido las posibilidades mejores de reforma social, las más brillantes oportunidades de construcción auténtica.

Es que no hay caminos para la justicia social en el rencor y en la conspi-

ración; no hay posibilidades de suficiencia y de seguridad para todos, en la destrucción y en la anarquía; no hay vías abiertas a la reforma social, en el caos del desorden y del aprovechamiento corrompido. La justicia social es flor de convivencia humana ordenada y libre, segura y suficiente, fraternalmente solidaria; es “la tranquila convivencia en el orden”, de la definición inmejorable.

Por ello exige sobre la técnica de una organización económica, elástica y robusta, de una ordenación jurídica segura y levantada, una dirección apta, limpia y responsable, entrañablemente vinculada con la colectividad, sujeta permanentemente al bien común. Exige, en suma, la instauración de la autoridad que conserve y promueva, que juzgue y repare, que dirija y sirva, que exija y asista, siempre penetrada de su misión altísima, sabedora y respetuosa de sus posibilidades y de sus límites, consciente de su responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

No puede pensarse en la reforma social que lo sea de veras, sin pensar a la vez en una fundamental reforma política. Un Estado hipertrófico, enclenque y en los dos casos inepto para su fin peculiar; un Estado escindido de la Nación e irremediabilmente ajeno y hostil a ella, incapaz de entenderla, representarla o servirla; un Estado prisión o presa él mismo de bandas de rufanes, jamás podrá acometer ni menos cumplir, la empresa de la reforma social. La inscribirá en sus banderas y aun acomodará algunos de sus aspectos materiales; pero sólo como cortina de humo para ocultar la intención real de predominio y de especulación y las mismas obras que realice, sin cimiento de verdad, irremediabilmente dañadas por ganancias y sobornos, al día siguiente de la inauguración son ya costosa ruina y ejemplo de incuria y abandono. Reforma social y reforma del Estado, son tópicos paralelos que se condicionan y no pueden separarse.

Repiten los interesados en hacer de la reforma social disfraz de su voracidad de poder y de medro, que nada importa lo político, que lo social es clave

única en el problema de la convivencia humana. Aun pretenden dar a esta inepticia, categoría científica o filosófica.

Es divertidamente revelador que quienes la sostienen y la propagan, invariablemente están en el Poder o en alguna forma lo usan o lo explotan y, eso sí, defienden su monopolio con las manos y los pies, las uñas y los dientes. La tesis es sólo para el consumo de las masas, para el alejamiento de todo posible competidor ajeno a la banda el pretendido rango científico o filosófico de semejante doctrina, no soporta el más breve análisis. Antes de establecerse un régimen social cualquiera, al día siguiente de instaurado el más avanzado y técnicamente perfecto, existe imperiosa y urgente, la necesidad del orden, de la autoridad, no como conceptos ni abstracciones, sino encarnados en hombres, en conjuntos de hombres concretos, tangibles, bondadosos o crueles, puros o prevaricadores, laboriosos u holgazanes, capaces o ineptos, y en todo caso, en el mejor de los casos, hombres expuestos a todos los errores y a todas las pasiones y muy particularmente a los riesgos que ahora y siempre derivan de la ocupación o del ejercicio del Poder.

Subsistirá, así, en todo momento, la necesidad urgente de saber cómo ha de ser creada y organizada la autoridad, cuál es su contenido verdadero y sus deberes y sus límites; cómo y en qué jerarquía y con qué requisito han de desempeñarla los hombres concretos en que necesariamente debe encarnarse; cuál será la vía de acceso de esos hombres al cargo, quién ha de nombrarlos y removerlos, juzgarlos y castigarlos; cuáles las relaciones de la autoridad y de los hombres que la ejercen con la colectividad humana entera; cuál, en suma, la estructura y el funcionamiento, el concepto y la garantía del régimen político de esa colectividad.

Es, pues, vacío charlatanismo de malévolos e interesada propaganda, la reiteración de la tesis falaz que niega el valor substancial de lo político, como es inepta y raquítica la concepción de lo político sin preocupación ni contenido sociales, y es destructora y degradante la actuación política en el

vacío, hecha exclusivamente en torno del Poder y sus consecuencias, convertida la política en pugna perenne de facción y de apetito, en complicidad y compadrazgo o sedición y purga, en todo eso que duele relatar porque por desgracia, sería relato fiel de la política mexicana.

Por eso la Asamblea se ocupará, junto con el tema social, del tema político. Por eso, y porque es apremiante en grado sumo, porque es de urgencia vital la reordenación de nuestra vida pública en todos sus aspectos conceptuales y prácticos, desde el sufragio y las garantías mínimas de la persona humana, hasta la precisión de la naturaleza y de los fines del Estado, su concordancia y vinculación con el ser verdadero de la sociedad y su posibilidad de representar y guiar, de expresar y proteger los intereses perennes de la Patria.

También aquí, como en lo social, nada hay que autorice la conservación de una situación vergonzosa y degradante, nada que válidamente impida una reforma que es demanda unánime del pueblo y visible y premiosa necesidad. Y también aquí, como en lo social, la sinceridad, la precisión técnica y la limpieza, son condiciones indispensables. No mañosos retoques inoperantes, no ignorantes aventuras ni ensayos innobles; no, sobre todo, conjura para sostener el mismo viejo espíritu de fraude y de chicana.

Como la social, la reforma política integral demanda tiempo; debe ser meditada creación de instituciones; ha de ser obra lenta, tutelar y educativa; será también fruto de repetidas experiencias no siempre afortunadas. No se rompe en un día un estado de cosas creado en un siglo, ni en un día se construye lo que con empeño se ha destruido durante tantos años.

Siempre quedará labor pendiente para el esfuerzo de perfección. Pero sí hay una cosa que puede y debe cambiarse y cambiar luego radical y definitivamente: el espíritu de la vida pública. Poner la Nación y el Bien Común por encima de todo interés faccioso o parcial, matar el espíritu de falsificación y de chicana, exigir intransigentemente la autenticidad, acabar con el asesinato y la violencia, con el monopolio y el peculado.

Ya en nuestras instituciones actuales hay medios suficientes cuando sean aplicados con vigorosa rectitud, para restaurar la dignidad elemental de la vida pública, la responsabilidad del ejercicio del Poder y del ejercicio de las libertades. Y bastaría la simple aplicación del Código Penal para acabar con una degradación criminal hoy impune si no premiada, que sangra, empobrece y mancha a México, que irremediablemente impide la unidad y que nos llena de vergüenza.

Cambiar desde luego, sincera y radicalmente, el espíritu de la vida pública. Y con ello poner verídicamente manos a la obra más amplia no con la vanidad pueril de agotarla, sino con la viril decisión de ir la haciendo bien, limpiamente, de modo que en cada una de sus realizaciones concretas, grandes o pequeñas, se cumpla la decisión fundamental de verdad y de decoro, de servicio genuino a la Patria y al Bien Común.

Estamos aquí como estuvimos hace cinco años, porque hemos proclamado que la grave y magnífica responsabilidad de la suerte de la Nación, recae sobre todos. Como hace cinco años, alzamos la bandera de una doctrina intrépida, de verdades desnudas, que conoce la miseria y la angustia y las carencias de todo orden que abruman y han hecho desmedrada y trágica la vida nacional; pero que no las acepta, que se yergue frente a ellas y suscita y sostiene la voluntad de enmendarlas, de vencerlas.

¿Qué armas para esta lucha? Las únicas irresistibles: las ideas, los valores del alma. Ni tenemos otras, ni las hay mejores. Estamos para bregar, no para obtener. Ante nosotros hemos visto pasar y desvanecerse hombres y conspiraciones que habían obtenido o sólo eso se habían propuesto. Y hemos visto ante nosotros la desbandada y la caducidad de falsas tesis mezquinas al servicio de intereses parciales y transitorios, y la zozobra y desolación de los que “sirven a señores que se pueden morir”.

Nosotros levantamos, inmortal, nuestra fe en las esencias y el destino de México, y en el hombre redimido y capaz por ello de vida digna y suficiente aquí,

y de salvación eterna. No estamos para cercar y defender nuestro huertito, ni para redondear una capilla exclusivista de vanidades, ni por la jactancia de creemos capaces. Estamos para extender de nuevo a todos la invitación cordial y exigente –sólo cerrada para los simuladores y los logreros– a crear y fortalecer una opinión pública iluminada, resuelta, actuante, instrumento y camino para remediar los viejos males dolorosos de México –ignorancia y miseria, engaño y opresión– y para hacer frente a las horas críticas de confusión, de error y de violencia que amenaza al hombre y al mundo.

Hace cinco años nos reunimos en los días dramáticos del comienzo de la guerra. Quiera Dios que esta asamblea coincida con el fin de la tragedia y el principio de la paz justa y perdurable que anhelamos.



X

ANIVERSARIO

1943, 1946, 1949:

TRES GRANDES MOMENTOS DE UNA MARCHA ASCENDENTE

CAMPAÑAS REGIONALES Y NACIONALES

Días de prueba¹

La primera batalla de Acción Nacional, en escala nacional y propia, había sido ganada en orden al movimiento ciudadano. Verdad es que del volumen total de electores de la Nación, sólo un corto porcentaje se movilizó. Pero había sido suficiente para dar el triunfo a los primeros auténticos candidatos de oposición y para exhibir, en forma indudable, la falsía del régimen.

Se planteaba, para el pueblo y el Partido, una interrogación para el futuro: ¿maduraría en el corazón de México el naciente impulso ciudadano, permanecerían los electores fieles a la tarea permanente de reconstrucción del espíritu cívico, o bien, se frustraría otra vez la esperanza de redención política, se entregaría nuestro pueblo a otra desilusión más?

Muy laicas semanas de actividad nacional costó alcanzar una firme respuesta a la ecuación planteada. Porque no bastaban, para resolverla, las inmediatas respuestas que de aquí y de allá vinieron, espontáneas, sonoras,

¹ *La Nación*, núm. 414, 19 de septiembre de 1949.

de muy diversos núcleos ciudadanos y en muy diversas –y aun adversas– situaciones.

Ni un solo día se congelaron las actividades del Partido. Por el contrario: fieles en el cumplimiento del deber, tanto los candidatos, a quienes por asalto se les arrebató el triunfo, como los cuadros de propagandistas de todos los Comités Regionales, volvieron a recorrer los caminos de sus Distritos, preparando nuevas campañas. Muy largo sería enumerar las Municipales que se libraron en muchos de nuestros Estados. Chihuahua, Jalisco, Guerrero, Michoacán, Nuevo León...

Año tras año, en este o en aquel Estado se repitieron. Y cada nueva acción política, vino iluminando la respuesta –respuesta de México– a la cuestión –esencia– que representaba, ya con fuerza, Acción Nacional. Y la respuesta fue: en tanto que algunos núcleos burgueses o semiburgueses, buscaban una desesperada y más inmediatista salida a la responsabilidad política, cansados de pensar en una permanente militancia, dura, pero encendida dentro de las filas de Acción Nacional, los más alejados pueblecillos del país entendían con claridad la responsabilidad ciudadana y pueblos enteros, grupos valiosos de campesinos, de pequeños comerciantes de pueblos humildes y olvidados, pedían su ingreso en las filas del PAN; en tanto que las presiones políticas, más directamente ejercidas en las ciudades, lograban paralizar algunos grupos, por el campo de México se extendía, firme, ardiente, la convicción de que, sólo por el camino de organización abierta de ciudadanos, sólo una comunidad política, como la propuesta por Acción Nacional, serían base de construcción de un México nuevo.

Realización nacional

En otras palabras: que los pequeños grupos de profesionales y universitarios que iniciaron la formación del Partido, habían rendido ya el fruto de

una real, efectiva propagación nacional de sus ideas, y que la bandera empuñada en 1939 por unos cuantos, cada día más firmes en su convicción, se convertía en bandera nacional, apenas cuatro años después. Apenas cuatro años después, en verdad, la definición que pudo hacerse del Partido, en sus inicios –grupos de profesionales y universitarios– dejaba de ser fiel y, la realidad de México se imponía sobre desalentadoras profecías.

Con cuánta razón, a diez años de distancia, son risibles aquellos argumentos de críticos y publicistas que, presentes en el nacimiento del PAN, y de su desenvolvimiento solamente testigos de oficina y escritorio, continúan pensando como diez años atrás, sin advertir que la fuerza de la historia –y Acción Nacional son diez años de historia, ardiente y apasionada de México– ya tienen en su substancia, substancias vivas de México: Acción Nacional es, quiérase o no, un movimiento popular de sereno y profundo arraigo en la población trabajadora: sereno, por cuanto que no ha tenido banderas de demagogia; profundo, por cuanto que es vivido, no solamente en arranques electorales, sino en una continuidad heroica y callada, como se vive una convicción y una fe.

Este movimiento vino a confirmar, más hondamente después de la elección de 43, la reiterada falsedad de que nuestro pueblo se decepciona por una derrota electoral: el caso de Aguascalientes fue patente demostración en contrario. La campaña de 43 la dieron unos cuantos cientos que arrastraron, eso sí, a miles de ciudadanos. Mas, al año siguiente, al postularse Gobernador por el PAN, fueron miles los militantes del Partido, mirados y temidos por unos cuantos cientos de ciudadanos de la burocracia oficial y de la burguesía oficial, privada y timorata.

Y, así, en toda la Nación: en Michoacán, donde durante siete años, diciembre a diciembre, se han enfrentado los candidatos Municipales del PAN a los grupos de pistoleros del partido oficial, y donde cada día son más Municipios en combate; en Nuevo León, donde el Lic. Victoriano Garza Fernández y

el ingeniero Bernardo Elosúa, fueron los roturadores de las campañas políticas –el primero, como candidato a la Alcaldía de Monterrey, en 1942, y el segundo como candidato a Diputado Federal, en 1943–, y donde, a pesar del grupo de liberales que lanzaron la candidatura para Alcalde, en 1945 sostuvieron a don Manuel Barragán, Acción Nacional, sin candidato, realizó una brillante campaña de doctrina y de acción municipal que sirvió a los grandes núcleos regiомontanos para ilustrar su juicio en lo contienda electoral.

Carta de ciudadanía

La prueba, dura y fecunda, había pasado. Por en medio de todas las naturales dificultades de la época y de las trampas malévolas que, desde dentro o de fuera del régimen oficial, ponían los grupos políticos interesados en hacer imposible el camino del PAN, la única oposición seria y respetable que ha existido en México, llegó triunfante al año de 1946, año de campaña presidencial.

Para nadie era clara la perspectiva de la lucha. Había adquirido fuerza el ávilacamachismo. Pero aún contaba con indiscutibles posiciones el cardenismo. Se barajaban los nombres de José Agustín Castro, Henríquez Guzmán, Calderón y Alemán. Este último representaba la continuidad del ávilacamachismo; pero también era un “cachorro de la Revolución” prohijado por Cárdenas. El tiempo era difícil; pero, por eso, exigía una acción intrépida para situar la contienda en sus términos reales y dentro de un camino de verdadera reconstrucción del orden jurídico político de México.

Acción Nacional, “con fecha 3 de noviembre de 1945, convocó a su IV Convención Nacional”, otro “llamado a los hombres limpios de México, recordándoles el deber de participar en la vida pública”.

26 Delegaciones representaron la opinión nacional en esta extraordinaria Convención Política, con un total de 1207 Delegados Numerarios,

correspondientes a estas entidades: Aguascalientes, 30; Baja California, 1; Campeche, 2; Coahuila, 4; Colima, 7; Chihuahua, 25; Distrito Federal, 201; Durango 31; Guanajuato, 5; Guerrero, 203; Jalisco, 76; México, 8; Michoacán, 204; Morelos, 4; Nuevo León, 45; Oaxaca, 34; Puebla, 16; Querétaro, 38; San Luis Potosí, 53; Sinaloa, 14; Sonora, 5; Tampico, 21; Veracruz, 18; Yucatán, 13; Zacatecas, 6; y Comité Ejecutivo Nacional, 32.

El sábado 2 de febrero de 1946, a las 17:15, se inauguró esta magna IV Convención Nacional del PAN, presidiendo el licenciado Gómez Morin.

Lista de presentes. Al oír el nombre de Guanajuato, la Asamblea prorrumpió en delirante aplauso y vítores: “¡Viva León, miserables!”. Tocó su turno a Monterrey: “¡Abajo los cuñados!” –era la reprobación del régimen ya caído hoy de Bonifacio Salinas y Arturo de la Garza–.

Terminados los saludos, el Jefe del Partido leyó el acostumbrado informe –filípica formidable al régimen–, 23 cuartillas definitivas para el enjuiciamiento de esa época.

Se integra la Comisión de Programa; Presidente, Efraín González Luna y Secretarios Daniel Kuri Breña y Manuel Ulloa Ortiz. Y la Comisión Política: Presidente, licenciado Francisco Cordero y Secretario, Luis Calderón Vega.

A las once de la mañana del día siguiente, domingo 3, se abrió la Segunda Sesión Plenaria. El licenciado Kuri Breña da lectura a las ponencias de la Comisión de Programa: Plataforma de Principios y Programa de Acción. Surge la polémica. La espera y tensión de la decisión político-electoral no enfría el ánimo para el planteamiento de los problemas básicos de México.

Sobre el incidente electoral se afirman los programas totales, se trazan las líneas generales de la vida política mexicana. Ocupan la tribuna Velasco Zimbrón, González Luna, Calderón Vega, Pérez Rivero, Estrada Iturbide, Elorduy y Kuri Breña otra vez para fundamentar las ponencias que, con la modificación de “un tono mayor de combate en lo referente a Justicia Social”, es aprobada.

La Convención se constituye en Asamblea, conforme a la Ley. Es el primer Partido que, de acuerdo con la nueva Ley Electoral, ratifica su constitución ante la fe notarial. El licenciado Julio Sentíes extiende el Acta Notarial Número 16,689, que firman todos los representantes de las 26 Delegaciones del país.

El lunes 4 de febrero, a las 11:15, se inicia la Tercera Sesión Plenaria. Y, en ella, el debate político más intenso de la época.

El Secretario de la Comisión Política lee el Dictamen que, en su parte resolutive, dice: "...La Comisión Política propone a la Convención las siguientes conclusiones: Acción Nacional debe participar en las próximas elecciones constitucionales para la renovación de los Poderes Federales; y, 2, Acción Nacional debe proponer al pueblo de México Candidatos a la Presidencia de la República, para Senadores y para Diputados Federales".

Se plantea a la Asamblea la primera de las Conclusiones políticas.

Participación o abstención

Rígido, escueto, tajante, se plantea la disyuntiva crucial.

Calderón Vega: "Sólo en apariencia es absurdo que, quien ha leído un Dictamen, fundamente su voto contra él; pero, habiendo defendido mi opinión dentro de la Comisión, la defiendo, creo tener derecho a ello, dentro de este Pleno... No vengo a postular un abstencionismo estéril y suicida, sino una participación más austera, aunque menos clamorosa que las manifestaciones tipo 16 de septiembre, seguidas de un largo año de claudicaciones nacionales... La abstención organizada también es un método eficaz de acción y renovación política... Lo que ha engrandecido al Partido no son tanto sus luchas electorales, cuanto la prédica, sin desmayos, de su palabra diaria... Recojamos la enseñanza que nos da la tierra: "vivir es nacer lentamente".

Limón Lascurain: "...Yo pregunto: ¿acaso las libertades son dádivas o son conquistas?... Siempre quedarán a México dos caminos: el uno condenado

definitivamente por Acción Nacional, es el de la revuelta que destruiría al pueblo mismo; el otro, es el de la lucha ciudadana... La participación en la lucha presidencial es esencial... La Ley Electoral es pésima, ciertamente. Pero ¿mientras no tengamos una ley electoral genuina no hemos de participar en la lucha?... Es cierto que Acción Nacional se ha formado en el “Trabajo de todos los días, durante años, ¿por qué no hemos de hacerlo en el episodio de cada seis años?...”

Rojas Moreno: “El régimen se ha embriagado de poder. Y, en cada elección, como en el cuento de los ratones borrachos, grita: “¡échenme al gato!”... El régimen sólo en apariencia se adecuenta... en realidad, mantiene su política igual... En tales condiciones, el PAN debe abstenerse, pues la intervención sería echar al pueblo a que lo ametrallen o lo defrauden...”

Hernández Díaz: “...Es cierto que cualquier campaña electoral es un episodio pasajero... Pero no postulamos la participación electoral, para abandonar al día siguiente nuestra lucha. Antes y después del episodio electoral, nuestro trabajo será y es diario y permanente... Participar en esta campaña es fortalecer al Partido y atraer al pueblo... ¿Que el régimen tiene ya lista su maquinaria de fraude?... ¿Qué nos importa lo que piense o intente hacer el régimen?... Lo importante para Acción Nacional es resolver los problemas de México en las batallas que demos en la calle, en el taller, en el campo... Yo tengo plena confianza en nuestro pueblo que ya está apoyando y militando en las filas del PAN...”

Samperio: “No he recogido del pro ningún argumento substancial que contestar... Sería un error la intervención del PAN en la lucha electoral. Y, en política un error suele ser peor que un crimen... Al régimen le interesa, mucho más que antes, aparentar una pugna democrática; y la pugna no puede presentarse cuando los que se disputan el Poder son dos ex-Secretarios, hijos del régimen... Y si un Partido como el nuestro decidiera vestirse de arlequín... el régimen diría a las tres democracias –la democracia con rey, la democracia sin rey y el rey sin democracia–: ya tengo democracia en México...”

Israel González: “Si yo fuera diputado diría: Me adhiero a la proposición del compañero Samperio. Pero no lo soy y hablaré en contra... El pueblo quiere pelea... ¡Qué más quisiera el régimen que encontrar nuestra casa sola y a oscuras!... La Ley es una trampa; pero el pueblo de México ya no es un ratón para caer en ella... No hay que ir llorando detrás de la libertad, sino abrir brechas con las uñas si es preciso, para lograrla...”

Paréntesis

Y aquí el debate se bifurca en un paréntesis. Hasta estos momentos, era los cuernos de un dilema: abstención total o participación total. Pide la palabra Estrada Iturbide y propone, “en vista de las dificultades que se han palpado, la conveniencia de buscar mejores luces para ilustrar el criterio de todos, señalando concretamente las posibilidades del Partido, en el caso de que se aprobara la participación, especialmente en cuanto se refiere a personas”. Melo y Ostos protesta en vista de que la proposición de Estrada rompía la orden del día, ya que la proposición de candidaturas estaba acordada para después. Limón apoya a Estrada. Araujo Valdivia a Melo. Intervienen Kuri Breña, Gutiérrez Lascurain, Hernández Díaz, Elorduy. Para centrar la discusión, el Presidente propone: “Sé que hay en la Asamblea personas que estarían por la participación, y si se aprueban hombres adecuados para ella, y votarían por la abstención, si aquellos que se propongan no reúnen condiciones requeridas. Sugiero, pues, que se examinen todas las posibilidades: las de los hombres y, posteriormente, la de la participación con candidatos adecuados”. Es aprobada la moción.

Se enlistan candidatos presidenciales: González Luna, Elorduy, Preciado Hernández. González Luna pide se abra “un paréntesis dentro del paréntesis abierto”.

Habla González Luna

“Considero que se está procediendo a la enumeración de candidatos... con un criterio que debe ser rectificado... Yo pido a ustedes un esfuerzo de serenidad, de objetividad... para meditar lo que voy a decir.

“Hay una mecánica de la opción y una moral de la opción. Mecánicamente el hombre opta o decide simplemente dando libertad de movimiento a sus inclinaciones...; y hay una moral de la opción que consiste en escoger el camino obligatorio aunque sea cuesta arriba... Nosotros estamos obligados a optar no por entusiasmo ni por deseo... (sino) conforme a la ley moral de la opción... a una opción humana en presencia del interés de la Patria. Y porque el interés de Acción Nacional coincide con el bien de la Patria, yo afirmo que Acción Nacional no debe tener un candidato a la presidencia seleccionándolo de entre sus propios miembros...

“Nosotros necesitamos sacrificar sueños de victorias fáciles y rápidas. Acción Nacional no puede luchar sino por el bien de México... El signo de nuestras carencias y debilidad es el del exclusivismo faccioso y, el remedio, por tanto, tiene que ser el de la unidad nacional, a toda costa... preparatorio de un Estado Nacional. Pero un régimen de unidad nacional que no consiste, de ninguna manera, en una mezquina reconciliación de compadres... sino una unidad nacional que consista en la realización, en las alturas del Estado, en la realización, en integrar el Gobierno

de México, de ese principio de colaboración de todos los hombres de buena voluntad para la realización del Bien Común...

“...México exige y por lo mismo es nuestro deber darle una candidatura no partidaria. Presentarle como solución de la presente coyuntura política una candidatura de unidad nacional, de concentración nacional. Esto será lo único capaz de conjurar el siniestro de nuestra historia. El país sabrá que, después de siete años de esfuerzo... el Partido piensa, no en puestos para sus miembros sino en la colaboración de todos los hombres de buena voluntad de México”.

Luis Cabrera propuesto

“He concluido... Voy solamente a proponer un candidato que a mi juicio, puede ser propuesto por Acción Nacional al país como un candidato alrededor del cual se dé la batalla electoral próxima en nombre de la unidad nacional.

No necesito advertir que se trata de un candidato con muchas de cuyas posturas políticas yo mismo jamás he estado de acuerdo... un candidato que no es miembro de Acción Nacional y, por lo mismo, no suscribe íntegramente nuestros principios, aunque pudiera estar de acuerdo con la trayectoria general del Partido en su aspecto específicamente político... No sé ni siquiera si el candidato aceptará. Simplemente estoy señalando un nombre...”

Y lo señaló: y el señalarlo constituyó el “bombazo político” de la época. La prensa “cabeceó”: “Todo México sorprendido por la actitud del PAN”. “Los más encontrados puntos de vista provocó en los centros políticos el ‘golpe’ del Lic. Gómez Morin y sus huestes”. “Lo que sí es cierto es que, cuando Acción Nacional eligió al Licenciado Cabrera como su candidato, se

les cortó el resuello a más de cuatro”. “Apasionado debate en que se tomó la resolución”.

Si, el mismo señor Ávila Camacho, al conocer el acuerdo del PAN, saltó –físicamente– de la silla.

—“Se trata del Licenciado Luis Cabrera”, fue el remate del discurso, llamado con justicia “De Unidad Nacional”, de González Luna. Y desató el debate. Veinte manos se alzaron. Pero eran ya las 3 de la tarde y se citó para las 5 horas.

Se reanuda la presentación de candidaturas: Estrada Iturbide, Bernardo Elosúa, Teófilo Olea y Leyva y aun Véjar Vázquez, Ezequiel Padilla y Henríquez Guzmán. Estos dos últimos nombres fueron recibidos con silbidos de reprobación.

“Abierto este abanico de posibilidades”, se cerró el paréntesis y fue votada la participación en la campaña por 155 votos, contra 13.

Y violenta a veces, siempre encendida fue la discusión en torno a la personalidad y candidatura de Cabrera. Limón, Reyes Velázquez, Calderón Vega, Elorduy, Preciado Hernández, Garza Uribe, González Luna, Estrada, Ruiz Quijano, Aragón, dispararon flechas encendidas sobre el auditorio.

Por fin, llegóse a votación: Luis Cabrera, 153 votos; Véjar Vázquez, 2; 11 votos por la abstención. Fueron propuestos para integrar la Comisión que hablase con Luis Cabrera, González Luna, Elorduy, Melo y Ostos, Preciado Hernández, Filogonio Mora, Caballero, Coughland, Israel González y Hernández Díaz.

Habla Cabrera

A las 14:15, del martes siguiente llega Luis Cabrera. Era evidente que creía antes encontrarse con un grupo selecto de abogados y hombres de empresa. Fue manifiesta su sorpresa al advertir gran cantidad de obreros y campesinos

que, con grupos de todas las clases sociales, integraban aquella Convención de tres mil personas.

Cabrera respondió a su postulación con un discurso en el que señaló las más graves desviaciones de los regímenes revolucionarios. Era, en el fondo, un formidable programa de acción presidencial. Sin embargo, declinó su postulación:

“...Creo corresponder al honor y a la distinción de que soy objeto, anunciando mi decisión en forma precisa e inequívoca, de modo que no se preste a dudosas interpretaciones, en el sentido de que no puedo ni debo aceptar la postulación que de mi se hace para el cargo de Presidente de la República.

“...Ha sido para mi, motivo de honda preocupación el que mi renuncia no fuera a tomarse como una repulsa que hiriera los sentimientos de esta Asamblea, a que apagara los entusiasmos... Debo por el contrario manifestar que la aparición de mi nombre en el seno del Partido Acción Nacional la considero y agradezco como la más alta distinción que pueda conferirse a un ciudadano, y que la conservaré en la memoria como el más alto honor que se me ha conferido en mi vida...”

Deber cumplido

Herrera y Lasso contestó las palabras de Cabrera:

“...Por la casi unanimidad de votos hemos proclamado

candidato a la Presidencia de la República a don Luis Cabrera.

“Respetamos su decisión y no vamos a contrariarla; pero séanos lícito decirle que la mejor impugnación de esa negativa está en sus mismas palabras, pues ¿no acabamos de escuchar un programa cabal de un hombre de Gobierno... Por lo demás, amigos míos, no temáis; podemos repetir las frase de César: “la suerte está echada”. Nosotros hemos tremolado como bandera el nombre de Luis Cabrera. Mañana, frente a la negativa suya... el día de mañana, habrá de ser tan grande el clamor nacional que Cabrera acatará el fallo de la Patria...”

Gómez Morin agradecía a Cabrera su cortesía y su contestación y cerró el debate con frase de bronce: “Acción Nacional ha cumplido con su deber. A la Asamblea le toca ahora resolver sobre su camino”. Y, con un abrazo, se despidió a Cabrera.

La Asamblea aprobó el lanzamiento de planilla de Diputados y Senadores y pospuso, para la Convención de abril o mayo, la solución sobre la candidatura presidencial.

“Señores” –concluyó Gómez Morin–: “estas decisiones tienen siempre la bendición de arriba. Hemos cumplido con nuestro deber. Vámonos tranquilos y contentos”.

Ante el desconcierto de los críticos de balcón y escritorio, Acción Nacional había obtenido de la expectación pública, de los desorientados grupos oficiales, de la intensa vida nacional de aquellos momentos, su cartilla de Ciudadanía. Desde aquel día, el PAN operaría, en forma definitiva y a las veces decisiva, en las líneas generales de la política nacional.

Militancia permanente

Así fue. Después de varios escauceos, don Luis Cabrera declinó definitivamente su candidatura. A fines de abril lo confirmó al PAN. Este enfocó sus esfuerzos a la vigorosa campaña al Congreso nacional. Por primera vez en México, el pueblo entendió la trascendencia de la función de las Cámaras y, por primera vez por eso mismo, la elección de Diputados y Senadores no fue polarizada por las candidaturas presidenciales: los Candidatos de Acción Nacional polarizaban ellos mismos el interés político de la Nación, determinando, en cada Distrito, el tono y los términos del movimiento político de 1946.

El PAN postuló a 23 Senadores de “unidad nacional” y apoyó a 4 de otro partido –FP–; postuló a 59 Diputados propios, y apoyó a 18 de aquéllos. Sólo 4 Diputados de Acción Nacional fueron reconocidos por la XL Legislatura. Pero nunca partido alguno había dado tan alta lección política como la dio el PAN en la tribuna parlamentaria, en defensa de sus candidatos. González Luna, Gómez Morin, Herrera y Lasso, Molina Font, diez figuras más trituraron la baja, reptante “ideología” postulada por el régimen.

Tan definitiva así fue la lección, que inmediatamente dio un viraje el timón oficial. Aceptó, por táctica, la tesis de “unidad nacional” y desde aquel momento, en elecciones de Diputados Locales y Alcaldes, el partido oficial busca fuera de sus filas a hombres “honorables” que salven, con su prestigio personal, al decadente partido. Muchos “hombres de arraigo” son seducidos por la voz de la sirena y sólo sirven para encubrir nuevas farsas y para enlodarse ellos mismos. Porque “unidad nacional” es una verdad total o es una trama de compadrazgos indignos como hasta la fecha la ha realizado el grupo oficial.

Con inalterable continuidad y madurez, el PAN continuó su vida política. El año del 47, en tanto salvaba el decoro de la Cámara con las brillantes

batallas de sus Diputados –cuya trayectoria y trabajos legislativos señalan nuevos rumbos a México–, Acción Nacional puso énfasis en el “rescate del Municipio”. Su Convención Nacional sobre el Municipio entregó a la opinión pública el más fecundo programa de redención municipal y amplió las perspectivas y las esperanzas de acciones más concretas para la vida de los grupos rurales de la Nación. Quiroga fue el primer Municipio ganado a la rapiña oficial; Zamora, también en Michoacán, había sido la primer Curul obtenida en Congresos Locales.

Mas supera toda categoría política hasta entonces alcanzada en la lucha, la campaña municipal de Nuevo León, librada en 1948. Veinticuatro Municipios movilizados, en dos etapas técnicamente delimitadas –para ejemplo definitivo–: la movilización del pueblo para la colaboración en un Programa para cada Municipio, y la postulación de candidatos a la medida de aquellos esquemas concretos y realistas de trabajo. Monterrey dio ejemplo de disciplina cívica. Y, desesperado el cacicazgo nuevo leonés, a cambio de la Alcaldía regiomontana, sacrificó torpemente –afortunadamente para Nuevo León– todas las posiciones tradicionales del caciquismo aquí.

La batalla federal –y la brillantísima de Antonio L. Rodríguez, como candidato al Gobierno de Nuevo León– de julio pasado, es la última etapa de esta corriente histórica que va llevando a México hacia la consecución de un Estado de Derecho. Este –frustrado en sus orígenes por un siglo de usurpación de los puestos públicos– no se crea desde la altura del Estado, sino desde las plazas públicas donde las libertades del pueblo entran en juego y determinan la vida política. Hasta antes de Acción Nacional, nuestro pueblo había abandonado su puesto de guardián de aquéllas. Acción Nacional, al reconquistar Plazas y calles, ha puesto la base del Derecho del Pueblo.

Puede el actual régimen mantener aún por más o menos tiempo, la tensa y artificial estructura del actual “Estado Mexicano”; pero lo cierto es que ese mismo Estado, que reprime todo esfuerzo político, está siendo ya

determinado, en sus procesos –lentos, pero reales– por la voluntad popular. Y ya hay signos positivos de cambio de rumbos que son signos negativos de la corrupción y del fracaso de la política de facción, y son viejos ya.

Una sola voz que se alce en el recinto parlamentario será suficiente, si es acenso de las voces múltiples que se escuchan en todas las plazas y en todos los pueblos de México. En tanto en la palabra del pueblo, el “verbo” nacional, siga latente y claro, y permanezca sonoro y alto, el destino de México está preñado de esperanzas.

Y la tarea de Acción Nacional es esa, la del principio, la de siempre: “mover las almas” hacia la realización de una tranquila convivencia en el orden temporal, para salvar los destinos eternos del hombre.



XX

ANIVERSARIO

SIGNIFICACIÓN POLÍTICA DEL PAN

*Rafael Preciado Hernández*¹

Es un hecho, de fácil comprobación en nuestra historia, que el pueblo mexicano siempre ha sabido moverse por ideales limpios, nobles y levantado, lo cual explica su generosa adhesión al mensaje político de Acción Nacional, que es una síntesis sencilla, humana y realista de las más legítimas aspiraciones de nuestra nación: y no sólo anhelo justificado, sino también necesidad apremiante y exigencia inaplazable de que México viva y disfrute las instituciones políticas a que tiene derecho, en su calidad de miembro de esa comunidad de naciones de estirpe cristiana, heredera y responsable de la civilización occidental.

El mensaje político de Acción Nacional se nutre de la savia que ha vivificado y hecho grandes a los pueblos de Occidente. Proclama y exige que en nuestra vida pública se reconozca y garantice efectivamente la dignidad de la persona humana, la dignidad de todos y cada uno de los mexicanos, por modestos que sean: y que el poder político lo ejerzan gobernantes designados mediante elecciones auténticas, y no para explotar y oprimir al pueblo

¹*La Nación*, núm. 937, 27 de septiembre de 1959.

en beneficio de una facción, sino para promover y realizar el bien común. En pocas palabras: que el Estado se someta y sirva lealmente a la nación, y el gobierno al pueblo, que es en lo que consiste la verdadera democracia.

El mensaje de Acción Nacional es esencialmente, sinceramente democrático. No contiene promesas de un caudillo –y ni siquiera de un partido– al pueblo. Es una invitación y también una exigencia, dirigida a todos los mexicanos de buena voluntad para que libremente, responsablemente, nos pongamos a construir la patria que todo hombre bien nacido desea para sus hijos.

En esto radica la esencia de la democracia: en que los pueblos, conscientes de su destino, de sus deberes y de sus derechos, asuman la responsabilidad del poder público, del gobierno, de la autoridad política, para asegurar a todos y a cada uno de los miembros de la comunidad, el respeto a su dignidad personal y a sus prerrogativas esenciales, y su participación –como carga y como beneficio– en el bien común.

Por eso Acción Nacional ha proclamado desde su nacimiento, que la verdadera democracia comprende dos aspectos igualmente importantes e inseparables: por una parte, una técnica o procedimiento, un método o camino; y por la otra, una doctrina de fondo, meta o finalidad. La técnica de la democracia consiste en que el pueblo designe realmente a sus gobernantes y ejerza vigilancia y control sobre ellos: y la doctrina de fondo de la democracia está constituida por los valores o fines supremos que la civilización occidental, que es de estirpe cristiana, asigna al Estado y a la autoridad política, fundándose en la naturaleza del hombre y de la sociedad, o sea: la dignidad eminente de la persona humana, sus prerrogativas esenciales, la seguridad jurídica, la justicia social, y el bien común. Por tanto, la auténtica democracia, ni se reduce a un régimen electoral que permita a las mayorías designar a sus gobernantes, ni consiste simplemente en que el gobierno realice obras que beneficien al pueblo. La democracia requiere ambas cosas: que sea el

pueblo quien elija o designe efectivamente a sus gobernantes, los vigile, los oriente y los controle; y que esta participación del pueblo en el gobierno tenga como objetivo establecer y mantener un orden social justo, que trae siempre como añadidura paz, bienestar y prosperidad para todos.

Con este ideario político que Acción Nacional ha difundido por todos los ámbitos de México, y con la organización que ha creado a costa de inmensos sacrificios y en contra de la obstinación cerrada del gobierno, no es exagerado sostener que nuestro Partido ha logrado cambiar el signo nefasto de la historia política de nuestra nación; pues ese signo nefasto se traducía en indiferencia y desdén, por parte de los gobiernos facciosos, respecto de los problemas del pueblo, y en indiferencia y desdén, por parte del pueblo, respecto de los problemas del gobierno. Estas dos actitudes erróneas produjeron un divorcio, cada vez más profundo, entre el Estado y la Nación.

La teoría constitucional que adopta para México una forma política democrática, representativa y federal, y la realidad de nuestra vida pública, que pone en práctica procedimientos totalitarios. Claro está que los gobiernos facciosos siguen desenteniéndose de los problemas y de las aspiraciones justificadas del pueblo: pero en éste se ha dejado un cambio que será de consecuencias valiosísimas para el futuro de México: ha comprendido prácticamente que no puede seguir despreciando y rehuir toda participación en la vida pública, porque la política nos afecta a todos, para bien o para mal. Y por eso todos debemos luchar porque se respete lo voluntad del pueblo en la designación de sus gobernantes, ya que sólo así México podrá contar con gobiernos legítimos, aptos y honrados, que sean capaces de construir un orden social, justo y abundante para todos los mexicanos.

A veinte años de su fundación, Acción Nacional ya no es una mera esperanza prendida en el corazón de México, sino una realidad presente en la conciencia nacional, y una fuerza social operante en la vida política de la Nación.

LA VIDA DE ACCIÓN NACIONAL

Manuel Gómez Morin

Hace veinte años, por estos días, después de casi un un año de trabajo para crear los comités organizadores en todos los Estados de la República, se reunieron en esta Ciudad, la Asamblea constitutiva y la primera Convención de Acción Nacional.

Esas reuniones serán inolvidables para quienes tuvieron el privilegio de asistir a ellas. De todos los ámbitos del país, delegaciones libres concurrieron a examinar en conjunto los problemas nacionales básicos, a dar testimonio de fidelidad a las convicciones esenciales de nuestra cultura y de nuestro ser como personas y como Nación, a crear una Organización resuelta a perseverar en una tarea que desde entonces fue definida como permanente: la de defender las libertades sin las cuales ni los hombres ni los pueblos pueden vivir dignamente y cumplir su destino, la de proclamar como deber inexcusable y como irrenunciable derecho la participación de todos en la vida común, la de dar substancia y vida reales a las instituciones que deben regirnos.

No es visión de la realidad de México frustrada por partidismo, sino el esfuerzo para captarla en su integridad, en lo oscuro y en lo deslumbrante, y así entenderla y en ella fincar el amor a México requerido para el cumplimiento del largo y difícil propósito. No el planteamiento de los problemas nacionales para soluciones de interés parcial, sino para la definición y el cumplimiento del bien común. No el apetito del Poder, sino el duro e infatigable esfuerzo para darle autenticidad de origen, genuina capacidad de ejercicio y constante subordinación a la Nación verdadera.

Todo para convivencia y esfuerzo constantes: no para el análisis remoto ni el consejo lejano ni la lamentación murmurada, sino para el diálogo responsable, la crítica abierta, la sugestión positiva y también la exigencia apremiante, la protesta inflexible y el no compromiso en todo aquello en que es deserción criminal.

Después, durante veinte años, un continuo esfuerzo: superior a la fatiga, al riesgo y a la náusea. Labor de todos los días contra la impreparación ciudadana, la inercia y la desconfianza, frutos de tantos años de una mala tradición de ausentismo político. Lucha contra el grupo encaramado en el Poder que se sucede en él indefinidamente por el abuso del mismo Poder, por el camino del fraude y por la presencia de la fuerza. Luego, quizá en más ruda prueba, lucha contra el reblandecimiento, la abdicación o la complicidad abierta de muchos de los más obligados a la comprensión y al esfuerzo.

Los cuadros iniciales, apenas pequeños núcleos de pensamiento y de acción, entonces objeto de burla despectiva de los poderosos –eran “los intelectuales y los idealistas” desdeñables de Acción Nacional–, por la palabra sincera e iluminante y por el ejemplo de patente desinterés, fueron ampliándose, echando los puentes para llegar a todos los ambientes sociales a todos los rumbos de la Patria y vincularlos en la convicción y en el anhelo comunes. Nuevos comités, grupos nuevos de militantes, asambleas y convenciones locales, regionales, interregionales y nacionales: círculos de

estudio, conferencias, distribución de millones de piezas de propaganda, tan modestas materialmente como ricas de espíritu y de orientación. Trabajo inagotable para formar el espíritu cívico, darle voz y estructura contra todas las fuerzas de inercia y todas las presiones de fuera. Los cuadros, cada vez más desbordados por la creciente militancia, y el nombre y las convicciones del Partido cada vez más cerca de la inteligencia y el corazón del pueblo. Y de su decisión y su esperanza.

No a ciegas, sino bien a sabiendas, y diciéndolo siempre así, de que el esfuerzo ciudadano se enfrentaría irremisiblemente con la maquinaria de falsificación y violencia del gobierno. Centenares de campañas municipales, campañas para congresos y gobiernos locales, campañas para diputados y senadores federales y campañas presidenciales. Ocasión insustituible para subrayar carencias y presentar programas, señalar errores y denunciar abusos, hacer patente e innegable el dolor y la vergüenza de la imposición y el fraude electoral, raíz de nuestros problemas. La presencia de unos cuantos diputados en el Congreso, dando testimonio muchas veces brillante y siempre al servicio de México, de lo que podría ser la representación auténtica. Numerosas iniciativas básicas para México, en muchos casos ni siquiera dictaminadas y en otros rechazadas por el voto esclavizado de la mayoría.

La conspiración oficial cerrándose cada vez más, mientras mayor y más resuelta la participación ciudadana, para no dejar resquicio alguno de posibilidad de respeto al voto, hasta llevar a la monstruosa actitud de 1958 que fue caracterizada en la torpe e insolente expresión oficial de todas horas y a los recientes atracos de Yucatán, Zacatecas, Chihuahua y Baja California, muestras de irracionalidad, de intolerable desdén al pueblo y al derecho, de ciega incomprensión del tiempo y de la circunstancia en la República y en el mundo, y de criminal desprecio del interés de México y de su destino.

Esta situación de la vida pública oficial, denota el fracaso del esfuerzo cívico de veinte años. Así desesperadamente quiere hacerlo creer el gobierno,

y así lo afirman los que están urgidos de justificar su conformismo. Pero la verdad es que en la evolución social de México en estos veinte años, el perseverante esfuerzo cívico ha llevado a la política del régimen a desembocar en el pantanoso estuario actual. Toda la estridente propaganda, todas las reiteradas manifestaciones de fuerza, las repetidas violaciones de los derechos elementales, el griterío nacionalista contradictoriamente aparejado a la angustiada gestión de apoyos de fuera, el reconocimiento ineludible de los robos, abusos, despilfarros y errores de la administración con la compungida promesa de que “ahora sí” los propios culpables o sus herederos y cómplices van a ponerle remedio, son manifestación y testimonio de derrota.

Derrota irremisible del sistema que partiendo del robo de votos, de la sustitución de las instituciones con una mera simulación formal fraudulenta, apoyada en connivencias de intereses y de fuerza, ha sido y fatalmente será incapaz de entender y plantear verídicamente las necesidades y los problemas de México, de encontrar y revisar con limpieza técnica y moral las soluciones y los remedios adecuados.

Se impone una reforma. La reforma postulada a lo largo de estos veinte años. Comienza por la creación de un sistema eficaz de garantía y respeto del sufragio para la instauración legítima de las autoridades y la vigencia real de las instituciones básicas. Debe continuar con un verdadero programa de crecimiento de México no sólo para alcanzar las metas de suficiencia económica, sino las esenciales de la libertad responsable y la justicia. Tendrá que extenderle al conocimiento entrañable de la verdadera realidad histórica y actual de México y a la proscripción de la mentira sectaria y de la negación y la persecución injustas que irremisiblemente desgarran la Nación. Deberá apoyarse siempre en el cumplimiento de esa inmensa obra educativa que a todo trance ha querido retardar o desviar el grupo en el Poder: en la formación cabal y firme de una conciencia ciudadana y en la sincera formación eficaz y actuante, de los valores espirituales y de las

instituciones sociales que de verdad nos son comunes y constituyen el ser mismo de la Nación.

Más aún: será consecuencia inescapable de la mera dinámica del crecimiento de México. De entenderlo así y hacer la renovación racional y orgánica, o de no entenderlo y diferir u oponerse a esa reforma, o creer que se puede sustituir por la simulación y la violencia, la propaganda o la corrupción, depende la suerte de México. La inmediata, de estos años que estamos viviendo, y el destino.

Por ello, más que hace veinte años, es hoy deber imperioso, responsabilidad magnífica, posibilidad insustituible de todas las mujeres y los hombres de México, conocer sus carencias y el origen de ellas y alzar sus exigencias justificadas, y levantar la bandera de sus principios perennes, y organizarse en torno de ella y saber que su miseria o su suficiencia, su bienestar o su angustia, la paz o la violencia, el porvenir de los suyos y el bien de México, están en juego.

LOS FUNDADORES DEL PARTIDO: CUATRO JEFES, CUATRO ETAPAS

Gilberto Moreno

Hombres y etapas

En sus fecundos veinte años de vida, Acción Nacional ha tenido cuatro Jefes Nacionales, quienes han venido representando las distintas etapas progresivas del Partido e imprimiendo a ellas su sello personal.

Hay variedad de estilo en el mando, pero también una continuidad armónica. Cuando, en el leve paréntesis que nos permite este aniversario de la infatigable tarea, repasamos el en verdad breve pasado, tenemos la impresión cierta de que cada uno de esos hombres ha sido el más indicado para encabezar el esfuerzo en la hora correspondiente, y los requerimientos de cada época se nos aparecen en tal forma identificados con las cualidades de cada jefe, que, con la esperanza cumplida, se reafirma nuestra fe en los designios providenciales obrando indefectiblemente en la salvación de México.

Al paso del tiempo, esas felices coincidencias ya nos parecen obvias, pero constituyen una lección de estimulante gozo, y con esta memorable ocasión tratamos de prenderlas, de apuntarlas, así sea con la limitación de

trazos que impone la rápida revisión de antecedentes contenidos en algunos de los innumerables documentos del Partido.

No intentamos, pues, pergeñar semblanzas que otras ocasiones se han hecho en *La Nación* –con mayor o menor acierto– sobre esas cuatro figuras señeras; tampoco pretendemos presentar un balance de la obra realizada por esos cuatro dirigentes de la Oposición Nacional. Simplemente, deseamos recordar la sucesión de la unidad histórica que, por otra parte, y por fortuna para México, se ha venido repitiendo, correlativamente, en las demás jerarquías de los que comparten la responsabilidad y el honor en la marcha ascendente del PAN hacia su destino histórico.

La fundación: Gómez Morin, doctrina y programa, idea y acción

La Primera Jefatura Nacional del PAN se inició en febrero de 1939, con los trabajos preliminares para la Asamblea Constitutiva del Partido (que habría de celebrarse del 14 al 17 de septiembre del mismo año), y terminó el 17 de septiembre de 1949.

Diez años de la vida de México, desde la destructora demagogia del cardenismo hasta los primeros años del avorazamiento alemanista, pasando por el sexenio esterilizador del ávilacamachismo. Eso en lo oficial. Acá es la época de la siembra.

Enfrentamiento a tres regímenes presidencialistas; confrontación con una diversidad profusa de problemas y circunstancias externas al Partido, y necesidad de ir cubriendo las etapas del desarrollo interno: la fundación en días aciagos, la supervivencia tras el desastre almanista, las primeras escaramuzas electorales, los programas de acción política, el aprovechamiento de los triunfos iniciales para aplicar los iluminados proyectos de

administración y legislación del Partido, el afianzamiento de los cuadros y la preparación de la oficialidad a fin de asegurar la continuidad de la obra y transmitir el mando, para lograr frutos permanentes y definitivos.

Toda esa ingente labor, apenas imaginable en la enunciación anterior, hubo de requerir del fundador de Acción Nacional, Lic. Manuel Gómez Morin, la entereza sin tregua de todas sus magníficas potencias, a la magnitud de esa larga, amplia, variada y tremenda tarea del principio correspondieron siempre, gracias a Dios, la disposición generosa de sus dones espirituales y facultades físicas y mentales de asombrosa eficacia. Cuando alguien reposa lo hecho por el Maestro Gómez Morin en Acción Nacional, sin contar sus realizaciones en otros vastos y exigentes campos de la actividad humana –vida cultural, ocupación profesional–, no puede menos que admirarse.

Pero, si salimos del ámbito político-social, si queremos encontrar lo más característico de su jefatura y de su magisterio, podemos definir su etapa por los dos afanes principales que habrían de calar más hondo en la vida pública de México: la difusión de la Doctrina del Partido y su aplicación práctica –Plataformas Políticas, Programas de Gobierno– a la realidad concreta de México.

Desde los primeros días, la intuición y el dinamismo espiritual de Gómez Morin iban a vertir los profundos reclamos de la Nación expresados en el Acervo doctrinario del PAN en fórmulas de acción inmediata y de fondo: “Hay que mover las almas”, dijo con sencilla pero fulminante convicción. Los olmos se movieron, y se conmovieron los limpios sentimientos de la Nación.

Con el cincel de su fe, el Fundador esculpió en los cimientos de la obra esta otra decisión: “Bien pronto veremos a los que creen solamente en la eficacia de los apetitos de las fuerzas materiales, cómo aquí se comprueba una vez más la verdad eterna de las ideas, los valores del alma, los únicos que pueden señalar solución verdadera y real para los problemas sociales,

abrir destino y porvenir a las Naciones y mover a los hombres a la acción verdadera y ardiente hasta el sacrificio”.

Ante la inminencia de la alta marea caudillista del almanismo, claramente advirtió: “Que no haya ilusos ni desilusionados”. Después del fracaso, esa fórmula salvadora habría de servir mil veces más.

Por lo pronto, ya estaba en circulación el primer “Programa Mínimo de Acción Política de Acción Nacional” y, a partir de entonces, todos en México comprendieron que había nacido una nueva forma de hacer política, que ésta empezaba a adquirir su verdadera y noble dimensión de servicio del Bien Común.

Para la cimentación doctrinaria, al unísono de la difusión de los programas de acción, Gómez Morin aprovechó todas las tribunas con extraordinaria adaptación a ellas: convenciones, plazas públicas, periodismo. Su relampagueante presencia en la tribuna del Congreso de la Unión –entonces sí la más alta del país–, le sirvió también para exponer la doctrina y el programa de Acción Nacional entrañablemente expresados en síntesis magistral.

**La permanencia:
Gutiérrez Lascurain, organización electoral,
firmeza y lealtad**

“Ayer, al designarme el Consejo Nacional Jefe del Partido, mi primera reacción fue de no aceptar el puesto que se me ofrecía. El conocimiento claro del sacrificio que ha representado para el Lic. Gómez Morin el ser jefe del partido, y que debe seguir representando para los sucesivos jefes, me acobardó. Pero el segundo pensamiento me trajo a la memoria que Dios existe, que existe México, que existe Acción Nacional, y se acabó la cobardía y acepté...”

Con las anteriores palabras, el Ing. Juan Gutiérrez Lascurain tomó en sus manos la bandera de la jefatura nacional del PAN. Ello ocurrió al mediodía

del domingo 18 de septiembre de 1949 durante las celebraciones de la VIII Convención y la IV Asamblea nacionales a las que asistieron 3 mil delegados.

El Ing. Gutiérrez Lascurain que de la gloria de Dios goce (murió el 6 marzo de este año, en un infortunado accidente aéreo que nunca nos cansaremos de lamentar), reunía las condiciones precisamente necesarias para la grave tarea a que lo llamó la decisión de su Partido. Después de la brillante gestión del Fundador, aquello de sucesión en la jefatura ofrecía el aspecto de una responsabilidad espectacularmente irremontable. Pero Juan, como le decían los que más le conocieron, con el nombre sencillo de tantos otros Juanes, grandiosamente –ejemplares– llevaba en sí la dosis de humildad que supo equilibrar con una consciente compenetración de la dimensión del cargo que, como dijera Efraín González Luna, “desempeñó con la misma serena igualdad de ánimo y con la misma maestría en la reducción de lo inusitado a lo ordinario, de lo excesivo a lo normal, que fue su admirable secreto”.

Fueron 7 años de intenso batallar. Ocurrió dentro de ellos la primera campaña presidencial del PAN. Que vale decir: la primera batalla total que la oposición daba en la República con candidato propio (González Luna, 1952). Se efectuaron también la campaña federal de 1955 y otras varias para gobernadores, diputados locales y municipales, cada año en mayor número. Convenía aprovecharlas para la difusión doctrinaria, para la formación de nuevos comités, para el ejercicio ágil de la ciudadanía. La acción indeclinable se mostraba agobiante. Afortunadamente, Gutiérrez Lascurain estaba perfectamente preparado para ella. Por una parte, su carácter recio, jovial siempre y su despierta inteligencia para captar las situaciones con rectitud; por la otra, su larga experiencia de organizador (digamos que más que larga, fecunda, pues por esas dotes –muy adecuadas en un ingeniero civil que empezó a ejercitar a temprana edad–, ascendió rápidamente en puestos de responsabilidad en diversas actividades sociales y profesionales).

A los 32 años, después de haber militado en la ACJM y de haber realizado

sus primeras obras importantes como constructor, entró a Acción Nacional en la campaña de 1943. A la siguiente, en 1946, se convirtió en el primer diputado auténtico del glorioso baluarte panista que es el distrito de Santa María en esta capital. Su talento de organizador y de estudioso le permitió desempeñar con desahogo y acierto la dignidad de legislador. Sus intervenciones en la Cámara figuran en el Diario de los Debates y en los anales del Partido como demostradoras del conocimiento que adquirió en ese campo completamente nuevo. Fue el mismo talento el que lo llevó aun dentro de su período congresional a la Jefatura Regional del PAN en el DF, empleándose a fondo en la dirección de la campaña federal de 1949. Y, finalmente, apenas terminada su labor de diputado, llegó al máximo puesto de mando dentro del Partido, nombramiento que él calificó como “el más alto honor que puede recaer sobre un mexicano”.

Se alejó definitivamente de esta vida un poco más de dos años después de entregar el mando al sucesor, pero dejando el testimonio, no sólo de haber recibido tal honor, sino de haber honrado él mismo, con su perseverancia en las victoriosas campañas, con su lealtad a los principios y a los jefes y compañeros de armas, muchos años de la vida de México.

La madurez:

Ituarte Servín, crecimiento y renovación, energía y valor

El 14 de octubre de 1956, tomó posesión de la Presidencia del Comité Ejecutivo Nacional del PAN, Alfonso Ituarte Servín.

Las campañas dadas en tiempos de Gutiérrez Lascurain habían llevado la voz del Partido a muchos confines de la República. Y había necesidad de afianzar los cuadros acrecentados de la organización, y dar el estirón final que cubriera todo el mapa del país con el firme establecimiento de nuevos cuadros. Se imponía también, por el gran número de nuevos miembros –que

después aumentaría mucho más—, una reorganización interna. A pesar del relativamente corto tiempo de duración de esta tercera Jefatura Nacional del PAN, Alfonso Ituarte —cuya gran estatura física es como analogía de su estatura moral: generoso hasta el sacrificio, de vigorosa inquietud realizadora— cumplió sobradamente con su cometido.

La firmeza de su personalidad de fogueado luchador por las mejores causas de México, su tenacidad, lo habían llevado a ser uno de los más destacados integrantes de la IV Diputación Federal de Acción Nacional. Esto y su limpio servicio al ideal democrático, le captaron de inmediato las simpatías generales del Partido, que lo convirtió en su tercer Jefe.

La prueba difícil para ejercitar sus aptitudes se presentó y fue aprovechada magníficamente por la campaña presidencial de Luis H. Álvarez. Ahí se multiplicó incansablemente. Lo mismo se le veía enterándose y coordinando la marcha general de la campaña en todo el país —la primera y más extensa dada por el PAN—, completamente solo frente a las fuerzas del Gobierno, que participando como orador en los múltiples y populares mítines de la gira del candidato presidencial.

Fue como una tormenta que limpió los cielos de México y acreció las esperanzas de la Patria: en medio de esa tormenta, y después de ella, Ituarte tuvo las energías suficientes para organizar debidamente la afluencia de los nuevos raudales de la ciudadanía libre. Y le dio cauce y estructura, firmó y promovió, entre otros procedimientos, reorganizando nacionalmente, a dos de las fuerzas principales de Acción Nacional: la Juventud y los nutridos grupos femeninos.

Cuando asumió la jefatura, Alfonso Ituarte había dicho: “Por cuanto a mi hace, ofrezco por mi honor, por mis hijos, que cumpliré”. Y al propio tiempo, declaró: “estaré vigilante siempre porque todos los dirigentes del Partido, los militantes de él, los miembros de todos los cuadros, de todos los organismos, especialmente del Comité Nacional, cumplan también, entregándose

generosamente. Es éste un preludio, un anticipo de la victoria total. Vayamos, pues, a la victoria total, entregándonos a Acción Nacional”.

Tres años después, durante la IV Convención Nacional, el Jefe Ituarte pudo declarar con satisfacción: “Frente a mi responsabilidad y mi conciencia, creo haber cumplido en la medida de mis capacidades”.

En efecto: entregaba una organización fortalecida y madura, unida y valientemente emprendedora, su etapa, la caduca moral del régimen había recibido golpes que le habían desprendido la careta de legitimidad y democracia. Nuevos caminos se habían emprendido, como Ituarte lo expresara sagazmente, en este preludio de la victoria total, al que él supo entregarse generosamente.

Testimonios hacia el futuro:

González Torres, Democracia Social Cristiana, autenticidad

A partir del 21 de marzo de este año, el Partido Acción Nacional tiene un nuevo líder, su IV Jefe Nacional: el Lic. José González Torres, vigorosa personalidad, con prestigio internacional conquistado en la Presidencia de Pax Romana

Como hace 20 años lo hiciera Gómez Morin, recibe la carga de una gran responsabilidad social y política en momentos especialmente difíciles para la suerte del país. Nuevamente, como entonces, las peores formas de descomposición en las capas directoras “de la sociedad y de cerrazón facciosa en la bien determinada banda oficial, cubren con su sombra siniestra el rostro de la Nación que, no obstante –también como entonces– no quiere renunciar a la esperanza”.

Y algunos cambios significativos en las ocasiones anteriores, la entrega, el cambio de manos del estandarte ha sido simbólico: un abrazo. Esta vez en Domingo de Ramos, González Torres ha recibido de Ituarte una bandera real,

la Bandera Nacional. Ituarte la ha tomado de uno de los grandes militantes graduados en el Instituto de Capacitación Política del PAN: después, el nuevo Jefe la ha colocado bajo la custodia del Comité Nacional.

Los precandidatos a ocupar el puesto de honor y sacrificio han sido en mayor número que nunca: nueve; sobra de dónde escoger, y en la sesión del Consejo Nacional se han discutido las proposiciones con calor. Pero, finalmente, la mayoría abrumadora es casi unanimidad a favor del indiscutido líder cristiano.

Mucho y bueno se sabe de sus antecedentes de combatiente social y de sus cualidades personales. De su jefatura, poco aún para decirlo ahora, porque apenas empieza; pero ya ha probado su eficacia durante un breve interinato, por licencia concedida a Alfonso Ituarte a fines del año pasado, y con su esforzada labor de estos primeros meses.

Las cárceles de distintas partes del país se llenan de presos políticos, de jefes y miembros de Acción Nacional, de simples ciudadanos. Pero han ido a parar allá, no por causa de movimientos políticos anárquicos, sino por la persecución ejercida por una Dictadura oligárquica contra “todos aquéllos que, sin prejuicios, resentimientos, ni apetitos personales, quieren hacer valer en la vida pública su convicción en una causa justa, clara, definida, coincidente con la naturaleza real de la Nación y conforme con la dignidad de la Persona Humana”.

Los que suciamente manosean ideas sobre Justicia Social y sobre el sentido espiritual de la cultura de Occidente, han empezado a sentir los latigazos de la autenticidad esgrimida por el nuevo Jefe Nacional del PAN, quien principió su labor en el pleno fragor de las batallas electorales de Chihuahua, Baja California, Zacatecas, Veracruz, etc.: y de quien son estas palabras iniciales de ardiente veracidad:

“Quiero que mi primera palabra sea la más trascendental, la que implica la entrega sin desviaciones, total: acepto. Acepto la jefatura del Partido porque

creo en la miseria del hombre, pero creo también en la capacidad de redención. La cruz es mejor llevarla por la buena que por la mala, y yo prefiero llevar ésta jubilosamente, alegremente, porque sé que esa será la forma mejor de seguir contribuyendo a la tarea emprendida y continuada por los que me precedieron en Acción Nacional y en la recia condición de sus militantes; Acción Nacional quiere el Poder y lo habremos de conquistar con todos los medios que la Constitución pone en nuestras manos; por la razón y el Derecho o, mejor dicho: por la razón del Derecho, y con el seguro e inquebrantable apoyo del pueblo de México.

LA PRESENCIA DE LA MUJER

Graciela Corso

Desde los comienzos

La presencia de la mujer en las filas de Acción Nacional ha sido manifiesta desde su fundación. Aun antes de que se celebrara la Asamblea Constitutiva del PAN, ya se habían celebrado varias conferencias dedicadas exclusivamente a un grupo selecto de mujeres, esposas, madres, novias o hijas de los fundadores del Partido.

En aquella época, aunque no estaba fundado ni organizado el Sector Femenino, las mujeres ya participaban en muchas de las actividades del Partido y seguramente que es simbólico el que hayan sido ellas las que obsequiaron en la memorable Asamblea del año 1939 la bandera que posee Acción Nacional.

Al principio las tareas de esas militantes de Acción Nacional se reducían al aspecto social, como es el de organizar desayunos para niños pobres, reparto de ropa y juguetes, etc., etc... todo ello, bajo la dirección de “Doña Conchita”, (q. e. p. d.), como familiarmente llamaban a la madre del Lic. Gómez Morin y de la esposa de éste, Doña Lidia T. de Gómez Morin. Fueron ellas, junto con la

Sra. de Gutiérrez Lascurain, quienes pensaron en organizar en forma definitiva lo que simplemente llamarían “Sector Femenino”, con el fin de preparar a las mujeres para cuando les fueran reconocidos sus derechos de ciudadanía.

Las primeras tareas

En el año de 1948 se hizo el primer intento para reunir a todas las mujeres panistas, estando al frente de ellas la Srita. Carolina Mireles. A partir de entonces se empezaron a afiliar las mujeres al Partido y a reunirse todas las semanas en círculos para estudiar no sólo la doctrina del Partido, sino todo aquello que les ayudaba a realizar su labor netamente femenina en todas las campañas y diversos actos cívicos.

La labor del Sector Femenino como propagandista, copiando actas de electores, checando el Padrón y teniendo a su cargo el trabajo de la secretaria, sirviendo como enlaces en los días de elecciones y atendiendo las llamadas telefónicas, fue de gran efectividad.

Durante la campaña presidencial del Lic. González Luna se empezó a trabajar en forma más organizada, teniendo como asesor al Lic. Eduardo Limón Lascurain (q. e. p. d.) y fungiendo la señora Gutiérrez Lascurain como jefe en el Distrito Federal y la Sra. Rosa Yarza de Ayala como jefe nacional del Sector Femenino. En esta forma las mujeres de Acción Nacional se preparaban para ejercer sus derechos ciudadanos una vez que las Cámaras los hubieran aprobado. Aquí cabe anotar que Acción Nacional fue el primer partido político que en México pidió la igualdad de derechos cívicos para la mujer.

La primera asamblea

Cada día que pasaba se veía la urgencia de dar al naciente Sector Femenino, una pauta a seguir y una organización definitiva, ya que la opinión popular

para el reconocimiento del voto femenino crecía y hacía presión en las Cámaras.

Una nueva etapa de la vida de la mujer dentro de las filas del Partido se cumplió en febrero de 1953, fecha en que se reunió la primera Asamblea Femenina en donde se eligió para presidenta nacional a la Srita. Luisa Isabel Salas, quien tomó posesión de su cargo el 18 de febrero del propio año, lo mismo que la Sra. Marta de Limón Maurer, como secretaria, y la Sra. Gabriela Gómez Morin de Landerreche como tesorera. En el grupo juvenil fungió durante varios años la Srita. Marta Ma. Leyzáola como presidenta y la Srita. Concepción García Sáinz como secretaria.

Pronto el pequeño núcleo de la capital fue extendiendo sus ramificaciones hacia la vida de la provincia para organizar los grupos de los Estados, tarea en la cual colaboraron eficazmente las señoras Celia de Hernández Díaz, la Sra. de Gómez Morin, Luz Barrón de Jiménez (q. e. p. d.) y Elena Alicia Chávez. Ya en la provincia existían grupos activos, bajo la dirección de las damas que después mencionaremos.

Voto femenino

Al presentar Acción Nacional la iniciativa de reforma de los artículos 34 y 115 de la Constitución, con el objeto de que se le reconocieran sus derechos cívicos a la mujer, se hizo hincapié en que desde el año de 1937 ya se había presentado otra iniciativa similar, que había sido aprobada por las Cámaras sin que se hubiera dado término al trámite debido. Asimismo se hizo ver que ya para esas fechas muchas de las legislaturas locales habían dado el voto a la mujer.

Prueba de ello es la actuación de Delfina Botello como candidata de Acción Nacional en las elecciones municipales de Michoacán en el año de 1947. De entonces a la fecha muchas y muy valiosas mujeres han prestado

su contingente y su ayuda personalísima para luchar por el mejoramiento económico, social, cultural y moral de la mujer mexicana, destacándose notablemente María Ignacia Mejía, en Michoacán; María Luisa Garcinava en Durango; Jovita Granados en Zapopan; V. de Terrazas y Sra. Godoy de Ochoa en Chihuahua; Elena Alicia Chávez, Teresa de Garabito, Celia de Hernández Díaz en el DF; y muchas otras más que, infatigablemente, han trabajado no sólo organizando cursos, conferencias y jornadas, sino también con su actitud decidida y valerosa al tomar la palabra en los mitines o incluso aceptando candidaturas para los puestos de elección.

Paso a paso el que al principio fuera llamado Sector Femenino y después, al reconocerle a la mujer sus derechos cívicos, se le llamó Sección Femenina, ha continuado su labor ascendente. La influencia de la mujer en el terreno cívico cada día se hace sentir más y a medida que se despierta en ella la conciencia de sus deberes ante la sociedad, su participación va siendo más y más decidida como lo muestran los últimos acontecimientos de Baja California, que registraron en las casillas electorales un alto porcentaje de votantes femeninas.

Otro dato revelador es el que en las pasadas campañas Federales se presentaron como candidatos propietarios o suplentes 29 mujeres de Acción Nacional, dando verdadera cátedra, en algunos sitios, de presencia cívica y de valores humanos puestos al servicio de la Patria.

Comisión Femenina Nacional

Hace pocos meses, durante la XIV Asamblea Nacional, se dio nuevo impulso a la Sección Femenina al realizar la reforma de los Estatutos de Acción Nacional e incluir dentro de ellos, como parte integrante del Partido, a la mujer.

Asimismo, en abril del presente año, y después de haber permanecido vacante durante 5 meses la jefatura nacional femenina por haber renunciado

la Srita. Luisa María Islas Salas en noviembre de 1958 a este cargo, fue nombrada para sucederla la Srita. Carmen Lozada, quien ya había desempeñado el cargo en el Comité Regional del DF.

Uno de los primeros cuidados fue la reorganización de la Comisión Femenina Nacional con el fin de dar la debida atención a tres puntos básicos: el problema económico, la elaboración de los programas de estudio y la atención a las Mujeres jóvenes.

Entre las actividades llevadas a cabo en este corto lapso de tiempo, se puede contar la realización de una encuesta sobre la situación de las Secciones femeninas existentes en el país, la preparación del material para un folleto que incluye organización y técnicas de trabajo, la organización de un curso para dirigentes y de una reunión femenina nacional proyectada para el mes de noviembre próximo, la cual tendrá como tema central “El XX Aniversario de Acción Nacional y su proyección en la vida práctica de la mujer mexicana” y la publicación de un pequeño Boletín dedicado a las mujeres del Partido titulado “Vínculo”.

La mujer de Acción Nacional ha sabido captar en toda su amplitud el mensaje que el otrora candidato a la Presidencia Nacional, don Efraín González Luna, les dirigiera el 28 de mayo de 1952: “La mujer tiene el derecho y el deber de preocuparse por el bien común, por el orden social y por el orden político. Precisamente porque eso que es determinante del control personal del hombre, porque es el centro de la familia, tiene que preocuparse no teóricamente, no con lamentaciones y suspiros, sino como se preocupa por el hijo... velándolo en la enfermedad, cuidándolo en cada momento de su vida, abriéndole cada posibilidad de bien y perfección para el cuerpo y para el alma, con sacrificio perpetuo, con fidelidad irrevocable y abnegación sin límites”.

LA TAREA DE LA JUVENTUD

Horacio Guajardo

El equipo era sencillo: una aparato de sonido con micrófono, a veces una camioneta, a veces un simple cajón de madera para tribuna... y un grupo de jóvenes. Aquello era ciertamente sencillo, pero cabal.

Porque lo más importante consistía en que había voces –con plenitud humana, directas y levantadas– y que había palabras llenas de contenido. La expansión del nuevo movimiento político fue implacable. Los mítines relámpago encendieron calles, jardines, mercados y explanadas.

Se multiplicó la semilla. Se fortaleció la esperanza.

De la curiosidad inicial vino el interés y remató la adhesión espontánea. Se confirmó que la gente cree en la juventud y en el ideal. En la lucha por renovar y mejorar. La diferencia entre las viejas prácticas electorales y el dominio de los merolicos –comerciales u oficiales–, y esta experiencia, fue visible y rotunda. La presencia del pueblo avanzó, con dirección hacia arriba.

Aquello no fue un experimento artificial. Fue etapa propia de un enérgico proceso.

La Juventud tuvo que ver mucho en la fundación del Partido Acción Nacional. Las batallas universitarias habían preparado a una magnífica generación que necesariamente encontró su cauce político en el mismo nacimiento del PAN. De las fuentes del saber a los manantiales políticos del México nuevo. Eso en 1938, 1939 y 1940.

Después, en 1943, la primera escaramuza electoral con elementos de los cuadros ya formados. Los kioscos de provincia, las calles capitalinas fueron escenario de aquel grito de autenticidad.

La campaña de 1943 con tener mucho de preliminar, registró frutos valiosos y de verdadera proyección. Se recordó la frase vasconceliana referida a los secuaces –bárbaros y descarados– gubernamentales, que en Cámara de Diputados escuchaban azorados las voces de la juventud del PAN: “... son vegetarianos en el exterior y caníbales en tierra propia”.

Conferencias, círculos de estudio, giras hacia todos los rumbos de nuestra geografía, relación humana con los ciudadanos de las más diferentes edades y condiciones. La estructura se realizaba sobre la marcha, conforme a una realidad y una exigencia: la integración de una dinámica política al servicio del hombre y la comunidad.

1946 fue un año en la historia del Partido Acción Nacional, de gran decisión.

Con base en jóvenes –especialmente de la clase estudiantil– se abrió la perspectiva. La campaña electoral ofreció campo de acción. Al pueblo se le ofreció un extraño producto: reclamar su derecho político. ¿Y cómo? Participando en las elecciones, concurriendo a las urnas, vigilando diariamente el ejercicio del poder público.

El PAN era el camino para adelantar nuestras costumbres políticas. Un camino valiente, acertado, con profundo sentido histórico.

La generación juvenil del PAN llamada de 1946, se lanzó con entereza a la campaña. La hizo fuerte. La falsa oposición se exhibió frente a una votación

sorprendente a favor de un organismo político que no postulaba candidato a la Presidencia de la República y enfilaba sus baterías hacia el Congreso de la Unión. Se rompió el monopolio gubernamental y entraron a la Cámara de Diputados, representantes de las planillas del PAN.

Elecciones locales, nuevas elecciones federales –las de 1949– vigorizaron la esperanza. El PAN contaba, como ninguna otra organización política mexicana, con la mayoría de los jóvenes interesados en limpiar la vida pública y enderezar los pasos del país en todos los órdenes.

Se culminó en 1952 con la campaña presidencial, en que el PAN presentó su primer candidatura propia al alto puesto representativo. Las planillas se formaron con buena parte de elementos nuevos, los mismos que habían integrado un fuerte Sector Juvenil en operación constante desde 1945, con sentido permanente de la lucha política.

Tras la campaña de 1955, adicionada por duras batallas de carácter municipal o para las legislaturas o gobiernos locales, vino la coyuntura de 1958. En ella el PAN logró el mayor arrastre de juventudes que se haya visto en nuestro país. Basta únicamente mencionar el mitin celebrado en el puerto de Veracruz para medir las formidables consecuencias de este hecho. La juventud está presente.

Porque el Partido Acción Nacional, llama al deber. Y esto, difícil y preocupante para muchos, es como un aliciente para la nobleza que tipifica a la juventud.

Los que hoy han peleado con tanta decisión los derechos del pueblo en Baja California. Los que hoy acuden con entusiasmo y garra a capacitarse en los cursos que imparte su organización política, para dar nuevo aliento a las luchas populares por la reivindicación de sus derechos y por el cumplimiento de sus mejores metas.

La experiencia de la juventud, la de ahora, es dramática. Pinzas brutales intentan mutilar cualquier rayo de esperanza. A quienes dicen verdades se

les anatematiza con discos repetidos: “...comunistas... rebeldes sin causa... pandilleros...”

Estos falsos epítetos pretenden ocultar la realidad y a cambio, se pagan costosas turbonadas publicitarias que hablan de “orden”, “justicia”, “progreso”, “libertad”...

Un ambiente de confusión. Para la pesca de los expertos en el río revuelto.

La explotación, el afán de lucro, la desvalorización de los ideales, la corrupción, las oportunidades condicionadas, la falsa representación, el membretismo, se levantan como murallas para las nuevas generaciones.

El lodo pretende ahogar la lucha de hoy. Sin dar cabida a la desesperación, la juventud tiene ante sí la tremenda disyuntiva: o la decadencia o la construcción alta y definida.

Hay que elegir. Cuanto antes, y todavía es temprano para la decadencia...

CAMPAÑAS PRESIDENCIALES

Guillermo Gómez Arana

Campaña de González Luna

Después de Tuxtepec se traicionó el principio de no reelección, que había servido de pretexto para la revuelta que se armó. El dictador en turno machacó, por más de treinta horas, la conveniencia de que siguiera el gobierno haciendo las elecciones, en beneficio siempre de sus detentadores.

Vino Madero y sin mucho preverlo, derrumbó del primer empujón al régimen con pies de barro. El pueblo transitoriamente se entusiasmó, y por aclamación eligió a Madero, pero lo mataron los que no querían elecciones.

Luego siguieron matándose encarnizadamente entre sí los que manipulaban el Poder y los excluidos del botín. Con todo esto el ciudadano se desganoó y adquirió el hábito de la indiferencia para elegir a sus gobernantes y de preocuparse por la cosa pública. El pueblo miraba, soportaba y sufría el exceso de las facciones que en reyertas sangrientas se sucedían en el gobierno de la nación.

Fingiéndose entrar en una etapa tradicional, el dictador en turno montó el engranaje de una máquina electoral, que llamó partido oficial, para simular

contienda cívica entre los miembros de la misma banda, que siempre andaban como perros y gatos en un costal.

La tierra mexicana estaba hecha girones; el cielo de México tenía colores cárdenos-rojos-oscuros que presagiaban ominosas tormentas.

Tales eran los antecedentes cuando Acción Nacional convocó al pueblo para una cruzada de salvación nacional. Específicamente lo llamó para que participara en las elecciones y por unánime designación la carga de la tarea se confió a Efraín González Luna. En la navidad de 1952 inició el valeroso impulso para mover los ánimos, congregar las voluntades y unificarlas en un enérgico movimiento de salvación nacional.

El mensaje fue esparcido a todos los vientos: se escuchó en las amplias colonias de todas las capitales de todos los estados, en las grandes, medianas y pequeñas ciudades y en poblados y rancherías y en los parajes y cruces de caminos, donde esperaban su paso con sus mujeres y niños. El llamado se efectuaba a toda hora, lo mismo en las diáfanas mañanas que en pleno caluroso mediodía, o en las tardes soleadas o en medio de aguaceros o lluvias torrenciales y aun al filo de la media noche, ante multitudes que espontáneamente concurrían.

El ideario fue claro y sencillo: era deber del pueblo esclavizado romper sus propias cadenas y trepar, paso a paso, los peldaños que van del calabozo a la puerta de la libertad; el pueblo tiene que recuperar su señorío, ser dueño de su propia casa y correr a los intrusos: la ciudadanía debe organizarse y resolver la cuestión política, sin cuya solución no podrán resolverse los graves problemas de México: el Poder no es oportunidad para satisfacer apetitos personales o de grupos, sino ocasión de generoso servicio a la comunidad y constante empeño de unidad nacional; en el procuramiento del bien común debe haber jerarquización, limpieza, eficacia, honestidad y economía; el gobierno debe informar verídicamente de su gestión, promoviendo el orden y la justicia hacia el más alto respeto de la dignidad de la persona humana: es

deber del pueblo la vigilancia alerta para exigir del gobierno el respeto a sus derechos y libertades, derechos y libertades que no se reciben como dones gratuitos sino como fruto de una promoción cotidiana, dura y viril, de los hombres y mujeres de México. En fin, se sembró en todo suelo mexicano el ideario y programa mínimo de acción política de Acción Nacional.

El entusiasmo caliente y decidido de las multitudes, no fue instante fugaz de la reunión, ni del contacto electrizante de la presencia del candidato, sino germinación profunda en el alma de cada ciudadano, que floreció sorprendentemente el día de las elecciones. Por primera vez en la historia de México, el pueblo formó largas colas de votantes en todas las casillas del país para depositar su voto, rotunda e inequívoca demostración de su interés por volver a ser, simplemente, el amo de sus cosas y manejar su propio destino.

Acción Nacional, con la campaña de don Efraín, puso en evidencia que el ciudadano organizado era capaz de hacer las elecciones y con sobra de tino, puso en evidencia la posibilidad de que el gobierno verdaderamente surgiera del pueblo, que el gobierno y pueblo reencontrasen su propio armonioso camino.

Pero esta alegre y triunfal campaña también hizo otra cosa: abrió los ojos al régimen y le mostró el tremedal en que siempre se ha movido y que se lo puede tragar a las primeras elecciones limpias y honestas que se verifiquen. La demostración objetiva de esta circunstancia forzó al régimen a ofertarse con desesperación a su vieja costumbre de hacer las elecciones por su cuenta y dar un paso más: impedir y deshacer las elecciones que hace el pueblo cuando es convocado por Acción Nacional, empleando en esta innoble tarea todos los recursos que el Poder pone en sus manos.

Pero la narración de esta historia se hará en otra ocasión. Este artículo tiene la pretensión de un recuerdo de móvil e intención que inspiraron la campaña nacional de 1952, que encabezó un eximio mexicano de auténtica cepa, don Efraín González Luna, que buscó de modo leal y eficiente el bien de México.

Campaña de Luis H. Álvarez

Hace ya casi dos años –el 24 de noviembre de 1957– surgió a la palestra política, de una magna convención de hombres libres procedentes de todos los rincones del territorio nacional, un hombre de excepción que con serlo, encarna las virtudes mejores, la honda y rica calidad humana, el más claro y desinteresado afán de servicio del mexicano medio, que aceptó encabezar a los ciudadanos en una de las más arduas y magníficas batallas por la democracia y la libertad, por la dignidad y el decoro del país, por las más claras prerrogativas, el bienestar y la suficiencia a que tiene derecho y merece la comunidad nacional, el pueblo. En medio de un entusiasmo incontenible, con una intuición y un sentido político que no podían ser más que madurez cívica templada en el crisol de los más altos valores nacionales, más de cuatro mil delegados a la décimatercera Convención de Acción Nacional de todo México –representantes genuinos del pueblo–, postularon, como candidato a la Presidencia de la República, a un joven chihuahuense que hacía poco había electrizado al pueblo de Chihuahua en una admirable y victoriosa campaña política. En esa ocasión, la Convención del PAN –como en todas las coyunturas electorales anteriores, como siempre lo había hecho– dio al Partido un candidato a la medida de la esperanza de México: Luis H. Álvarez, cuya gira electoral, y la tumultuosa movilización popular en torno a su persona y a sus banderas, presenciaron asombrados y temerosos –hasta el grado de no arriesgarse a unas elecciones medianamente limpias–, los usufructuarios del Poder.

Conciencia iluminada

La Convención misma que lo postuló en una jornada ejemplarmente democrática –precisamente en los momentos en que los procedimientos de

traspaso del poder en los medios oficiales habían alcanzado el oprobio insuperable del tapadismo—, constituyó una incalculable victoria moral del PAN, de sus hombres y sus programas, y una de las más claras justificaciones de los 18 años, que entonces cumplía, de permanencia en la lucha por la rehabilitación política del país. Esto no lo podían entender los agentes y personeros de la caduca dictadura pseudo revolucionaria: o porque lo entendían demasiado, soltaron “a la torpe versión de la insignificancia” del candidato de Acción Nacional a quien tildaron de “desconocido”, cuando precisamente el no ser conocido en los círculos enfangados de la burocracia oficial resultaba ser una garantía para el pueblo.

Para Acción Nacional, la postulación de un hombre como Luis H. Álvarez —ciudadano cabal y nada más que eso, ejemplar jefe de una familia ejemplar, capaz y honrado en el trabajo, probado en las más altas empresas de servicio colectivo—, entrañaba una meta alcanzada y una dura lección para la mediocridad y el servilismo del enemigo. Dieciocho años de dura y constante labor sobre la decepción, el escepticismo político y la abulia del pueblo, daban su mejor fruto en esta generación, tan bien representada por Luis Álvarez, de hombres con conciencia clara de sus deberes y derechos ciudadanos: dispuestos a abrazar el ejercicio cotidiano de unos y otros y a desdeñar, por estéril y destructor, el camino de la violencia como remedio a los males de México. La presencia de esta generación evidenció una creciente, iluminada conciencia ciudadana en el pueblo, capaz de asumir en el momento oportuno sus reivindicaciones urgentes y de encauzar la ruta de salvación. Esto fue un triunfo innegable, puesto que la meta señalada en 1939, la fundamental para la reforma política y social del país, había sido la de formación de una conciencia cívica apta para poner en manos del pueblo su propio destino.

Contra el conformismo y la violencia

La postulación de Luis H. Álvarez tuvo, además, otro hondo significado: la derrota definitiva del caudillismo que se hirió evidente sobre la tesis amagada de que sólo el caudillo militó –reminiscencia de nuestro primitivismo político–, o el demagogo civil encandilador de masas –recurso de improvisación y de la agitación desorientada–, pueden ser los liberadores de un país oprimido: tesis que esgrimieron, y aún esgrimen, los desesperados, los resentidos cuya impotencia anula la capacidad de un esfuerzo sostenido y generoso de reconstrucción. El caudillismo cayó ante la iluminada opción por un ciudadano, cuya presencia era inusitada y precaria en el México anterior a Acción Nacional.

La Convención panista de noviembre del 57 fue una respuesta contra la náusea y el conformismo. Había ya una organización ciudadana, un partido auténtico en crecimiento constante, superior al desfallecimiento y al abandono, con conocimiento de los problemas y con soluciones a ellos. La actividad ciudadana era ya una realidad orgánica, apta y prestigiada, capaz de integrar un orden democrático, justo y suficiente.

Los preliminares de la campaña del 58 determinaron una importante victoria de Acción Nacional. Frente a la vergonzosa sumisión y acobardado actuar del grupo en el poder, ante el autoritarismo y la imposición, una convención de hombres libres daba la mejor lección de ciudadanía al pueblo. Frente al heredero de la oligarquía designado en sobre lacrado tras el oarajamiento de nombres en el secreto de las consultas presidenciales, un ciudadano libre, ajeno a compromisos de facción, asumió la tremenda responsabilidad y el honor de encabezar la lucha por las mejores causas de México. Frente a la demagogia, un programa responsable y certero.

Los datos positivos que daban marco a la tarea de Acción Nacional, y que ahora, en 1959 han sido confirmados en plenitud con la persecución, el terro-

rismo político, el encarcelamiento de ciudadanos y la derogación práctica de las garantías constitucionales, perpetrados por el gobierno que se proclamó triunfador por el “apoyo total del pueblo” y que hoy se sabe acorralado, determinaron la tónica victoriosa de la campaña que se iniciaba. Acción Nacional no se lanzaba a una ingenua aventura electoral como llegaron a decir los oportunistas de la cargada. Veía claramente la responsabilidad indeclinable, la hostilidad y los obstáculos que se alzarían contra el pueblo, y la significación cabal del testimonio y del esfuerzo que la coyuntura electoral exigía. El dictamen político de la memorable Convención, desbrozó, magistralmente, lo esencial de la empresa:

“Establezcamos ante todo” –se dijo– “que el tiempo transcurrido, casi 20 años, desde que iniciamos nuestra lucha contra el monopolio faccioso del poder sin que haya sido liquidado, de ninguna manera invalida ni debilita siquiera nuestros principios, programas y métodos. La empresa de la rehabilitación política de México tiene que llegar a esa liquidación, tiene que extirpar la ignominiosa degeneración del Estado; pero no será nunca, cualesquiera que sean las formas de acción que se empleen y las premisas teóricas que en ella se funde, sino mediante la formación de una conciencia ciudadana cuya voluntad enérgica y cuya organización activa y combatiente, hagan de ella una fuerza política incontrastable para la victoria y un sujeto apto y responsable para el cumplimiento de las funciones públicas.

“Desde el nacimiento de nuestro Partido vimos de frente la verdad y la dijimos, dura y exacta al país: la tarea de rehabilitación política tenía que ser ardua y prolongada, con dureza y duración proporcionadas a la hondura y permanencia de los males crónicos que el Estado sufre, al abandono en que los ciudadanos han mantenido inveteradamente estos problemas y su propia responsabilidad y las trágicas dimensiones de la carencia de recursos de toda índole indispensable para la empresa. Hemos creado el organismo específico destinado a encabezar y cumplir a su tiempo, la rehabilitación po-

lítica de México, pero nos falta todavía recorrer la mayor parte del camino. No hemos pensado nunca, no es lícito ni razonable pretender, que comencemos, sin poner los medios, para alcanzar metas que han de ser consecuencia y no premisa ni anticipación gratuita de una ardua faena.

“Cada elección es una demanda reivindicadora del derecho de representación. Cada fraude electoral, cada maquinación oficial para impedir, falsificar y burlar el sufragio, cada exhibición de abyecta servidumbre y de insolente dictadura imposicionista, cada escrutinio adulterado y cada calificación atentatoria, implican no sólo una acusación, sino una sentencia que inapelablemente condena al régimen faccioso, lo mismo en el nivel municipal que en el estatal y en el federal”. Para encabezar esa demanda reivindicados, para asumir y realizar la ardua faena, para organizar y dar conciencia cívica al pueblo, para rescatarlo de la opresión aceptada resignadamente y procurar la fuerza incontrastable para la victoria definitiva, Luis H. Álvarez se lanzó a los caminos de México en una agobiante pero alegre campaña, sin precedente en el país.

Opción y anhelo

El 8 de diciembre de 1957, Álvarez inició la gira, que habría de prolongarse durante 6 meses, con un extraordinario mitin público en Ciudad Camargo, su tierra natal. Allí precisó categóricamente:

“Buscamos fundamentar el planteamiento claro, verídico y cierto de los problemas de nuestra Patria; queremos que de una buena vez, el voto del pueblo sea respetado para que exista en el Estado una legítima representación popular al servicio de México. No se trata de una pelea entre candidatos, ni de una simple

pugna entre partidos, sino de algo más importante y más profundo: se trata de la opción entre dos sistemas totalmente diversos, la oligarquía y la democracia; entre una maquinaria de imposición y un anhelo de libertad; entre una facción conservadora y una nación dispuesta a las más radicales transformaciones.

Allí en Camargo, una multitud entusiasmada dio al candidato del PAN y al programa del partido, la prometedora primicia de una adhesión excepcional que habría de extenderse a todos los ámbitos del país y sacudir la conciencia del pueblo. Ante el insincero enarbolamiento de los principios de la Revolución y ante le hueca verborrea que intentaba presentar como programa la Constitución, sin perjuicio de que el Partido Oficial, el gobierno y sus candidatos violaran los unos y la otra en cada etapa del proceso electoral, los puntos programáticos que dieron impulso a la campaña de Álvarez se identificaron desde el principio con el anhelo vital de los mexicanos:

“Luchar contra la miseria y el desamparo haciendo realidad para todos los mexicanos el anhelo de casa, vestido y sustento, libertad, paz, y abundando en el campo, mediante una planeación inteligente y respetuosa de los derechos de campesinos y agricultores, de manera que se garanticen la pequeña propiedad, la titulación de la parcela y el uso de los frutos del esfuerzo; libertad de enseñanza y educación para todos; cumplimiento efectivo de la reforma social, con justicia para el obrero, provisión para la familia, y autenticidad para el sindicato; autonomía y suficiencia para el municipio; verdadero régimen

federal con respeto a los Estados y existencia real de tres poderes; plenitud de dignidad en las relaciones internacionales y solidaridad con las naciones de Occidente; respeto y garantías para la persona humana, reformando aquellas disposiciones legales, como los artículos 3o. y 130 constitucionales, que atentan contra los derechos del hombre”.

Arraigo popular

Así comenzó, en el invierno de 58, una de las giras más apasionantes en la historia de las lides políticas en México. Contrastando con el cómodo recorrido burocrático del candidato oficial –movilizado en transportes del Gobierno, recibido y agasajado en todas partes por las autoridades con ilegítima parcialidad, presentado en estadios, teatros y plazuelas ante acarreados de a tanto por cabeza y asistentes forzados mediante la coacción y la amenaza–, el candidato de Acción Nacional, con un modesto equipo de trabajo, rodeado de una reducida pero incansable brigada juvenil, superando la creciente hostilidad de autoridades y caciques, se acercaba el pueblo y convivía con él. Grandes multitudes y pequeños grupos humanos que libremente lo recibieron en las poblaciones de Coahuila, Tamaulipas y parte de Durango y Nuevo León, durante la primera etapa de la gira, confirmaron plenamente la popularidad y el arraigo de la candidatura independiente.

En los poblados agrícolas del noreste fue planteada la dramática verdad del campo mexicano, la explotación al campesino y la falsificación criminal de la reforma agraria, con su cauda de desolación. Más de 5 mil campesinos de El Manto se congregaron en torno de Luis Álvarez y le dieron tumultuosa bienvenida a pesar del sabotaje desplegado oficialmente. En Tampico, en medio de ovaciones constantes, se denunció la corrupción del monopolio

petrolero y su mala administración. Ante el éxito creciente e inocultable de la campaña de Acción Nacional, el partido oficial y sus corifeos acudieron al recurso de limar la campaña de insultos y desahogos. Los insultos eran las verdades más claras; los desahogos, las justas demandas de un pueblo oprimido.

Madurez y decisión

Por los campos resecos y helados de Durango, a principios de enero de 58, Álvarez continuó con su propósito de visitar al mayor número de poblaciones pequeñas, donde los problemas se agudizan. En esta segunda etapa, que abarcó los Estados de Durango, Zacatecas, Aguascalientes parte de Jalisco y el Bajío, destacó el contacto estrecho y cordial que el candidato supo suscitar con los habitantes de rancherías y poblados, nunca antes visitados por candidato oficial alguno. La voz de Acción Nacional expuso sin cortapisas la exigencia de mejoramiento y elevación del pueblo todo de México ante la miseria y abandono de los municipios visitados. Y aquél, en magnífica respuesta, en presencia cada vez mayor y más entusiasta en los mítines independientes, dejaba al descubierto un signo inequívoco de madurez y decisión que llenó de miedo a los caciques oficiales, habituados a la mansa sumisión del pueblo explotado. El pánico desembocó en el atraco contra el candidato del PAN, quien fue encarcelado en Jalpa, Zacatecas, después de que los polizontes lugareños habían hecho lo imposible por impedir el mitin y de que, armas en mano, habían tratado de amedrentar el pueblo gritando vivas al candidato oficial. El atentado no fue un hecho aislado, cometido, según le versión oficial, “por autoridades menores e irresponsables” sino un alarde solapado por las autoridades federales: los autores del mismo quedaron impunes y, meses después, figuraron en la recepción al candidato del gobierno que los saludó efusivamente. El atropello contra Luis H. Álvarez

provocó una protesta nacional y dejó en evidencia el propósito oficial de impedir al pueblo el libre ejercicio del sufragio, convirtiendo a las autoridades en simples esbirros del partido del gobierno para lograr la imposición de su candidato.

El entusiasmo popular creció al paso del candidato independiente por las poblaciones del Bajío. La entrada a Jalisco tuvo carecterísticas de apoteosis popular. El mitin de Guadalajara congregó a una vibrante muchedumbre de más de 40 mil personas: “la verdad puede salvarnos y porque es inicua y daña gravemente a México la subsistencia de un sistema de mentira y de falsificación que no sólo lesiona materialmente al pueblo, sino que va contra el decoro de la patria, contra las libertades esenciales de la persona humana”.

Después vinieron las grandes reuniones públicas de León, Acámbaro, Pénjamo, Celaya, Querétaro y San Juan del Río, donde la ciudadanía, en reiteradas muestras de adhesión al candidato de México, dio testimonio de su inquebrantable decisión de cambiar el signo de la vida política nacional.

Un pueblo de pie

En el Noroeste, el mismo maravilloso espectáculo de un pueblo de pie presenciado en los Estados del centro y del sur de la República: Cananea, la de los precursores de 1906, donde la voz de Acción Nacional abrió nuevamente a los batalladores mineros norteros el camino de la esperanza, el cauce de la Revolución auténtica; Guaymas y la muestra admirable del resurgimiento cívico en Tijuana, Mexicali, Ensenada y las pequeñas poblaciones del Estado 29, convertido en feudo del gangsterismo de un Braulio Maldonado. El dato central: la presencia del pueblo, la decisión de participar. Más tarde 24 poblaciones de Sinaloa abrían los brazos y la esperanza para recibir al candidato nacional como sucedió en la vieja ciudad de Nuestra Señora de la Paz de Indias, en el territorio sur de Baja California, a donde llegó por primera vez

un candidato independiente a la Presidencia de la República, como sucedió en Nayarit, Colima y Michoacán.

“Lo único que necesita México para tener un gobierno a la medida de su gran pueblo –subrayó el Lic. Estrada Iturbide en el gigantesco mitin de Mazatlán– es que éste sepa vivir su ciudadanía, su condición de ciudadanos.

La campaña de Álvarez sacudía las conciencias, afirmaba la voluntad de salvación en el pueblo, suscitaba la decisión colectiva de darse un gobierno verdadero, servidor y no explotador de la comunidad nacional. Por eso el miedo oficial, incontrolado ante la creciente movilización ciudadana, perpetró un nuevo atentado contra Luis H. Álvarez y su comitiva, consumado en Tonalá, Jal., por un atrabiliario cacique apoyado de pistoleros con carabinas que, cartucho cortado, amenazó al candidato y a su esposa, y ordenó la aprehensión de varios propagandistas y oradores del PAN. Estos atracos oficiales hacían caer por tierra las cantinelas oficiales referidas al respeto, a los derechos del pueblo y a la Constitución, vísperas de la instauración de régimen policiaco, la derogación de las garantías constitucionales y el encarcelamiento sistemático de los políticos independientes, con que el régimen de facción ha tenido que responder a las demandas ciudadanas en 1959.

La voz del pueblo

El pueblo dio un nuevo y magnífico testimonio durante los recorridos triunfales por Michoacán, Colima y el sureste, donde grandes multitudes abarrotaron las plazas de Mérida, Ciudad del Carmen, Campeche, Chetumal y Villahermosa. En Yucatán, en Campeche, en Tabasco, el candidato del pueblo celebraba 5 y 6 mítines diarios en jornadas agotadoras y magníficas. Era frecuente el espectáculo de mítines celebrados a la luz de las estrellas o bajo una linterna de petróleo o gasolina a media noche, con las plazas llenas del entusiasmo y los gritos del pueblo.

Un sufragio de excepción

El 23 de mayo, por fin, comenzó por San Luis Potosí la parte final de la campaña, que habría de terminar un mes después, el 21 de junio, con un gigantesco mitin en Ciudad Juárez. La etapa abarcó un recorrido exhaustivo por el primer Estado mencionado, por Nuevo León, la región lagunera, algunas poblaciones de Coahuila que no habían sido tocadas, y por la visita a todas las poblaciones de Chihuahua, donde la gira alcanzó la característica de un verdadero paseo triunfal, de una fiesta popular auténtica en la que todo el Estado se volcó en aclamaciones constantes y tumultuosas muestras de adhesión a su candidato. El régimen, empavorecido, dejó en esta jornada un testimonio de barbarie con el cobarde asesinato, en las calles de Chihuahua, de un ejemplar militante juvenil del PAN, José de Jesús Márquez Monreal, cuya sangre derramada todavía clama justicia. El incalificable atentado galvanizó la voluntad popular para continuar, con mejor decisión y mayor entrega, la lucha por el rescate político del país. Esa sangre fue un sufragio de excepción por el bien de México, y la mejor condenación a un estado de cosas degradante y abyecto.

En su discurso de Ciudad Juárez, Luis H. Álvarez definió certeramente el claro sentido de su prodigiosa campaña: “En Chihuahua y en Ciudad Juárez, en medio de la pena y de la indignación ante el villano atentado con que se quiso ensombrecer la vida ciudadana de México, que para todo el pueblo patente que no son el rencor ni el espíritu de venganza las fuerzas que han de mover nuestro ánimo a la lucha, sino la serena certidumbre de que estamos todos ejerciendo un derecho y cumpliendo un deber sagrado para lograr que la violencia, el fraude y la opresión, la miseria, la ignorancia y el desamparo desaparezcan, como es posible y debido lograrlo, de nuestra vida común. No el rencor. No el deseo de venganza. Hemos alzado la verdad y hemos dado voz, una voz que nada ni nadie podrá acallar, a las demandas ya inaplazables del pueblo mexicano.

Un pueblo que seguirá adelante

El 29 de junio, en una trepidante reunión pública en el Distrito Federal, digno cierre de una campaña excepcional, alegre y profundo, Luis H. Álvarez hizo el mejor balance de la victoria lograda. Regresaba de la campaña electoral más extraordinaria que candidato alguno haya realizado en México: 511 reuniones públicas, grandes y pequeñas, a lo largo de más de 150 mil kilómetros recorridos por todo el territorio nacional. Venía del pueblo mismo, que se congregó libremente, sin presiones ni amenazas, sin sobornos ni acarreo, para escuchar el mensaje de Acción Nacional:

“Frente a los que pensaban que era fácil encontrar ciudadanos que se doblegaran a la consigna y a la abyección, se ha erguido, en posición vertical, todo un pueblo, todo un pueblo que viene una vez más a demostrar que ya ha alcanzado la plena madurez de su conciencia ciudadana, de un pueblo que seguirá adelante con su empeño todo el tiempo que sea necesario para acabar con toda la ignominia, con toda la mentira y falsedad, y con toda la miseria a que nos ha sujetado este régimen de facción”.

Este fue el claro testimonio del deber cumplido y de la victoria alcanzada. Lo ocurrido después de aquel seis de julio organizado por el régimen ni frustra definitivamente el esfuerzo ciudadano, ni ensombrece para siempre la victoria.

LAS DIPUTACIONES PANISTAS

La vida legislativa es una tarea de madurez política y social; es la más alta y noble gestión, si se apega a la razón, al derecho y a la justicia; si se ajusta, con amor, con desinteresado afán de bien y de verdad a la realidad viva de la nación. Legislar así, que es preservar los valores esenciales de la comunidad, que es procurar su elevación y garantizar el cumplimiento de su destino, del destino de sus integrantes, sólo puede darse y tener eficacia cuando existe un orden jurídico recto, vigente en instituciones políticas básicas: la autenticidad de la representación, el respeto al sufragio del pueblo, el acatamiento y respeto a las demandas y a las prerrogativas ciudadanas, la división de poderes que equilibra y balancea el anhelo y la soberanía populares son los requerimientos de una autoridad fuerte, legítima y respetada.

No puede decirse que en México existe una legislación así, operando sobre el destino de la Nación, a causa del acaparamiento ilegítimo del poder por un grupo ahíto pero insaciable de beneficios inconfesables; a causa de la falsificación sistemática de la autoridad y de las instituciones que ese grupo

ha perpetrado, de cincuenta años a la fecha, mediante el desprecio constante a la libertad y a los derechos humanos. Sin embargo, a pesar y por encima de la sucia conspiración oficial, a pesar de la acción corruptora que ha convertido las instituciones y las normas legales que la sustentan en deleznable mascarones de simulación, esa legislación ha sido forjada, y existe, aunque, infortunadamente, no como factor determinante y fecundo de la vida pública del país, sino como demanda perentoria, como testimonio, como censura a la ineptitud de quienes han prácticamente secuestrado la autoridad, como muestra de capacidad, de limpieza, de elevación moral de quienes la han amasado con la esperanza del pueblo. Existe, no como ideal imposible sino como realidad de aplicación, para el momento en que el pueblo rescate y asuma la responsabilidad de su destino, ahora enajenada criminalmente.

Esa tarea ha sido obra de Acción Nacional. Ha sido uno de los frutos más claros de su recta, incansable, permanente, acción política, fincada siempre en el esfuerzo que convierta el anhelo del pueblo en maciza ordenación jurídica y social.

Esa legislación, de incalculable valor para la vida nacional, permanece, en su mayor parte, arrumbada en los archivos de las cámaras que integran el llamado Congreso de la Unión, desviada o torcida en planos torpes que de ella ha cocinado la facción del Poder sólo para simular una preocupación que no siente por el bien colectivo, para apuntalar con demagogia su forzada supervivencia en el Poder que deshonra.

El impulso salvador

En este aniversario, interesa actualizar la participación de los hombres –los mejores de México porque pusieron su inteligencia y su actividad al servicio del pueblo, porque el pueblo mismo los escogió para representarlo–, que ayudaron a forjarla en medio de los obstáculos, la hostilidad y la calumnia

que los usufructuarios del Poder alzaron contra ellos. Y hay que subrayar: la existencia de esa serie de ordenamientos legales cuya aplicación tanto teme la oligarquía, el hecho de que no hayan faltado hombres de bien dispuestos a estructurarla y a luchar por ella en las condiciones más adversas, están hablando de una victoria que se consolida cada día, de que la salvación definitiva es posible y está a la mano, de que no puede prevalecer indefinidamente sobre el destino de México la sucia conjura de los simuladores.

Antes de que el pueblo pudiera integrar un equipo de legisladores de verdad que diera voz a su exigencia, dos hombres, con el pueblo tras ellos, lograron romper la cerrada trinchera facciosa, en 1943, y lograron hacerse oír ante la abyecta sumisión oficial en el resto de la cámara que debiera ser popular. Carlos Septién García y Filogonio Mora dieron en la Cámara de Diputados, frente a la rabia de los lacayos, un claro testimonio de un pueblo que se levanta y emprende con vigor la tarea salvadora. Con su actuación señalaron lo que sería un diputado auténtico comprometido sólo con su conciencia y con el bien de México.

Los primeros

Tres años después tras una dura batalla contra el fraude y el empecinamiento de consumir una nueva integración partidista del Congreso, el pueblo entregó limpiamente credenciales de legislador a los primeros diputados de México: Juan Gutiérrez Lascurain, Manuel Ramírez Munguía y Antonio L. Rodríguez. Su obra constituye, todavía, un cuerpo orgánico de soluciones eficaces para los más graves problemas del país. Veintitrés iniciativas de ley, textos de gran envergadura, responsables, en las que se plantearon problemas de profundidad nacional con patriotismo, talento y capacidad. Muchas de ellas fueron rechazadas por la demagogia oficial, mas aún no han sido discutidas:

Reforma al artículo 27 constitucional para dar seguridad y evitar el desamparo en el campo. Iniciativa de ley para garantizar la autonomía municipal y la eficacia del voto femenino. Reformas a los artículos 103 y 107 constitucionales para asegurar el derecho de amparo a los pequeños propietarios agrícolas. Reglamentación al artículo 97, dando a la Suprema Corte facultades para investigar violaciones a las garantías individuales y al voto público. Ley del Registro nacional ciudadano (padrón permanente). Ley que crea la Comisión Nacional del Campo. Presentación oportuna de los presupuestos. Reformas a la Ley Orgánica del Presupuesto de egresos. Ley que crea el Tribunal Federal de Elecciones.

Reforma a la Ley Orgánica del Banco de México. Ley sobre las empresas estatales, organismos descentralizados o empresas de participación estatal. Ley que prohíbe las actividades indebidas en el Mercado de Valores. Ley que deroga el impuesto del 15 por ciento *ad valorem*. Ley de Crédito para la producción rural. Ley del Servicio Nacional de selección y desinfección de comillas. Reforma a la Ley Federal del Trabajo para garantizar los derechos obreros. Comisión de Estudio del Seguro Social. Adiciones a la ley de Vías de Comunicación. Reorganización de los Ferrocarriles Nacionales. Ley Electoral. Ley de Partidos Políticos. Reforma constitucional para la creación del Tribunal Federal Electoral.

Continuidad de servicio

La segunda diputación de Acción Nacional, con el mismo afán de servicio, integrada por Juan José Hinojosa, Jaime Robles, Gonzalo Chapela y Eduardo Facha Gutiérrez, continuaron, en 1949, la dura pelea por la dignidad del Congreso. En esta ocasión se exigió reiteradamente el estudio y dictamen de muchas de las iniciativas presentadas en la Legislatura anterior, las cuales habían sido arrumbadas en los archivos de la Cámara: la de la Comisión

Nacional del Campo, la del Seguro Social, entre ellas. Y se presentaron las siguientes:

Revisión de las bases financieras del Seguro Social, y extensión del mismo al campo. Reiteración de las iniciativas de Ley electoral, tribunal de Elecciones y de Partidos, sobre las que se organiza una vida política democrática y ordenada. Defensa del Municipio, extendiendo hacia él el amparo contra la destitución arbitraria de funcionarios administrativos. Iniciativa de Ley de Garantías al Trabajador en el Sindicato. Iniciativa para construir dentro de las normas constitucionales la vida pública del naciente Estado de Baja California.

Con renovado vigor, dando a la lucha parlamentaria, como las diputaciones precedentes, el sello personal de los hombres y el enfoque que exigían las circunstancias nacionales, Felipe Gómez Mont, Ramón Garcilita Partida, Manuel Alquilar y Salazar, Francisco Chávez González y Eugenio Ibarrola Santoyo, cubrieron, a partir de 1952, otra etapa de brillante y generoso esfuerzo de bien. Una síntesis de su obra es la siguiente:

Iniciativa que crea la Comisión Nacional del Campo, reforzando la presentada por la primera diputación panista. Ley para la aprobación de los presupuestos de Egreso federal, del Distrito y Territorios Federales. Excitativas para hacer cumplir el reglamento de la Cámara. Exigencias de cumplimiento de la labor legislativa de la Cámara, para evitar la festinada aprobación de iniciativas del Ejecutivo, lesivas a la economía popular. Exigencias de reconocimiento a la capacidad ciudadana de la mujer y establecimiento legal de su derecho al voto. Adiciones al Art. 45 de la Ley Orgánica del Poder Judicial de la Federación. Reformas constitucionales para capacitar al Congreso para examinar las cuentas del Ejecutivo y responsabilizar a las empresas del Estado, exigiendo la rendición de cuentas. Reforma al Art. 107 constitucional para evitar el sobreseimiento de amparos y lograr una pronta y eficaz administración de justicia. Proyecto de Ley Electoral de Poderes Federales,

teniendo como antecedentes las iniciativas panistas presentadas anteriormente. Nociones para dictaminar las olvidadas iniciativas presentadas en legislaturas anteriores sobre todo las de tipo económico, para combatir el raquitismo y la carestía de la vida.

En 1955, asumieron la tarea con responsabilidad y entereza, Alfonso Ituarte Servín, Manuel Sierra Macedo, Jesús Sanz Cerrada, Federico Sánchez Navarrete, Manuel Cantú Méndez, y Patricio Aguirre Andrade. En circunstancias más difíciles por el paulatino estrechamiento de las restricciones antidemocráticas de una dictadura llena de miedo, hicieron valer las demandas populares contra la consigna y el servilismo de un Congreso entregado abyectamente a la voluntad omnímoda del Ejecutivo. Las iniciativas presentadas fueron las siguientes:

Obligación del Ejecutivo de presentar el presupuesto de cada año a más tardar el primero de octubre. Reforma al Art. 60 constitucional que crea el Tribunal Federal de Elecciones. Reformas a los artículos 27 y 123 constitucionales para organizar la protección del Patrimonio Familiar. Ley del Patrimonio Familiar en el DF y en los Territorios. Revisión a fondo de la legislación y prácticas del Seguro Social. Adición a la Ley Electoral de la prohibición de utilizar los colores nacionales como distintivos de partidos políticos. Ley para designar imparcialmente el personal de las casillas. Ley sobre la identificación de electores en las casillas, para evitar la suplantación del voto público. Establecimiento de penas por la indebida disposición de fondos públicos y el uso indebido de medios de acción del Poder Público para fines políticos y electorales. Iniciativa de ley en defensa de la provincia y el municipio, dando a ellos y a los Estados una participación del 30 % sobre el producto del Impuesto sobre la Renta. Modificación al proyecto del presupuesto en las partidas correspondientes, para lograr la rehabilitación de la agricultura nacional.

A estas demandas el régimen respondió cerrando totalmente el Congreso al acceso del pueblo, negándose a tomar en cuenta sus derechos y sus exigencias. La ausencia de diputados del PAN en la nueva cámara, coincide con la corrupción absoluta en que se ha sumido al Congreso.

AL RESCATE DE LA PROVINCIA

Gerardo Medina Valdés

La experiencia inicial

Con las raíces firmemente ancladas en la tierra patria: armado de una doctrina permanente para la batalla que no se detendría jamás y con una fe absoluta en las enormes posibilidades del noble pueblo de México hasta entonces ultrajado y humillado, Acción Nacional comenzó a crecer desafiando todo desde aquel 14 de septiembre de 1939, en que los delegados que representaban a lo mejor de México, se constituyeron en Asamblea para dar el ser institucional al Partido. Y no habría jamás fuerza ni poder capaz de echarlo por tierra.

Creció y se fortificó aún más. Y su lucha fue cada día más vigorosa, porque el pueblo entendió mejor que nadie en dónde estaba la verdad y dónde, por lo mismo, la salvación del país.

Y se lanzó a las calles y las plazas: a los caminos polvorientos y a las grandes avenidas: a los barrios más pobres y a las zonas residenciales con un mensaje que movía las almas. Y la respuesta vino pronto: los primeros pasos

fueron invitaciones a ejercer el sufragio, a defender con energía el voto. El pueblo fue a las casillas en julio de 1940 sólo para darse cuenta de que, como lo había afirmado Acción Nacional, la lucha por la reconquista de México no era asunto que pudiera resolverse en un mero episodio electoral. Lázaro Cárdenas robó y pisoteó el voto, cayeron hombres y mujeres asesinados y el que se creyó con agallas para ser caudillo se dio la vuelta y huyó.

Quedó a México la única vía posible: atender el llamado del PAN a la batalla diaria, permanente. Y se levantó de su desilusión y su amargura para recobrar su tradicional gallardía: fueron las nuevas ramas de aquel árbol que nada pudo derribar, contra el que se mellaron los comunistas como Lombardo Toledano y Fidel Velázquez y toda la mafia cardenista. La organización creció. Todas las entidades fueron respondiendo; los comités regionales, distritales y municipales de Acción Nacional se multiplicaron. Los mejores hombres y las mujeres –convocadas desde el principio por el Partido a compartir los azores de la aparentemente desigual pelea– se sumaron a Acción Nacional.

Ya para 1943, a escasos tres años de su fundación, el Partido dio su primera campaña de alcances nacionales: Aquiles Elorduy en Aguascalientes; Miguel Estrada Iturbide en Michoacán; el maestro Efraín González Luna en Jalisco; Bernardo Elosúa en Nuevo León; Rafael Preciado Hernández, Luis de Garay, Trinidad García y otros muchos en la ciudad de México; Filogonio Mora en Guerrero; Carlos Septián García en Querétaro; Miguel Niño de Rivera en Oaxaca; Salvador de Lara en La Laguna.

Hubo, como después, los hombres capaces de encabezar a los electores con un programa de trabajo en la mano y sin otra ambición que el servicio a la comunidad. Por los campos de México se vio a un tipo nuevo de político mexicano, el de Acción Nacional, que respondía a lo que el pueblo esperaba.

La verdad se abre paso

Aquella campaña para diputados federales de 1943 fue sólo el principio, el gobierno de Ávila Camacho seguía el sistema de solapar a los ladrones de votos. Acción Nacional peleó sus triunfos hasta el fin, pero los seudorrevolucionarios no cedieron. La pistola y la macana, la persecución, la represalia y la cárcel continuaron siendo las armas predilectas del partido oficial, entonces PRM.

En 1944, el pueblo volvió a la carga, esta vez con una campaña formidable en Aguascalientes con Aquiles Elorduy al frente, el mismo batallador candidato que había triunfado arrolladoramente en julio anterior como diputado. Las elecciones fueron anuladas y no se habían vuelto a convocar. Elorduy venía ahora con su pueblo que lo aclamaba gobernador. Voces rudas de obreros y campesinos; doctrina de combate por el Derecho en Luis Cabrera que tanto alentaba al candidato; Manuel Herrera y Lasso, Gustavo Molina Font, Miguel Estrada Iturbide, Efraín González Luna, juventud cuyo mensaje revivía olvidados afanes, en la palabra de Alejandro Avilés y Armando Ávila Sotomayor.

El candidato del PAN ganó sin discusión. Se peleó hasta en la Suprema Corte de Justicia (Art. 97) y allí, a pesar de los sólidos y definitivos argumentos de los ministros Fernando de la Fuente y Teófilo Olea y Leyva, el más alto tribunal de la República permitió que, por un absurdo dictamen del ministro Nicéforo Guerrero, se encaramara en la gubernatura “El Chapo” Rodríguez, de infeliz memoria para Aguascalientes.

El gobierno de Ávila Camacho siguió tan tranquilo. Sus esclavos creyeron que con el golpe, el PAN se derrumbaría. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, apenas unos meses después de que la Suprema Corte abrió con su abstención el camino al fraude electoral, Acción Nacional resurgía en el mismo Aguascalientes, ahora peleando el Municipio con Rafael Ávila Delgado al

frente. Cuando las elecciones, volvió la chicana y el pistolero a escarner al pueblo que no cejó, ni así, en su trascendental empeño de reconquistar sus derechos.

Las ramas se extienden

Para 1945 Monterrey y León, Zamora, La Piedad y Apatzingán esgrimían el voto como arma para darse las autoridades municipales que merecían. En Monterrey, Manuel L. Barragán; en León, Carlos Obregón; en Zamora, José Gómez Herrera; en La Piedad, J. Reyes Rojas. El gobernador michoacano, J. Ma. Mendoza Pardo, traicionó su propia palabra y se burló del voto popular, cosa que también hizo el gobernador interino de Nuevo León.

Acción Nacional se había aliado con grupos independientes honorables; defendió los triunfos del pueblo y volvió a encontrarse con las consignas del “presidente caballero”. Ningún triunfo fue reconocido entonces a la ciudadanía.

Ah, pero el pueblo no se iba a dejar robar así como así; el de León, haciendo honor a su nombre, se alzó contra los impostores reclamando el reconocimiento de su legítimo gobernante municipal... y se encontró –el 2 de enero de 1946– con las bocas de ametralladoras, pistolas y fusiles. Fue la masacre más espantosa de los últimos tiempos. Esta sangre de los mártires cívicos de León, para el gobierno, corrió inútilmente: uno de los responsables de la matanza, un tal Cano Martínez, habría de ser ascendido. Jamás fueron castigados los verdaderos culpables. La Suprema Corte –¡cómo resonaron los clamores en el recinto, traducidos por Teófilo Olea y Leyva, Fernando de Fuente e Hilario Medina (que años más tarde cambiaría radicalmente de criterio) cuando consiguieron éstos que el Tribunal investigara lo de León!– investigó; se establecieron con claridad los delitos; se señalaron los culpables... y el gobierno dio carpetazo.

Mas la ciudadanía avanzaba, como se demostró con la formidable

campana de Acción Nacional de 1946: el Lic. Luis Cabrera consideró la candidatura presidencial que le ofrecía Acción Nacional como “el más alto honor de su vida”, aunque por motivos personales no se decidió a encabezar a los 87 candidatos que postuló el PAN al Congreso en toda la República. Eran 64 candidatos a diputados y 23 a senadores. ¿Nombres, apellidos? Bueno sería recordarlos todos, pero es imposible; pero éstos podrían dar idea: Gómez Morin, Sisniega, Gral. Ignacio Enríquez. Lic. Manzanera del Campo, Alfonso Junco, Lic. Gilberto Valenzuela, González Luna, Robles Martín del Campo Chapela, Molina Font, Israel C. González, Ing. Emilio Madero, Lic. Herrera y Lasso, Gutiérrez Lascurain, José G. Martínez, Antonio L. Rodríguez, Ing. Rafael Ibáñez, Lic. Agustín Navarro Flores, Lic. Manuel Ulloa Ortiz, Dr. Mario Torroella, Jesús Hernández Díaz, Lic. Gómez Arana, Lic. Castolot Pauliada, Eduardo Enríquez Ríos, Aquiles Elorduy, Alfonso Guerrero Briones, Dr. Raúl Velasco Zimbrón, Lic. Efraín Moto Salazar, Pedro Vázquez Cisneros, Gral. Teófilo Gómez y tantos y tantos otros que al Congreso o a las presidencias municipales dieron por primera vez en la historia de México ejemplo de cómo se hace política y cómo se defienden los derechos de un pueblo.

Aquella jornada habría de ser resumida, en boca de un funcionario (Mar-te R. Gómez) en estas palabras: “si la jornada del 7 de julio había sido un día de fiesta, el 11 había sido de luto nacional” (el día 11 se reunieron las Computadoras y escarnecieron con vileza al pueblo mexicano).

La savia no se detiene

En el mismo año de 1946, el fuego cívico no se apagó: Chihuahua, Michoacán. Durango, Zacatecas y Chiapas se lanzaron a la conquista de los congresos locales y de los Ayuntamientos. En Michoacán, el gobierno no pudo impedir que el pueblo de Quiroga eligiera al candidato panista Manuel Torres Serranía; en Durango, Santa Clara (en tres veces, que otras tantas fueron anuladas

arbitrariamente las elecciones) fue arrebatada por el panista Pablo Ávalos Carranza: en Chihuahua, Valle de Zaragoza fue ganado por Acción Nacional; en Zacatecas, Fresnillo comenzó a señalar la tónica de futuras victoriosas campañas del pueblo.

Estaba Miguel Alemán en la Presidencia. A los 29 días de que había tomado posesión, uno de los caciques revolucionarios impuestos a Chiapas, un tal Espíndola, dispuso el salvaje ametrallamiento del pueblo en Tapachula, lugar que –como Cacahuatán, Pueblo Nuevo, Acapetahua, Tonalá, y otras poblaciones– vio a la ciudadanía levantarse contra el fraude, para encontrar la misma respuesta que desde hace tantos años ha dado el régimen: balazos. María Herrán y otros muchos cayeron en presencia del Procurador en persona, Lic. Coello. Él vio quiénes fueron los asesinos; cómo cayó la Srita. Herrán defendiendo la bandera desgarrada por el pistolero Sixto Moreno. Y la justicia no apareció.

En Oaxaca, el pueblo se levantó pacífica pero enérgicamente contra el cacique Sánchez Cano hasta echarlo del Estado, mientras otra vez Michoacán se lanzaba a la pelea por el Congreso local con gentes como Ezequiel Correa, Gabriel Pérez Gil, Rubén Vargas Molina, Alejandro Ruiz Villaloz, y el Dr. Alfonso Hernández Sánchez, al único éste a quien el gobernador no pudo arrancar su victoria en Zamora. El Dr. Hernández Sánchez dio, por Zamora, la pelea más digna y más noble que se ha dado hasta ahora en un congreso local. Su ejemplo perdura y alienta.

Al mismo tiempo, Chihuahua y Guanajuato (ahí quedan los nombres del periodista José G. Rocha y del Lic. Francisco Paniagua como modelos de lucha electoral) se lanzaban a la campaña por el Congreso.

A partir de 1948, sobre todo de 1949, ya no hubo entidad en la que al renovarse Ayuntamientos o Congresos, no se dejara sentir la briosa presencia de Acción Nacional y sus candidatos. Colima y Veracruz, Sinaloa y Sonora, Zacatecas y San Luis, por todas partes, a lo largo y ancho del país, el nombre

de Acción Nacional y la claridad con la que abordaba los problemas y la entereza con que apuntaba las mejores soluciones fueron conquistando a la ciudadanía. El régimen, ahora priista con Miguel Alemán que había liquidado al PRM, extremó la habilidad para robar los votos, sin que esto supusiera la desaparición total de los sangrientos caciques y sus procedimientos.

La campaña de diputados federales: de 1949, año en el que llegaron a 35 las voces que desde la fundación del Partido desfilaban por la tribuna de la Cámara Baja, candidatos del PAN defendiendo sus legítimas victorias, señaló un nuevo avance y ya para 1952, con el Lic. Efraín González Luna como candidato presidencial, todo el país se movilizó. Había que remover todo el sedimento de amargura que los fraudes electorales revolucionarios habían ido acumulando a cada nueva coyuntura electoral. Y se removió. El pueblo fue a las casillas a votar con mayor entusiasmo. La máquina robavotos del Gobierno volvió a hacer de las suyas, pero el pueblo siguió adelante. Campañas municipales, distritales en casi todas las entidades del país fueron creando una verdadera conciencia ciudadana.

Tan había logrado esto Acción Nacional, que ya desde tiempo antes, en 1949, se lanzó con candidatos a las gubernaturas. Por su especial significación, por la enorme cantidad de gente que movieron, por la trascendencia que para la vida cívica del país tuvieron estas campañas de Acción Nacional con candidatos a gobernadores, damos una brevísima reseña:

1949. Dos campañas para gobernador: una en Nuevo León llevando como candidato a don Antonio L. Rodríguez, y la otra en Chihuahua con Juan J. Miramontes. La campaña de Nuevo León, una de las más completas en todos sentidos que se haya realizado en toda la historia del progresista estado, fue la mejor demostración de que, con programa y personalidades limpias, el pueblo estaba dispuesto a todo. Pero en Nuevo León pudieron más los compromisos de Miguel Alemán con el Dr. Ignacio Morones Prieto y a éste regaló desvergonzadamente la gubernatura.

La campaña de Chihuahua tuvo perfiles magníficos: “Ustedes –decían los chihuahuenses, dirigiéndose a los grandes electores– nos mandan un virrey del centro; nosotros les decimos en Chihuahua: ahí les va un hombre”. Y el hombre, Miramontes, enfrentando a un borrachín (Oscar Soto Máñez, el que después sería expulsado) arrastró tras su candidatura a todo Chihuahua.

1952. Jaime Robles Martín del Campo fue el ciudadano elegido por el pueblo de Jalisco para salir por los fueros del Estado frente al literato Agustín Yáñez, ayuno éste de todo sentido de la administración pública. Y el candidato del PAN respondió admirablemente. El pueblo, por primera vez en muchos años, acudió a votar para toparse con el pistolero y los ladrones de votos.

1953. El recién nacido Estado de Baja California reclamaba un capaz gobernante. Y pudo haberlo tenido si el gobierno hubiera respetado el triunfo del panista Dr. Francisco Cañedo, pero valió más la incondicionalidad y servilismo del comunista Braulio Maldonado. Los frutos de esta absurda cerrazón oficial estuvieron pronto a la vista: juego, prostitución, despilfarro de fondos públicos, pisoteo de todas las garantías individuales. Y ésta fue una de las más grandes obras del antiguo Adolfo, Ruiz Cortines.

1956. En Chihuahua, un hombre con todos los arrestos de juventud, con todo el entusiasmo del que cree en su pueblo, Luis H. Álvarez, fue el que encabezó al pueblo en una de las más vigorosas campañas estatales. En votación, él, que había recorrido palmo a palmo su tierra, ganó abrumadoramente. Ah, pero a Ruiz Cortines lo único que le importaba era mantener su prestigio de honesto y de “respetuoso” de la Constitución.

El mismo año, por primera vez en la historia de Michoacán hubo un Partido que se enfrentó en la lucha por la gubernatura a un títere cardenista. Acción Nacional postuló al viejo luchador Ezequiel Correa, cuyo don de gentes y conocimiento efectivo de todos los problemas estatales le granjearon

el apoyo del pueblo. Pero a Ruiz Cortines no le convenía echarse encima a los Cárdenas y prefirió burlarse de Michoacán imponiendo a David Franco Rodríguez.

1957. Frente a un general caduco y amnésico, Raúl Madero, la ciudadanía libré postuló al Ing. Eduardo González Farino, cuya capacidad administrativa nadie se atrevió jamás a discutir. Pero también a Coahuila Ruiz Cortines humilló ostentadamente imponiéndole al hermano del Apóstol Madero, del que había hecho triunfar una Revolución por la conquista del sufragio efectivo.

1959. El más arrollador movimiento ciudadano que haya contemplado nunca la República se dio en Baja California: el candidato del PAN Lic. Salvador Rosas Magallón, obligó al gobierno a utilizar para robar casillas hasta a los soldados; a encarcelar a dirigentes y representantes, a urdir las peores patrañas para encaramar a un yucateco en la gubernatura. Esta lucha, sin embargo, aún no la pierde el pueblo de Baja California, ni la perderá.

Las campañas municipales, pese a todo, continúan como hace tantos años siendo la base en la lucha de Acción Nacional. Por eso el especial empeño del Partido a lo largo de sus 20 años por hacer renacer en la conciencia de todos los mexicanos el principio de que la patria habrá de salvarse partiendo de la salvación definitiva de ese núcleo que es el Municipio. Los caciques sostenidos por el régimen siguen y tal vez seguirán tiñendo de sangre ciudadana este suelo en el que se asienta profundamente Acción Nacional. Pero frente a ellos y frente al régimen todo, el pueblo de México está haciendo crecer, amacizar y extenderse las raíces de ese árbol nacido el 14 de septiembre de 1939, cuyas ramas habrán de prolongarse hasta dar sombra y protección a los mexicanos en todos los rincones de la patria.

HACIA EL MUNICIPIO LIBRE

Manuel Ulloa Ortiz

Desde que se iniciaron, a principios de 1939, los trabajos preparatorios para la constitución de Acción Nacional, figuró entre los temas esenciales de esas labores el relativo al Municipio. Se editaron entonces entre otros, folletos con los títulos de La Ciudad: Necesidad del Municipio Libre; El Seguro Social: Lucha eficaz contra la Miseria; la Misión de la Mujer en la Vida Nacional y Las Libertades Políticas.

Cada uno de esos folletos conserva la importancia que entonces puso de manifiesto el Comité Organizador del Partido y especialmente su Jefe, el Maestro don Manuel Gómez Morin, quien durante diez años fue Jefe del Partido.

En especial, el problema del municipio ha sido preocupación constante de Acción Nacional. Los Principios de Doctrina, los programas de Acción Política, las Asambleas, Convenciones y Plataformas del Partido, sin contar los diversos estudios presentados en las reuniones del Consejo y Convenciones Regionales e Interregionales –e incluso hubo una Convención Nacional que

se ocupó durante tres días de los temas municipales— y puede decirse, sin lugar a dudas, que en los últimos 20 años no ha habido esfuerzo comparable en valor, significación e importancia respecto del Municipio en México, que el desarrollado por el Partido. A título de ejemplo cabe transcribir algunas frases de ese folleto inicial, y recordar algunas iniciativas del Partido que apoyan esta afirmación.

En el folleto de La Ciudad, Necesidad de un Municipio Libre, se dice:

“La libertad municipal y la organización de un régimen político libre, fueron propósitos que inspiran, entre los más altos, la lucha revolucionaria en México. Se conceptuó como una de las conquistas revolucionarias fundamentales, el principio de la libertad municipal reconocido y sancionado por la Constitución.

“Escuela de Gobierno, ha sido llamado el municipio libre, porque es en él donde los principios más puros se han puesto en práctica.

Escuela de Ciudadanía, porque los problemas y las necesidades de gobierno de la comunidad municipal, son los que inmediatamente pueden ser conocidos y rectamente juzgados por los ciudadanos; porque las inquietudes de la vida municipal son las que más directamente afectan a los miembros de la comunidad y las que mejor sirven, por tanto, para interesarlos activamente en los problemas colectivos, hasta el punto de que puede afirmarse con certeza que no hay posibilidad de vida cívica real, en un país en que no existe el gobierno municipal libre o en el que los ciudadanos no han sido preparados para la función cívica por una participación activa y orgánica en la resolución de los problemas de su comunidad local.

“También se afirma fundamentalmente que el gobierno municipal autónomo, es el laboratorio en donde se investigan y construyen los grandes sistemas nacionales de gobierno. Es allí, cuando el resultado de la acción puede verse desde luego, cuando la responsabilidad se precisa inmediatamente y puede hacerse concreta y exigible, cuando la experiencia social

puede realizarse con menos sacrificio y ser aprovechada más directamente, es allí donde es posible estudiar y preparar los planes de mayor envergadura, los métodos políticos más extensos, que han de constituir el meollo de una acción propiamente nacional.

“El espectáculo de la vida municipal mexicana es trágico. Parece irremediablemente condenada a una pobreza desesperante, al robo sistemático de sus recursos, a la ineptitud de sus administradores. Pero depende de nosotros, y está en nuestras manos, cambiar esta situación, porque no es cierto que sea inevitable la miseria en que vegetan nuestros Municipios, nuestras ciudades”. “Una administración municipal libertada de toda dependencia política y administrativa ajena a los miembros de la ciudad misma o del mismo municipio; una administración municipal que esté siempre en manos de quienes forman la ciudad, que sea como una prolongación más elevada de su trabajo, de sus propias familias, podrá no ser muy rica si la economía entera del país signe desordenada y convulsa como lo está ahora; pero por lo menos será limpia, será eficaz, estará inspirada en los mismos principios, en las mismas virtudes fundamentales que siguen haciendo del trabajo personal y de la familia mexicana, el núcleo, la base de nuestra subsistencia como hombres y de nuestra vida como nación”.

En septiembre de 1939, la Asamblea Constituyente del Partido aprobó entre los Principios de Doctrina, el siguiente:

“La base de la estructuración política nacional ha de ser el gobierno de la Ciudad, del Municipio. Histórica y técnicamente la comunidad municipal es fuente y apoyo de libertad política, de eficacia en el gobierno y de limpieza de la vida pública.

“El gobierno municipal ha de ser autónomo, responsable, permanente sujeto a la voluntad de los gobernados y a su vigilancia, y celosamente apartado de toda función o actividad que no sea del municipio mismo.

“Sólo en estas condiciones puede cumplir la administración municipal

sus fines propios y realizar con plenitud su sentido histórico. Sólo así pueden evitarse el vergonzoso desamparo y la ruina de nuestras poblaciones, el abandono de nuestra vida local en manos de caciques irresponsables, la falta completa o la prestación inadecuada y miserable de los servicios públicos más urgentes, y sobre todo, la degradación de la vida política nacional”.

El 23 de diciembre de 1946, los Diputados de Acción Nacional, señores Ingeniero Juan Gutiérrez Lascurain (q.e.p.d.), Lic. Miguel Ramírez Munguía (q.e.p.d.) y Antonio L. Rodríguez presentaron una iniciativa de reformas al artículo 115 Constitucional para el efecto de no solamente reconocer a la mujer el derecho del voto activo y pasivo en asuntos municipales, como propuso entonces el Presidente de la República, sino también para asegurar la verdadera autonomía del Municipio y la pureza de su régimen democrático que es condición de tal autonomía. Para ese fin se señalaban, en esa iniciativa de reformas, las bases para el régimen hacendario que asegurara la verdadera autonomía del Municipio.

Los Diputados de Acción Nacional, señores Juan José Hinojosa y licenciados Jaime Robles y Martín del Campo, Eduardo Facha Gutiérrez y Gonzalo Chapela, en iniciativa presentada el 30 de octubre de 1951 al Congreso, propusieron unas reformas a la Ley de Amparo para restablecer la procedencia de ese juicio constitucional contra la indebida destitución de funcionarios municipales.

Este esfuerzo ininterrumpido, por más de 20 años, no puede quedar sin fruto para el bien de México, ya que es un axioma que ningún esfuerzo para el bien deja de tener sus resultados favorables. En efecto, Acción Nacional, ha despertado, en la conciencia de todo México, la necesidad de interesarse eficazmente por la solución acertada de todos los problemas que afectan al Municipio y por el cumplimiento, también en el campo municipal, del deber político.

Esa necesidad de un municipio libre y suficiente, con autoridades auténticamente electas forma, en la actualidad, una convicción en la que todos participan y será realidad en un tiempo más o menos corto, siempre que los mexicanos no abandonen su reiterada insistencia y exijan el cumplimiento de esa meta que ha sido el ideal de los mejores movimientos de México.



XXX

ANIVERSARIO

30 AÑOS DE LUCHA POR MÉXICO

*Luis Calderón Vega*¹

El Partido Acción Nacional cumple el 15-16 de septiembre 30 años de vertical existencia. En conmemoración de tal acontecimiento, hecho histórico singular con esta Patria nuestra donde el caudillismo y los fervores pasajeros han sido la tónica de la política, *La Nación* recoge dos trabajos inéditos: el primero, del Licenciado D. Manuel Gómez Morin, fundador del Partido; el segundo, del señor Licenciado Miguel Estrada Iturbide.

Ambas alocuciones fueron pronunciadas hace tiempo, en distintas fechas y lugares –la del Fundador en Guadalajara y la del licenciado Estrada Iturbide, en una reunión conmemorativa organizada por el Comité de Celaya–. Es obvio que han sido adaptadas al objeto que arriba se señala; el tiempo transcurrido sólo acentúa el frescor de los conceptos, cuando éstos calan en la esencia misma de las cosas.

¹ *La Nación*, núm 1285, 15 de septiembre de 1969.

Maestro Gómez Morin:

Aquí estamos.

Jinetes a lomo de 30 años de lucha, todavía aquí estamos.

Vibrante aún en el aire la voz que, como un soplo de espíritu, nos llegó sobre el pantano de aquella vida pública.

Porque nunca, como en los años treinta, estuvieron el Gobierno y la Revolución “oficial” tan ayunos de ideas y tan anárquicos en la acción. Si la Revolución, en 1910, había sido informado pero real anhelo popular de transformación social y política, en el 39 aquél se había perdido o estaba prostituido el sentido de lo nacional, en las mareantes alturas del Poder. Una facción fatua, primitiva, vacía, dominaba con su demagogia destructiva, su mitomanía carismática, su jactancia de inmoralidad, su carnet “marxista” como patente de corso.

¿Y el pueblo? ¡Era simple, más domesticable! ¿Y la Nación? ¡Patrimonio de la oligarquía! ¿Y el hombre? ¡Una idea biológica capaz de regeneración! ¿Y el Estado? ¡Sangriento y voraz leviathán chichimeca! ¿Y el bien común? ¡Propiedad privada no siquiera del proletariado, sino de la burguesía revolucionaria, ostentosa y vulgar!

Pero más grave que todo eso era la miseria moral de grupos y de empequeñecidos directores sociales, que se refugiaban en un fatalismo negativo, en espera de un providencial caudillo... ¡Qué insensata tradición de aquellos “hombres honorables” que, con mentalidad muy “fin de siglo”, venían repitiendo, en el capillismo de su feligresía, la consigna suicida: “...y de política, ni una palabra, ni una sílaba de política...!”

¿No, acaso, la prensa de aquellos años, reflejaba esta miseria?... “Incapaces todavía de ejercer normalmente la democracia” –escribía un diario capitalino, por aquellos años– queda, en suma, la esperanza de que el pueblo... se decida a intervenir en el combate por el Poder, como lo hizo en 1910 o en 1913... lo que constituye una especie de sufragio...” ¡Esta era la filosofía

“salvadora” de los dirigentes de la opinión pública, de la “gente de orden”, aburguesada y egoísta de los treinta!

Las generaciones jóvenes, entre ellas la mía del 31, no estaban dispuestas a hundirse en el pantano, en el que el propósito y las ideas, sin brújula, a veces se enlodaban de escepticismo o de concupiscencia política. Prevalecía, empero, el *ethos* universitario que había cuajado estrellas y centelleos de espadas en nuestra lucha por la libertad de Cátedra y la Autonomía Universitaria. Y entonces vino el rastrear, con las más altas antenas del espíritu, en el torrente popular desesperado y emotivo del almanismo. Y, entre los sonoros y crecientes vítores al caudillo de la hora, vino la voz serena, de quedos matices, sobre el torrente y el pantano: “Hay que mover las almas”.

No, no era aquella la voz de un moralista, predicador, pastor o sacerdote que apacentara sus ovejas –algo así comentaba un periodista–. Era la voz de un fundador político.

“No, no una mera acción fugitiva y esporádica”, ni una simple “cruzada cívica”, sino una empresa permanente que haga valer en la vida pública la concepción integral del hombre; una postulación del Derecho y de la Ética, como fuente y cauce de la acción política, y ésta, no mero cambio de personas, sino reforma de estructuras, de instituciones y de sistemas, para gestionar el bien común...

Y allí, en su despacho de Bolívar y 16 de Septiembre, empezaron a sonar y resonar “las viejas voces olvidadas” de Patria, de Libertad, de Bien Común y Derecho y deber ciudadano y partido permanente y Estado como gestor y no usufructuario del bien común, y Política y limpieza municipal, y respeto a la persona humana.

Y allí, aquella su inolvidable siembra humilde de la esperanza: “dentro de 20 o 25 años, cuando estemos proclamando estas ideas esenciales, en la plaza de armas de Huiramba y Batopilas, de Izamal y Bocatete, de Ciénegas de Flores o Venado”.

Y, no, Maestro: tres meses después, entre el miedo ciudadano y “los tiros de la policía” velardiana, ocupábamos las plazas públicas, y los cosos taurinos, y los teatros municipales, y las esquinas del barrio y las “cercas” del rancho, antes desiertos de ciudadanía. Y Juan Gutiérrez Lascurain habría de parodiar al viejo poeta latino: “Somos de ayer y ya ocupamos toda la República”...

Y aquí estamos... Bordeando aún el pantano, hoy engañoso y disimulado, pero ya, en la perspectiva, insinuándose el lucero del alba mexicana en el alma de millones de mexicanos. Estamos quizá más limpios aun que en el instante primero, porque atrás quedó el lastre de quienes pensaron que la nuestra era trinchera de intereses capitalistas o de vanidades.

Jinetes a lomo de 30 años de lucha, todavía estamos aquí, fieles “servidores de la fiel Penélope, de la verdadera Política mexicana, tejiendo y destejiendo su tela legendaria...”

Y seguiremos estando, Maestro, en el destino de México, así sea caminando ya más allá de las estrellas, fieles también al supremo llamado.

Gracias a usted. Maestro.

LLEGAR AL PODER PARA ELEVAR AL HOMBRE

Miguel Estrada Iturbide

La dinámica tradición de Acción Nacional

En caso que pueda yo atribuirme –sin la jactancia, al contrario, con profunda sencillez, recordando aquello de Santa Teresa de que la humildad es la virtud necesaria– pueda yo atribuirme una cierta representación de lo que podríamos denominar “la tradición”.

Fuimos de los trabajadores de la primera hora. Esto no tiene un valor especial: la recompensa –y la parábola es bien clara– será la misma que para la hora prima, que para la hora sexta o la undécima; pero sí tiene cierto valor la tradición porque la tradición que tantas veces se malentiende y se considera como una actitud estática, como una mirada recta al pasado, como una especie de temor hacia la innovación, hacia el porvenir, hacia lo que todavía no llega, en la palabra misma tiene una significación dinámica: tradición viene de *tradere*, que significa entregar, transmitir. No es una actitud estática, no es una vuelta de espalda al porvenir, no es una mirada nostálgica a lo que fue: es el trampolín para saltar al futuro. En este sentido riguroso, yo quiero entregar un dato sobre la tradición de Acción Nacional.

Queremos transmitir lo que es para nosotros esencia vital de nuestro ser colectivo. Una organización humana se va configurando a través del tiempo y a veces esa configuración significa mutaciones radicales, de tal modo que lo que fue ayer deja de ser completamente hoy y será posiblemente todo lo contrario mañana; pero hay una verdad, un hilo conductor que mantiene lo que existe, lo que haya de esencialmente válido en la posición original y que sin perder esa nota primitiva vaya adaptándose a la contingencia del hacer y acontecer.

La nutrida presencia de la Juventud en las filas del Partido es para mi la confirmación profunda, evidente, que me llega a lo hondo, de que la esencia vital, original, del Partido se mantiene intacta y que va adaptándose, moldeándose, haciéndose sustancia para responder a las exigencias del acontecer histórico. Nada hemos dejado de lo que para nosotros significa la razón primaria, el fundamento inamovible del Partido. Los principios que dieron sentido a nuestro propio nacimiento, las ideas madres que pueden establecerse en tres o cuatro frases fundamentales; nacimos al amparo de dos grandes pensamientos: la dignidad de la persona y el sentido de la nacionalidad.

Queremos reivindicar para México y los mexicanos la dignidad del hombre en plenitud y hacer de México la nación auténtica que todos tenemos el derecho de crear y la necesidad de construir y conquistar. Seguimos luchando por la dignidad del hombre en México y seguimos luchando por el triunfo de México en la dignidad.

Presentes los hijos para quienes vivimos los momentos iniciales, para quienes contemplamos la primera aurora, ocasiones como esta tienen un alcance, una significación tan difícilmente definible, que yo no encuentro en estos momentos palabras para expresarla: pero acaso pudiera decir algo como esto: desde el primer momento pensamos que la tarea no era sino brega de eternidad, y cuando a la vuelta de 30 años encontramos renovado el brío que auspició el nacimiento y vemos que las ideas siguen siendo las mismas ideas fundamentales y nos damos cuenta que en el transcurso de una generación

–una que no podrá borrarse de la historia de México– el soplo del mismo espíritu que hincha con renovado ímpetu las voces de los hombres de la primera hora, decimos: gracias a Dios, gracias a todos los que como González Luna rindieron la jornada en el cumplimiento del deber político.

Se agolpan los recuerdos, se atropellan las reminiscencias. Recordamos a don Toribio Esquivel Obregón, cuando decía “un mal político es el que piensa en la próxima elección: un buen político es el que piensa en la próxima generación”. Por lo menos en ese sentido fuimos buenos políticos: aquí está la nueva generación, ¡bienvenidos, muchachos!

Hay además hasta circunstancias de un valor supremo: desde el primer momento las mujeres mexicanas fueron llamadas a la tarea de la reestructuración y de la salvación. Quisimos, con la presencia de ellas, demostrar que la política no era sino empresa limpia, constructiva, de salvación de México. No esperamos para tratar de atraerlas que se les dieran la ciudadanía legal y que pudieran ser votadas en las urnas electorales: las respetamos y las quisimos desde el primer momento, para poder decirles: vengan con nosotros a este viacrucis de la restauración política de México.

Yo les pido que piensen simplemente en este valor de la tradición, en esta perseverante custodia de las esencias, en esta salvaguarda infatigable de las ideas madres, en este empeño permanente de no perder el ser en el hacer, sino lograr una perfección del ser en el hacer. Perfeccionar nosotros mismos cada vez más esta fórmula. Llegar al poder, pero para hacer desde el poder que las ideas que nos lanzaron a la lucha se traduzcan en obras de reconstrucción nacional. Si hablamos de la elevación del hombre, lleguemos al poder para elevar al hombre.

Son 30 años, un tramo de nuestra vida... Nunca nacimos para la aventura efímera. Para el episodio transitorio, para la escaramuza fugaz: nacimos, y estas son mis últimas palabras, para la aventura total, para la batalla completa, para el triunfo definitivo en que salvaremos nuestra propia vida y contribuiremos a salvar la vida de México.

ESTE GRAN EMPEÑO DE ALMAS

Manuel Gómez Morin

Se habla del mensaje de hace 30 años. No se ha cambiado. En 30 años no ha sido necesario rectificar el camino; en los 30 años, los valores del espíritu con que contábamos se han seguido manifestando, y han comprobado que son los únicos que no se agotan y los únicos que nunca podrán ser cambiados. Mientras que todo el esfuerzo de Acción Nacional se funde en nuestros valores espirituales, no habrá PRI, no habrá general, no habrá fuerza material ninguna que pueda acabar con este grande empeño de almas que es el Partido Acción Nacional.

Ya hemos sido acusados de todos los extremos, según el tiempo y las circunstancias que hacen cambiar el punto de vista de las gentes que nos atacan. En tiempos del señor general Cárdenas, Acción Nacional era “el partido de los millonarios”. Después fuimos “el partido del clero”. ¡Tantos sacerdotes como vemos oficiando en nuestras Juntas y reuniones...!

Luego, hemos sido “el partido de los Estados Unidos”. No sé por qué allí sí mi capacidad de análisis me ha fallado; tal vez inconscientemente piensan en los Estados Unidos, porque con todos sus defectos en ese país sigue todavía

habiendo el mismo soplo de espíritu que movió a Lincoln a hacer su magnífico discurso y expresar los mejores anhelos de su nación cuando dijo: “Lo que queremos es un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Y hoy, a más de cien años de distancia, creo que ninguno de los miembros de Acción Nacional podría decir con más Justicia, con más precisión, cuál es el anhelo de todas las mujeres y de todos los hombres que militan en el Partido –yo diría de todo el pueblo de México–, en estas brevísimas palabras del gran libertador de los esclavos en los Estados Unidos, probablemente el más grande Presidente de América: “Un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

Otra vez valores espirituales. Ni siquiera quería servicios públicos; no digo que no debamos pelearlos, eso es nuestro derecho elementalísimo: pelearlos, exigirlos, anhelos eficaces, limpios: no quería grandes renovaciones de sistemas; difícilmente se puede pensar en una renovación más grande, que la de quitar el gobierno de manos de criminales para ponerlo en manos limpias; de quitar el gobierno de manos de quienes lo usan para hostilizar a los demás cuando no para robarlos, para ponerlo en manos de quienes lo hacen servir a las causas comunes más nobles y más generosas.

Estamos en el camino. Yo les pido a todos que no se olviden nunca de que este camino es el único que no nos pueden tapar, que no nos pueden cerrar. Mientras mantengamos levantado el pendón de los valores del espíritu, en México no habrá obstáculo que no podamos vencer.

Treinta años. ¡Cuándo un partido fuera del poder en la historia de México ha permanecido tanto tiempo! Hemos sufrido lo que otros llaman derrotas; nosotros sabemos muy bien que no nos han derrotado. Hemos sufrido calumnias: no nos tocan, ni nos ofenden, ni nos debilitan; podemos vernos francamente a los ojos, unos a los otros, miembros del Partido, sin tener que bajar la cabeza por la vergüenza de haber robado a un ciudadano, de haber defraudado al pueblo.

Adelante pues, seguros del triunfo. Hoy, mañana: yo ya estoy viendo a mis nietos crecer, muy pronto ellos serán los ciudadanos activos de México. No importa el tiempo. Lo que importa es ir siempre por ese camino real que llevará indudablemente a la Victoria.



XL

ANIVERSARIO

LA CONMEMORACIÓN: TODOS LOS DÍAS¹

Si bien el acto central del programa conmemorativo de los primeros cuarenta años de Acción Nacional fue la velada que a partir de las 11 horas se celebró en el Cine Ópera el 15 de septiembre, otros hechos tendieron a darle profundidad, relieve y trascendencia.

Una misa celebrada por familiares de miembros fundadores del Partido, el jueves 13 de septiembre a las 20:30 horas en la Sagrada Familia, a iniciativa y asistencia de numerosos militantes.

Un seminario de comunicación para esposas de los diputados y dirigentes nacionales, el 14 a partir de las 10 horas; por la noche, a las 19:30, Guardia en la Columna de la Independencia encabezada por los Presidentes Nacional y Regional en el DF, los diputados Lic. Abel Vicencio Tovar e Ing. Federico Ling Altamirano, respectivamente.

¹ *La Nación*, núm. 1542, 10 de octubre 1979.

Develación de la placa de la Sala de Juntas del Comité Ejecutivo Nacional “Ing. Juan Gutiérrez Lascurain”, 16 de septiembre a las 10:30 hrs. A las 11, la sesión ordinaria del Consejo Nacional.

Seminario de Comunicación para la Diputación del Partido, en Oaxtepec, del 21 al 23 de septiembre, a cargo de la Dra. Blanca Magrassi de Álvarez.

Inauguración del Instituto de Estudios y Capacitación Política del Partido, ubicado en Avenida José Vasconcelos 78 (antes Tacubaya), el 29 de septiembre a las 20 horas.

Quedan pendientes, para noviembre próximo, una Reunión Nacional Juvenil (17-19) y un Congreso Nacional de Afirmación Ideológica (17-20).

Todo esto, en la capital de la República, que en cada lugar donde arda la llama del Partido los dirigentes y los militantes celebrarán el aniversario de acuerdo con su entusiasmo y sus posibilidades. En la capital y en todas partes, como dijo el P. David Jiménez, se hallarán los panistas “con la mano en el arado y la mirada adelante, nunca atrás”, luchando “por la paz, la justicia y el amor”, en esta organización que “ha sufrido derrotas, desprecios, persecuciones y soledades, pero que persiste en la tarea constantemente renovada y fortalecida”, perdonando a quien “soltó la espada y aflojó en la lucha”, siempre alentados “por los que murieron en combate y que ruegan por nosotros”.

Y en última instancia, como repetidamente se dijo en esta ocasión, la celebración de un aniversario será solamente una fecha más o menos destacada, si no fuera porque la fundación del Partido Acción Nacional se recuerda y trasciende todos los días, en el trabajo por hacer del Partido, el instrumento eficaz que al pueblo sirva para hacer de México la patria ordenada y generosa donde para todos sea posible una vida mejor y más digna.

SALUTACIÓN

Juan de Dios Castro

La mañana de hoy es reflejo del sonido que evocaba la clarinada del 39. Que nunca falten motivos espirituales en nuestra organización, decía don Manuel Gómez Morin. Y decimos nosotros: continuamos en esta lucha, sin la carencia de motivos espirituales en nuestra organización. Y aquí tenemos en este acto, a varios fundadores de Acción Nacional; y en este acto también tenemos la presencia de varios Jefes Nacionales de Acción Nacional, y también tenemos la presencia, compañeros de Acción Nacional, de tanta gente valiosa en nuestro Partido, desde los puestos directivos de la Organización, hasta los más modestos puestos de trabajo. Pero igual de valioso, de nuestras más modestas gentes en los más apartados comités municipales del país.

Porque esto es el sentido de este acto. Esos fueron los deseos de don Manuel Gómez Morin, y de tantos otros que con él intervinieron, como decía el ilustre don Miguel Estrada Iturbide, “en esta maravillosa aventura que es Acción Nacional”, gentes que al iniciar este Partido, se constituyeron en conocedores profundos de todas las normas cívicas; que fueron maestros

venerables de la formación de la Patria nueva que todos anhelamos; atormentados por la pasión de Patria y humanidad; las necesidades y los afanes, las luchas y las preocupaciones por crear un México nuevo, que quizá ellos no lograron ver, pero que esperaban, como esperamos nosotros, que lo vean nuestros hijos y las generaciones venideras.

Un partido político en el que sus miembros tengan en su quehacer una obra trascendental, la más seria, difícil e importante, fecunda en bienes o en males, depende de su esfuerzo. Digna de todo encomio o de vituperio indecible, según cumplan con los principios de doctrina de esta obra, o voluntariamente renuncien a ello; según los trabajen con yerro o con acierto. Y no hay nada bajo el sol de la patria, para emplear nuestras fuerzas, una empresa de mayor responsabilidad, ni encontraremos a nadie a quien se haya encomendado obra tan grande.

En este acto de 40 años de fundación del Partido, de conmemoración de esa fundación de Acción Nacional, seguimos todavía con los mismos propósitos y con los mismos afanes. Queda aún mucho por hacer, fundamos en ello nuestro esfuerzo y nuestra preocupación en hacer hombres y crear patria.

Señores, compañeros de Acción Nacional.

Desde esta tribuna, a los que están aquí presentes, a los millones de compañeros nuestros que están en todos los rincones de la patria, en este acto y desde esta tribuna, les damos la más cordial bienvenida.

EL GRANO DE MOSTAZA

Guillermo Gómez Arana

Mi presencia en este lugar se debe a que Alfonso Arronte me hizo una sincera invitación, y la acepté como si hubiera sido el maestro Gómez Morin quien me la hiciera. Celebrar los 40 años de Acción Nacional, significa lisa y llanamente reconocer que se extendió el brazo poderoso para humillar a los soberbios y exaltar a los humildes: que inspiró a todos los fundadores de Acción Nacional, y a quien los jefaturaba, hicieran un instrumento sencillo y humilde para buscar mover las almas de los mexicanos para obtener, con nuestro esfuerzo propio, una patria más ordenada y generosa.

Es evidente para todos, que Acción Nacional no terminará por las fuerzas oscuras de afuera; podemos aniquilarnos –oigan la advertencia de este joven de Acción Nacional–, si no se sobrepasan las pequeñas diferencias que han surgido cada vez con más frecuencia en nuestro interior. Aquí está el mal. Ojo.

La Escritura Constitutiva del Partido, ciertamente desde el punto de vista de los papeles legales, se hizo un año después de que todos los sembradores

ya habían madrugado durante un año y habían sembrado no al voleo, sino paso a paso y surco por surco la mayor parte del territorio nacional, sembrando el grano de mostaza que es el árbol que hoy contemplamos.

Les tocó al Sr. Lic. Gómez Morin y a Roberto Cossío y Cosío llevar el Acta Constitutiva de los fundadores. Se registró el 14 de octubre de 1940, en el Registro Público de Asociaciones y Sociedades que se rigen por el Código Civil y la Ley Electoral Federal. Porque los fundadores previeron que si el gobierno cometía un acto arbitrario y cancelaba el Partido Acción Nacional, como canceló a otro partido cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, si ocurriera esa cancelación del partido político Acción Nacional, entonces los panistas no nos disgregábamos como se disgregaron los miembros de aquel partido cancelado. Es muy curiosa esta prevención. Dice así la Escritura: “En la Ciudad de México, Distrito Federal, siendo las 12 horas del día 16 de septiembre de 1939, reunidos en la casa número 30 de la Avenida Isabel la Católica los suscritos, constituidos en asamblea constituyente de Acción Nacional”.

REFLEXIONES SOBRE LOS 40 AÑOS DEL PAN

Luis Calderón Vega

Hoy hace exactamente 40 años estábamos aquí.

¡Qué hermoso es poder decirlo y a cuán pocos ha permitido Dios que podamos hacerlo! ¡Hace exactamente 40 años estábamos fundando el Partido Acción Nacional!

Y al frente del caudaloso río de los recuerdos emerge, imponderable y sonriente, definida, ¡categóricamente definida e inconfundible!, la figura señera del maestro Gómez Morin, que iluminó nuestra juventud con “su humilde esplendor”. A su lado, la otra figura, señorial, de Efraín González Luna.

Que sus nombres, con todos los de quienes fueron y ya no están, sean el pórtico por el que lleguen hasta ustedes las reflexiones históricas que pueda expresar en los breves minutos que me corresponden, cómo fue su pensamiento y su conducta el pórtico, camino, definición y pauta diamantina, para el quehacer político de despertar la conciencia mexicana.

Quede para el anecdotario y la biografía de los muchos protagonistas el recuerdo de aquel joven Ex-Rector de la Universidad Nacional, con quien, en la amable luz de su despacho, cultivaron la esperanza primigenia. Quizá sólo nos sea dable y oportuno precisar que, por septiembre y octubre del 1938, ya teníamos puesta la mano en el arado y, sin volver la vista atrás, habíamos decidido el rumbo de nuestra vida y dado objetivos claros y categóricos a nuestro movimiento.

¿Cuáles eran estos objetivos? Ellos definen y ponderan la hora trascendental y sin par del maestro Gómez Morin.

Estábamos a 29 años de la Revolución de 1910 y el país todavía navegaba a la deriva. Con palabras del fundador, puestas en pasado, recordaremos que “México pasaba por una época de especial confusión, y los problemas tradicionales, trágicamente intactos, se agravaban con problemas nuevos y una pesada tolvenera de apetitos desencadenados, de propaganda siniestra, de ideologías contradictorias, de mentiras sistemáticas, impedía la visión limpia de la vida nacional”.

Es que, “pasado el fervor de la primera lucha al desenfreno incalculado, irresponsable, natural de la masa, había sucedido la verdadera corrupción moral. Al homicidio, el asesinato; al saqueo, el peculado; a la ignorancia, la mistificación. No robaba ni mataba ya la turba armada; pero el mismo funcionario que decretaba la muerte para el soldado ladrón de una gallina, se enriquecía en su puesto y no vacilaba en mandar a asesinar a su enemigo.

“Al caudillo surgido de la necesidad y con la virtud mínima del valor, había sucedido el ladino impreparado que escamoteaba el afán democrático y, diciéndose encarnación del pueblo, justificaba sus necesidades esgrimiendo en su defensa la noble y fundada convicción en el profundo acierto del instinto popular”.

Si esto pudo escribirse sobre la situación del 15, en 1924, la simulación y la mistificación revolucionarias habían avanzado a tal punto que era ya

tajante dicotomía la nación, por un lado, y el Estado por otro; el pueblo mexicano y el régimen político pseudo-revolucionario (“La Nación y el Régimen” se titula una de las primeras publicaciones panistas del pensamiento de Gómez Morin).

Y, por obra de esta dicotomía antinatural, la nación estaba atomizada, dispersa y confundida, batiéndose en retirada frente a todos los problemas, y defendiéndose en forma instintiva, desconcertada y desenfocada.

Contra las “defensas agrarias” apoyadas por la banda oficial, cada propietario se defendía a balazos o corrompía al agrónomo o al comisariado ejidal.

Contra la huelga y el contrato colectivo, el empresario compraba al líder o financiaba sindicatos blancos.

En el problema político-religioso, que años atrás se consideraba liquidado por las leyes de Reforma que desarmaron económicamente a la Iglesia y que, felizmente, la separaron del Estado, ya se había pasado del cesarismo protestante y yanquizante, organizado en la Convención de Torreón, al regalismo protestante y yanquizante de Calles, y en este problema vital la burguesía formuló manifiestos y “protestas enérgicas aunque respetuosas” con millones de firmas y abandonó a lo más aguerrido de la juventud católica de México y al pueblo campesino en su epopeya de la Cristiada.

Frente al problema escolar, la burguesía también se refugió en la escuela particular y dejó al pueblo las migajas culturales de las “escuelitas” parroquiales, o vecinales o domiciliarias, heroicas e indigentes, que sólo contadas almas apostólicas de mártires enriquecieron con su hambre.

Y, en el problema político, en fin, para no citar sino los más relevantes, ¡oh, en eso, a través de las décadas, resonaba, imponente, la voz del eminente líder católico don Trinidad Sánchez Santos, que, desde 1902 y desde Puebla, acuñó la consigna suicida: “De política, nada; ni una palabra, ni una sílaba de política”!

Otra vez, en esas lamentables palabras, los ecos del “Bando de Extrañamiento” del Marqués de La Croix: “Los súbditos nacieron para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del soberano”.

Al lado de esta cosmovisión, de este parcial y superficial trato anárquico, impulsivo y compulsivo de los problemas caminaba, también desconcertada, la de aquellos revolucionarios de firme autenticidad republicana y democrática, que, por vivirla, iban siendo excluidos de un régimen cada día más falso, más claramente contrarrevolucionario, aunque cada día más hipócrita cultor de la “rutinización del carisma (revolucionario) y de las crisis”, mediante “liturgias de fiestas y conmemoraciones cívicas, y de ritos políticos”.

Una y otra cosmovisión, claramente reflejadas en variedad de actitudes, de las que mencionamos las principales polarizaciones, evidencian la cuidadosa huida del planteamiento político, el horror a inmiscuirse en tareas de la vida pública. Y, con ello, por presupuestos equivocados, por la rutina mental de siglos de desorientación de conciencia, todos habían vivido intentando remediar consecuencias y no corregir premisas, efectos pero no causas, situaciones esporádicas y no instituciones vertebrales, conductas pasajeras y no cuadros estructurales de la vida social.

Porque ahora sabemos, por Acción Nacional, recogiendo la esencial definición de la vieja filosofía social, y recopilando la venerable y dolorosa experiencia de México, que la política envuelve todos los problemas sociales, en ella se plantean o en ella se solucionan, de la política vienen o a la política van.

Aquí, el primer acierto de Gómez Morin, su primera lección, su primera palabra, desde el instante anterior a la fundación, las mismas que él le sugirió al maestro Vasconcelos 10 años antes:

“El problema político de México no es cuestión de un candidato ni de un caudillo. Sólo se resolverá cuando el pueblo, con ilustrada conciencia y con su noble instinto participe organizadamente en la construcción de un orden

social y de un Estado Nacional y no de la facción: cuando entendamos, emprendamos y forjemos la organización permanente de todos aquellos que sin prejuicios ni resentimientos, quieren hacer valer en la vida pública su convicción en una causa clara, precisa, definida, coincidente con la naturaleza real de la Nación y con la dignidad eminente de la persona humana”.

Tal fue la primera definición formal del Partido Acción Nacional.

Y, para ello, la consigna que un gran periodista estampó en aquella primera entrevista de prensa, recogiendo para el título las palabras diamantinas que han sellado definitivamente nuestra tarea:

“¡Hay que mover las almas...!”

Los profesionistas jóvenes, los estudiantes de todo el país escucharon el llamado de Gómez Morin, Ex-Rector magnífico de la Universidad Nacional; los científicos, investigadores, periodistas, los trabajadores libres de los diversos talleres de la cultura mexicana acogieron el llamado de aquél que era el más joven de Los Siete Sabios de México: los hombres de negocios, los empresarios oyeron el llamado del primer economista mexicano, primero en el tiempo y en la categoría; los hombres públicos y los funcionarios, aunque contados, que tenían el alma y la inteligencia libres y no hipotecadas a la facción en el poder, oyeron el llamado y acudieron. Y con unos y con otros, pero desde el primer momento, destacándose singularmente las generaciones jóvenes, los grupos populares de los que de un modo o de otro, todos aquéllos eran jefes de fila (como, por ejemplo, en los primeros años, el sufrido y heroico pueblo de Guerrero que siguió al inolvidable y noble caudillo Filogonio Mora y, en años recientes, los pueblos, ejemplos de sentido y de libertad y responsabilidad, como son Yucatán y Baja California, que siguieron, aquél, a Benito Ruz Quijano y a Victor Manuel Correa Rachó, y éste, al “Abogado de Baja California”, Salvador Rosas Magallón).

Tan selecta fue la composición de los cuadros dirigentes de Acción Nacional, que los politólogos de oficio y los políticos de presupuesto creyeron

que de aquella quedaría sólo una llamarada académica, que se extinguiría en un período y operaría en cenáculos alejados del alma popular. Pero aquí funcionó todo el rico concepto de la consigna que no entendieron cabalmente los del oficio oficial: “hay que mover las almas” no era un simple movimiento intelectual esotérico; se trataba de mover el ser del hombre canalizándolo desde sus impulsos primordiales hacia los nobles y superiores objetivos de la política, que es “la más alta de la ciencias prácticas porque realiza una producción, la más noble de todas, la única específicamente humana: la ciudad, el estado, el orden internacional. . . y produce un artículo absolutamente original: la justicia, el orden y la paz entre los hombres”, como es el pensamiento de Delos.

Y esto significaba repetir la noble consigna del primer día de nuestra Era: *Misereor super turbam*. Id al pueblo, pero no para exaltar sus pasiones, sino para encender en él antorchas y clavar en su alma el anhelo y la cruz de su redención política”, como diría el otro eminente panista-fundador, Manuel Herrera y Lasso.

Por eso, el primer triunfo de Acción Nacional fue la conquista de la plaza pública. Antes, era esta propiedad privada del General-Gobernador o del bandolero-presidente municipal que sólo permitían gozar de los espacios públicos a gentes de sus propias bandas (recuerda, Miguel Estrada Iturbide, cómo nos rodearon los rifleros, haciendo huir al pueblo, en aquel pueblecito zamorano. El quiosco donde estábamos se nos antojó ya el mausoleo de nuestros huesos).

Y poco a poco, en la medida de la concientización de nuestro pueblo, las plazas públicas fueron convirtiéndose en ágoras en nuestro discurrir político, al punto tal de hacer que el Régimen empezara a respetar en las viejas Plazas de Armas, el nombre oficial de éstas: La Constitución.

Con el alma limpia, de todos los rumbos acudieron al llamado, y la composición general que entonces tuvo el Partido merece una consideración.

El prestigio intelectual de los Jefes de Acción Nacional (al lado de Gómez Morin, ese republicano sin tacha, cuya ruda energía vigiló y mantuvo siempre la ágil estructura jurídica del Partido y la marcha valerosa y hábil, ese incomparable jurista que es Roberto Cossío y Cosío, Secretario General por 12 años), el prestigio intelectual de éstos y de otros muchos polarizó a patriotas venidos de encontrados campos de la filosofía.

Señalamos dos corrientes que coincidieron en nuestras filas: positivistas y jusnaturalistas, liberales y católicos (el positivismo seguía siendo entonces el subsuelo del pensamiento del mundillo oficial).

Esto dio origen a una reacción y a una clara definición de posiciones que es preciso enunciar. Una reacción inicial de los grupos conservadores y tradicionalistas que, por algunos años, desconfiaron de la doctrina y de la conducta del Partido.

La definición fue dada por la misma asamblea fundacional: en la Comisión que estudió y propuso los Principios de Doctrina de Acción Nacional estaban, entre otros, el último pontífice del positivismo en México, don Agustín Aragón y, a su lado, un ciudadano sin militancia religiosa, que era don Gustavo Molina Font: y, por otro lado, prominentes católicos como Efraín González Luna, Miguel Estrada Iturbide y el maestro Rafael Preciado Hernández (todavía aquí, felizmente presentes éstos dos).

Pues bien: sobre todas las diferencias religiosas y filosóficas, se impuso la alta categoría humana y el pensamiento equilibrado y profundo que, superando las discrepancias personales, sabe respetar el derecho de todos a la creencia o a la incredulidad. Por eso, pudieron elaborar y coincidir en esos Principios de Doctrina que nos entregan y definen un Partido confesional y pluralista que se mueve sobre los dos polos magnéticos de nuestra filosofía: la dignidad de la persona humana y el bien común de México.

Otra reflexión sobre la composición social del Partido. Durante los primeros años, abundaron entre nosotros los “hombres de portafolios” o los de

“cuellos duros”, como los clasifican los yanquis. Pero, cuando Efraín González Luna, con acento admonitorio y recogiendo el consenso común popular y culto de nuestro grupo de dirigentes y de base, proclamó desde la tribuna más alta que Acción Nacional: “Jamás será el Partido trinchera del capitalismo”, empezó la desbandada. Y repetimos hoy, 40 años después: contra el espíritu germano o la bonhomía de quienes quieren cristianar algún capitalismo, bautizándolo con el nombre de interna contradicción de “capitalismo popular”; contra quienes desconocen o niegan el origen del capitalismo en la ética calvinista, como lo demostró Weber, y en el espíritu pragmatista y protestantoides de los anglosajones, y siguiendo, incluso, el pensamiento moderno de los estudiosos americanos y europeos, nosotros repetimos las palabras del maestro González Luna: “Acción Nacional jamás será trinchera del capitalismo”, afirmamos nuestra posición de realismo espiritualista que está contra todo monismo materialista, sea capitalismo o sea marxismo. Nuestra estirpe no arranca de Williams James ni de Carlos Marx. Nuestras raíces están un poco más atrás, en Aristóteles y en el filósofo de Aquino.

Aquellos primeros dirigentes de empresa no fueron los únicos que se marcharon y que fueron acogidos entusiastamente por el PRI como los hijos pródigos. Ajustándose al desarrollo del Poder, que a lo largo de estos 40 años ha ido absorbiendo más sectores sociales, antes independientes, la burguesía y la pequeña burguesía que antes apoyaban al Partido, aquella con cuotas simbólicas y aplausos discretos, y ésta con su trabajo personal aunque a tiempo bien administrado, poco a poco han ido abandonando las filas de éste, confiando en que, si antes Acción Nacional podía ser un instrumento de defensa de “su”, familia, de “su” escuela, de “su” propiedad y de “su” religión, frente al Régimen, hoy no necesitan ese innecesario intermediario, pues sus grupos de presión pueden entenderse directamente con el neoporfirismo dominante y aún, al parecer, a nivel de acción política y social parece que han

concertado con el PRI, unos, poner en paro forzoso al Concilio si los otros ponen en paro forzoso a la Revolución.

Desmembrados así algunos niveles de dirigentes, en pleno proceso de extensión del Partido, facilitado por la creciente presión institucionalizada del régimen sobre el pueblo, ello permitió uno de los cambios más profundos y saludables en nuestras filas, no suficientemente ponderado ni por nosotros ni por los politólogos oficiales y oficiosos: el tránsito de Acción Nacional del partido de cuadros a partido de masas, que en este momento confrontamos felizmente.

Es cierto que, al desbordarnos nuestros grupos de base, no hemos concientizado debidamente a nuestros militantes, lo que ha conducido a puntos de crisis. Pero, al superarlos, y al comprenderse mejor por todos el pluralismo de nuestros cuadros internos, un nuevo impulso de forja y de yunque empieza con su fuego a iluminar las perspectivas e inmensas posibilidades de nuestra siguiente etapa.

¿Cómo será ésta? Tan singular como fue cada una de las anteriores, signada por la personalidad irreplicable de cada uno de nuestros diez compañeros que han pasado por la Presidencia Nacional. Seguros estamos de que sus nombres hacen emerger en el espíritu y la sensibilidad de cada uno de los panistas, vivencias que jalonan la biografía personal de cada uno:

Manuel Gómez Morin.

Juan Gutiérrez Lascurain.

Alfonso Ituarte Servín.

Jose González Torres.

Adolfo Christlieb Ibarrola.

Ignacio Limón Maurer.

Manuel González Hinojosa.

José Ángel Conchello.

Efraín González Morfín.

Raúl González Schmal.

Tres de los diez ya terminaron su peregrinar en la historia personal; uno sólo de ellos, González Hinojosa, ocupó dos veces la Presidencia: al maestro Gómez Morin lo tuvimos en ella durante diez años, y a Raúl solamente 10 días. Pero todos, sin excepción, han dejado mucho de lo mejor de sí en el patrimonio espiritual de Acción Nacional, y aun los datos negativos que en algunos podríamos señalar, nos han servido de experiencia inapreciable para superar algunos aspectos de nuestra vida colectiva. En el pensamiento de todos, por más contrastes que puedan advertirse en sus personalidades, han reafirmado los mismos propósitos, los mismos objetivos; y todos, por uno de esos profundos y unánimes movimientos del pensamiento y del corazón, han mandado reimprimir este bello texto clásico de Gómez Morin:

“Bien pronto verán esos que creen solamente en la eficacia de los apetitos y de las fuerzas materiales, como aquí se comprueba una vez más la verdad eterna de ser las ideas, los valores del alma, los únicos que pueden señalar solución cierta y real para los problemas sociales, abrir destinos y porvenir a las naciones, y mover a los hombres a la acción verdadera y ardiente hasta el sacrificio.

“¡Que nunca falten estos motivos espirituales en nuestra organización; que ni la pereza, ni la rutina, ni la facilidad emboten su sensibilidad al ideal; que la confusión no oscurezca la claridad de su posición doctrinal de fondo, que el espíritu de transacción y de componenda no viole la levantada intransigencia; que

el simple apetito no se mezcle jamás con el propósito; que si falta un responsable haya otros muchos para sustituirlo; que mantenga su sobria intrepidez, su convicción resuelta; que merezca siempre esta organización el nombre con que la bautizó nuestro deseo de crear una nación de hombres libres, de lograr, por la acción decidida y por el pensamiento claro, una patria ordenada y generosa y una vida decorosa y suficiente para todos” (3-XII-39).

Claro es que nuestros propósitos han encontrado cerrado el paso para su difusión y su vigencia, por la explotación que de los apetitos hace un régimen que acaba de celebrar su medio siglo de dominación política; y cerrados los oídos y los ojos de incontables sectores sociales, cada vez más atraídos por el hedonismo que facilita una riqueza cada vez menos lícitamente adquirida; y cerrados la inteligencia y el corazón de los pocos, muchos a la angustia y a la miseria de los muchos.

Por supuesto que nunca hemos esperado que el esfuerzo fuese fácil ni la respuesta inmediata. Sabíamos que la lucha era contra desviaciones de siglos y profundas e institucionales taras mexicanas, como son la “dictadura criolla” o el “cesarismo pseudodemocrático”, como le llaman Vasconcelos y Medina Echavarría, y la falta de una conciencia política que ni la familia ni la Iglesia, ni la escuela ni el Estado –forjadores de la conciencia mexicana– han sabido dar a México.

Por eso nuestra empresa no fue aventurismo político ni gesto de juventud irresponsable, sino larga y dura empresa de generaciones. Ya lo cantaba en nuestro amanecer el romancero de Tampico. “Nuestra lucha no es lucha de un día, es brega de eternidad”, con el compromiso de “legar a nuestros hijos la lucha como heredad”.

Ni fue tampoco que en nuestro ideario y en nuestro programa político hubiésemos dejado de lado nuestra aspiración al poder. Pero, realistas, sabemos que aunque la política no es guerra sino negociación, ésta sólo es posible cuando los negociadores cuentan con fuerzas equilibradas. Y, puesto que el monopolio semisecular cuenta con el poder de la fuerza pública y el del dinero, sólo contamos nosotros con la posibilidad de otra fuerza que no le importa al monopolio: la del pueblo, este pueblo del que pensamos y decimos con el Cid:

“Oh Dios, qué gran pueblo
Si hubiese un gran señor!”

Y, señores, si el padre de familia se quiebra la espalda, durante largas semanas, para enseñar al hijo a dar los primeros pasos, cuántos años habremos de sacrificarnos para enseñar al pueblo –sí, todos juntos– a dar los primeros pasos por el camino de una política civilizada.

De aquí que no nos extraña que al cabo de 40 años de luchas, todavía estamos sufriendo en México gobiernos de facción, cuyo ejemplo lo está dando en estos momentos ese pistolero que rige los destinos del noble pueblo de Coahuila.

Es cierto que en 40 años nuevas formas gubernamentales y políticas han aparecido, ataviadas con ropajes legales de última moda; es cierto que de la primitiva Ley Electoral, bajo cuya vigencia nacimos, hemos llegado hasta la LOPPE, y que ésta nos ha colocado en posiciones técnico-políticas distintas de las de ayer. Es cierto que afortunadamente el trato humano se ha vuelto un poco civilizado entre adversarios, a nivel federal y, a veces, a niveles locales y municipales. Es cierto que estas formas, más sociales que políticas, pueden llegar a ser, por su básica fuerza jurídica, conformadoras de un nuevo estilo de vida pública y, en alguna medida, ya lo están siendo.

Pero, por una parte, no son sino disfraces modernos de la vieja realidad del monopolio. No son esencialmente sino la forma elegante de institucionalizar el monopolio del Poder.

Piensan algunos que, con la representación proporcional en las Cámaras de Diputados, han quedado abiertas las anchas puertas de la democracia. Pero no, sólo quedó abierta una simple ventila de férreos goznes, que los constituyen las disposiciones de la Fracción IV del Artículo 54 que legaliza constitucionalmente, ratifica y afianza el monopolio político de una fracción mínima del pueblo mexicano.

Mas, por otra parte, las reales ¡pero qué secundarias y deleznablez ventajas democráticas que se conceden con recia mano generosa!, no nos conducen de ningún modo a participación alguna en las decisiones del poder, tan sólo a la muy regimentada expresión de nuestras opiniones, eso sí, escuchadas a veces con exquisita cortesía y, en cambio, sí nos presentan ante la opinión pública como comprometidos con el Régimen dispensador de bienes.

Claro está que esto no es nuevo. Desde que nacimos, la amenaza de las solicitudes y de las represiones nos han agredido, y de dos fuentes diversas. Fue, quizá, primero el Presidente Ávila Camacho ofreciendo la Secretaría de Hacienda al maestro Gómez Morin. Qué facil hubiera sido empezar allí a participar en las decisiones, pero el pueblo nos nubiera abandonado y ni el nombre de Acción Nacional existiera ya. Fue mucho después, el millón que los industriales de Puebla ofrecieron a González Torres si dejaba de lado, en la agenda de una Convención, el tema de distribución de utilidades a los trabajadores: ¡allí se habría concluido miserablemente la credibilidad en nuestra causa! Más tarde sería, cuando Adolfo Christlieb, ya herido de muerte por el mal que le llevó al sepulcro, recibió el ofrecimiento del avión presidencial de Díaz Ordaz para llevarlo a Houston; y aquél gran chaparro, Christlieb, nos hizo recordar las históricas palabras de Darlan, el Almirante

de Francia, contra el nazismo victorioso: ¡hundo mi flota, pero no me entrego! Allí habría sucumbido nuestra autoridad moral.

Y también es lógico: junto a las solicitudes, las amenazas y persecuciones del Poder y de los poderosos, si al maestro González Luna una vez terminada su lucha presidencial, se le organizó una campaña de perfidias para acabar su prestigio personal, que era su único patrimonio, a Luis H. Álvarez le envolvieron en una maraña de multas y falsos delitos fiscales para destruir su negocio. Si José González Torres, con su campaña como candidato del PAN, ganó la firma presidencial para repartir su rancho familiar, a Efraín González Morfín, el Banco en que trabajaba malosamente le aplicó la cláusula de exclusión.

Señores, ni solicitudes ni vulgares revanchismos han podido destruir lo que es patrimonio moral y espiritual que han formado y enriquecido miles de mexicanos ejemplares, a lo ancho de toda la geografía nacional: el nombre limpio de Acción Nacional, la firmeza transparente de su doctrina, la autoridad moral de sus hombres, la credibilidad en sus principios y en sus palabras: “¿Cómo se mantiene la vida social y prosigue en el tiempo –se preguntan los sociólogos estructural-funcionalistas–, cómo se mantiene a pesar de la renovación completa en la composición de la sociedad, que impone el advenimiento de cada nueva generación? Y el sociólogo de Princeton, Inkeles, afirma que “la vida social permanece porque las sociedades encuentran medios, las estructuras o sistemas de instituciones, que son precondiciones o consecuencias de la vida social organizada”.

Ésta es la respuesta básica en todo tipo de sociedades y, cuando estamos en una comunidad como el Partido, que tiene mucho de asociación voluntaria, habría que añadir que el vínculo vital lo constituye, según el ya clásico Burke, “el mínimo de principios en los cuales todos (sus miembros) están de acuerdo”.

Exactamente porque estos mínimos vitales y estas precondiciones se han dado con inquebrantable solidez y con meridiana claridad en el Partido, por eso hemos podido llegar a estos 40 años de lucha.

Son 40 años de grávida historia los que ha recibido nuestro undécimo Presidente Nacional, Abel Vicencio Tovar. Y si la carga no ha sido ligera ni fácil la tarea para ninguno de los anteriores, menos lo es para él, y cada vez lo será menos, como cada día lo fue menos para los demás. Porque, aparte de las consideraciones meramente políticas, se viene enfrentando el Partido, como todos los organismos sociales, a la crisis general de valores superiores que provoca que, para sectores cada vez más amplios y complejos de la población, la autoridad moral pierda fuerza, y la credibilidad en la política y en los políticos se estreche más aún.

Y nosotros nos permitiríamos señalar estos problemas como las metas inmediatas y concretas por alcanzar, en esta etapa en que Abel Vicencio guía el timón de nuestra nave: el fortalecimiento que la autoridad moral del Partido y el de la confianza que en su tarea ha depositado la amplia base popular que le sirve de soporte.

Esto es tarea de imaginación política, como lo advertía ya en su tiempo Adolfo Christlieb. Evidentemente que no se trata de cambio de objetivos, ni de ruta, ni de principios, ni menos de barco. Esta nave es la misma, la de 1939 y la de 1979 y deberá ser siempre la misma. “Es permanente su acción como permanentes sus objetivos que aún no están agotados”.

Mas, como en cada coyuntura, será preciso el desarrollo de nuestra doctrina, el encuentro del lenguaje político que el *ethos* popular requiera, la selección de una temática que exija el punto de gravitación de la vida política, que el desarrollo colectivo y la aceleración de la historia va haciendo cambiar de paralelo. Es la ley de la dinámica social.

Empero, no es tarea sólo del Lic. Vicencio. Electo por abrumadora mayoría del Consejo Nacional, tiene derecho a que apoye sus programas una abrumadora mayoría del Partido, y estamos ciertos de que el respaldo a sus trabajos no es sólo mayoritario sino unánime.

No faltarán las discrepancias, es verdad. Y nunca faltarán, felizmente; pero

“espíritu y raza y lengua” que hace 40 años engendraron y concibieron el Partido son “espíritu y raza y lengua” que hoy celebran, con júbilo en toda la Nación sus 40 años de luchas incansables y que entendemos como el imperio de la opinión pública “desde el Poder, fuera del Poder o contra el Poder”.

Porque, si alguna comunidad puede hacer suya la consigna de López Velarde a la *Suave Patria*, ésa es Acción Nacional, que aprendió “de su dicha la clave: ser siempre igual. Cincuenta veces es igual el Ave taladrada en el hilo del rosario; y es más feliz que tú, Patria Suave!”

Porque, gemela el alma poeta de Gómez Morin, de su fraternal amigo, el zacatecano inmortal, Acción Nacional hermanó la consigna velardiana a la de aquél y “nunca faltaron los motivos espirituales en nuestra organización”, y siempre “comprobamos la verdad eterna de ser las ideas, los valores del alma, los únicos que abren destino a las naciones y mueven a los hombres a la acción verdadera y ardiente hasta el sacrificio”.

Licenciado Vicencio Tovar:

Yo sé que mis palabras recogen los acentos e interpretan las viejas voces de los fundadores, al lado de los que tuve la fortuna de ser recluta, y sé que en las mías se unen para decirte: te entregamos un Partido con Historia, cuya mayor gloria y mayor servicio a México ha sido darle, con el ejemplo de una conducta insobornable, la primera y humilde lección de ética política.

Que, cuando tu relevo reciba el partido, puedas decirle con lealtad: “He añadido tres Aves más que, por el hilo incanjeable de nuestra Historia, acercan a México a su redención política”.

Te lo deseamos con el alma. Y, con el viejo campesino, alma abierta a los soles y a las estrellas, carne prieta y lacerada de México, “seguimos continuando”.

ACTUALIDAD Y FUTURO DEL PARTIDO

Abel Vicencio Tovar

El Partido es ante todo una comunidad humana y una institución que ya ha dejado su huella en la historia de México. Pero la historia no está formada por acontecimientos que se producen por el azar de cada época, sino por el encadenamiento de acontecimientos de tal manera que íntimamente relacionados por el principio de casualidad, unos son causa y los otros son efecto, pero a su vez, causa de los que vienen después.

El problema que debemos resolver es el de adquirir la convicción de que para ser fieles a nuestra vocación partidista y con México, deberemos aprender a darle verdadera significación al hoy de nuestra historia para estar en posibilidad de dar al mañana la proyección vital que le corresponde.

Dentro del proceso permanente de transformación a que están sujetos la Nación y el Estado mexicanos, y por tanto el Partido, adquieren especial relevancia ciertos fenómenos sociales, políticos, humanos, en fin, que delinean los perfiles de nuestra imagen contemporánea como nación y en consecuencia como partido.

Porque el partido es una realidad en la vida sociopolítica de México, está afectado profundamente por los cambios sociales, en dos aspectos: en el primero, porque la transformación de las ideas y de los sentimientos de los mexicanos, de las relaciones entre los mexicanos, de los papeles que tienen asignados en su sociedad, de las instituciones mexicanas, etc., afectan directa y profundamente al partido (fue formado por mexicanos con sensibilidad al cambio, se ve afectado en sus estructuras internas, por las nuevas formas de la organización social).

Pero también por otra razón el partido se ve afectado por el cambio social: un partido político verdadero, que deveras quiera y pueda cumplir su misión, es no solamente una comunidad de convicciones, sino también un encauzamiento de decisiones y, por tanto, un elemento dinamizador en la vida social. La transformación social resulta un reclamo y tal vez un reto a la transformación del partido, que para mantenerse fiel a su vocación debe, constantemente, adaptar la aplicación de sus grandes principios doctrinarios a la permanente evolución de la sociedad a cuyos fines debe consagrarse.

Los relevantes fenómenos que por su importancia contemporánea y lo que significan para el futuro, merecen nuestra especial atención, son a mi juicio los siguientes:

- La muy repetida y muy indebida atribución de las clases sociales como patrimonio humano a los partidos.
- El aumento de la importancia dinamizadora del factor político ahora, en nuestro tiempo.
- El agotamiento del modelo contemporáneo del desarrollo político mexicano.
- El fortalecimiento del Estado y el crecimiento de sus funciones.

Estos fenómenos, que imponen su influencia en la vida social, económica y política del México contemporáneo, han afectado profundamente la mentalidad panista de nuestro tiempo; han puesto a prueba la eficacia de

sus formas tradicionales de organización y exigen, sobre todo, la necesaria transformación para que el partido sea a partir de su fundación en verdad eficaz, aquí y ahora.

Las clases sociales y los partidos

La importancia de los factores sociales en la vida de México, determina las características de la lucha política partidista, en la cual el concepto y el papel de las clases sociales en México juega un importante papel.

Además, estos factores dinamizadores de la vida social, permiten captar con claridad los polos de poder en México.

Resulta especialmente significativo el nuevo espectro político nacional.

No es significativo, sin embargo, el que antes de la llamada reforma, se hubiera podido hablar de cuatro partidos políticos y después de ella de siete.

Resulta más importante el tratar de entender en una visión panorámica, pero también analítica y de síntesis, la posición que los grupos políticos organizados representan en la dinámica social. Es decir, en el papel que le asignan a las fuerzas de cambio, a los factores sociales.

Por asepsia mental, es obvio que no deberé ocuparme de un supuesto partido que no representa nada más que la necesidad de un lugar para manejar las excrecias del partido oficial.

En un grupo se encuentran el partido oficial y los partidos de supuesta izquierda oficialista, apoyadora y aplaudidora.

En otro grupo bien definido, la izquierda de independencia formal. En su lugar, la versión actual del sinarquismo, grupo incipiente, aún con indefiniciones.

Por fin, Acción Nacional, reconocido por todos como el único partido de oposición seria y programática, no comunista.

Dentro de un criterio de simplismo materialista, el partido oficial sería el representante de la plutocracia oligárquica que domina al Estado mexicano,

un grupo de privilegiados a quienes no les falta nada, que explotan por su superioridad económica, de la cual el Estado mexicano es su expresión política, a un numeroso grupo a quienes les falta mucho o todo.

En este grupo, los partidos de izquierda oficialista cargan el tono para mejorar el colorido del folklore oficial. Dicen representar a las clases trabajadoras, pero sólo han acertado a integrarse en la burocracia política y claman por “la unidad anti-imperialista de las fuerzas progresistas”, que por lo que se ve conciben como un grupo de sedicentes izquierdistas, que por lo pronto aprovechan las ventajas del sistema, bajo la tutela y padrinazgo del partido oficial.

El Partido Comunista sostiene, por supuesto, su ortodoxia; dice representar a la clase proletaria y que sólo para ella quiere el poder.

El Demócrata Mexicano, cayó en la trampa: se ha proclamado el “partido de la gente pobre”.

Un examen serio de esta realidad política mexicana, no deja margen de esperanza para los nuevos ciudadanos y sobre todo para los que están aún por nacer: la oligarquía del dinero perpetúa la explotación utilizando a la política como su instrumento, y enfrente de esta posibilidad no aparece más que la revolución para lograr una supuesta supremacía del proletariado, que la experiencia ha demostrado como una meta utópica.

Por eso resulta tan importante que el PAN, desde ahora y para el futuro, exprese en forma certera y creíble y accesible su teoría sobre las clases sociales y la lucha de clases.

La estratificación de la sociedad en clases es una realidad que no descubrió Marx, pero que sí explotó al máximo. El humanismo integral y solidario, expresión actual de nuestra doctrina de siempre, nos da los elementos para presentar al pueblo de México un modelo de organización social en el que las diferencias accidentales entre los hombres, permitan el desarrollo y ejercicio de las diversas vocaciones de servicio social. Además, esas diferencias no se

agotan en el simplismo económico, sino que también se explican por los datos de herencia social y cultural, de diferencias biológicas, de circunstancias ecológicas y de posiciones ideológicas y permiten en su confrontación, que ciertamente puede ser conflictiva, la síntesis de una realidad organizativa cada vez mejor.

Durante cuarenta años, hemos podido integrar en un haz de convicciones y voluntades a personas de las más diversas capas sociales; y si a pesar de las diferencias económicas y culturales, hemos podido convivir y dejar huella profunda en la historia contemporánea de México, podemos honradamente ofrecer al pueblo de México un modelo de organización social realista, que reconozca, que sortee el peligro del enfrentamiento de las posiciones diversas y que logre en cada momento como resultado de esa dinámica social humana constante, más experiencias y mejores realidades. Es decir, un humanismo para todo el hombre y para todos los hombres sin distinción.

La importancia del factor político

En el México de nuestro tiempo, como en el mundo entero, se ha agudizado la importancia dinamizadora y dominadora de la fuerza económica, pero sobre todo de la fuerza política. La transformación de la técnica exige inversiones cada vez mayores y capitales cada vez más importantes. En este orden, la concentración de capitales pequeños para formar grandes capitales compartidos, no produjo necesariamente la concentración del poder de decisión en cada vez menos gentes, pero sí aumentó la importancia del dinero como fuerza decisiva en la sociedad mexicana.

Sin embargo, es de mencionarse con especial énfasis que, siguiendo en nuestra historia mexicana la tendencia histórica mundial, los gobernantes mexicanos tienen cada vez mayor poder, porque la técnica moderna pone en sus manos mayores fuerzas de control de la opinión; del mercado de trabajo;

de las oportunidades de inversión; de la difusión de la cultura y en caso necesario de la capacidad de represión violenta. Así, la institución de la Presidencia de la República, sigue creciendo en fuerza en la estructura política de la sociedad mexicana, sobre la influencia que la vida independiente de las comunidades intermedias pueden tener en ella, e inclusive sobre las atribuciones constitucionales que la estructura jurídica del Estado mexicano otorga a los poderes Judicial y Legislativo.

No hay, por tanto, en el panorama cercano de nuestra proyección histórica, muchas posibilidades reales de cambios importantes en la estructura social de México. No puede darse el cambio por el simple esfuerzo intelectual. Pretenderlo, equivaldría a suponer que el encadenamiento de las ideas determinaría la transformación social. Sería un determinismo de la lógica.

Igualmente, sería ingenuo esperar que las fuerzas económicas dominantes, a través de los hombres que las detentan, propiciarán por sí mismas una transformación de las estructuras económicas para atemperar las irritantes desigualdades y para establecer las bases sociales para que todos los mexicanos tuvieran acceso a los bienes de la propiedad y de la cultura. Tal posibilidad sólo puede darse en un selecto grupo de los detentadores de la riqueza, cuya calidad humana reduce su número a una insignificante minoría y por tanto a una inoperante eficacia.

De ahí que muchos crean en el rompimiento violento de las estructuras capitalistas como única opción. Concedo que es una opción, pero no la única.

Por supuesto que esas estructuras deben cambiar, pero no sólo como culminación de un proceso dialéctico materialista.

El primado del orden político, que visionariamente sostuvieron los fundadores del partido en 1939, no solamente no ha perdido vigencia sino que ha aumentado su importancia en el mundo y en México: el Poder constituye la mayor fuerza social de cambio y por eso, Acción Nacional afirma que sin democracia política no puede haber democracia económica ni social de cualquier orden.

Por eso, el PAN en el futuro, que nunca ha sido el lugar para refugiar los esfuerzos personales, debe renovarse, debe reformarse y reafirmarse en todo lo necesario para entrar con paso firme a su vida adulta, para aceptar la lucha política en sus dimensiones reales; para adecuar su organización y su estrategia a los requerimientos actuales y futuros, no a los pasados; para constituirse en fuerza política más eficaz de transformación del Estado mexicano.

Modelo de desarrollo, agotado

Respecto al agotamiento del modelo político de desarrollo, podemos decir que la conciencia política del pueblo de México ha madurado, no gracias al sistema sino a pesar de él. No debe confundirse la multiplicación de los actos “políticos” por medio de los cuales el partido oficial brinda apoyos, arma mítines, exalta candidatos, hace vallas y fabrica elecciones. Esos actos no son en verdad actos políticos sino sólo degradante manipuleo humano por parte del partido oficial.

Sin embargo, el acceso de varias naciones a la posibilidad formal de una vida democrática; el aumento de la comunicación entre los pueblos; el desarrollo de la información y la cultura y otros factores similares de tipo nacional, han madurado la conciencia cívica de una parte del pueblo mexicano.

Se ha avanzado en la concientización, entendida como una toma de conciencia de las causas reales de los acontecimientos.

Originalmente, el régimen sólo aspiró, con la fundación del partido oficial, a mantener unidas en la cúspide a todas las fuerzas y a todos los caudillos de la Revolución, como el mejor expediente para conservar con la unidad, el poder. Posteriormente, con la campaña vasconcelista y la campaña de Almazán, imposiciones violentas y atracos a la voluntad popular y a toda manifestación de disidencia, ya no sólo se buscó la unidad

de la oligarquía, sino la conservación del poder a como diera lugar. La desaparición del “sector” militar en la época cardenista y la implantación de un modelo de desarrollo económico basado en el industrialismo dependiente, significó el intento de civilizar el ejercicio del poder y de fortalecer las bases de sustentación económica y humana. Pero nunca se aspiró, en verdad, a propiciar el desarrollo de una conciencia política crítica, sino más bien al desarrollo de una conciencia de apoyo partidista y facciosa, primero en los sectores especialmente controlados que llaman “obrero”, “campesino” y “popular”, y después en todo el pueblo, al venderle muy caro la supuesta garantía de la estabilidad política, que se expresó en las últimas elecciones en la frase “Para seguir siendo libres”.

En este que estoy llamando modelo de desarrollo político, el pueblo como tal no contó para el régimen como un elemento humano y vital, sino como apoyo muerto sobre el cual ha venido construyendo toda suerte de estructuras opresoras. Por eso se entiende que las atenciones del gobierno al pueblo, si así pudieran llamarse, han sido en buena medida de “pan y circo”, siguiendo el ejemplo de los césares romanos. Y todo esto tiene su consecuencia: si el pueblo no puede aportar la fuerza de su adhesión al bien común, se desborda un egoísmo cerrado. Cada quien vive para su casa, para su familia, para sus problemas; cuando más, se piensa que hay que pedir y esperar del gobierno, que no cesa de promover una inteligente y universal autopropaganda.

Pero la historia no avanza en vano, todos los factores expresados para explicar cierto adelanto de la conciencia política, han obligado al régimen a parchar su modelo de desarrollo político, que a la fecha ya es definitivamente obsoleto. Algunas reformas a la legislación electoral de los últimos años; algunas instituciones con fachada democrática, como los diputados de partido, y actualmente, los diputados de representación proporcional, todo esto ha sido manejado por el régimen como válvulas de escape para que la presión

de la miseria de muchos, de la marginación política de los más y la indignación de muchos más por las injusticias sociales, no aumente la presión en forma peligrosa. Pero ya no es posible seguir marginando al pueblo en las decisiones básicas. El abstencionismo, que a pesar de la propaganda oficial fue el dato más significativo de la reforma electoral, significó en esta etapa el fracaso inicial del régimen en obtener la confianza pública y por tanto el fracaso de su modelo de desarrollo político.

Consistencia, congruencia, eficacia

La nueva Ley Electoral (LOPPE) requiere un cambio radical en el signo político del régimen y una participación eficaz de la ciudadanía, para poder constituir un principio de cumplimiento de las promesas con que se presentaba. El tono intensivo de algunos debates en el colegio electoral, y en la nueva Cámara, han demostrado al régimen que no es posible seguir con su política de “pan y circo”, así se trate de las concentraciones de masas populares o del intento de orquestar la oposición auténtica en la Cámara de Diputados, a través del control político que logra el partido oficial con la ayuda de sus satélites, para apoyar a los cuales persisten métodos primitivos, como las preferencias legales a los candidatos que inflan sus votaciones y el uso de porras creadas en las galerías de la propia Cámara.

El PAN del futuro deberá tener en cuenta que el pueblo de México no solamente merece sino que exige, y cada vez con mayor fuerza, consistencia y congruencia vital en el mensaje y eficacia de realización. Estas son también exigencias para la vida interna del Partido.

Por estas razones deberemos multiplicar nuestros esfuerzos para mejorar y perfeccionar nuestra cultura política y partidista. Se requieren cada vez en mayor número y de mejor calidad, dirigentes que lo sean no solamente por el puesto formal que ocupan, sino por su capacidad de iluminar los proble-

mas con su inteligencia y de plantear las soluciones con la capacidad de una personalidad desarrollada. Por eso también es de exigencia vital que los dirigentes del presente, y del futuro, adopten una actitud congruente entre las metas que dicen buscar y los medios que ponen para alcanzarlas; entre las cualidades que exigen de los demás y las que deben cultivar para sí mismos; entre el juicio que hacen de la dirección del Partido y el juicio que ellos creyeron merecer cuando eran los Directivos; entre la vocación democrática y pluralista que se exige para la integración del gobierno y el respeto a esa vocación en la estructura interna del Partido. Y fundamentalmente, la eficiencia.

Una de las mayores limitaciones que el aparato burocrático nacional tiene para alcanzar sus objetivos, es, además de la corrupción, la terrible ineficacia que corroe todas sus estructuras. La crisis económica, política, social que confronta México en mayor grado que otros países, es en buena medida una crisis de ineficacia en lo educativo, en lo técnico, en lo ecológico, en lo económico, en lo político y hasta en lo deportivo. Si en verdad deseamos que el Partido actúe como catalizador en la organización nacional, deberemos estar dispuestos a lograr, con la renovación personal, la renovación y por tanto la superación de la organización partidista, primero en lo interno y después para su acción externa. No bastan buenas voluntades si las fuerzas que generan estas buenas voluntades no se encauzan en un marco de eficacia administrativa.

Crecimiento del Estado contemporáneo

El Estado moderno, cuyos orígenes se remontan a la última parte de la Edad Media y al Renacimiento, nació bajo el signo de la centralización del poder que pronto llegó a ser absoluto, y por tanto muy pronto también sufrió los embates de las fuerzas e intereses afectados por esta centralización; por un

absolutismo que agredió los derechos de los hombres. Así, la historia de esa época se desgrana en conquistas y revoluciones. Primero la Carta Magna en el siglo XIV que arrancaron los Barones ingleses al Rey Juan sin Tierra, después, las revoluciones norteamericana y francesa que institucionalizaron en documentos de Derecho Público y en la Declaración de los Derechos Humanos, las garantías de la libertad, de la vida, la propiedad etc., que se constituyeron en el Estado moderno, como limitaciones y restricciones al poder del gobierno.

Bajo el signo liberal, el Estado moderno prosperó y también constató las consecuencias de la ficción de la libertad, en tanto que ésta no puede existir cuando son desiguales las fuerzas que se cotejan en el ámbito social. Por eso y al amparo de ese Estado liberal, también se institucionalizó mediante la ficción de la libertad, la máxima explotación del hombre por el hombre. A esta evolución habría que añadir el amplísimo desarrollo de la técnica y el crecimiento demográfico, ambas cuestiones que aumentaron el requerimiento de satisfactores e hicieron cada vez más compleja y más costosa su producción.

De ahí que desde mediados del siglo XIX los abusos y fracasos del Estado liberal hayan generado diversas reacciones: la utópica de los socialistas que querían resolver el problema mediante la formación de asociaciones, la muy conocida del marxismo y la del movimiento social, en buena parte católica. Manuel de Ketteler, obispo de Maguncia, fue también diputado a la dieta de Frankfurt y obtuvo las primeras de esas que ahora se consideran garantías universales al trabajo: salario mínimo, jornada máxima, protección al trabajo de las mujeres y los niños, etc.

Como consecuencia de estos cambios en la historia, surgió una nueva figura: la del Estado que por denominarlo con una característica distinta y opuesta al Estado liberal, muchos tratadistas han calificado como Estado social. La diferencia es clara: mientras el Estado liberal burgués se vio limitado

en su poder y en sus funciones, por las garantías individuales, al Estado social se le considera obligado a prestar y garantizar una serie de servicios que han sido conocidos como garantías sociales. Así, puede percibirse claramente la diferencia entre los derechos a la vida, a la libertad, a la propiedad sin limitaciones y los derechos, por otro lado, al trabajo, al seguro social, a la vivienda, a la educación, a la participación de las utilidades, a la comunicación, etc., de corte fundamentalmente social.

En su origen, las claramente sociales fueron arrancadas por las clases antes marginadas a sus opositores de clase y garantizadas por el Estado; después el Estado mismo se obligó a prestar ciertos servicios; pero con posteridad, y eso ya es contemporáneo, la culminación de las garantías sociales o derechos sociales fue la participación política como máxima garantía o derecho social.

La historia no puede retroceder y no es posible pretender defender la dignidad, la libertad y la propiedad, como lo hicieron los ciudadanos del siglo XIX. El aumento de las funciones del Estado es un hecho histórico, peligroso, pero al mismo tiempo puede ser promisorio para el hombre, en mejores formas de defensa y de realización humana.

El Estado no es la facción

Con la serenidad de un análisis político serio, el PAN debe proponerse ciertas decisiones derivadas de los hechos relatados.

Ante el crecimiento de las funciones del Estado y el riesgo ineludible que ello implica, es absolutamente indispensable y más aún que en 1939, el fortalecimiento de nuestra organización y acción partidista. Para fortalecer las bases auténticamente sociales.

No confundir en la teoría y mucho menos en la práctica, las distintas realidades de Estado, Gobierno y partido oficial. El Estado es la nación a la

que todos pertenecemos, política y jurídicamente organizada; el gobierno es el cuerpo administrativo de los recursos del Estado; y el partido oficial un engendro del gobierno mexicano faccioso, un brazo impositivo de éste.

Entendemos que la distinción doctrinaria entre Gobierno y Estado se encuentra en México oscurecida por el carácter faccioso de aquél. Pero conquistar para la realidad un valor indiscutible de la teoría, es un reto que muchos no han aceptado. No debemos proyectar para la desesperanza la trampa de confundir en nuestra diaria vida política la facción con la nación.

Por tanto, cuando se había de fortalecer las bases sociales del Estado mexicano, se había de multiplicar el sustento social del Estado; de pluralizar las fuerzas que le pueden dar vida; de buscar que el propio Estado sea, llegue a ser verdaderamente nacional.

Se requiere dinamizar nuestra oposición contra el régimen, signo del gobierno contemporáneo, desembarazándonos para ello del peso de la lamentable confusión en que algunos insisten: todo lo que pertenece al Estado pertenece al gobierno y al PRI, y por eso es indigno. Esto es condenarnos a ser parias en nuestra propia patria, pues nuestra patria no es solamente territorio, paisaje, tradiciones sino también, cuando se convierte en Estado, el conjunto de mexicanos ligados por sus ideales y los recursos producidos por todos y que deben estar afectos a los fines nacionales y no a los de una facción. Esta es una nueva tarea de reivindicación a la que convoco a todos los panistas.

Entender que dadas las características de este Estado contemporáneo, la lucha contra el gobierno faccioso, la lucha por un cambio de estructuras sociales y económicas hacia la justicia, hacia la verdadera libertad, no se pueden dar fuera del Estado sino dentro de éste y como una fuerza de cambio dentro del mismo.

El no entenderlo así; el pretender dar la lucha política contra el gobierno confundido con el Estado, es pretender lo imposible; es pretender combatir al Estado y a sus funciones, entidad de la que todos formamos parte; es condenar al Partido a la ineficacia y por tanto a la falta de credibilidad de sus

electores y a la frustración. Esto no significa, ni remotamente, como algunos han entendido, contribuir a la erección de un Estado totalitario. Al contrario, significa adquirir fuerza efectiva de cambio dentro del Estado, para evitar que su gobierno persista como gobierno totalitario.

Nuestra verdadera independencia

Puede resultar estática la figura de un partido con absoluta independencia material respecto del Estado. Pero debemos exigir realismo y eficacia. El Partido nunca lo ha sido, en este sentido material achaparrado y reducido del concepto, como no han sido ni han podido ser independientes ni lo serán materialmente hablando, ningún partido político, ninguna asociación cívica, ninguna organización de servicio, ningún club, puesto que todos ellos en una forma o en otra dependen de los servicios que el Estado presta y sin los cuales sería imposible su existencia.

Nuestra independencia frente al régimen es y debe seguir siendo independencia ideológica, independencia en las decisiones: una independencia de jerarquía elevadamente humana que no caiga en la trampa del condicionamiento materialista.

Acción Nacional ha sido independiente del régimen y lo seguirá siendo por la calidad de sus militantes, por la fortaleza de sus dirigentes y por el reconocimiento y adhesión de buena parte de la ciudadanía a su tradición histórica.

En este acontecimiento de alegría por la perseverancia, es bueno que dejemos ya a un lado y para siempre el temor de enfrentar tradiciones con novedades de cambio. Esto es posible si damos a cada término el contenido que le corresponde.

Respetemos la valiosísima tradición que dio vida al Partido. Por ella, estamos aquí, pero no caigamos en el error de identificar la forma tradicional con su valiosísimo contenido.

No es conveniente ignorar la evidencia que se impone sólo para no cambiar la formulación de la verdad. Cuando se pretenden conservar las fórmulas tradicionales, en estas condiciones, tendremos que admitir que cada vez despiertan menos interés.

Para ser fiel al compromiso de nuestra vocación, hay que mantenerlo en la historia, que es vida y que es cambio.

Los jóvenes no entienden ya de expresiones de generosidad que no inciden en la vida de hoy, que se quedan en un pasado edificante, pero sin fuerza para hablar al hombre de hoy.

Por todo ello, la conciencia de las dimensiones de nuestra realidad nos permitirá fijar un nuevo modelo de proyecto histórico mexicano. Porque además la realidad no es algo ya terminado, definido, acabado, irreversible, ni como destino inmutable, sino es algo que siempre será cuestionable.

Es necesario que el panista asuma su vocación global. Que tome sobre sí la responsabilidad histórica de un hombre nuevo y de una patria nueva. Que desarrolle las potencialidades espirituales, culturales y técnicas que serán sus instrumentos de transformación.

Estoy seguro, panistas, que el rico patrimonio de cultura, de servicio, de amor a México y a sus mejores ideales, aportado por muchos miles de mexicanos durante 40 años, se aprovecharán en el presente y constituirán la fuerza dinámica que prepara el futuro. El PAN del futuro será un partido auténtico, eficaz, independiente, combativo, creíble, o no será nada porque un partido político en nuestro tiempo no puede dejar de tener esas características.

Todos podemos y debemos lograr este máximo objetivo y así, entendiendo y viviendo como criterio superior de la organización social esto que hemos llamado un humanismo solidario y democrático, lograremos el objetivo cúspide de nuestra acción partidista: un Estado solidario y democrático.

¿ACCIÓN POLÍTICA FEMENINA?

Florentina Villalobos de Pineda

Con gran emoción y cariño vengo a participar en este acto conmemorativo del XL aniversario del nacimiento del Partido Acción Nacional. Cuarenta es un número estremecedor. La vida –se ha dicho– empieza a los cuarenta años. Y, aunque alguna persona, al cumplir esta edad pueda preguntar con ironía que empieza a qué, en una institución podemos afirmar sin ninguna reserva que su vida plena, su vida de madurez, sí puede comenzar a los cuarenta años.

Hace cuarenta años un reducido número de mujeres mexicanas contemplaron la incipiente aventura de un intento inédito: un grupo de hombres iluminados ascendían las colinas, llenas de breñales del deber cívico para, desde allí, proponer a todos los que tuvieran oídos para oír, algo que parecía descabellado y absurdo: remar contra la corriente, oponerse a los vientos de moda, resistir el sol que calcina la tierra y la vuelve estéril, cuando no baja el agua refrescante del reconocimiento del triunfo; soportar el oleaje descomunal de la crítica, del rumor y de la calumnia; entrever, a pesar de todo, las chispas

luminosas marcadoras de un camino que se sabía con certeza era el de la verdad.

Se dijo a los cuatro vientos que el deber político tiene significado de compromiso perenne y que el que no se lance a cumplirlo será, de alguna manera, un ser mutilado, soso y carente de significación. Se llamó a la responsabilidad de los que sienten como si fuera en carne propia todo hecho que humilla y envilece a cualquier compatriota; a los que ven con dolor la muchedumbre hambrienta, sedienta y miserable que, con quejido agónico, avanza tras la promesa demagógica y la presión inhumana.

Y muchos oyeron el mensaje y acudieron y comprometieron sus vidas. Y empezaron las esposas, jóvenes a las que estrujaba y perturbaba la para ellas muchas veces inútil entrega de días y de semanas y de meses de trabajo político de sus maridos, que restaba dedicación a la familia, a asistir junto con sus hijas niñas y adolescentes, a oír los grandes mensajes. Muchas no entendieron nunca el santo y la seña de la lucha que se encerraba en la honda y austera palabra deber, y se sumieron en un pozo hondo y amargo de soledad, al que a veces arrastraron a sus hijos. Pero muchas, las más con una milagrosa sensibilidad, captaron la intención, adivinaron el proyecto, intuyeron el desafío y apoyaron alegremente el esfuerzo que prometía, si no la modificación a plazo corto de las estructuras injustas y enajenantes, sí la oportunidad de expresarse y de actuar con un estilo político nuevo.

Vino, no tan pronto como era necesaria, la reforma a las leyes, y se le reconoció a la mujer el derecho pleno de intervenir en la vida política del país. Tuvimos entonces acceso a una preparación política en el Partido. Se nos abrieron las fuentes que son vida y que dan vida porque son verdaderas, y nos enamoramos de algo que intuíamos le iba a dar sentido a nuestras vidas. Y nos comprometimos, como en el matrimonio, a luchar dentro del Partido, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Y esa promesa está viva porque no amamos al Partido en broma.

Descubrimos en el Partido la amistad. Y descubrimos que las amistades son milagrosas y sagradas y que bastaba para que nuestro trabajo fuera gratificante el hecho de contar con tantos y tan leales amigos.

Aprendimos a ver en el Partido a una familia con sus características muy definidas: las familias tienen un fundador, un jefe, una heroína. Siempre encontrábamos las puertas de cualquier familia panista abiertas para recibir a otro panista, no importaba que nunca se hubiesen tratado, porque las buenas familias son hospitalarias.

Ya era el Partido un mozo de casi 20 años cuando empezamos las mujeres a balbucir nuestros primeros discursos políticos, discursos muchas veces sin pies ni cabeza, a llorar nuestras primeras amargas experiencias en las casillas, a copiar de nuestros fundadores sus expresiones y actitudes.

La vida familiar es una serie de hechos inevitables y en ella se tienen que afrontar sin rodeos las calamidades y se encuentra el valor para considerar ciertos acontecimientos como bendiciones más que calamidades. Así vimos la sucesión de datos negativos que causaron tantos sufrimientos a tantos. El Partido entró así en crisis, la misma crisis en que se encuentra el hombre de nuestro siglo. No pudimos acallarla ni silenciarla. Nuestra precaria situación era demasiado evidente. Nos sumimos entonces en un malestar que en algunos compañeros se tradujo en iracundo desasosiego y en tomas dramáticas de decisiones. Otros se sumieron en la apatía y se sumaron a los miles de decepcionados y de desilusionados

Muchas mujeres pensamos que tal crisis debía entenderse como necesaria, porque de ella debería formarse una dimensión renovada y más profunda del Partido.

Por tanto, pensamos, no eran convenientes las quejas ni las inculpaciones, sino que debíamos analizar las circunstancias y darnos cuenta de que en ellas se encontraban en unión singular, la muerte y la salvación.

Teníamos que buscar la solución y la encontraríamos en los principios

inmutables de la democracia. No se puede ser democrático sin una inmensa fe en el ser humano. A partir de una nueva profesión de fe y de confianza, teníamos que renovar nuestra adhesión a la doctrina solidarista de Acción Nacional, basada en las humildes realidades de este México nuestro.

Teníamos que recordar que cualquier proyecto del ser humano por hermoso y perfecto que sea, no vale nada ante el ser real, de carne y hueso, por modesto que nos parezca. Ningún pensamiento solidarista, por extraordinario que parezca, vale nada frente a un acto de solidaridad llevado a cabo.

“Es en la acción donde la solidaridad es posible. Donde las tensiones de cualquier relación se vuelven soportables: donde se logra la plenitud. Fuera de la acción, la que ni siquiera necesita desembocar en el éxito, no hay alternativa. La fantasía no resiste el impacto de la realidad. Nos convertimos en objetos frágiles, víctimas de la destrucción. Fuera de la acción, de la operación sobre las circunstancias para modificarlas, no hay encuentro entre los seres humanos”.

Queremos ofrecerle a México y a nuestros compatriotas en este bendito aniversario, una promesa que compromete nuestro futuro, una promesa que se concretará en planes prácticos de acción, sobre la base, principalmente, del conocimiento de la realidad de nuestra patria. Tenemos que partir del hecho de que México es una nación socialmente enferma. La corrupción política –como decía don Efraín–, es concomitante de la corrupción de todos los demás órdenes de la vida social. Por tanto, no se puede esperar la salud de un tratamiento específicamente dirigido a los órganos y funciones estrictamente políticos. Tendremos que hacer una política de profundo contenido social. Entendemos perfectamente que un cambio de personas en el ejercicio de la autoridad no basta para restaurar la salud del cuerpo social.

Tendremos en cuenta siempre que la persona es el dato central de la vida humana. Haremos un llamado a las instituciones para que cumplan con su misión de ser respaldo y estímulo de la persona. Nos esforzaremos por

introducir los principios democráticos en las familias. Porque no podemos encontrar, en nuestras tareas de proselitismo, los miembros democráticos que necesita el Partido, los candidatos, los dirigentes que requiere con urgencia, en familias autocráticas o paternalistas. Tenemos que hacer llegar a todos la idea de que la mujer puede ya escoger sin aspavientos, sin extrañeza, sin asombro por parte de nadie, un papel distinto al de esposa y de madre, si así lo decide.

Queremos hacer un llamado a esa legión de valiosísimas mujeres para que con alegría de vivir, con sentido del humor, se lancen a esta tarea que les va a dar plenitud y trascendencia.

No puede haber una acción política “femenina”. Tiene que ser una política de seres humanos, porque Dios creó al hombre varón y mujer. Y el ser humano malogra su plenitud humana si no alcanza su madurez como hombre y como mujer.

A los matrimonios de esta patria nuestra les hacemos un llamado para que vivan plenamente su ser conyugal. A los señores para que acepten la crítica, el consejo y la orientación de sus mujeres; para que no se degraden a la categoría de machos tiránicos a la hora de rebajar a su mujer a la categoría de “cosa” de sexo femenino.

“La verdadera hombría –dice Friedrich Heer–, alcanza su madurez en la más estrecha e íntima colaboración crítica con la mujer, que es la llamada a ser la educadora del hombre, porque ella puede salvarlo de la auto-destrucción. En toda acción humana se tiene que practicar la política para conservar de algún modo la esencia de la humanidad. Para tal política sólo está capacitado el hombre conyugal. Los hombres que padecen relaciones conyugales perturbadas, que no tienen valor para aceptar las advertencias de sus esposas y que se precipitan en acciones rápidas, ponen en peligro a su pueblo y a la humanidad.

186 “No puede florecer una buena política –continúa el filósofo–, sin la ayuda

de la mujer. Hoy un pueblo está perdido si no influyen en su política todas las fuerzas positivas de la mujer –paciencia, moderación, austeridad, realismo y pacifismo–. Comunicándole la energía necesaria para luchar por un equilibrio de intereses, mediante un trabajo de detalle, a veces minucioso, que puede durar años o decenios. Sin el conocimiento de lo humano que tiene la mujer, sin su consejo, su actividad, su apoyo, su valor y prudencia, no pueden dominarse las condiciones actuales, sociales y políticas.

“Los hombres no conyugales, los que son contrarios al matrimonio o viven fuera de él, no llegan más que a ideologías o acciones fugaces, a asociaciones de intereses y pactos efímeros. En el matrimonio se decide el destino del mundo: en él se hace la historia. En él se encauzan las fuerzas del nacimiento, de la vida. En su fracaso se desencadenan las fuerzas de destrucción de odio y de muerte”.

¿No será porque el matrimonio está en crisis, que el Partido está en crisis?
Amigos, compañeros, hermanos en el ideal y en el propósito:

Nos encontramos ante un inmenso problema, un problema que paraliza nuestra acción, que vuelve estéril muchos empeños, que nubla nuestros días: la falta de unidad. El más limpio homenaje que podemos rendir a los fundadores, el mejor tributo que podemos ofrecer hoy a don Manuel, a don Efraín, a don Adolfo, a modestos militantes que ofrecieron sus esfuerzos hasta el último de sus días, como Pedro Jiménez, como Jesús García Ortiz, al héroe anónimo, al que podríamos llamar el panista desconocido, al ciudadano común que todavía nos estima y vota por el PAN, es el propósito firme de buscar la unión.

Le pido a Dios con todas las fuerzas de mi alma que nos mande una señal que nos ayude a reencontrarnos a nosotros mismos, a reencontrar a nuestro cónyuge, a reencontrar a nuestros compañeros, a reencontrar el camino, a reencontrarlo a Él.

Quiero evocar en este momento a algunas mujeres que han dejado su

huella hermosa en la historia del Partido. En primerísimo lugar, a doña Conchita Morin de Gómez, a doña Lydia Torres de Gómez Morin, a doña Amparo Morfín de González Luna, entrañablemente apreciadas e inseparables en la memoria de los que recordamos a don Manuel y a don Efraín con respeto y veneración. A todas las esposas de los miembros fundadores del Partido, a las de todos los diputados y funcionarios que han llegado a ocupar puestos públicos, a todas las que han aceptado candidaturas y puestos de dirección. A Luisa Isabel Salas, a Celia Hernández Díaz, a Carmen Lozada, quienes viajaron incansablemente por todo el país, visitando grupos y realizando tareas de proselitismo. Y a la incansable Jovita Granados, quien durante los últimos veinte años ha entregado su tiempo a las tareas del Partido. Su entrega ha sido tan cabal que todo Chihuahua la conoce con su segundo apellido: Jovita Granados de Acción Nacional. Jovita es un monumento vivo a la lealtad, a la permanencia, al patriotismo más limpio y puro. A Ma. Elena Álvarez de Vicencio, tan discreta, tan inteligente, tan serena siempre, tan lista para el trabajo perseverante y también para derramar sus lágrimas cuando se trata de sufrir por el Partido. Y a Carmelita de Ávila, ahora diputada por sus inigualables méritos, presente en todos los eventos y entregada como pocas a las labores más ingratas, como las de caminar horas entre el polvo y bajo el sol calcinante del sur de Chihuahua. Y a Graciela Aceves de Romero, trabajadora excepcional, que lo mismo estudia hasta alcanzar una licenciatura en educación, que atiende a su familia, que trabaja con sus queridos grupos de Tlaxcala, que hace una campaña.

Gracias también a las niñas y adolescentes que reparten propaganda, a las jóvenes y señoras que cuidan casillas. Gracias, muchachas; gracias, señoras, por su paciencia, por su tenacidad, por su moderación, por su realismo. Las invitamos a no desilusionarse, a no bajar la guardia, a trabajar con mayor obstinación, con más intensa creatividad y con un superior espíritu de sacrificio.

L

ANIVERSARIO

PRIMER PASO HACIA EL PRIMER CENTENARIO

Luis H. Álvarez¹

El 17 de septiembre –a cincuenta años exactos del día en que la existencia del PAN quedó registrada ante Notario Público– concluimos la serie de actos con los que marcamos las Bodas de Oro del nacimiento del partido. Durante un año, legisladores, mujeres, funcionarios públicos, jóvenes, gabinete alternativo, universitarios, militantes y dirigentes nos hemos reunido en diferentes eventos para comparecer ante nuestros principios, ante la realidad de México y ante nuestros proyectos, y –a la vista de los logros y de las carencias– redescubrir el sentido de la presencia permanente de Acción Nacional en la historia del México post-revolucionario.

Por caminos diversos hemos llegado a coincidir en algunos puntos centrales: la perenne validez de nuestra doctrina, la necesidad de encarnarla en circunstancias que no son las mismas de 1939, la necesidad de seguir

¹ *La Nación*, núm 1788, 1 de octubre de 1989.

apelando a las conciencias personales –eso es “mover las almas”–, la urgencia de darnos los instrumentos más eficaces para hacer vida social nuestra convicción de justicia, libertad y democracia.

Al correr de este año jubilar, hemos cosechado el triunfo histórico de Baja California y propiciado –con nuestra iniciativa política– nuevos modos de hacer política tanto en el ámbito de la oposición como en el de las relaciones oposición-gobierno. En el todavía estrecho espacio legislativo federal, aportamos la contribución más completa a la reforma de estructuras jurídico-electoral.

Y es precisamente en este ámbito en el que tenemos que dar el primer paso hacia nuestro primer centenario. Hay que movilizar a todo el partido en toda la Nación para que la voluntad de los mexicanos –que cumplieron este año, precisamente la noche del 15 al 16 de septiembre, 179 años de luchar por la legitimidad de sus autoridades– se concrete en una legislación electoral razonable y equitativa, cuyo cumplimiento permita desterrar para siempre el detestado y peligroso fantasma de la ilegitimidad de origen de nuestros gobiernos.

Esta es la tarea obligatoria de los próximos días, semanas y meses.

BODAS DE ORO DE ACCIÓN NACIONAL

Victoria Jácome

Hacia el primer centenario, hacia el siglo XXI

“Parte ya de la historia de México, Acción Nacional hará su entrada en el siglo XXI más fuerte, más organizado, más firme en su doctrina, más abierto al diálogo y a la sana discrepancia. El sueño democrático de nuestros fundadores no puede cancelarse por la amenaza externa, ni por la fisura interna más inducida que espontánea”, expresó don Luis H. Álvarez, presidente nacional del partido, al dirigirse a los panistas que acudieron el domingo 17 de septiembre al Auditorio Nacional a celebrar los cincuenta años de la fundación de Acción Nacional.

Los festejos habían incluido, el 15, una verbena nocturna en el Ángel de la Independencia, y el 16, una sesión pública del Gabinete Alternativo. Los tres actos, a los que asistieron representantes de diversos estados de la República, pusieron una vez más en relieve la presencia de Acción Nacional, su doctrina, sus programas, su crecimiento y su calidad de opción política para el pueblo de México. Particularmente interesante resultó el discurso que,

después de la presentación del Gabinete Alternativo, pronunció el gobernador electo de Baja California, Ernesto Ruffo Appel.

En el Auditorio

El 17 –la misma fecha en que se registró ante notario público, en 1939, la constitución de Acción Nacional–, después de los honores a la Enseña Patria, fue el homenaje a los fundadores. “Es innegable –expresó don Luis H. Álvarez– que la mirada de aquellos hombres no fue la del miope, oportunista, reaccionario, caudillista o violento. Al contrario, fue la de quien se arraiga en sus circunstancias y es capaz de levantar los ojos y forjar el horizonte que permite poner en su lugar justo lo que hay que hacer, y el modo y los tiempos en que debe hacerse”.

Convencido y convincente, el Presidente Nacional señaló: “La tarea de Acción Nacional es la transformación de las estructuras que siguen generando miseria económica y opresión política, es decir, dolor para los mexicanos. Pero debemos aceptar que el México del futuro no puede ser obra sólo de Acción Nacional, sino terca y vocación de todos... Esto implica ser capaces de proponer caminos accesibles para otros y aceptar propuestas ajenas, razonables y de buena fe”.

“Es tiempo de generosidad intelectual y política –agregó don Luis H. Álvarez–, sin ingenuidades, sin complejos, sin pretensiones que sólo serían regreso a un pasado nacional que, poco a poco, y todavía con demoras y rupturas, retrocesos y fricciones, vamos superando... Los fundadores fueron capaces de prefigurar el México de hoy; nosotros debemos ser capaces de prefigurar el México del mañana: democrático,

plural, dialogal, en el que quede atrás la actitud de la parte que piensa, juzga y actúa como si fuera el todo nacional”.

Entre los aplausos de los concurrentes, el Presidente Nacional del partido expresó:

“Sobre el firme apoyo de los cimientos arraigados en la realidad dolorosa del país, y los principios de doctrina que nos han permitido cumplir cincuenta años, con idéntica voluntad de elevarnos por encima de la coyuntura actual de la nación y del propio partido, tenemos que asumir nuestra responsabilidad, es decir, nuestro presente y desde nuestro futuro. Ese futuro es la justicia en la libertad, la democracia como sistema de vida y de gobierno basado en la persona –materia y espíritu–, y en el bien común”.

“El reto –indicó don Luis– es la asimilación de los que llegan y la capacidad de vivir dentro del partido el pluralismo y la democracia que queremos para toda la nación. No es tiempo de temores, ni de interpretaciones conspirativas de nuestra propia historia, sino de apertura, alegre y seria discusión, respeto a la normatividad interna y superación de actitudes dogmáticas. Y a este reto –concluyó– habrá de dársele respuesta “sobre las mismas bases que recibimos de los fundadores”.

Gómez Morin, González Luna

Tocó a los licenciados Gabriel Jiménez Remus –presidente estatal de Jalisco– y Carlos Castillo Peraza –director de la revista *Palabra*– referirse, respectivamente, a los hombres más relevantes entre los fundadores del PAN: Efraín González Luna y Manuel Gómez Morin.

De este, Castillo Peraza dijo: “Fue el hombre de la esperanza” que supo ver “hasta la menor brizna de luz” en medio de las nubes más oscuras. “No hay en Gómez Morin –continuó– una línea que permita pensar en un manifiesto, en una de esas interpretaciones conspirativas de la historia nacional o del partido a las que ya se ha hecho referencia. No hay en él un hilo de paranoia política o una de esas frases fatalistas, propias de quienes desprecian tanto la acción del hombre, que acaban desconfiando hasta de la acción de Dios. Hay, sí, testimonio tras testimonio de esperanza”.

El orador citó como ejemplo las palabras, las actitudes y las acciones de Gómez Morin frente a la revolución mexicana, frente a la universidad acosada por el poder estatal faccioso, frente a la tragedia del campo mexicano, frente al fracaso del vasconcelismo y frente a la segunda guerra mundial.

Luego, para concluir, Castillo Peraza se preguntó: “¿Cuál fue la esencia de esta actitud esperanzada y esperanzadora, que tiene como obra más importante el Partido Acción Nacional que cumple hoy cincuenta años?” Y dio la respuesta: “El secreto de este hombre de la esperanza y de la esperanza de este hombre lo podemos descifrar con una frase de la pluma elegante, severa y panista de Miguel Estrada Iturbide: amó todo lo que merece ser amado: la verdad, la libertad, la justicia, el derecho, la rectitud, la lealtad, la responsabilidad, el trabajo, el desarrollo integral... Amó a México visceralmente: lo amó en su realidad total con sus aciertos y sus desvíos... Amó a México inmerso en el torrente de la historia”.

Y remató: “El partido que fundó Gómez Morin ha sido, es y tendrá que ser el partido de la esperanza”.

Por su parte, el Lic. Gabriel Jiménez Remus –en relevante pieza oratoria– se refirió a Efraín González Luna, hombre que “expresa su pensamiento firme, sistemático, tradicional, pero a la vez moderno”. El orador señaló, fundado en profundo y documentado análisis, que hay dos ideas fundamentales en el pensamiento del fundador tapatío: “Su creencia de que en el tiempo se está realizando un orden eterno, fundado en la verdad y en la justicia”, y su convicción de ser, como todo hombre, “creado por Dios”.

Jiménez Remus fue explicando su tesis sobre don Efraín: “El mundo y la historia son para él radicalmente racionales... Pero la fuerza y la grandeza del hombre le vienen de ser intérprete y ministro del Creador en la misión brillante y modesta que, con la misma vida, le ha sido confiada y que, en convivencia con los demás hombres, todos llamados como él a colaborar en la obra divina, puede aspirar a realizar la justicia en la tierra porque Dios se la muestra y le ayuda a encarnarla”.

“En palabras de don Efraín –continuó– la creación es un acto individual. Dios no fabrica en serie: toda su omnipotencia gravita sobre un punto para arrancar a un ser de la nada. Entre las infinitas posibilidades de seres que habrá en la mente de Dios, antes de que yo fuera, me escogió a mí especialmente: soy predilecto... Soy porque Dios quiso que fuera... Esta es la carta magna de mis derechos en la sociedad y de mis deberes con ella”.

El centro de la vida, el pensamiento y el compromiso político de González Luna, aseguró Jiménez Remus, está en la pregunta central de su existencia:

¿Qué quiere Dios de mí?” A esta interrogante total y desgarradora, que en don Efraín lleva a profundidades de grado místico, respondió el también fundador del partido con toda su obra de escritor, filósofo, poeta, padre, hijo, esposo y político. Y esta respuesta se dio enraizada en un núcleo temporal y especial: la familia, que fue para González Luna “centro de gravedad y alas”.

Tocó luego al secretario general del partido, Lic. Abel Vicencio Tovar, referirse a los demás fundadores. Abrió su elocuente exposición con una cita del “romancero panista”: “El hombre es patria que pasa; la patria es hombre inmortal”. Y continuó desarrollando la idea de “trascendencia” de la obra de los de ayer –que llega hasta hoy– y la de los de hoy –que llegará a mañana–. “Cada uno de nosotros, como ellos, vamos haciendo patria que llega hasta el infinito, dejando nuestro pedazo de historia para hacer historia colectiva”.

“En estos meses –afirmó el también coordinador de la Diputación Federal del PAN– hemos adquirido dos convicciones: una es la confianza en el resultado de la acción del hombre, cualesquiera que sean sus circunstancias, siempre que el hombre se entregue con autenticidad, buena fe, limpieza y claridad acerca de su propio destino”. Por ese camino, el PAN se ha confirmado como “opción real” para los mexicanos.

Luego se refirió a la segunda convicción: “El sentido de la trascendencia de la acción del hombre, que impera en el mundo y trasciende el tiempo. Así vamos los que formamos este partido en la corriente del tiempo, trascendiendo, sin rezagos, a cumplir nuestro destino”.

El evento incluyó asimismo un ‘video-clip’ sobre el PAN que terminó con la irrupción de cientos de jóvenes que interpretaban la canción “Hay que mover las almas”, y una “Geografía Musical de México”, hilvanada –con canciones y bailables de todo el país– sobre textos históricos acerca de cada estado de la República y de la presencia cincuentenaria en ellos de Acción Nacional.

Gabinete, sesión pública

El sábado 16, a pesar de las absurdas e inútiles medidas de seguridad que estorbaron a los concurrentes, un millar de personas colmaron un salón del hotel Crowne Plaza para asistir a la sesión pública del Gabinete Alternativo del PAN y a la presentación del gobierno de Baja California.

El evento comenzó con una breve introducción de don Luis H. Álvarez. Dijo: “No hay iniciativa política que tenga garantizado el buen éxito. Pero no hay fallo político imaginable ni pensable sin iniciativa política”. Entre las iniciativas más recientes del partido, agregó, está la del Gabinete Alternativo que, como lo indicara Gómez Morin en 1949, abre el paso a “nuevos hombres, nuevos métodos y nuevas vocaciones”.

Junto al Presidente Nacional, el Lic. Vicencio Tovar –secretario general– y el Ing. Manuel Clouthier del Rincón –coordinador del gabinete– tomaron su lugar en el presidio los diversos secretarios: Lic. Jesús González Schmal (Política Exterior), Dr. Moisés Canales (Salud y Ecología), Lic. María Elena Álvarez de Vicencio (Política Social), Lic. Diego Fernández de Cevallos (Política Interior), LAE Vicente Fox Quezada (Agricultura), Ing. Rogelio Sada Zambraño (Economía y Finanzas), Lic. Fernando Canales Clariond (Comercio, Industria y Paraestatales) y Lic. Carlos Castillo Peraza (Educación y Cultura).

Cada secretario presentó las propuestas de Acción Nacional relativas a su área, con base en la doctrina del partido, estudios de la realidad nacional y análisis de factibilidad. Las intervenciones más aplaudidas fueron las de los licenciados Fernández de Cevallos y Castillo Peraza.

Para terminar, el Ing. Clouthier del Rincón dirigió un mensaje, del cual extractamos los párrafos siguientes:

“Al crear un Gabinete Alternativo, el PAN no quiso introducir un principio de radicalismo contestatario

o subversivo a la escena política, sino incorporar un nuevo cimiento enriquecedor del debate y la contienda partidista. Es una herramienta de capacitación y entrenamiento para el ejercicio eficaz del poder. Está orientado a diseñar políticas aplicables al futuro y a cambiar actitudes de la autoridad en funciones, logrando así modificaciones en los programas de gobierno vigentes.

“No basta el aumento cuantitativo y cualitativo de la economía si por un lado ésta se realiza a expensas de la justicia en la distribución del producto de la cooperación social, y por otro lado no se respeta en todas sus dimensiones a los mexicanos como personas. Tampoco basta que inversionistas del país o grandes corporaciones transnacionales vengan a invertir (...) Es preciso instrumentar mecanismos de apoyo real a los artesanos, a los pequeños y medianos productores, e impulsar la participación de los trabajadores en las empresas.

“Es preciso –concluyó– que el Presidente obedezca lo que el pueblo manda a través del voto. No basta que la prensa internacional y los gobiernos extranjeros aplaudan lo que hacemos. Es preciso que seamos los mexicanos los que, de común acuerdo, tomemos nuestras decisiones y estemos satisfechos de nuestros logros como nación.

Habla Ernesto Ruffo

El gobernador electo de Baja California subió al presidium junto con su esposa y su jefe de campaña, Lic. Eugenio Elorduy, acompañados de sus respectivas esposas. Las expectativas despertadas por el anuncio de la intervención de Ruffo Appel eran grandes.

El primer gobernador panista en la historia de México subió a la tribuna entre aplausos y expresiones múltiples de entusiasmo y simpatía. De su discurso, resultaron sobresalientes las ideas siguientes:

“Un gobemador y un gobierno de extracción panista no puede repetir en el poder lo que han combatido desde la oposición por tantos años. El gobierno que encabezaré no sustituirá a las personas, ni a las familias, ni a las sociedades intermedias. (...) Sencillamente señalaré los cauces legales por los que ha de transitar la acción de todos, con base en la búsqueda de bien común, cuya obtención buscaré y cuya realización protegeré contra los intereses individuales y de grupo. Será un gobierno que estimule, aliente y encauce la participación más amplia, sin consideraciones partidistas, facciosas, ideológicas o religiosas.

Para todos

El gobernador electo afirmó: “Nuestra meta es que la sociedad bajacaliforniana se vertebre y articule, vigorosa y participativa (...) Daremos prioridad a la atención de las necesidades de quienes más carencias padecen y han esperado justicia por más tiempo. La mayoría de los que votaron por los

candidatos del PAN vieron en los candidatos y en las propuestas panistas la posibilidad real de un cambio. El gobierno debe serlo para todos: para los de su partido, para los que no siendo de su partido votaron por él, y para los que no sufragaron a su favor y merecen como personas respeto y promoción de sus derechos humanos, sociales y políticos.

“Es posible –dijo– que en las circunstancias que vivimos en México, el deber económico prioritario del gobierno federal sea controlar la inflación. No voy a juzgarlo. Pero de lo que sí estoy convencido es de que los gobiernos estatales debemos promover la creación de fuentes de trabajo. (...) Los bajacalifornianos también sufragaron por la solución al problema de la escasez de agua. El gobierno estatal hará justicia y lo hará por el camino de la explicación exhaustiva, el diálogo abierto y la ley. Pero no se atemoriza ante presión alguna para dotar de agua a la población más necesitada. Igualmente trataremos el problema de vivienda que se padece en Baja California y que se agrava con el hecho de que muchos mexicanos –por razones que no son sólo de la incumbencia estatal– ven en nuestro territorio una especie de residencia transitoria, previa al cruce de la frontera con los Estados Unidos de Norteamérica. No podemos hacer frente a todas las causas de la emigración. Trataremos de paliar algunos de sus efectos en la medida de nuestras posibilidades y de la solidaridad popular, ya que nuestro programa de vivienda tendrá como criterio central la voluntad de arraigo en nuestra entidad de quienes legítimamente aspiran a una casa digna”, finalizó Ruffo Appel.

El “grito”

Como se informó, el 15 por la noche, en torno de la Columna de la Independencia, el PAN del Distrito Federal organizó una verbena popular. Ahí, sin protección –innecesaria–, estuvieron el presidente nacional Luis H. Álvarez, el gobernador electo de Baja California, Ernesto Ruffo Appel, el Ing. Clouthier

del Rincón, el presidente regional Lic. José Ángel Conchello y muchos otros dirigentes y funcionarios públicos del PAN.

Después del mensaje de don Luis H. Álvarez, la nutrida concurrencia festejó la Independencia Nacional hasta tarde. La fiesta fue un despliegue de ingenio por parte de los diferentes comités distritales –que instalaron puestos diversos– y de alegría por parte de los participantes. Menudearon las banderas, los sombreros de charro, la música y los guisos y dulces mexicanos.

Con estos actos –y los que se efectuarán a lo largo de un año– Acción Nacional inició el camino hacia su primer centenario.

EL PAN: 50 AÑOS DE LUCHA POLÍTICA

Jorge Eugenio Ortiz Gallegos

“Nuestro México ha de ser con justicia y libertad”, tal es uno entre varios versos del himno del Partido Acción Nacional que escrito del puño y letra del fundador, Lic. Manuel Gómez Morin, pasó a manos de Gonzalo Chapela y Blanco, el michoacano que inventara la música y que años más tarde sería extraordinario diputado del PAN.

“Nosotros no podemos ni queremos reclutar clientes, sino convencer hombres libres y responsables para una Reforma colectiva que presupone la Reforma personal, la conversión al deber político y al apostolado político, por motivos muy diversos de los que mueven al demagogo, al negociante y al aventurero”, exclamó ante la Asamblea Constitutiva aquel mes de septiembre de 1939, hace 50 años, el jalisciense Efraín González Luna.

Por casi 120 años la política había sido campo para quienes al obtener su dominio sobre ella hicieron del gobierno un botín, encabezaron al Estado como si se tratara de un negocio de mafias.

Se pudo señalar que el Estado mexicano era una institución facciosa para el usufructo de los violentos caudillistas, de sus asonadas y de sus tiranías.

La ignominia de los gobiernos anticiparon aquella concepción ominosa de Benito Mussolini: “Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado”. Y la Nación, el inmenso número de sus grandes y pequeños poblados y de sus ciudades se había refugiado en el asco por la política. Mezclarse con la política era tanto como abandonar la ética del buen comportamiento y mezclarse con los depredadores y mancharse con su asociación y sus manejos.

Cincuenta años de historia del Partido Acción Nacional son 50 años de una empresa que se inició como “Técnica de Salvación”, es decir, como la opción moral en la vida pública, que contradijera el falso realismo de la inclinación por el acomodo, de la sumisión frente a los tiranos, de la entrega a la concupiscencia del simple bienestar sin estimación del bien común.

Aquel notable puñado de generosos mexicanos que acudieron a la fundación del Partido Acción Nacional provenían de todos los rumbos de la Patria: Manuel Gómez Morin de Chihuahua, Efraín González Luna de Guadalajara, Miguel Estrada Iturbide de Michoacán, Manuel Herrera y Lasso de San Luis Potosí. Hombres de reflexión serena de todas las clases sociales: Filogonio Mora, “El abogado de pueblo”, guerrerense; Roberto Cossío y Cosío, maestro universitario, como Fernando Ocaranza ex-rector de la Universidad Nacional, Manuel Bonilla, ex-ministro de Fomento en el gobierno de Francisco I. Madero; el educador Ezequiel A. Chávez, el matemático Valentín Gama. Aquel otro de “los siete sabios”, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, el guerrerense Teófilo Olea y Leyva. El tabasqueño autor del corrido de la Fundación del PAN, José Ma. Gurría Urguell. Manuel Aguilar y Salazar de Oaxaca. Manuel Zamora, de los defensores heroicos de Veracruz en 1914. Carlos Sisniega de Chihuahua, el doctor José Martínez de Monterrey, el doctor Salvador Lara de Torreón. El tapatío insigne universitario Rafael Preciado Hernández. La lista de los nombres ilustres llenaría muchas páginas. La Asamblea Constitutiva del PAN reunió a cerca de 3.000 asistentes que escucharon el llamado de Manuel Gómez Morin: “Hay que mover las almas”.

Los objetivos de Acción Nacional nacen de principios superiores tales como el reconocimiento de la dignidad del hombre y el respeto por tanto a sus derechos fundamentales. Como la subordinación de la actividad individual, social y del Estado a la realización del bien común. Como la instauración de la democracia como forma de gobierno y sistema de conveniencia. Y los objetivos de Acción Nacional, con ser metas alcanzables, son sin embargo exigencias permanentes que cumpliéndose cada día, se plantean de nuevo en cada amanecer, igual que sucede con los valores supremos del hombre, con la verdad, con la belleza, con el amor, con la perfección.

Durante 50 años Acción Nacional ha perseguido, a veces con triunfos, a veces con fracasos y abandonos, las dos grandes vertientes que le dan sentido a su actividad: Primera, la de formar la conciencia de los mexicanos en la necesidad de hacer de la democracia la forma permanente de vida; la segunda, participar en la lucha política para llevar al poder a los hombres que respondan al ideal de servicio a la comunidad, de respeto a los derechos y a la consecución del bienestar general, mejor definido como el bien común, que no es la suma de los bienes particulares sino el bien del hombre, de la sociedad y del gobierno que no se estorban entre sí y que con frecuencia han de combinarse unos con otros, aun en renuncia y diferimiento de unos a otros para que se den la mayor dignidad de la persona y el mejor bien de la comunidad.

UNA REFLEXIÓN PARA LOS PANISTAS DEL CINCUENTENARIO

Cecilia Romero Castillo

A los que hoy día militamos en Acción Nacional nos ha tocado vivir los festejos del cincuentenario. Esto podrá ser, en nuestra vida personal, nada más que una ocasión de disfrutar con los amigos y compañeros del PAN los eventos que se realizaron; de comentar, de sugerir. Podrá ser, para el recuerdo, recopilación de anécdotas y de momentos vividos y compartidos. Podrá ser para el álbum, colección de fotos y folletos.

Ojalá que, además de todo esto, la circunstancia de ser militante del PAN en la época en que nuestra institución arriba a sus bodas de oro, sea para cada uno de nosotros ratificación de un compromiso. El compromiso que sólo se puede hacer cuando la convicción es profunda; el que se vive cuando, con el sentimiento, convive la decisión de la inteligencia de que lo que se ha escogido es lo adecuado. Ese compromiso de servir a México a través de Acción Nacional será el más hermoso fruto de los festejos cincuentenarios del PAN. Porque hace cincuenta años hubo quienes cumplieron su

compromiso a plenitud, y es que ahora podemos nosotros comprometernos de manera igualmente plena. Porque hace cuarenta, treinta, veinte años, panistas de todo México cumplieron su vocación de servicio a través del PAN, es que ahora tenemos cauce abierto para seguir sirviendo nosotros. Porque ayer y antier hubo quien llegó al PAN a engrosar sus filas, contamos ahora con estructura y militancia cada vez más fuerte y más combativa. Porque hemos permanecido, como institución, fieles a los principios que inspiraron la fundación, atentos a las necesidades de la patria, presentes en todo momento, impregnando de esperanza nuestra labor cotidiana, podemos hoy, los panistas del cincuentenario, comprometernos a proyectar al futuro la trayectoria ascendente de Acción Nacional con la solidez de nuestros cimientos y la grandeza de nuestros ideales.

Que el compromiso sea el signo distintivo de nuestro cincuenta aniversario. Este compromiso implica pensar seriamente en hacer un gran esfuerzo por capacitarnos en todos los sentidos; siempre podrá hacer mejor las cosas el que tiene más conocimientos; siempre podrá convencer mejor el que tiene más elementos para ello.

Igualmente es imperativo que mejoremos nuestra organización; los trabajos son más productivos cuando empleamos las capacidades de cada uno adecuadamente, cuando se distribuyen las funciones en un equipo responsable, haciendo a un lado los personalismos, cuando se lleva un control adecuado de los recursos, humanos y materiales con que se cuenta, cuando se da oportunidad a todos de aportar lo que tienen a la organización.

El compromiso se debe extender necesariamente al crecimiento, en número y calidad, de nuestros afiliados. Ser del PAN es un orgullo, y compartirlo con muchos más es consecuencia natural para quien así lo considera.

Finalmente, la difusión. Mientras más demos a conocer el PAN a los demás, más posibilidad tendremos no sólo de crecer, sino de avanzar decididamente hacia el cumplimiento de nuestros objetivos. La divulgación de

nuestro pensamiento, la promoción de nuestros programas son, ahora, parte vital de los trabajos que llevemos a cabo.

Cincuentenario, compromiso. Compromiso renovado, compromiso esperanzador.



LX

ANIVERSARIO

GÓMEZ MORIN, PROMOTOR DE LA LIBERTAD DE CÁTEDRA Y LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA

Alejandro Avilés¹

El 5 de septiembre en Morelia, tuve la suerte de asistir a un acto de entusiastas panistas –seis mil asistentes según *La Voz de Michoacán*–, donde el carismático Vicente Fox recordó conmovido la doctrina del PAN, elogió a sus fundadores y destacó la egregia figura del maestro Manuel Gómez Morin. Me alegra iniciar esta breve semblanza del fundador por excelencia, mencionando este acto michoacano donde su memoria fue ovacionada.

La Universidad y su autonomía

El libro más completo y documentado sobre el maestro es *Manuel Gómez Morin: la lucha por la libertad de cátedra*, escrito por la politóloga María Teresa Gómez Mont y editado por la Universidad Autónoma de México. Ahora que la barbarie de la huelga afecta gravemente a la UNAM, hemos decidido escoger entre muchos servicios prestados a nuestra Patria, el realizado como universitario.

¹ *La Nación*, núm 2101, 13 de septiembre de 1999.

La autora de la obra nos dice a tal respecto:

“Como alumno, profesor, subdirector de la Facultad de Derecho, rector de la Universidad Nacional de México, Manuel Gómez Morin se enfrentó a grandes retos; unos a consecuencia de la lucha que posiblemente él no había iniciado, como la autonomía, pero que asumió como suyos desde el momento de integrarse como alumno a la vida universitaria; otros como desafíos que lo llevaron a asumir actitudes definidas y al tomar forma se convierten en movimientos determinantes en la vida de la institución, como la lucha por la libertad de cátedra”. Y con justicia insiste, refiriéndose a la misma Universidad, “don Manuel Gómez Morin como rector, vivió en el lapso del 23 de octubre de 1933 al 26 de noviembre de 1934, una etapa determinante que señalaría su destino”.

La investigación de la maestra Gómez Mont se enfrenta a los mitos en torno a la Universidad: “uno es el mito de la autonomía universitaria otorgada en 1929. Ésta, como veremos, sólo fue administrativa”. La autonomía de la Universidad se consolida a partir del 27 de noviembre de 1933, mediante el documento “Naturaleza Jurídica de la Universidad”, redactado por el mismo rector, “inicio formal de una nueva etapa universitaria llena de dignidad”, donde se recupera el estatus perdido de “nacional”. El texto abarca once apartados no factibles de transcribir aquí. Pero copiamos un párrafo donde la autora sintetiza la base institucional: “En suma, la Universidad Nacional de México es una institución corporativa, del más alto interés público, que tiene como fin propio y exclusivo una función esencial para la Nación; está

dotada de autonomía para organizarse sobre bases generales señaladas por la Ley, y para decidir por sí misma en cuanto se refiere al cumplimiento de su finalidad específica; tiene plena capacidad jurídica y, por ende, está en aptitud de poseer, usar, disfrutar y disponer de su patrimonio”.

La libertad de cátedra, determinante

Hasta este momento hemos señalado la importancia de la autonomía, que debe garantizar la defensa de la Universidad frente a las intromisiones del Estado. Ahora trataremos su antecedente: la libertad de cátedra.

Sobre ésta nos dice la escritora: “La libertad de cátedra como determinante en la autonomía de la Universidad Nacional de México, es sin duda uno de los logros más efectivos porque define el espíritu universitario de la búsqueda permanente del conocimiento como consecuencia de la libertad”. Y en seguida insiste: “Por supuesto, la libertad de cátedra es consecuencia de la libertad de pensamiento, sobre todo cuando se relaciona con la búsqueda del conocimiento, el cual no debe ser hegemónico ni único, sino producto de la diversidad, una característica de la razón y del entendimiento”.

Por eso “Gómez Morin, al plantear la reforma de la Universidad, estableció se sostuviera y enalteciera por la autonomía, y lejos de depender de un dogma reconociera el deber de un trabajo orientador y constante, consistente en investigar, ordenar y criticar con libre responsabilidad los hechos de la naturaleza, de la sociedad y del espíritu, para formar los valores del pensamiento y de la conducta integrantes de la cultura”.

Cuando Gómez Morin hizo referencia a la diversidad de creencias dijo que los maestros afiliados a los más diversos movimientos políticos y filosóficos estaban obligados a exponer sincera y comprometidamente sus teorías bajo un criterio personal de interpretación que permitiera obtener conclusiones lógicas y adecuadas”. Más, “la Universidad no puede privilegiar a ninguna

corriente ya que esto le impediría cumplir su destino social, pues la Universidad es antes que nada una actitud de afirmación nacida de la convicción racional”.

Cumplir con todo lo anterior requiere el ejercicio de virtudes éticas. Debido a esto “Gómez Morin condiciona la existencia de la pluralidad a que estuviera infaliblemente acompañada de la tolerancia y del respeto, actitudes que impedirían convertir al campus universitario en un campo de batalla, donde no hubiera cabida para el debate, se provocara el enfrentamiento permanente y quedara impedido el desarrollo de la cultura y la promoción del conocimiento”.

(Acabamos de ver que cuando el Presidente promete tolerancia y los voceros de su partido son intolerantes, se pretende impedir la expresión de las ideas y se insulta a quien las manifiesta, como lo han hecho con el inteligente y valeroso coordinador panista en el Congreso, Carlos Medina Plascencia).

Síntesis de su obra y pensamiento

Agradezco a María Teresa Gómez Mont (digna heredera de un gran amigo) la donación de este libro de 690 páginas dedicado al pensamiento y obra del maestro Manuel Gómez Morin en el ámbito universitario, que ella misma tuvo el acierto de sintetizar en los siguientes párrafos:

“En síntesis, se puede decir que Manuel Gómez Morin fue el consolidador de la autonomía de la Universidad Nacional de México, el reformador, el constructor, el reorganizador, quien recuperó el rango de nacional, otorgó el marco legal para regular el comportamiento interno de los universitarios, obtuvo para la Universidad la democracia interna en su gobierno, creó las

Academias de profesores y alumnos, de facultades y escuelas, renovó los planes de estudio, formalizó los instrumentos de investigación, promovió la eficiencia de recursos, promovió el servicio social profesional, y a pesar de los obstáculos e impedimentos dio la energía necesaria para mantener su reforma de manera permanente.

“No cabe duda que la reforma aplicada por Manuel Gómez Morin a la Universidad Nacional de México cuenta con un alcance relevante, la reorganiza, da cuerpo legal y garantiza su convivencia interna dentro de un sistema de equidad y de justicia, pero sin menospreciar lo anterior, es importante reflexionar sobre algo quizá sublime que marca definitivamente el destino de la Universidad: la libertad.

“Para Gómez Morin sin libertad no hay ciencia, pensamiento, creación, reproducción, ni reforma. La lucha por la libertad de cátedra, lejos de ser un mito (...) es el rescate y puesta en sentido de una Universidad dinámica y libre, centro de análisis, creación, reflexión, rectificación, renovación, procuración de la ciencia y del pensamiento que obedece a un fin perenne: la impartición de la cultura (...)

“Pero no es todo, porque lo impreso por el grupo de universitarios a la Universidad Nacional de México con el movimiento de 1933 a 1934 es la posibilidad de que ésta pueda ser eterna al renovarse ilimitada y permanentemente bajo el impulso de la libertad...”

¿Será posible que años después un impuesto de esa magnitud creadora pueda ser derrumbado por una minoría irresponsable, ante la indiferencia de un régimen caduco? Esperemos que no.

ACCIÓN NACIONAL: 60 AÑOS DE VIDA POLÍTICA, TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA DE HOY

Luis Felipe Bravo Mena

A semanas del siglo nuevo, como partido nacido en el actual, tenemos el alma y la vista puestos en el porvenir. Precisamente porque tenemos ayer e historia, y por estar sustentados en raíces propias, somos hoy, podemos y decidimos ser mañana: porque nos respaldan 60 años de servicio y experiencia somos y podemos ser aún más, el partido del futuro.

A 60 años de distancia, “inmersos en el formidable devenir de la historia” y precisamente porque somos parte de ella, podemos desde este presente orientar propósito y mirada hacia el siglo XXI; hacia el México perfectamente posible, nuevo, diferente y mejor para todos los mexicanos.

Al hacerlo enlazamos sueños y objetivos compartidos, con la estremecedora fuerza y vitalidad dadas por el espíritu. Nos enlazamos con quienes hace seis décadas visionariamente iniciaron la larga marcha, invitando a millones de seres humanos a devenir ciudadanos plenos, abriendo los caminos a la gran tarea, a la Acción Nacional común, a “la aventura de servir a México”, para hablar con uno de ellos, Efraín González Luna.

Al hacerlo nos unimos en historia y vida a miles de mexicanas y mexicanos, muchos de ellos anónimos de rostro y nombre, quienes aceptaron el riesgo de la invitación y el compromiso, y en este tramo del siglo por terminar fueron construyendo, en los silencios hondos que edifican la historia, la gran Acción Nacional que debemos fructificar en el siglo por nacer.

A 60 años de distancia nos embarcamos hacia rumbos nuevos y derroteros políticos inéditos, conscientes de los riesgos de la travesía, como los miles de ayer a quienes nos debemos, porque en gran medida por ellos somos hoy conscientes de la relativa incertidumbre de puerto y de destino. Porque con ellos, y con quienes vendrán mañana, sabemos que la historia no se escribe de antemano, sino en el futuro aún no definido, y el éxito servicial para quienes vivirán después de nosotros en la misma tierra y en la Patria común de todos depende de lo realizado hoy por quienes somos y vivimos el aquí y el ahora de México. La historia la edificamos y escribimos nosotros mismos, personas en sociedad humana, porque no tenemos hecho ni hemos comprado nuestro destino.

A 60 años de historia y de distancia celebramos, hacemos memoria y reflexionamos en nuestro aquí y ahora, para preparar, construir y adelantar un mañana más digno y amplio. No se trata de un ejercicio nostálgico y estéril de añoranza estética, se trata de actualizar la conciencia honda de lo que se es y lo que se quiere ser, para vivificar con entereza alegre nuestros días, para fortalecer posibilidades de mejor futuro, certidumbre y esperanza.

Por eso hoy rememoramos, suscitamos y hacemos surgir en la memoria, desde los pliegues de alma, corazón e inteligencia, lo que somos, lo que nos hace ser lo que somos y queremos ser, lo que nos da presente y nos abre porvenir. Y al “reflexionar”, bellísimo modismo aún usado por algunos campesinos de este nuestro rico país, al poner frente a un espejo consciente 60 años de vida partidaria, lo hacemos con conciencia de futuro. Porque después

de todo sólo quien tiene conciencia de historia y desarrollo, de crecimiento y realidad, puede vivir con plenitud y sentido el presente. Únicamente tal conciencia y proyecto pueden planear el futuro y empezar a hacerlo y vivirlo con raíces y destino desde hoy.

Así, al conmemorar y celebrar el nada pequeño logro de haber sobrevivido como partido autónomo y democrático en México durante seis décadas; al reflexionar juntos sobre hechos compartidos, acervos heredados, experiencia acumulada, esfuerzo y perspectivas que todos, en común propósito, construimos hoy, debemos preguntarnos con realismo y rigor, con sereno orgullo y esperanza abierta ¿qué han significado estos 60 años de vida política de esta parte de la historia moderna de México? ¿Qué significado y relevancia tienen para el México de hoy y del mañana? ¿Cómo han preparado el presente común? ¿Cómo puede Acción Nacional contribuir decisoriamente y con seria responsabilidad de futuro, en la inaplazable transición mexicana a la democracia plena?

En nuestras delicadas decisiones del presente y orientados con firme voluntad de futuro, debemos preguntarnos si podemos encontrar denominadores comunes en nuestra historia y experiencia que den sentido y rumbo a nuestras acciones; si podemos definir horizontes nuevos y guías para orientar rumbos y destinos por recorrer y construir.

Hoy, ante ustedes y ante México, con conciencia humilde y plena, adelanto mi respuesta afirmativa, porque de entrada, el desarrollo moderno político de México, la política mexicana misma, los vastos cambios en la cultura política nacional del último cuarto de siglo, serán ininteligibles sin el PAN. No porque todo se deba a él, pero sin su consideración a la vez rigurosa y objetiva del papel sociopolítico desempeñado por el Partido en estas décadas, las posibilidades políticas y de cambio presentes hoy en el país probablemente no se habrían dado, al menos no como resultado de una evolución lógica e histórica. Si se quiere, ésta rebasa naturalmente a Acción Nacional,

pero sin nosotros, los de ayer y los de hoy, no se daría con las características que experimentamos y ayudamos a construir.

60 años de historia, esfuerzo y vida tienen actualmente secuencia significativa y directa en grandes e inmediatas posibilidades de transición a una vida democrática plena. Lo señalo como hecho y dato de la realidad, nada más, pero también nada menos.

Porque Acción Nacional es organización y práctica al implantar con su propio ser y actuar, a partir de 1939, la idea misma y la realidad operante de partido en el sentido moderno de la palabra. En un país sin auténtica tradición de partidos, el proyecto de Gómez Morin y de sus compañeros nada tiene que ver con los llamados partidos mexicanos del siglo XIX, más allá de retomar legítimamente contenidos de fondo de democracia y exigencias de libertad, como sugiere Krauze. La Revolución se expresa en el “joven revolucionario” Gómez Morin y en el partido fundado por él, por una clara y honda vocación de justicia.

La idea misma de partido político constituye una afirmación democrática: nos asumimos entonces, y así lo hacemos hoy, como sólo una parte del pueblo mexicano, como una alternativa en competencia democrática y alternancia con otras posibles. Esta sola concepción de nosotros mismos es la antípoda exacta de la “monstruosa confusión” de partido-gobierno-Estado-Nación, en la cual un grupo se quería asumir como el todo, con consecuencias trágicas en verdad para esa misma nación, empobrecida, empequeñecida y absurdamente reducida en sus magníficas posibilidades por aquella pretensión eterna y falsa. Sí, éramos, somos y queremos seguir siendo partido político: nada más, pero también nada menos. Proyecto de cultura y de modernización política en México.

Así fue perfectamente natural que en julio de 1988 y ante el Zócalo repleto de la Ciudad de México, mi amigo y jefe inolvidable, Maquío Clouthier, señalara que el dilema fundamental del país era la grave opción entre autoritarismo y

democracia natural, porque se enraizaba y enlazaba con igual verdad en el planteamiento de Gómez Morin y en el de quienes a partir de 1939 aceptaron la invitación y el compromiso de cambio radical, de raíz y auténtico. El dilema sigue estando presente para nosotros, decididos como estamos a llevar a término exitoso y servicial la transición democrática, larga, indebidamente pospuesta en México. Porque hemos conquistado cambios significativos, estamos en el umbral del siglo nuevo y en una definitiva transición, con ellos y miles más enlazados, por eso somos opción de futuro.

Somos un partido político, no un grupo más o menos legítimo de mera presión, ni fideicomiso miope de intereses parciales cualesquiera. Además somos un partido democrático desde el 39 y lo vamos a seguir siendo en la nueva centuria, a pocas y esperanzadoras semanas de distancia. Porque durante seis décadas hemos tenido el tezón, la paciencia, la voluntad política y la capacidad técnica para construir y hacer funcionar los imprescindibles mecanismos y difíciles instrumentos de la democracia. Por eso Acción Nacional es un agente inexpulsable y decisorio de transición y cambio. Con igual modestia y verdad, nada más, pero tampoco nada menos.

En esta rica, larga, variada evolución, contra viento y marea, y sin duda con errores y altibajos, Acción Nacional ha mantenido inalterable la “terquedad democrática” de la cual hablaba Efraín González Morfín. Precisamente por esto, el cinismo priista, escéptico y burlón, del presidente Ruiz Cortines, como otros antes y después de él, intentaban la mofa autoritaria y destructiva, al calificarnos como “místicos del voto”.

El hecho es, después de 60 años y a final de siglo, que aquí estamos. Y con nosotros millones de mexicanos que igualmente exigen el voto libre y respetado.

Mentalidad y sistema autoritarios no tienen otro modo posible de reacción ante conductas y señalamientos que la degradación, la furia y a veces la brutal irracionalidad política en cámaras legislativas, en Yucatán o en Tlatelolco. Fue

el presidente mencionado quien amenazó personalmente a Gómez Morin y a Acción Nacional por el movimiento de insurgencia cívica en Chihuahua, durante la campaña a gobernador de Luis H. Álvarez, en 1956. También fueron secretarios de Gobernación y similares, quienes personalmente profirieron serias amenazas a predecesores míos en la Presidencia de Acción Nacional, Adolfo Christlieb Ibarrola o José González Torres. Márquez Monreal es asesinado en Chihuahua en 1958 y otros panistas son atacados con bats de beisbol y encarcelados en Yucatán. En realidad son casi tantos casos de represión cavernícola y primaria en seis décadas de vida política como panistas y demócratas han existido, cada uno con su propia historia, sacrificio y experiencia.

Quien crea que ha sido fácil, que constituye una suerte de excepción en “el formidable devenir de la historia”, o que con él comienza, simplemente manifiesta ignorancia y falta de conocimiento de su tiempo y del país. No, no ha sido y no es fácil. Hoy sabemos bien que podemos actuar con serena firmeza y claridad, como instancia responsable y racional de cambio y transición democrática.

No hace mucho se escribió sobre los inicios de Acción Nacional: “Muchos de los fundadores no se conocían entre sí antes de emprender la obra, provenían de rumbos disímolos del pensamiento, eran dueños de convicciones y creencias diversas. Los miles que poco a poco quisieron un México a la medida digna de los seres humanos y la concreción de fines revolucionarios valiosos, formaban –en sus biografías, actividades y pertenencia a clases sociales y regiones– un mosaico quizá tan variado como el país mismo. Desde el comienzo, fotografías y reportajes muestran la presencia y participación de las mujeres, poco usual en la vida partidista mexicana hasta entonces, al campesino junto al sastre, el obrero junto al abogado. Cada uno de éstos podría ser mencionado nominalmente.

muy pronto fervoroso convencido de las bondades capitalistas del régimen priista; el egresado de universidades católicas europeas, más tarde furibundo antipanista, como furibundo anti lo que fuera; el joven universitario, futuro secretario de Estado; el calmo maestro de la facultad, panista todo el resto de su vida; el ex arriero herido en la Cristiada, el ex funcionario de gobiernos persecutores de la libertad de conciencia. Un esfuerzo variado y plural”.

A 60 años de vida y muy por encima de las caricaturas que del PAN ha querido hacer el autoritarismo, con su aparato, a veces asfixiante, de comunicación y propaganda –y en otra de sus reacciones típicas ante cualquier opositor–, su pluralismo político, cultural y socioeconómico es una de las realidades y contribuciones centrales del Partido a la democracia en México y a las actuales decisiones y deseo de transición. Por esas razones, entre otras, nos resulta natural pensar en pluralidad política nacional y democrática, nos es consubstancial tratar con quien sea necesario y promover el diálogo lúcido y nada ingenuo como instrumento obligatorio de la política.

Lo anterior implica o manifiesta dos elementos esenciales, ahora, durante seis décadas de vida partidaria y hacia el futuro del país: el pluralismo y la opción democrática, inevitablemente divergentes de las autoritarias, totalitarias o dictatoriales, y expresa al mismo tiempo una clara opción por México, una opción consciente y libre a favor de las mexicanas y los mexicanos. No pensamos en entelequias, sino en sociedad e historia concretas, de carne y hueso. Menos decidimos posponer la construcción de democracia, de la justicia, de la paz hasta el momento en que milagrosa, inexplicable y buenamente los mexicanos “cambien” a seres, ahora sí y a nuestro muy autorizado juicio, preparados para el ejercicio de la democracia y de sus responsabilidades. Creemos en los mexicanos, y esto es directamente opuesto a opciones de olímpico desprecio hacia el pueblo y hacia la realidad, porque supuestamente México no está capacitado para gobernarse a sí mismo, por elitismo clasista de la estirpe obrera o aristocrática que sea. La convicción

democrática de fondo está en el corazón mismo del esfuerzo de transición, y por ello, Acción Nacional es parte imprescindible del proceso.

Además hay en el proyecto y propuesta de Acción Nacional, en el desarrollo de su actividad y vida, un nuevo concepto de Estado en el debate mexicano. Muchos años después del 39, en congruencia con lo antes pensado y construido, Gómez Morin escribió: “El Estado somos todos”.

Enfoque nuevo para México, no porque lo fuera en los términos y contenidos mismos de filosofía política y del Derecho, sino por las insospechadas consecuencias y exigencias que su aplicación práctica, diaria y democrática tendrían en la vida del pueblo mexicano, en el cambio y en el estilo de gobernar en México. La transición apunta a la construcción de un país plenamente democrático y por esto contribuimos decisoriamente a su culminación y consecuencias.

Pero si a final de siglo vivimos como partido un pluralismo cada vez más variado y amplio, como organización y en la sociedad misma, válidamente debemos interrogarnos ¿cómo podemos convivir unificada y eficazmente, hoy y mañana, panistas tan auténticamente disímbolos como lo somos y hemos sido?

O, si se prefiere, ¿cómo fue posible y fructífero que hombres de personalidad y de biografías personales e intelectuales tan distintas, como Gómez Morin y González Luna, se hayan puesto de acuerdo, y muy a fondo de acuerdo? A tal grado que, como González Morfín señala al destacarla como dimensión esencial del cambio social y político, los dos primeros llegaron a solidificar una profunda amistad, que sostuvo el esfuerzo compartido de un proyecto común.

A 60 años de distancia de aquellos encuentros, “simiento y cimientto” de Acción Nacional, y en el nuevo encuentro de horizontes de guía y denominadores comunes para nuestros dilemas actuales, pueden identificarse niveles de orientación y convergencia para una transición democrática con significado, sentido y futuro.

Primero: se pusieron de acuerdo, nosotros podemos hacerlo también, en niveles superiores de pensamiento e intereses, en las piedras angulares de visión del hombre, sociedad y poder. Porque dicho sea de paso, ni esos dos fundadores ni otros se hacían ilusiones de que, como nuevo partido político, perseguían el acceso y ejercicio democrático del poder en este país, como instrumento servicial y difícil de construcción de la justicia, garantía de libertades, vigencia de derechos humanos e igualdad. De esto se trata la transición democrática.

Por ejemplo, hace apenas unos días hemos señalado que en el marco de “decisiones de suma seriedad y trascendencia para la vida del partido y para el futuro de la Nación, es desde nuestra indeclinable afirmación de la igualdad esencial de todos los seres humanos y enérgica defensa de la dignidad inviolable de toda persona, que podemos construir consensos, optar en favor de la política, llevar a cabo compromisos públicos, públicamente exigibles con quienes piensan de forma diversa”.

Segundo: los fundadores del PAN encontraron ámbito de convergencia en la pasión inteligente por México. La quemante urgencia por encontrar soluciones viables y serviciales a los problemas ingentes de México, el conocimiento riguroso de tales situaciones y la responsabilidad y organización políticas para superarlas.

Miguel Estrada Iturbide escribe sobre Gómez Morin: “amó a México visceralmente; lo amó en su realidad total, en sus luces y en sus sombras, en sus aciertos y en sus desvíos, en sus dones y en sus carencias, en sus miserias mismas; lo amó no aislado, sino inscrito en la estirpe hispanoamericana y en la comunidad de todos los pueblos, inmerso en el formidable devenir de la historia”. Es por tal inteligente pasión y propósito que hoy queremos ser voz y peso en la transición mexicana.

Tercero: se encuentran y nos encontramos, a través de seis décadas y hacia el futuro, en un mercado interno, marcado por las complejas realidades

socioeconómicas de México y en la búsqueda creativa y técnicamente capaz de soluciones. Desde el inicio y hasta hoy, con abundante material y propuestas, en asuntos de índole internacional, de economía, de campo, de educación y cultura, de justicia; de funcionamiento ágil, moderno, servicial de instituciones de gobierno y sociedad. En la transición y ante el siglo XXI, con Gómez Morin y con el futuro, nos encontramos en el “viejo trabajo de vivir, de entender y de construir”.

Lo anterior ha requerido rigor intelectual, esfuerzo decidido por utilizar la técnica del más variado y bienvenido tipo, la organización creciente y eficaz.

Pero a 60 años de vida política y hacia el siglo nuevo se han convertido en identidad partidaria y proyecto de Nación: el “México mexicano” de democracia para la justicia en la libertad. Eso proponemos en la transición y para después de culminarla junto con los mexicanos que opten por ella.

Al inicio del proyecto y del caminar histórico, en la vida actual del PAN ha habido y hay entrega, a veces admirablemente generosa de miles de mexicanas y mexicanos. Ha habido un hondo y muy serio substrato ético. Quienes comenzaron eran mexicanos con sólido sentido de la realidad, no esperaban poder inmediato y no podían caer en la mezquindad de alma de la búsqueda del puesto, grande o chico, por el puesto mismo; no mendigaban “espacios” ni pensaban en términos de una “carrera” política; al contrario, algunos de ellos venían ya de vuelta del poder.

A 60 años de distancia sería también iluso no sopesar con realismo o tratar inútilmente de ocultar que a través del tiempo han existido en Acción Nacional desencuentros y errores diversos. Altibajos de vitalidad y visión, hechos graves y deudas no bien asimiladas.

Nada garantiza que no haya riesgos, como algunas voces lo han advertido, por una suerte de quiebre de naturaleza histórica, política y ética. Nada garantiza el éxito en propósitos mejores. Nada garantiza que Acción Nacional no

pueda dolorosamente derivar, de manera trágica para México, en dirección comparable a la de partidos democráticos en otros países, como Venezuela o Italia. No tenemos seguro de inmunidad.

Lo que sí tenemos son raíces, pensamiento, historia, propuesta y proyecto de país. En ese sentido debemos ser radicales, renovar sin cansancio lo que somos y queremos ser, hacer que las enormes reservas morales y la riqueza humana de su pluralismo y convicción democrática prevalezcan en la vida partidaria por encima de mezquindades o de ambiciones desatadas. La invitación, el encuentro y el acuerdo compartido da para mucho más. El desafío y las magníficas posibilidades de transición y futuro para México rebasan y nos exigen una gran Acción Nacional.

A 60 años de distancia y con la vista en el futuro, invito con vehemente respeto.

En la transición democrática del México de hoy y del mañana tenemos gafas de orientación y horizontes de libre y fructífera confluencia. Recorramos los caminos, hagamos realidad el futuro.

RECUERDO DE MANUEL GÓMEZ MORIN

María Elena Álvarez de Vicencio

Lo que más me impresionó en mi primer contacto con el fundador fue su forma de escuchar. ¿Qué importancia podría tener para él que una “neopanista” en 1957 se acercara a “informarle” sobre unas conferencias donde asistieron expositores de la UNAM, todos leales al sistema, para denostar al partido Acción Nacional y criticar como absurdas las propuestas de su plataforma?. Mi sorpresa e indignación eran mayúsculas, pero para don Manuel era “el pan de cada día”, sin embargo me escuchó con profunda atención: se encuadró hombro con hombro en dirección mía, su mirada se dirigió a mis ojos y todo su yo expresó la trascendental importancia de mis palabras para él.

Acudí a comunicarle lo escuchado porque me pareció que debía saberlo, no podía permitir que esos maestros facciosos criticaran sin razón al partido y nadie los pusiera en su lugar. Al recordar ese incidente, después de varios años, creo que lo normal hubiera sido que don Manuel me dijera: “¿y por qué usted no aclaró, reclamó o corrigió los despropósitos allí expresados?, pero sólo me dijo, con su suave y persuasiva voz, palabras de agradecimiento por

la valiosa información, y era tal su sincera expresión que me despedí de él convencida de haber empezado a colaborar con el Partido.

Pero no quedó allí la respuesta de don Manuel; unos días después recibí el recorte del periódico con un artículo suyo donde ponía en su lugar a los conferencistas, rebatiéndoles sus mal intencionadas afirmaciones. El artículo se basaba en las informaciones dadas por mí.

Cuantas veces me dirigí a don Manuel tuve siempre esa sensación de ser escuchada y ser tomada en cuenta. Recuerdo otra ocasión cuando él participaba en un grupo de estudio sobre la plataforma en una Convención Nacional. Falté a la segunda sesión del tema y cuando lo encontré en la sesión plenaria me dijo: “Nos hizo falta en el trabajo del grupo”. Su interés comunicaba siempre autenticidad.

Viví otra experiencia similar en un mitin en la ciudad de Chihuahua. En el templete le pregunté si debía incluir tal o cual tema en mi intervención, e ignorando lo inoportuno del momento de mi consulta, don Manuel me respondió con toda calma e interés, aclaró mis dudas y me dio ideas para mi discurso. Siempre lo percibí no sólo como un hombre atento por educación sino auténticamente interesado en las necesidades de los demás.

Don Manuel, como es lógico, era el principal orador, maestro ponente en mítines, conferencias o cursos de capacitación. Escucharlo era revivir la historia y la realidad de México con sus grandes luchas y problemas no resueltos. Pero era también forjar sueños y visualizar propósitos realizables, sin importar el tiempo que debiéramos esperar. Su visión de futuro a largo plazo era el acicate de la permanencia, pero su convicción de que el Partido era el camino contagiaba el entusiasmo para trabajar como si el resultado exitoso fuera inmediato.

Leer ahora *Diez Años de México* es volver a oír su voz, es escuchar su suave y convincente invitación a aplicar la “técnica de salvación” para alcanzar lo anhelado para nuestro país, “para lograr lo mejor para México”.

LA FUNDACIÓN DEL PARTIDO: RICO LEGADO PARA LOS MEXICANOS

Blanca Magrassi de Álvarez

Celebramos en este año el 60 aniversario de la fundación del Partido Acción Nacional. 60 años de siembra, de lucha y de trabajo arduo. 60 años de cosechas, de logros y grandes satisfacciones. No cabe duda, el camino ha sido áspero y lleno de obstáculos, pero, poco a poco, paso a paso, el proceso nos ha llevado a forjar la “Patria ordenada y generosa” de la que nos hablaron nuestros fundadores.

Mi primer acercamiento al PAN fue en 1955. 16 años después del nacimiento del Partido. En aquel entonces vivíamos en Ciudad Juárez, donde el PAN estaba constituido sólo por tres personas: Juan García Garde, Pepe Posada Pompa y Oscar Sánchez Noriega. En varias ocasiones habían acudido a Luis, mi esposo, a solicitarle su participación como candidato, pero él declinaba las invitaciones. No conocía al PAN, ni sus métodos u objetivos. Sin embargo, empezó a interesarse y a informarse de lo que representaba el Partido.

En marzo de 1955, nuevamente fueron a visitar a mi esposo estos tres

persistentes panistas. Su respuesta fue la misma: “No acepto ser candidato, pero sí acepto ayudarles a conseguir uno y a trabajar en la campaña”. Luis ofreció la candidatura para diputado a Jesús Sanz Cerrada –antiguo cristero–, quien aceptó después de informar que su participación consistiría en hacer una campaña de tres meses cuyo fin era dar a conocer al PAN y darle mayor presencia en la comunidad. Luis participó en la campaña y yo me dediqué a observar lo que ocurría.

Para sorpresa de todos, Sanz Cerrada fue electo diputado –el primer diputado federal panista en Chihuahua– y sus tres meses de campaña se convirtieron en tres años de servicio comunitario en la diputación federal.

Un año después, en abril de 1956, se llevó a cabo en la ciudad de Chihuahua, la Convención para elegir candidato a gobernador. Luis tenía curiosidad por saber cómo se desarrollaba una Convención del PAN y persuadió a un pequeño grupo de juarenses, en quienes la campaña de Jesús había suscitado análogo interés, de asistir a la reunión.

Según me narró Luis después, la Convención se prolongó demasiado. Durante horas se debatió quién sería el candidato, la verdad era que no había personalidad dispuesta a aceptar dicho puesto. El PRI había nombrado ya a su candidato, un político bien conocido en el estado, la batalla de la oposición sería gigantesca y sin la menor posibilidad de triunfo. La situación se veía difícil, era indispensable resolver tan delicada cuestión. Don Manuel Gómez Morin, fundador del Partido, se apersonó con el recién interesado en el Partido, Luis Álvarez, y a nombre de los panistas locales le propuso la candidatura. Altamente sorprendido mi esposo inicialmente rechazó tajantemente la propuesta, actitud que mantuvo cerca de tres horas.

Mientras esto ocurría, se formaban corrillos en los cuales la mayoría de los asistentes participaban. Sí, don Manuel tenía razón, Álvarez era el candidato indicado para la gubernatura de Chihuahua. Esto fue proclamado por el popular Carlos Chavira desde la tribuna y pronto los convencionistas aclamaban

al sorprendido y en cierta forma aturdido Luis Álvarez, quien de esa manera fue electo por aclamación.

El novel candidato, todavía incapaz de controlar sus emociones y coordinar sus ideas, regresó a Ciudad Juárez y al llegar a nuestro hogar, balbuceante me informó de la increíble situación. Lloró el resto de la noche. Temprano en la mañana nos fuimos a misa. Ahí obtuvimos la fortaleza requerida para iniciar la desconocida aventura en la cual Luis se había embarcado y yo lo acompañaría.

Así fue como conocí Acción Nacional. La campaña obtuvo inesperados logros. El partido se fortaleció y creció enormemente en Chihuahua y nosotros como pareja aprendimos mucho. Año y medio después Luis contendría en la campaña presidencial, incrementándose sensiblemente nuestra actividad política. Todo esto nos permitió conocer muy de cerca a los fundadores, particularmente a don Manuel y a don Efraín González Luna, personas visionarias, sabias y patriotas, quienes reiteradamente sostenían que México necesitaba la participación activa y permanente de ciudadanos responsables para construir un país libre, digno y justo.

¿Cuál era mi visión de la fundación del Partido? Es difícil la encomienda. Comenzaría por señalar que impresionaban la cordialidad y armonía existentes entre los panistas. Las mujeres sabían que tenían mucho que aportar y aprender. En esa época participaban en todas las labores igual que los varones: hablaban ante el público en los mítines, organizaban conferencias, ofrecían capacitación política a los nuevos miembros, aceptaban candidaturas y laboraban en la recaudación de fondos. El Partido era plural en su membresía, lo mismo se aceptaba a personas encumbradas como a sencillos y humildes ciudadanos. En el Partido todos teníamos la oportunidad de participar acorde con nuestras capacidades. Sabíamos que a pesar de

nuestros reiterados esfuerzos tal vez nunca llegaríamos a ver resultados tangibles. Eso no importaba. Estábamos trabajando por una causa justa y considerábamos nuestro trabajo como un verdadero y valioso apostolado no comprendido por muchos.

Los sólidos principios de la Doctrina eran la columna vertebral del Partido. En ellos estaba la esencia del trabajo político correctamente entendido. Se requería hacer accesible estos postulados a los sectores más humildes de la comunidad. Por tanto, la Sección Femenina, como entonces se llamaba a la correspondiente estructura del Partido, trabajaba en esta tarea. Se me ocurrió diseñar un programa para plasmar los principios de doctrina en imágenes presentadas al público a través de un franelógrafo. Esta metodología facilitaba la mejor comprensión de los Principios e insistía en las bondades de la participación política.

Aquellos eran otros tiempos. Las expectativas eran diferentes y la ambición de llegar al poder no existía. En esa época rogábamos insistentemente a las personas para que aceptaran ser candidatos. En realidad les pedíamos la disposición de convertirse en apóstoles, entregando tiempo y esfuerzo en aras de difundir los ideales de Acción Nacional sin esperar nada a cambio. Se nos tachaba de “locos e ilusos” y cuando nos iba bien de “quijotes” o “místicos del voto”.

Ahora, con el fortalecimiento del Partido, a través de los triunfos que lo han llevado al poder, la actitud y las expectativas de los militantes son otras. El trabajo político requiere de nuevas variantes. El desempeño de algunos panistas es también diferente. La dinámica es más acelerada y las presiones por llegar al poder se han incrementado. Estamos ya funcionando con una mentalidad acorde con nuestro tiempo, enfrentados a nuevos retos tanto internos como externos.

Empero, los principios de nuestros fundadores siguen vigentes, los objetivos del Partido son los mismos y los panistas que hemos transitado por el camino político durante muchos años, gozamos al ver los progresos alcanzados durante 60 años de permanencia, 60 años de trabajo y de lucha. ¡Benditos los fundadores que nos legaron esta riqueza humanística sembrando ideales de libertad y justicia en las mentes de los mexicanos!

¡60 ANIVERSARIO... Y CAMINANDO!

Federico Ling Altamirano

Muy cerca de las fechas exactas de los sesenta años de la fundación del PAN, del 14 al 16 de septiembre de 1939, en el Frontón México, vale la pena hacer una pausa para la reflexión interna del Partido. Eso sí, pausa breve, porque el quehacer se acumula en estos días cuando nos enfilamos en todo México hacia un proceso electoral singular, cuando nos encontramos fuertes y en marcha.

A pesar de la brevedad del receso, debe incluir la consideración del significado de los valores de esta cultura política, intentada una y otra vez por Acción Nacional tanto en la primera, como en la segunda o en esta sexta década de vida, pues como el mar, genera sus oleajes más significativos desde adentro de la conciencia social.

Una forma de apreciar los cambios a través del tiempo es dividir en décadas para apreciar mejor lo ocurrido desde 1939 a la fecha. En efecto, los primeros diez años estuvieron caracterizados por la presidencia de don Manuel Gómez Morin, la extensión fundacional del PAN a los más diversos rumbos

de la Patria, los primeros colegios electorales federales, la llegada de los dos primeros diputados al Congreso de la Unión y la presentación de algunas iniciativas importantes de ley.

A nuestros debates internos, fuertes, apasionados y llenos de luz, sucedió el desarrollo de la esgrima verbal parlamentaria y millares de voces alzadas en las plazas públicas. El papel desempeñado por el insuperable recurso de la palabra hablada fue muy notable, aun si tenemos en cuenta que la prensa escrita estaba absolutamente cerrada y los medios electrónicos en pañales o no existían. La transmisión del mensaje albiceleste se hizo de boca a boca y, como dice el poeta, también “rancho a rancho” en aquel México rural, lejos en el tiempo.

De 1949 al 59, don Juan Gutiérrez Lascurain, don Alfonso Ituarte y don José González Torres encabezaron al Partido. Nuestros grupos parlamentarios se mantuvieron en media docena en cada legislatura. Quizá lo más notable de este periodo fueron las dos campañas presidenciales: la muy singular de don Efraín González Luna, admirable siembra doctrinaria de cuyos frutos nos seguimos beneficiando, y la de Luis H. Álvarez, ágil y aguerrida hasta los límites de las posibilidades de esos años.

Nuevos hechos en el mundo, como el Concilio Ecuménico, la Revolución de Cuba, la Guerra Fría, el desarrollo de las comunicaciones, con la reducción virtual de las dimensiones del planeta, la evidencia de un mundo internacional y una humanidad plurales, exigieron que dirigentes de la talla de Adolfo Christlieb Ibarrola y Efraín González Morfín se emplearan a fondo para conducir al Partido, en la tercera década de su vida, de manera inteligente y con horizontes nuevos. Tal vez la culminación de este hecho fue la postulación en 1969 del “Cambio Democrático de Estructuras”. Simultáneamente tuvimos la novedad de los “diputados de partido”: el propio Adolfo Christlieb, Manuel González Hinojosa, Juan Landerreche, José Angel Concheillo, el maestro Rafael Preciado Hernández, Gerardo Medina y varios más,

quienes dieron calibre a los grupos de 20 diputados de Acción Nacional. La campaña de José González Torres para Presidente de la República en 1964 reclutó muchas voluntades para la causa.

En la intensa década de los años 70, la candidatura de Efraín González Morfín encuadrada en el México de la “crisis de conciencia”, cuya característica principal fueron los innumerables encuentros con jóvenes contestatarios, especialmente universitarios. Como pocas veces, las tesis y las actitudes de Acción Nacional ante los retos nacionales fueron planteadas brillantemente por su candidato. Después, a mediados de la década, tras la jefatura de José Ángel Conchello, el Partido logró sortear una fuerte crisis interna gracias a la dedicación de muchos dirigentes. Sin embargo, en el 76 no tuvimos candidato a la Presidencia de la República.

En el escenario político nacional, el gobierno instrumentó una reforma electoral de mediano alcance: el sistema de representación proporcional en diversos ámbitos. En 1972 don Manuel Gómez Morin murió.

Durante la década de los 80 fueron jefes nacionales: Abel Vicencio Tovar, Pablo Emilio Madero Belden y don Luis H. Álvarez. Los candidatos presidenciales: el propio Pablo Emilio Madero, en el 82, y Manuel de Jesús Clouthier, en el 88. Ambas campañas fueron exitosas y consolidaron al PAN como la segunda fuerza electoral de la Nación. En esos años la votación para el Partido osciló entre tres y cuatro millones de votos. La oposición, como conjunto, comenzó a crecer de manera imparable.

Por primera vez el PRI no tuvo mayoría suficiente en el Congreso de la Unión para realizar reformas constitucionales por sí mismo. La coyuntura ha sido de las más discutidas dentro y fuera del Partido. Pero debemos recordar que en ese tiempo se llevaron a cabo reformas constitucionales históricamente importantes para el PAN y los mexicanos: los artículos tercero, 27 y 130 de la Constitución. El PAN ganó en las urnas y le fue reconocida por primera vez una gubernatura: Baja California.

La década de los 90, a punto de terminar y con ella el siglo y el milenio, trajo un insólito auge para el Partido. Las huestes panistas, conducidas por Luis H. Álvarez, Carlos Castillo Peraza, Felipe Calderón Hinojosa y Luis Felipe Bravo Mena, resultaron victoriosas y en franco avance. Los años del 94 y 95 constituyeron uno de los puntos culminantes de la lucha electoral, históricamente encabezada por el PAN.

Durante la campaña del jefe Diego, en el 94, y después de ganar un debate histórico, fueron depositados en las urnas más de nueve millones de votos a favor de nuestra causa. Al año siguiente se ganaron por amplio margen las gubernaturas de Jalisco y Guanajuato, sumándose a las de Baja California y Chihuahua. Después vendrían las victorias en Nuevo León, Querétaro y Aguascalientes.

Recientemente, aunque ya en el contexto de alianzas opositoras, se obtuvo la gubernatura en Nayarit, y en los momentos de escribir estas líneas se hacen esfuerzos por configurar una gran alianza para las elecciones del 2000. Alianza que podría sacar al PRI de Palacio Nacional, aunque los obstáculos a vencer son considerables.



LXX

ANIVERSARIO

EDITORIAL

*Carlos Castillo*¹

El Partido Acción Nacional llega a su setenta aniversario con una tradición democrática e institucional, de congruencia y trabajo por México, que ha distinguido a sus militantes desde la primera hora.

Esa tradición ha construido, a lo largo de los años, una identidad con la que el panismo se ha presentado a la sociedad, desde el trabajo político como oposición, durante largos y complejos años, hasta la acción de gobiernos que ha demostrado que es posible conducir a la nación por un rumbo distinto.

No son pocos los testimonios que dan prueba de ambos aspectos. El pasado y el presente del PAN son ricos en experiencias, en el gozo de las victorias obtenidas a fuerza de “agotar la suela” y el sabor amargo de las derrotas que se convierte, cuando la altura de miras trasciende lo electoral –sin excluirlo–, en motivo para hacer un breve alto en el camino, redefinir, evaluar, corregir rumbos y seguir adelante: ese es el espíritu con el que

¹ *La Nación*, núm. 2329, octubre 2009.

Acción Nacional recibe estas siete décadas, el del orgullo de la historia y la reflexión necesarias para dar los pasos siguientes.

En el presente número de *La Nación* el lector podrá dar fe de cómo los festejos realizados a lo largo de la República dan un amplio espacio a la reflexión, convocada por el Presidente del CEN, César Nava, que se suma al espíritu de crítica y revisión que impulsó la Comisión creada para analizar los resultados de la elección del verano pasado; es en este sentido que la presente edición busca, como órgano oficial de Acción Nacional, dar testimonio de un momento que puede considerarse clave para el futuro del partido, esto es, para seguir adelante en la misión de trabajar al servicio de México. Nos sumamos así a una celebración que es también exhorto a seguir adelante en una reflexión constante que acompañe en todo momento las tareas del Partido.

Hoy puede decirse, con orgullo, que aquella apuesta de Gómez Morin por construir un partido duradero, más allá de las coyunturas y con un programa acorde con las necesidades más sentidas de los mexicanos, es una realidad. Realidad, no obstante, que debe refrendarse día a día, para poder ser de nuevo la tradición de su identidad el día de mañana. Acción Nacional cuenta hoy día con un pasado –tradición– y un presente –identidad– que son herencia que se actualiza constantemente para seguir siendo, para ser en el futuro.

Las y los panistas somos depositarios de un gran legado; nos toca seguir construyendo, con responsabilidad, orgullo y entusiasmo, desde lo ideológico y lo electoral, el partido y el México que dejaremos a quienes vienen detrás.

1939, DOCUMENTOS FUNDACIONALES

Irma Tello Olvera

Bajo el lema Identidad Tradición Futuro, el 70 aniversario de Acción Nacional trascendió el aspecto festivo para convertirse en una serie de eventos que convocaron al panismo para, a lado de la celebración, realizar un ejercicio crítico sobre el pasado, el presente y el futuro del Partido. Así, la presentación del libro *1939 Documentos fundacionales*, los resultados de la Comisión de Reflexión y Análisis, las mesas de diálogo y los distintos foros convocados en los comités estatales acompañaron toda suerte de eventos en los que estuvo presente el reconocimiento a las trayectorias de connotados panistas, la camaradería de la militancia y el ánimo que nacen de la amistad, entendida como suma de voluntades en busca de construir juntos un mejor México.

La Nación presenta a sus lectores los aspectos más relevantes de este 70 aniversario a lo largo de la República mexicana, celebración de orgullo y reflexión que no se agota en estas páginas.

PAN, un partido permanente y definitivo

70 años de historia es una razón para recordar el origen y sin duda *1939, documentos fundacionales del Partido Acción Nacional* es la memoria que reaviva y robustece la identidad política.

En el auditorio Manuel Gómez Morin se dieron cita para presentar esta obra documental Alonso Lujambio Irazábal, secretario de Educación Pública, Javier Garcíadiego, presidente de El Colegio de México, Luis Medina Peña, investigador del CIDE, y Fernando Rodríguez, diputado local de Acción Nacional, quienes coincidieron en señalar que esta obra recoge los momentos, debates y correspondencia de cómo fue el proceso fundacional de este partido político, que fue parteaguas en la construcción del sistema de partidos políticos en nuestro país.

En ese sentido, Alonso Lujambio informó que por primera vez se publican las actas y versiones taquigráficas de las sesiones que llevó a cabo la Asamblea, “es el debate que sostuvieron grandes mexicanos que supieron exactamente deliberar con pasión e inteligencia cómo sería el proceder de Acción Nacional”.

Para conmemorar estas siete décadas de vida, el también estudioso del PAN dijo que la historia del PAN en 70 años tiene un sello definitivo que fueron dos aportaciones históricas en el quehacer político de México: civilización de la política y la confianza ciudadana.

“Los panistas aquellos y los presentes, civilizaron la política de México, obligaron a la Revolución a aceptar el pluralismo político y en segundo lugar supo ganarse la confianza de los ciudadanos, los electores terminaron al final del siglo XX con el régimen hegemónico posrevolucionario volteando para acá”.

Insistió en que la alternancia histórica para la construcción democrática no se dio en la izquierda, sino en la derecha democrática y eso debe ser valorado por todos los actores involucrados en la política.

“No tengo la menor duda de que el PAN seguirá siendo opción en el mosaico pluralista de México, lo hará formulando propuestas y ofreciendo razones”, subrayó el secretario de Educación Pública.

PAN, partido permanente

1939, documentos fundacionales del Partido Acción Nacional es un testimonio de lo que pensaba Manuel Gómez Morin sobre la organización política que proponía, una idea que fue concebida al menos desde 1921 y que tira por la borda el mito que el PAN se concibió después de la creación del Partido Nacional Revolucionario.

Así lo expresó Luis Medina Peña, investigador de Historia del CIDE, quien agregó que su fundador ideó un partido permanente, de oposición, con una doctrina definida, institucional y no personalista o caudillista.

“Era un partido de cuadros selectos, de hombres de bien, cuadros que no fueron políticos profesionales, sino ciudadanos interesados en la política”.

Explicó que ideológica y programáticamente el PAN nació como reacción ante lo que suponían los autoritarismos que entonces emergieron, “los años treinta del siglo pasado fue un decenio en que la humanidad perdió la brújula y la mayor parte de las clases políticas de los países occidentales la cabeza”.

Predominó la desilusión de la democracia, se popularizan las ideologías extremas, se aceptó la minusvalidación de individuo y sobreviene una glorificación de la clase y de la masa. El nacionalismo a ultranza se manifestó bajo diversos disfraces: la madre patria, la raza, la nación, el socialismo en un solo país. Este fue el contexto de 1939, año en que se polarizó la sociedad mexicana.

El también profesor del CIDE expresó que el PAN se convirtió en un medio para llevar a cabo una acción nacional para reivindicar ante el Estado la dignidad y los valores del individuo, del ciudadano, de los hombres y mujeres de a pie.

Destacó que la primera agenda legislativa de la bancada panista fue de corte totalmente liberal y que salió de la pluma de Manuel Gómez Morin; entre las iniciativas resaltan las reformas electorales para establecer un sistema de partidos permanentes, la asignación de funciones públicas a los partidos políticos, el establecimiento de un tribunal electoral, la aclaración e intervención de la Suprema Corte de Justicia de la Nación en los procesos electorales, así como la asignación de responsabilidades a funcionarios públicos y la creación del registro de ciudadanos.

Pese a que todas en su momento fueron rechazadas, Luis Medina expresó que con el tiempo se han estado aprobando, “esa agenda de corte liberal y democrático de Gómez Morin es la que estableció el perfil de desarrollo político de México de los últimos 30 años, y ello fue posible por dos razones: porque el PAN nació como un partido de cuadros de afiliación individual que centró su doctrina en la dignidad humana, donde se llevó a la práctica política la defensa de la creación de las libertades individuales; y la segunda razón, porque México no necesitaba un partido católico, pero sí de un partido liberal, uno que defendiera a la persona frente al Estado”.

Para finalizar su intervención, el académico del CIDE dijo que este libro es razón, motivo y sustancia para la reflexión de sus cuadros y militantes. Los aniversarios –prosiguió– más allá de la fiesta pueden ser ocasión para aclarar de dónde se viene y de considerar a dónde se quiere ir.

Parte de la historia nacional

Para Javier Garcíadiego, director de El Colegio de México, 1939, *Documentos fundacionales del Partido Acción Nacional* es un libro cuya importancia radica en la conmemoración de la creación de una institución para la vida política mexicana de la segunda mitad del siglo XX: el PAN. Baste recordar –prosiguió el académico– que el nuevo Estado mexicano se construyó con base en la fundación de instituciones.

No obstante, expresó que esta publicación tiene una perspectiva de historia interna, de historia propia de un cierto de grupo y eso se debe romper.

“La historia del PAN no sólo compete a los panistas, es la parte de la historia nacional, no debe concebirse como ajena al proceso histórico nacional, la historia inicial de este partido es más amplia, forma parte de la historia de la construcción del sistema de partidos políticos mexicanos”.

Recordó que el proceso de construcción del sistema de partidos fue tardío en nuestro país porque el régimen porfirista no dio lugar a la competencia real, posteriormente la Revolución dio lugar al encumbramiento del Ejército, dando pie al movimiento caudillista, y de nueva cuenta se aplazó la creación y consolidación de instituciones políticas civiles pacíficas.

En 1939 nace el PAN en otro contexto y como una oposición a la continuación del modelo. Su nacimiento, dijo Garcíadiego, fue una gran aportación a la consolidación del sistema de partidos políticos moderno, pues tres características hacen la diferencia: secularización de la política, aportación de la pacificación de la oposición y la representatividad social.

Sobre la primera particularidad explicó que Acción Nacional rompió

la tradición que venía de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), “nace en contra de una tradición violenta de los cristeros y anarquistas, deja de ser un partido católico”.

La segunda y tercera radican en que el PAN consiguió quitarle lo servil y lo violento a la oposición e involucra por primera vez a la clase media en la política.

“El sucesor del PNR sólo aglomeró a campesinos, obreros, militares y burocracia, dejó de lado a la clase media, que es pieza fundamental en toda la sociedad, son estas tres características que hacen distinto al PAN al momento de su fundación”, subrayó el académico.

El historiador destacó que Acción Nacional dejó de ser un partido de minoría desde la década de los ochenta, pues fue capaz de conseguir bases sociales amplias, gracias a la politización de la juventud y de las mujeres mexicanas.

La fundación del PAN y su evolución temprana no es sólo una historia propia o familiar: es parte del proceso histórico nacional. Antes fueron acaso marginales. Hoy son protagonistas, concluyó.

TIEMPO DE FUNDAR NUEVAS TRADICIONES

César Nava Vázquez

Estamos aquí para conmemorar juntos los 70 años de nuestro Partido, nuestra Acción Nacional.

Lo hacemos en el sentido más profundo, porque estamos convencidos que conmemorar es volver a experimentar nuestra identidad desde nuestro origen; conmemorar es apreciar el legado que se ha construido a lo largo de siete décadas.

Es honrarlo, recuperándolo para la vivencia diaria. Es reconocer la trayectoria de panista que ha servido a México por décadas y décadas. Es enfrentar la adversidad con el espíritu de esa generación fundadora, y es, sin duda, darnos a la tarea de construir nuevamente el futuro. Para apreciar la valía de la gesta ciudadana que nos dio origen tenemos que lanzar nuestra mirada hacia el México de principios del siglo XX.

Tratemos de instalarnos por un momento en aquello que tuvieron enfrente nuestros fundadores durante su juventud primera: la lucha revolucionaria en sus dos fases, las dos violentas, las dos descarnadas.

Primero, un país dividido. Por un lado, la Ciudad de México y las costas bajo el control de Carranza; por el otro, el norte que obedecía a Villa y el sur que seguía a Zapata.

Dentro de cada bloque acaudillado, la atención permanente de la diáspora de las facciones. La soldadesca disponía a placer de personas y propiedades, entre masacres y saqueos que parecían no tener fin. No había marco constitucional vigente.

Una vez pasada la ferocidad de la revolución armada apareció un nuevo drama: Los fundadores presenciaron otra escena desoladora; dado el desenfreno irresponsable, los caudillos que se hicieron del poder habían dejado atrás los ideales que habían motivado la revolución y a su paso dejaban entre ruinas y cenizas las instituciones del país.

Se pasó del saqueo al peculado, de la ignorancia a la mistificación, del crimen de exceso al crimen de defecto. El caudillo que había surgido de la necesidad y la coyuntura pasó a ser el ladino improvisado que escamoteaba el afán democrático.

Fueron los tiempos que prohicieron cacicazgos que por décadas hicieron del control sin escrúpulo y la explotación de los miserables su signo y su método. Los Gonzalo M. Santos, los Maximino Ávila Camacho, los Garrido Canabal, los reprobables exponentes de la variante más cruel y prostituida de la Revolución mexicana.

De la fase destructiva de la Revolución no se pudo pasar a la etapa constructiva. En su gran ensayo *1915*, Gómez Morin señala certeramente cuatro razones: la oscuridad intelectual, la desorientación política, el terrible desenfreno y la grave corrupción.

Ante ese torbellino doloroso de los comienzos del siglo XX hubo una generación que, a pesar de su juventud o tal vez gracias a ella, decidió enfrentar su destino. Optó por no quedarse a contemplar la desgracia, se apostó por México.

Ante el caos abrumador que implicaban los severos problemas agrarios, laborales, económicos, hacendarios, culturales, decidieron dar respuestas, soluciones y remediar males.

Pero nunca con una visión cortoplacista. Decidieron hacerlo a través de una fuerza que en ese entonces parecía utópica: la construcción de un partido democrático y ciudadano.

La generación fundadora tuvo el arrojo y la valentía de proponer lo que entonces parecía imposible. Ante la anarquía de la destrucción, la técnica de la salvación; ante la crudeza de la *potestas*, la sabia y paciente *autoritas*; ante la neurosis de la escaramuza, la lucidez de la esperanza.

En medio de la destrucción de las vidas y las instituciones, la generación fundadora decidió responder bajo el liderazgo de Gómez Morin con el aprecio por la dignidad de la vida humana y la apuesta de fondo por la reforma social.

Invitaron en aquellos días de 1939 a unirse en torno al dato evidente, incuestionable del dolor que padecían los mexicanos; dolor que no venía de las desgracias naturales sino de una forma ruin de ejercer el poder armado y el poder gubernamental.

Sin lugar a dudas, se trataba de una respuesta innovadora, con espíritu constructivo y de auténtica modernidad política, en medio de la moda anti-democrática y autoritaria.

Se trata de una propuesta de política integral, la creación de un partido político formado por ciudadanos unidos en torno a un núcleo de convicciones democráticas y humanistas, con un carácter de largo plazo, de permanencia, nunca sujeto a la coyuntura electoral ni mucho menos al arrebato de un caudillo.

Era una solución de raíz. En palabras de don Manuel, la respuesta a la necesidad de revisar todo el problema político de México, porque en la base de ese problema estaba la falta de ciudadanía.

No habíamos sido formados ciudadanos, dice Gómez Morin, no teníamos antecedentes de ciudadanía. Así fue como nació Acción Nacional, una auténtica escuela ciudadana cuya historia ha sido forjada por mujeres y hombres que decidieron participar libremente en política para generar bien común, para construir democráticamente el acceso al poder y, por supuesto, el porvenir de México.

Un partido ciudadano fundado e integrado por ciudadanos libres y generosos; ciudadanos como González Luna y Estrada Iturbide, que apuntalaron la doctrina que nos da rumbo y sentido.

Ciudadanos como Cossío y Cosío, como Gutiérrez Lascurain o como Alfonso Ituarte, que encabezaron los años de lento avance y heroica perseverancia.

Ciudadanos como los miles de panistas anónimos que en las plazas y en las calles de pueblos y ciudades, por igual, decidieron enfrentar con las armas de la palabra y de las convicciones a un sistema que golpeaba y que golpeaba fuerte.

Ciudadanos que hicieron valer la máxima gómezmoriniana que exigía pelear con las armas de las ideas, porque ni tenemos otras ni las hay mejores.

Esta celebración es ocasión para reconocer y honrar a aquellos héroes anónimos que desde su trinchera sufrieron injusticias y que nunca mellaron su ánimo ni frenaron su lucha.

Reconocer a los miles de mujeres y hombres que sabían muy bien que su trabajo no daría frutos al día siguiente, pero que jamás flaquearon ni mucho menos perdieron la esperanza.

Como Partido esta noche, aquí reunidos, honramos esa memoria que forjó nuestros primeros triunfos, las primeras luces en un túnel en el que poco a poco se vislumbraba la posibilidad de un México diferente.

Y ese México que sólo fue posible a fuerza de desgastar la suela, de recorrer hasta el rincón más lejano del país, de tocar puertas y de promover nuestro mensaje de cambio pacífico y democrático; ese México que hoy

disfrutamos no habría sido posible sin la pasión, la generosidad y la entrega de hombres y mujeres como los que esta noche honraremos de manera especial.

Entre ellos, destaca un hombre que respondió al llamado del fundador para contribuir a la lucha panista y con ello entonces, quizá sin saberlo, construyó parte de la historia contemporánea de nuestro país. Don Luis, muchas gracias por su sabiduría, por su voluntad inquebrantable, por su ejemplo de congruencia, su integridad y su fortaleza.

Como a don Luis, esta noche reconoceremos a una treintena de queridísimos compañeros panistas con una militancia de más de medio siglo. Su ejemplo de constancia nos anima y además nos llena de orgullo, su trayectoria es referencia obligada en la historia de nuestro Partido, han peleado por más de 50 años la batalla buena y la han peleado bien.

A la cabeza, don José Ávila Ávalos, que ayer apenas cumpliera 99 años y hoy, en la plenitud de su juventud, cumple 69 años militando en la causa de Acción Nacional.

El testimonio de todos ellos refresca los aires de algunos ámbitos de la vida pública nacional en los que hoy en día el trapecismo y el dictado de la conveniencia son la regla general, mientras que la perseverancia y la lealtad a una causa son la excepción.

Su ejemplo nos anima y nos recuerda que vale la pena creer en algo, que vale la pena luchar por lo que se cree y que vale infinitamente la pena estar dispuesto a dar todo por aquello por lo que se lucha.

A todos ellos nuestra admiración y nuestro cariño, al igual que lo haremos en unos minutos con estas tres decenas de mujeres y hombres valerosos y perseverantes.

Recordamos también y rendimos homenaje a todos los que se nos han adelantado, especialmente a nuestro querido don René Creel, que la noche del pasado 15 dejó este mundo para ir al encuentro del Creador.

Nuestros compañeros homenajeados recordarán muy bien, porque lo

vivieron, cómo era ese México de los años 50, cómo la creencia inquebrantable en una convicción superior a cualquier adversidad fue lo único que mantuvo en pie a aquellos que padecieron vejaciones y atropellos, que hoy a muchos mexicanos les parecen lejanos, pero que durante décadas fueron el día a día de la lucha política.

Rosas Magallón, Norberto Corella, Correa Rachó y muchos otros se mantuvieron infranqueables; firmes sobre la roca firme de los principios, de la voluntad indomable e insobornable de transformar la vida pública de nuestro país.

Para 1964 el espíritu fundacional de Acción Nacional rendía ya sus primeros grandes frutos electorales con 20 diputados en el Congreso y más del 10 por ciento de la votación total nacional.

Eran los años en que Florentina Villalobos, aquí recién recordada, llegaba a la diputación y al frente del Partido, Adolfo Christlieb Ibarrola, enfrentaba los retos de un México que ya empezaba a cambiar.

En 1967, en su informe a la Convención Nacional, Christlieb apuntaba: “Hemos escogido, decía, el camino duro que marcan los principios, la razón, la legalidad, el libre convencimiento y la adhesión voluntaria. Si dentro de la lucha política es este un camino más largo, estamos convencidos de que ciertamente este es el camino que México necesita”.

Y así fue. Nunca cedimos al camino fácil de la revuelta ni a exaltar pasiones que luego son incontrolables. No azuzamos el fuego del encono sino que siempre alimentamos la concordia.

No lo hicimos entonces ni lo haremos ahora, porque creemos en verdad que la política es el espacio común para llegar a acuerdos comunes, donde cada interlocutor vale, porque vale su dignidad como persona.

No apostamos por el todo o nada, sino que hicimos y seguimos haciendo del diálogo el instrumento por excelencia de todo acuerdo en potencia.

Fueron, no obstante, años difíciles para México y para el Partido, años

de represión social, años de valor para denunciar y serenidad al actuar, tal como lo hicieron Manuel González Hinojosa, Rafael Preciado Hernández y Gerardo Medina, que desde el Congreso alzaron la voz solitaria de Acción Nacional para condenar la matanza de 1968.

Poco después el Partido refrendaría su tradición doctrinaria con la obra de acción y de pensamiento de Efraín González Morfín, ideólogo y candidato que también enfrentaría los retos de una ruptura que nunca bastó para mermar el esfuerzo común.

Disentir y debatir es parte de nuestra tradición, pero también lo es el salir unidos del debate como una sola voz, como una sola fuerza, como lo que somos: una suma de partes, un partido político que asume su alta labor de construcción nacional, y en los años 80 el despertar ciudadano era ya inevitable.

Acción Nacional sacudió las conciencias, movió las almas, convocó a la resistencia civil pacífica y convenció a los mexicanos de que era posible otro modo, otra manera de gobernar.

En 1988 la campaña presidencial de Maquío nos enseñó que la voluntad y la convicción del PAN eran también las de miles de ciudadanos cansados ya de gobernantes corruptos y autoritarios.

Con los bríos renovados y el ánimo encendido, un año después, Acción Nacional obtenía a sus 50 años, de la mano de Ernesto Ruffo, la primera gubernatura en su historia.

Después, en 1994, la campaña de Diego Fernández de Cevallos nos llevó de regreso a la universidad, y nos llevó a ir a la UNAM a vencer a la intolerancia vociferante con las armas de la razón.

Y nos llevó también a mostrar, por primera vez en la historia de nuestro país, en vivo y en cadena nacional, la debilidad decadente de un sistema decrepito y en vías de desmoronarse.

La estrategia fue la misma que idearon Gómez Morin y González Luna: el gradualismo que parte desde el municipio.

Los ideales también fueron aquellos que nos legaron los fundadores: la dignidad de la persona, la solidaridad, la subsidiariedad, el bien común.

No hallamos fórmulas mágicas ni pretendimos reinventar la realidad. Supimos transformar la realidad con base en nuestras ideas, con la fuerza de nuestra convicción. Ese empeño se tradujo en lo que Carlos Castillo Peraza llamó la victoria cultural.

Habíamos conquistado para los ciudadanos y por los ciudadanos el derecho a que el sufragio fuera respetado. Aquel gran ideal de la Revolución se convertía, 60 años después y de la mano de Acción Nacional, en parte de nuestra vida democrática.

Sin disparar un solo tiro, sin coacción ni violencia, de manera libre y responsable, México transitaba de la mano del PAN hacia una nueva etapa donde los jóvenes, las mujeres, la sociedad organizada, la libre empresa, las organizaciones intermedias conquistaban los espacios de un sistema que se oxigenaba a golpe de votos.

De este modo, amigos y amigos, entramos al siglo XXI, una etapa que es punto de llegada, pero al mismo tiempo punto de partida. El triunfo de Vicente Fox, la alternancia y la consolidación de la democracia refrendaron la confianza de los ciudadanos que han encontrado en Acción Nacional el rostro de un México nuevo.

Esa victoria es, a su vez, la prueba de que la tradición panista era y sigue siendo el único camino para transformar la vida pública en nuestro país.

Y fue ese camino de principios, de valores y de libertad, el que millones de mexicanos confirmaron en 2006 al optar por el futuro y renunciar al pasado, cuando Felipe Calderón Hinojosa llegó a la Presidencia de la República.

Los invito a refrendar esta noche el espíritu que dio origen a este Partido, que es hoy patrimonio de todos los mexicanos.

258 Nuestras ideas y nuestras convicciones fueron los pilares del cambio

pacífico y serán también los que construyan el cambio cultural que México necesita. No nos durmamos en los laureles de nuestra victoria cultural.

Hace falta aún la victoria de la legalidad, de la rendición de cuentas, de la transparencia, de la participación activa, del empoderamiento de la ciudadanía.

Al iniciar el siglo XXI nos encontramos claramente en un entorno de crisis. Crisis económica y alimentaria mundial; crisis sanitaria; la peor sequía en el campo mexicano desde hace 60 años; la amenaza de un crimen organizado que creció en impunidad durante décadas. Cualquiera de estas crisis habría sido suficiente para comprometer la viabilidad de cualquier nación.

Ante estas adversidades ni han cabido ni cabrán actitudes de cinismo ni de desilusión. Tampoco debemos permitirnos prácticas que se asimilen a la subcultura de la componenda, prácticas vacías de proyecto y llenas de avidez por el poder mismo.

Hoy, como lo hiciera esa generación de 1915, estamos obligados ética y políticamente a enfrentar la adversidad con la fortaleza de la identidad humanista y cívica, que nos ha caracterizado durante todos estos años.

Hoy, como la generación fundadora, estamos llamados a ser los responsables de nuestro tiempo y de nuestras circunstancias, porque de eso es de lo que nos han pedido cuentas, de este tiempo, de estas circunstancias, de esta patria nuestra.

Estamos movidos por el deber de pensar el futuro de México y crear así una nueva tradición de Acción Nacional. Sería inadmisibles caer en la placentera conformidad y dedicarnos a administrar los recuerdos que nos honran.

Tenemos que hacer más, mucho más que eso; tenemos que ser fieles a nuestra divisa, a nuestra insignia de ser un partido moderno.

Tenemos que fundar nuevas tradiciones, porque como decía Castillo Peraza: “la tradición no es nada más la conservación de algo que se hereda sino la capacidad de traducirlo para que pueda ser otra vez tradición en el

futuro”. Sólo fundan tradiciones, decía Carlos, los que desde su propio ayer son capaces de ver hacia adelante.

En ese ánimo, acompañamos sin dudar ni titubear al Presidente de la República, Felipe Calderón Hinojosa. Acción Nacional está decidido a apostar nuevamente por México, especialmente en esta hora en la que es urgente impulsar la nueva agenda de modernidad para el país.

Estamos conscientes de la gravedad de los problemas de nuestra Nación, los recursos petroleros se agotan, mientras las finanzas públicas no pueden ser apuntaladas con las recetas del pasado que ya han quebrado varias veces al país.

Por un lado, se requiere resolver en el corto plazo los huecos generados por los efectos de la crisis global en las finanzas de México. Por otro, es preciso emprender un conjunto de reformas de largo aliento que implican cambios sustanciales para lograr el crecimiento y la competitividad de nuestra economía y así, con subsidiariedad, generar el desarrollo de la población mexicana.

Necesitamos poner todo nuestro empeño para pasar de los cambios posibles a los cambios necesarios para el bien del país. El mensaje presidencial del pasado 2 de septiembre ha marcado claramente un nuevo rumbo.

Para estar a la altura de los retos actuales y revisar nuestra situación, el Partido ha finalizado un ejercicio honesto y profundo.

La conciencia reflexiva del Partido, que es el Consejo Nacional, realizó un diagnóstico y ha fijado las propuestas de trabajo, que he tomado el compromiso de encabezar, para sea cual haya sido nuestra hora de llegada, la hora prima, la hora tercia, la hora sexta, la hora nona, los invito a recordar ese día, quizás lejano en el tiempo, pero cercano y entrañable para nuestros corazones, ese día en que vinimos a esta casa noble y generosa que es el PAN, a poner nuestro mejor empeño en la construcción de una patria ordenada y generosa.

Si lo hacemos así sabremos entonces, como sabíamos ese día, que somos deudores y no acreedores, que venimos a dar y no a recibir, que venimos a entregar sin esperar nada a cambio.

Que venimos ese primer día, guardado con cariño inmenso en nuestra memoria, como venimos hoy, como queremos venir hoy, despojados de toda intención personal que esté por encima del proyecto de nación que dio causa y nacimiento a este partido en 1939.

Si lo hacemos así, sabremos entonces que venimos, como venimos hoy, dispuestos a renovar nuestra convicción y nuestro compromiso de trabajo y de lucha, recordando el llamado inmortal de los versos que suenan constantes en nosotros como invitación y como bienvenida.

“Si no vienes a dar el tiempo y corazón, la vida, no desesperes por entrar, porque en tu entrada estará tu salida. Si vienes a buscar el privilegio, la ocasión mullida, no desesperes por estar donde la flor más bella es una herida, este lugar sólo es propicio para el amor y el sacrificio, aquí tienes que ser el último en tener, el último en comer, el último en dormir y el primero en morir”.

PRIORITARIO TRANSFORMAR AL PAN

Felipe Calderón Hinojosa

Hoy es un día muy especial para todos nosotros, hace siete décadas el PAN inició la transformación del país, de un México autocrático y violento hacia un México democrático y pacífico.

Y lo hizo por la vía más difícil, la vía increíble, hacerlo por medios pacíficos en un medio violento y hacerlo por medios democráticos en un medio profundamente autoritario.

Estas mujeres y hombres buscaban enaltecer el sentido de la política para llevarla a su acepción original: entender la política no como el abuso del poder y la disputa por él sino como la gestión del bien común en el sentido más amplio y que obliga a cualquier hombre.

El objetivo, pues, de Acción Nacional se definió por el bien común mismo y hacia ese objetivo se encaminó su prodigiosa faena de querer transformar al país, de crear conciencia ciudadana y de ser el valladar para los políticos del abuso.

Acción Nacional perdura 70 años precisamente porque ha sido capaz de tener la vista en el futuro de México. La vocación de servicio y de compromiso transformador comenzaron en 1939 y vieron su fruto muchos años después.

A lo largo de estas décadas, Acción Nacional ha venido incrementando su presencia en todos los rincones de la Patria, pero más allá del recuento de alcaldías o gubernaturas, presidencias de la República, lo que hay que recordar ahora es que en estas siete décadas han sido los valores y los propósitos los que han dado el ánimo, la vida y la fuerza a millones de mexicanas y mexicanos para edificar una organización política que esté al servicio de la Nación.

Yo de mi parte quiero decirles, amigas y amigos, que con mucho orgullo y desde el primer día de esta administración hemos luchado por llevar adelante los ideales y por plasmar en políticas públicas y en programas los principios y valores de Acción Nacional.

Emprendimos una transformación de México sobre la base misma del desarrollo humano sustentable, el principio inspirador de nuestra última proyección de principios, entendida como el proceso permanente de ampliación de capacidades y de libertades que permita a cada persona tener una vida digna sin comprometer el patrimonio de las generaciones futuras.

Y lo hemos hecho con programas nuestros que parten del hombre y que buscan ampliar su libertad y ampliar su dignidad y capacidad, con programas como Oportunidades y como Seguro Popular, y como Estancias Infantiles y como Seguro Médico para una Nueva Generación, que son programas que están impregnados de humanismo y están impregnados de la fuerza de las ideas y los principios de esta gran organización.

Y porque creemos en ellos somos un gobierno humanista, un gobierno que cree en el humanismo político y apuesta entonces por las personas, por el respeto a sus derechos, por la ampliación de sus capacidades.

Y para poder construir más pronto y más cerca, más rápido el México nuestro, el que soñamos, para no tomarnos las décadas que ha tomado la historia de Acción Nacional en construir nuestros sueños, para poder vislumbrar ese México ordenado, justo y generoso, es fundamental que cambiemos y que cambiemos a fondo –como dije hace unos días– la realidad de nuestro país.

Y con ese espíritu, con el que propongo los cambios sustanciales, más allá de la lógica de lo posible y que realmente busquen dar soluciones responsables y viables a los problemas de México, cambios que abran la puerta a un futuro mejor para todos, es donde ahora convoco también a cambios profundos en el propio Partido Acción Nacional.

Y lo que necesitamos es el poder construir un instrumento político que sea capaz de encauzar opiniones, expresiones y participación ciudadana.

Y ese instrumento, tal y como lo soñaron y diseñaron nuestros fundadores, ese instrumento de los ciudadanos para construir vida pública puede, debe ser precisamente el Partido Acción Nacional, instrumento de ciudadanos, más allá de los límites de nuestra propia militancia.

Y la única forma de lograrlo, amigas y amigos, es abriendo las puertas de Acción Nacional a los ciudadanos, porque allá afuera hay miles y miles de gente que quieren mucho a México, que quieren entregar lo mejor de sí a México y que requieren precisamente el instrumento que permita construir la casa grande que es la Patria.

Para lograr ese México, amigas y amigos, el PAN debiera convertirse en el instrumento, y la paradoja es que el PAN debiera convertirse en el PAN mismo, es decir, instrumento y organización cercana y perteneciente a los ciudadanos; un partido verdaderamente abierto a jóvenes, a mujeres, a líderes, a académicos, a mujeres y hombres talentosos que quieren transformar a la Nación, y preguntémosnos si les hemos permitido hacerlo.

264 La clave del PAN, amigas y amigos, no es que cumpla 70 años, sino que

ha cumplido cada uno de estos 70 años sabiéndonos renovar y abrir, y reconocerse como lo que es y debe ser: instrumento de los ciudadanos, más que instrumento de nosotros mismos.

Éste es, a mi juicio, uno de los principales pendientes que tenemos en la vida de Acción Nacional. El Partido tiene que desplegar toda su capacidad para integrar a las mejores y a los mejores ciudadanos de México, y formar cuadros que combinen capacidad y visión para conducir a México a la modernidad.

Y he aquí otro reto de Acción Nacional. Acción Nacional tiene que presentarse a la ciudadanía como se presentó en 1939. No el recuento del pasado sino verdaderamente la opción del futuro.

Muchas veces he escuchado la queja de que el Partido pierde identidad y que incluso representa para muchos lo mismo que otras opciones políticas. Pero asombrosamente también oigo de las mismas voces, que lo que le reclaman al PAN y a sus gobiernos es no comportarse con las mismas prácticas que como oposición criticamos y combatimos. Eso no puede ser Acción Nacional.

Al tiempo que propongo un cambio de estructuras en el país, como lo anhelamos en la historia nuestra, también considero un cambio indispensable en el Partido para hacer nuevamente o con más fuerza, si ustedes quieren, la fuerza aglutinadora de los ciudadanos.

Es absolutamente imprescindible que el PAN logre transformarse a sí mismo. El gran elemento transformador de Acción Nacional es precisamente el ciudadano y por ello la imperiosa necesidad de que el Partido abra su estructura de manera decidida, radical y profunda a ellos y en particular a los jóvenes de México.

Hoy México reclama también un Partido que sea capaz de ser expresión de la modernidad y del futuro que anhelamos. Por eso digo que el PAN, si quiere otros 70 años, como seguramente los tendrá; si quiere seguir siendo

el partido de transformación de México, tiene que ser el Partido del futuro y por ello debe apropiarse de la propuesta del México moderno.

Si Acción Nacional propuso democracia era porque presentó a México modernidad política. Si Acción Nacional ante un Estado omnipresente presentó la alternativa del ciudadano y de la iniciativa de las personas como la más viva fuente de mejoramiento social y económico, era precisamente porque vislumbraba modernidad económica para el país.

Hoy Acción Nacional, si ha de ser fiel a sí mismo, tiene que apropiarse de la bandera del futuro y ser el Partido del futuro para nuestro querido México, y sólo siendo Partido del futuro será también el Partido de los jóvenes y tendrá mucha más historia enfrente y por delante que la gran historia que ya se ha escrito.

El momento actual y los tiempos por venir reclaman del PAN lo mejor del PAN, es decir, actitudes distintas, actitudes personales de congruencia, estrategias partidistas y de gobierno que no pierdan nunca de vista las lecciones que en estas décadas insertaron a Acción Nacional como un actor clave en el México moderno.

Que se diga –tal vez muchos años después– de nosotros que al cumplirse la primera década del siglo XXI y el Bicentenario de la Patria, los panistas supimos hacer no sólo lo posible sino lo necesario para darle un futuro distinto y mejor a la Nación. Enhorabuena y muchas felicidades a todos ustedes.



LXXV

ANIVERSARIO

MENSAJE A LOS CONSEJEROS Y EX CONSEJEROS NACIONALES

Gustavo Madero Muñoz

¿Cómo podemos rendirle homenaje a todos los generosos hombres y mujeres que han hecho posible esta larga travesía de 75 años?

Deberemos empezar por los primeros, por quienes concibieron el viaje y que trazaron la ruta, los que fijaron las primeras mojoneas en aquel páramo de autoritarismo, para soñar en un mejor país, incluir a aquéllos que comenzaron a desmontar el empedrado terreno con sus manos desnudas y a los aventurados viajeros que empezaron a transitar los peligrosos caminos de la oposición, la denuncia y la resistencia civil.

Deberemos rendir merecido tributo a las miles de mujeres que desde 1939 integraron la división femenina para abrir el camino y ampliar las oportunidades y los derechos de todas las mujeres mexicanas. A las mujeres panistas que siempre han estado a la vanguardia en esta lucha por la equidad.

Deberemos reconocer también a todos nuestros grandes ideólogos, los destacados líderes políticos, a nuestros brillantes parlamentarios y a todos los valientes activistas de la defensa del voto, la denuncia del fraude y de la corrupción sistémica.

Es una lista larga de valientes y patriotas panistas que han puesto las condiciones para que hoy estemos celebrando 75 años de vida institucional.

Creo que la mejor manera de homenajearlos a ellos es asumiendo nuestra reponsabilidad de construir al panismo moderno, al panismo contemporáneo y proyectarlo al futuro, redoblando la confianza en nuestra institución, en nuestro país y en nuestra doctrina.

Para construir el panismo moderno y prepararnos para la celebración del centenario panista en 2039 debemos comenzar reconociendo que hoy vivimos una nueva etapa de nuestro partido; un interlunio, una nueva época germinal, inédita que nos reclama a todos inteligencia, generosidad y compromiso para fecundarla y nutrirla de energía y fortalecer su carácter.

Deberemos salir de la nostalgia paralizante que evoca a revivir épocas pasadas, para poder proyectar con imaginación el futuro esperanzador y motivador.

Los retos del PAN de hoy no son los mismos que los de hace 20, 40 o 60 años; al igual que los retos de México y de la humanidad tampoco son iguales.

Los retos del PAN de hoy

No son los mismos que cuando no teníamos ni un solo espacio de poder público y fuimos una oposición testimonial y pura; no son los mismos de cuando empezamos a ganar las primeras legislaturas locales y federales, así como las primeras alcaldías y gobierno estatales; no son los mismos los retos que cuando éramos partido en el gobierno.

Los retos del PAN de hoy consisten no sólo en ganar de nuevo la Presidencia de la República, sino lograr un reto más ambicioso: lograr una hegemonía cultural.

Construyendo una mayoría democrática con la
doctrina humanista y liberal,
Consolidando una economía de mercado con
responsabilidad e inclusión social,
Consolidando un país de leyes y en una sociedad en
la que reine plenamente el Estado de derecho.

Nuestro reto no sólo es ganar el poder sino acompañar ese triunfo con una victoria ideológica y axiológica, con una completa victoria cultural.

Hemos ido teniendo victorias parciales en materia electoral y cultural. Ahora debemos aspirar a convertirnos en la primera fuerza política electoral pero también o mas importante: consolidar una cultura hegemónica, una cultura democrática consolidada, un sistema político incluyente y plural, una eficiente economía de mercado con responsabilidad e inclusión social y un país de leyes consolidado que combata la impunidad y los privilegios.

Si seguimos la lógica de las etapas que ha tenido nuestro partido con los criterios de Yemile Mizrahi en su libro *Del Martirio al Poder*, nuestro partido ha pasado de ser un partido sectario en su inicio, que se transformó en un partido electoral y luego en partido en el gobierno.

Esto nos obliga a redefinirnos ahora en la nueva condición que tenemos:

Un partido que ya no está en el gobierno, pero que tampoco es el partido de la oposición de antes; porque somos segunda fuerza política nacional, que ya ha gobernado al país y con posibilidades reales de recuperar la Presidencia.

Hay variadas características de las etapas que ha vivido nuestro partido a lo largo de estos primeros 75 años de historia, pero que para efectos didácticos, hoy podemos agrupar en cuatro grandes etapas:

Etapa fundacional (1939 - 1949)

Caracterizada por la consolidación del modelo originario, plasmado en sus 12 principios de doctrina (1. La Nación, 2. La persona humana, 3. La justicia social, 4. La lucha contra la ignorancia y la miseria, 5. La libertad religiosa y de enseñanza, 6. Acceso a la educación, 7. El derecho al trabajo y a una justa retribución, 8. La iniciativa privada 9. La garantía de propiedad y los principios del bien común, 10. La solución del problema del campo, 11. La actividad económica subordinada al servicio de los valores humanos, 12. Los partidos y el cumplimiento de su deber político) y la aprobación de sus estatutos. Etapa impregnada por la visión y el liderazgo de don Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna.

Etapa de la oposición deliberativa (1950 -1978)

La heroica y perseverante de la oposición férrea aunque fuera sólo testimonial, alimentada inicialmente por una militancia de origen básicamente católica aunque no confesional que concluye con los conflictos y su desenlace posterior entre solidaristas vs antipopulistas, abstencionistas vs participacionistas y pragmáticos vs doctrinarios.

Etapa impregnada por el liderazgo de José González Torres, Alfonso Ituarte, Adolfo Christlieb Ibarrola, Efraín González Morfín, José Ángel Conchello, Pablo Emilio Madero y Abel Vicencio.

La etapa de la insurgencia electoral (1979 - 2000)

Caracterizada por la resistencia civil, la firme oposición al régimen y los primeros triunfos y reconocimientos en alcaldías, diputaciones y gubernaturas que posibilita la victoria en el año 2000; etapa en donde sobresalen Luis H. Álvarez, Carlos Castillo Peraza, Manuel Clouthier, Ernesto Ruffo, Francisco Barrio, Carlos Medina Placencia, Alberto Cárdenas, Fernando Canales Clariond, entre otros.

Etapa del Partido en el Gobierno (2000 - 2012)

Los 2 primeros Gobiernos de la alternancia y de la transición a la democracia, con Vicente Fox y Felipe Calderón en la Presidencia de la República. La transparencia, la división de poderes, la ampliación de derechos y oportunidades y la lucha contra la inseguridad. El desgaste del gobierno y del partido. La derrota electoral en 2012

Etapa de la Luna Nueva (2012 - 2019)

La nueva etapa. Etapa post oposición y post gobierno; consolidación como segunda fuerza política nacional. La reforma profunda de los Estatutos, la configuración de un partido más abierto y federal y el relevo generacional.

Las 10 reformas constitucionales, victorias culturales en el Pacto por México con ADN panista porque promueven la apertura y la competencia y combaten los privilegios y los monopolios (laboral, educativa, competencia económica, telecomunicaciones, financiera, transparencia, político-electoral y la energética), y el preludio del anhelado crepúsculo albiazul.

La nueva etapa está marcada por todas las etapas anteriores pero no se parece a ninguna; las contiene y la condicionan pero no la definen.

Lo que nos define es que seguimos siendo una poderosa fuerza democratizadora y modernizadora de México, en el gobierno y frente al gobierno.

La nueva etapa estará definida por la hegemonía cultural de la doctrina humanista, democrática, liberal y modernizadora del Partido Acción Nacional.

Cuando la gente vote mayoritariamente por el PAN y lo haga para votar por un partido democrático, humanista, liberal y modernizador.

Por eso, cada uno de nuestros actos, cada iniciativa o programas de gobierno deben contener ese cuádruple sello panista en la materia que atiendan.

La verdadera batalla de nuestro partido es cultural

El 5 de octubre de 1910 Francisco I. Madero convocó a una Revolución para derrocar al régimen despótico de Porfirio Díaz, y 12 meses después fue electo Presidente por la vía democrática, en noviembre de 1911.

Al llegar a la presidencia no desmanteló el antiguo régimen porfirista que combatió. Por el contrario, licenció a sus tropas y al cabo de 15 meses el viejo sistema lo devoró en febrero de 1913.

Siempre he sentido gran frustración por ese error histórico que nos costó todo un siglo de gobiernos autoritarios y envidia por el país que hoy pudiéramos haber sido si no se hubiera interrumpido con ese golpe de Estado, el desarrollo de nuestro sistema democrático germinal.

En el año 2000 vivimos un *deja vu* de lo que vivimos un siglo antes.

El PAN llega a la presidencia con el mayor bono democrático de la historia moderna pero en vez de desmantelar el viejo régimen y la vieja cultura que había combatido, los indulta y en parte los imita; y doce años después, ese viejo sistema nos devora electoralmente en 2012.

En gran medida, pese a los grandes logros de nuestros gobiernos, no hemos concluido la tarea de desmantelar el viejo sistema priista, ni hemos logrado instaurar esa nueva cultura democrática y el nuevo sistema político, económico y social que genere crecimiento, desarrollo e inclusión social.

Es hoy apremiante convocar a una amplia cruzada por la construcción de esa nueva cultura y el diseño de un mejor sistema. Esta debe ser nuestro novilunio, preludio del nuevo esplendor de humanismo político.

El panista se sabe instrumento de un propósito que lo trasciende, que no consiste ni se mide en tener un éxito electoral sino un éxito cultural para transformar a todo el sistema político, económico y social.

“Hagamos pues, en nuestro corazón, una decisión inicial: la de no apartarnos en un solo punto del alto espíritu de trabajo común que a esta Asamblea nos ha traído; de entregar lealmente nuestras propias opiniones y recibir con generosa ponderación las que nos sean dadas; de recordar constantemente que aquí nadie viene a triunfar ni a obtener; que sólo un objetivo ha de guiarnos: el de acertar en la definición de lo que será mejor para México”.

DEVELACIÓN DE LA EFIGIE DE MANUEL GÓMEZ MORIN

Cecilia Romero Castillo

“Recordar constantemente que aquí nadie viene a triunfar ni a obtener, que sólo un objetivo ha de guiarnos, el de acertar en la definición de lo que sea mejor para México”: Manuel Gómez Morin, en el preámbulo del informe del Comité Organizador de Acción Nacional ante la Asamblea Constitutiva el 14 de septiembre de 1939.

Estimado Presidente Nacional, Gustavo Madero; estimado Ricardo Anaya, Secretario General de nuestro partido. Querida Margarita Gómez Morin, hija de nuestro fundador, muchas gracias por estar con nosotros.

Hijos, nietos, familiares de quienes han sido durante 75 años presidentes nacionales del PAN; don Luis, Luis Felipe, Margarita, muchas gracias por su presencia. Dirigentes, legisladores, funcionarios y colaboradores de Acción Nacional de antes y de ahora; panistas todos.

Gracias por estar hoy aquí en esta magnífica oportunidad de celebrar, acertar en la definición de lo que sea mejor para México, esta es la divisa marcada por don Manuel.

Esta es la historia y la señal y la brújula para todos los que desde distintos caminos y por distintas razones nos hemos congregado en el PAN durante ya 75 años.

Esta congregación, este camino, esta andadura ha sido casi siempre difícil, en los comienzos pareció como una irreverencia, un desafío de tender la hazaña, de enseñar a los ciudadanos a organizarse, para participar en la vida pública de México en torno a un ideario, no a un caudillo, en una institución permanente, no es un escaramuza por muy heroica que pareciera.

Alrededor de ideas, no precisamente de candidatos ni sólo en torno a ellos, en torno de plataformas y proyectos, no de alardes o de dineros o de posiciones, en torno a la búsqueda de lo que sea mejor para México.

Hoy quiero invitarlos a hacer un ejercicio dual, veamos atrás y veamos adelante; pongamos nuestro corazón en sintonía con el impulso fundacional de este partido, de esta asociación de ciudadanos, y con la fuerza y el coraje que nos dan las ideas, los valores y el testimonio que nos legaron, arremetamos el porvenir que está ya casi en nuestras manos.

Démosle vigencia hoy y proyectemos para mañana su plenitud, su realización completa, el cumplimiento de lo que sea mejor para México.

Gran parte de la historia del PAN se ha desarrollado en la oposición, a veces en la adversidad y en la lucha testimonial aparentemente estéril, algunas, muy pocas, en el reconocimiento de triunfos electorales y de logros gubernamentales y legislativos, pero siempre en el ejercicio del oficio ciudadano, en la brega continuada por mover las almas.

En la lucha cotidiana por convencer a más y más mexicanos de que sólo en el cumplimiento de deberes y derechos cívicos se avanza en la construcción del bien común para todos los mexicanos.

Don Manuel Gómez Morin, cuya efigie hoy develamos en esta casa del PAN, fue un mexicano, no de ayer ni de hoy; un mexicano de siempre, del siglo XX y del XXI; el arquitecto de esta institución que en 75 años de vida ha

transitado desde los barrios y los ejidos a los palacios de gobierno, desde los municipios a la República, desde la oposición al poder, desde los místicos del voto hasta los presidentes de México, desde la oposición testimonial hasta la oposición decisiva, desde la minoría que ganaba debates y perdía votaciones hasta la que gana votaciones convenciendo a los adversarios.

Muchas veces hemos oído, sobre todo en tiempos recientes, que el PAN ha perdido el rumbo; nos hemos enfrentado a situaciones bochornosas que han causado desánimo y a veces deserciones.

Hemos errado y hemos acertado en la toma de decisiones porque formamos parte de una institución como hombres y mujeres falibles y perfectibles, todos, unos más que otros, hemos cometido fallas por acción u omisión respecto del ideario fundacional de Acción Nacional.

Hoy, amigas y amigos, sostengo y afirmo contundentemente frente a ustedes y con ustedes que el ideal de los fundadores, que los motivos espirituales que dieron razón de ser a esta institución son ahora necesarios, digo yo, obligatorios para dar a nuestro México la posibilidad de redención en el futuro que ya está aquí y que mañana debe ser presente realizador de bien común.

Para los mexicanos desprotegidos, para las familias trabajadoras, para los niños y jóvenes de México, para las mujeres que se esfuerzan y luchan todos los días, para los emprendedores, los artistas, los educadores, para los discriminados y las víctimas, para los campesinos y los obreros.

Este PAN, éste de don Manuel, de don Efraín, de Christlieb y González Torres y Madero Belden, de Castillo Peraza y Maquío y de don Luis Álvarez, el PAN tuyo y mío tiene respuesta, tiene futuro y tiene esperanza.

Hay que hacer un examen de conciencia, pero no para quedarnos en el ayer y en la lamentación; hay que aprovechar esta conmemoración para cargarnos de energía, para rehacer nuestras alforjas, para lanzar nuestras redes mar adentro, para sentirnos orgullosos de este PAN que tanto le ha dado a

México y que fundado hace 75 años hoy es una institución fuerte, sólida, prometedora, que ha sabido superar tempestades, soportar adversidades y retomar el camino.

El PAN es más fuerte, incluso, que nosotros; seamos hoy capaces de merecer la institución a la que pertenecemos, levantemos la mirada y salgamos a ver de nuevo las estrellas.

Hoy, ante esta efigie de nuestro fundador, quiero concluir esta reflexión con un compromiso. Esta escultura debe ser para nosotros un recuerdo, recordar es volver a poner en el corazón un recuerdo de aquellos motivos que dieron nacimiento a Acción Nacional, institución permanente, respeto a la dignidad de la persona, vigencia de la democracia, deliberación para la toma de decisiones, trabajo ciudadano, instrumento para llegar al poder y para estar siempre al servicio de la sociedad.

Congruencia con los valores universales, solidaridad, ejercicio responsable de la autoridad, subsidiariedad, búsqueda y gestión del bien común.

Este recuerdo no debe ser sólo la romántica idea de un pasado glorioso, debe ser, al mismo tiempo, acicate para sembrar todos los días, a través de la militancia comprometida de cada uno en el lugar en el que estemos, la siembra de la semilla para un futuro mejor para todos; para una patria ordenada y generosa, para una sociedad libre, fuerte, solidaria y acogedora para todos.

Porque todos los que hoy formamos el PAN del 75 aniversario podamos acertar, como lo hicieron nuestros fundadores en 1939, en lo que sea mejor para México.

DEVELACIÓN DE LA EFIGIE DE MANUEL GÓMEZ MORIN

Alicia Galván

“Que nunca falten motivos espirituales. Hay que mover las almas”, Manuel Gómez Morin.

Licenciado Gustavo Madero, Presidente Nacional el PAN, Licenciado Ricardo Anaya, Secretario general, funcionarios y colaboradores del PAN en el CEN, en el comité regional y en las fundaciones que sirven a nuestro Partido. Distinguidos invitados especiales, señora Margarita Gómez Morin, amigos todos.

Es momento de parar el tiempo. Es momento de meditar.

Hace 75 años, don Manuel Gómez Morin, junto con sabias personas, marcaron un hito en la historia de este país, se atrevieron a lo grande, entregaron su vida por un solo objetivo: México, y fundaron Acción Nacional. Porque bien dijo Manuel Gómez Morin: “no fue una aventura la fundación de Acción Nacional, fue un destino. No fue un arrebató de pasión ni de interés transitorio; fue precisión de deber y certidumbre de un estilo de vida”.

Si hoy estuviera con nosotros Manuel Gómez Morin, estoy segura que nos diría con orgullo que fundar este partido fue su mejor decisión, requirió muchos años de esfuerzo y entrega, valentía para enfrentarse a un régimen totalitario, fortaleza para no desanimarse en las dificultades, pero en especial: corazón y esperanza. Porque donde hay voluntad, hay esperanza, y en donde hay esperanza se romperán paradigmas. Porque la esperanza es el motor de todos los hombres. Porque por la esperanza se vive y por esa misma esperanza se muere.

Recuerdo que hace unas semanas un profesor me decía: el problema de tu Partido es que vive del recuerdo, sólo hablan de su pasado. Me quedé pensando y le contesté: es verdad licenciado, es verdad.

Afortunadamente Acción Nacional es el único partido que puede recordar con orgullo y dignidad su pasado, los panistas estamos orgullosos de nuestra historia y es importante conocerla, pero no vivimos de recuerdos, este Partido tiene más futuro que pasado, le dije, y para eso estamos los jóvenes en él, para formar a la mejor generación y llevarlo a vivir sus mejores años.

Y sepan todos, que cada uno de ustedes y cada uno de nosotros, jóvenes y adultos, somos el presente y cuando se esté festejando el centenario de Acción Nacional, se hablará de nuestro trabajo.

Trabajemos entonces cada día con congruencia, vivamos nuestros principios, no descansemos hasta que veamos un mejor partido y por tanto un mejor México, para que el día de mañana podamos ver a los ojos a nuestros hijos con la frente en alto por haber aportado lo mejor por el Partido y transmitirles esta gran tarea de seguir dando a la patria, esperanza presente.

No podemos dejar de lado que en el camino nos encontraremos con obstáculos, pero debemos hacer de cada obstáculo una oportunidad, porque como el hierro se forja en la fragua, el hombre se forja en el sacrificio y en el esfuerzo. Y qué mejor ejemplo que Manuel Gómez Morin, quien a pesar de

todas las dificultades de su tiempo, a muy corta edad, logró cosas inimaginables porque su juventud lo empujó a buscar y trabajar por los cambios que el México de entonces necesitaba.

Fue un abogado del buen poder, aquel que hace crecer, que sirve a la vida social, que pone en el centro de su obrar a la persona humana. Logró despertar el deseo en la ciudadanía de cambiar, sembró la semilla democrática. Fue un hombre al servicio de su patria.

El Partido hoy más que nunca nos hace un llamado a los jóvenes, un llamado que debemos atender de manera urgente, con responsabilidad, compromiso, lealtad y coraje, el llamado de ser los nuevos líderes juveniles, un llamado a seguir el legado de los grandes, como Manuel Gómez Morin, a ser agentes de un verdadero cambio social.

Hoy en Acción Juvenil somos 47 mil jóvenes, esto quiere decir que Acción Nacional cuenta con 47 mil mentes dispuestas a aportar acciones para la construcción de un mejor país, 94 mil manos dispuestas a trabajar unidas por México, 94 mil pies dispuestos a caminar cada rincón de la República y dar pasos de esperanza, 47 mil bocas dispuestas a alzar la voz por cada uno de los ciudadanos, 94 mil ojos dispuestos a mirar el horizonte con valentía sabiendo que tenemos fuertes cimientos para seguir trabajando por el PAN y por México, 94 mil oídos dispuestos a escuchar las necesidades de los ciudadanos y de la militancia, 47 mil corazones dispuestos a entregar en cada paso, en cada palabra, en cada pensamiento, en cada mirada y en cada acción el latido de fuerza, de alegría, de orgullo, de entrega y de amor por las pasadas, las presentes y las futuras generaciones.

De aquí dos grandes reflexiones, la primera, México no está solo, el Partido está más fuerte que nunca, la batalla que comenzó hace 75 años con Manuel Gómez Morin, Efraín González Luna, Rafael Preciado Hernández, la lucha que continuaron Carlos Castillo Peraza, El Maquío, Diego Fernández de Ceballos, Vicente Fox, Felipe Calderón Hinojosa, Josefina Vázquez Mota,

y la entrega de todos los panistas que han trabajado por el país, no fue en vano.

Porque aquí tenemos a los nuevos guerreros que este 2015 saldrán a las calles a demostrarle a la ciudadanía que Acción Nacional es la mejor opción de gobierno, aquí tenemos a 47 mil jóvenes que en el 2015 estarán defendiendo en cada casilla el voto de los mexicanos, y estarán poniendo en alto a nuestro partido.

La segunda reflexión es un mensaje de compromiso: los jóvenes debemos hacer el compromiso de no desfallecer, de seguir trabajando con actitud política para buscar el bien común del país desde la trinchera que nos toque estar, porque ser político no sólo es ser diputado o senador, ser político es ser tú mismo, es ser panista comprometido con el Partido, es ser mexicano comprometido con tu país, porque igual de valioso es el trabajo de un legislador que el de un campesino, el de un estudiante y el de una madre.

Es momento de parar el tiempo... Es momento de meditar...

En estos primeros 75 años, Acción Nacional ha sido causa y ha logrado cambiar la historia.

Este es momento de decidir y comprometeremos a seguir siendo verdadera causa, para así regresar al poder y desde ahí llevar a la práctica los principios humanistas por los que vale la pena vivir.

Nosotros los jóvenes de cuerpo y los jóvenes de espíritu, al igual que don Manuel Gómez Morin, debemos avanzar y salir al mundo con orgullo y autoestima, convencidos de que lo que nos distingue es también lo que nos da identidad. Nadie debe arrebatarnos la fuerza de la esperanza. Nosotros seguiremos construyendo un partido tan grande, que tenga tan solo como límite nuestros sueños.

Los mejores tiempos del Partido están por venir, pero no vendrán solos, hay que por ir ellos.

Jóvenes, estamos escribiendo la historia de Acción Nacional, escribamos

una digna de ser recordada. No demos un solo paso atrás, sigamos el legado de quien hoy conmemoramos y como bien dijo Manuel Gómez Morin: “no olvidemos, sobre todo, que nuestro deber es permanente, no lucha de un día sino brega de eternidad”.

SESIÓN SOLEMNE DE CONSEJO NACIONAL: CONFERENCIA MAGISTRAL

Rocco Buttiglione

Señor Presidente, Gustavo Madero Muñoz, señores gobernadores, senadores y diputados, señores dirigentes del PAN, señoras y señores.

Estoy muy agradecido por la honra de haber sido invitado a conmemorar el aniversario de la fundación del Partido de Acción Nacional y, al mismo tiempo, a ofrecer algunas ideas sobre el futuro de un partido humanista en este siglo nuevo que se está abriendo en frente de nosotros.

Un grande poeta angloamericano, T.S. Eliot, ha escrito que “en mi comienzo está también mi fin”. La palabra fin tiene en este caso un doble sentido: es fin como el final de una historia y es fin como la finalidad de la acción, la forma y la razón de ser de toda una existencia histórica.

En la historia nada se repite, vivir es enfrentarse a siempre nuevos desafíos. Repetir la doctrina de los maestros del pasado no es suficiente, pero tampoco esta doctrina se puede olvidar. No debemos repetirla y sí tenemos que revivirla en el contexto de los problemas del tiempo nuestro.

Manuel Gómez Morin, en el momento de la fundación de PAN, tenía muy clara la idea de un partido que pone en el centro la persona humana concreta y su dignidad. En su tiempo era una idea nueva y revolucionaria y no deja de serlo hoy.

Una mirada a los principios

Persona humana es otra cosa que la humanidad, el hombre escrito en letras mayúsculas. Las ideologías están acostumbradas a sacrificar el hombre concreto en favor del futuro de la especie humana. Los hombres de hoy no cuentan para nada y se pueden sacrificar al proyecto utópico del cual debe nacer el hombre de mañana, el hombre verdadero.

Los personalistas tienen también proyectos para el desarrollo futuro de la humanidad, pero saben que los proyectos deben estar al servicio del hombre concreto, se deben realizar por el medio de su participación y de su libertad y que, por fin, el proyecto debe estar al servicio del hombre y la vida del hombre no se puede sacrificar al proyecto.

Este amor al concreto al servicio de la persona humana diferencia el humanismo de todo planteamiento ideológico, de derecha como de izquierda, y lo diferencia también de un pragmatismo sin principios que está listo a utilizar cualquier parafernalia, de derecha o de izquierda, al servicio pero no de la persona humana sino de sus propio interés particular.

Un partido humanista es otra cosa que un partido confesional cristiano. Un partido humanista no es un partido para la defensa del interés de la Iglesia católica en un sentido clerical. No quiere maximizar este interés aun con daño del interés nacional. Cree, por lo contrario, que el interés más auténtico de las iglesias y de las otras comunidades religiosas es de vivir libres en una nación libre.

286 Santo Ireneo de Lyon dice que la gloria de Dios es el hombre viviente

(para los que aún saben latín: *gloria Dei vivens homo*). El hombre está en el centro de la creación y es la cosa más preciosa que hay en la tierra.

Hay los que aceptan este principio porque le dan una fundación filosófica; hay otros que le dan también una fundación teológica. El partido abarca a todos los que aceptan este principio y no se preocupa con la manera de su fundación.

Un partido humanista ve al hombre como un sujeto libre, creador de su propio destino. Por eso, queremos a la libertad en todas las áreas de la actividad humana: cultural, civil, religiosa y económica. Por eso, reconocemos las ventajas del mercado libre, no como un fin en sí mismo, sino como una expresión y un medio de la libertad humana.

La libertad nunca se puede desligar de la responsabilidad y cada uno debe tener el premio o soportar las consecuencias negativas de sus propias acciones. El esfuerzo para conseguir el resultado debe ser premiado y solo así se desencadena la creatividad humana y el emprendimiento que es la causa principal de la riqueza de las naciones.

Un partido humanista ve en el hombre también un sujeto comunitario que nace en una comunidad y tiene la vocación a crear comunidad.

La primera comunidad es la de la familia. Ahí el hombre aprende las virtudes fundamentales, sale de su egoísmo originario para ser hijo y hermano, aprende a ser responsable y a trabajar. El centro de la familia es el hijo. Por eso, no se puede equiparar a la familia una cualquiera forma de relación afectiva y sexual.

El matrimonio, sobre el que se fundamenta la familia, es una relación afectiva y sexual que asume la tarea de importancia social de generar y educar a los niños y por eso tiene derecho a una particular protección y consideración social.

La segunda comunidad es la comunidad de los hombres del trabajo, de los trabajadores. En la experiencia auténtica del trabajo humano nunca se

puede oponer el lado empresarial al lado laboral. Ambos convergen en el servicio de la comunidad de la nación.

El trabajo es tanto más fecundo cuanto más se respeta la participación del trabajador en la vida de la empresa y su aporte creativo también a la función empresarial. El empresario debe ser también un creador de comunidad porque la empresa no es y no puede ser sólo una sociedad de capitales sino también una comunidad de personas.

La tercera comunidad es la comunidad de la nación. Esa es una comunidad unida por el vínculo de la historia y de la cultura que genera un camino particular hacia la verdad del hombre.

Es importante tener consciencia de la propia identidad nacional y tener el orgullo de la propia cultura. Cada cultura nacional ilumina un lado de la verdad del hombre y por eso es importante entrar en el diálogo de las culturas con la gana de aprender de otros pero también con la consciencia y el orgullo de lo que otros pueden y deben aprender de los mexicanos, de la contribución de la propia nación a la más amplia comunidad humana.

La palabra comunidad está vinculada de manera estrecha con la palabra solidaridad. Aunque cada hombre deba ser responsable por sus acciones, si el esfuerzo de un hermano para ganar su pan de cada día no tiene éxito, no podemos dejar que se muera de hambre. La familia, la nación y la humanidad, cada una en su nivel, tienen un deber de solidaridad.

Para conjugar el principio de la libertad con el principio de la solidaridad, un partido humanista utiliza un tercer principio: el principio de subsidiariedad.

Subsidiariedad significa que una comunidad de nivel superior tiene el derecho y el deber de intervenir en los asuntos de una comunidad de nivel inferior solo cuando esa se enfrenta con problemas que no puede solucionar sola, y la ayuda debe, en la medida de lo posible, respetar la autonomía del nivel inferior.

Eso significa que la solidaridad no puede implicar un derecho a escapar la responsabilidad propia sino es un respaldo para ejercer exactamente esta

responsabilidad. No se puede devolver al Estado toda la responsabilidad de la solidaridad. La solidaridad es tanto más fructuosa cuanto más lo que la ejerce está cercano del necesitado.

Hoy vivimos la crisis del proyecto (eminentemente social-demócrata) del estado social y en muchos países se vuelve a considerar con atención la idea humanista de una sociedad solidaria.

Libertad, Solidaridad, Subsidiariedad son los principios de una filosofía política humanista. Ellos están muy claramente definidos en el programa inicial de Gómez Morin y de Efraín González Luna y los reencontramos en el Programa de Bucarest del Partido Popular Europeo, el programa que va a orientar la acción de la mayor fuerza política europea en los próximos años.

¿Siguen siendo actuales los principios del pensamiento humanista?

Un gran filósofo griego, Heráclito, nos ha dejado un pensamiento enigmático sobre el cual se ejercen desde hace siglos los esfuerzos de los comentaristas.

Él dijo que todo fluye como un río (para los que saben griego: *panta rei os potamós*). Fluye también la historia de los hombres y cuántas cosas cambiaron desde el año 1939, cuando algunos hombres de coraje y de conciencia fundaron al PAN.

Desapareció el Tercer Reich de Hitler que orgullosamente pretendía durar mil años. Desapareció la Unión Soviética que pensó sepultar a los países del Occidente y construir una nueva etapa comunista de la historia del mundo.

Se inventaron las computadoras y los teléfonos celulares y nacieron nuevos poderes que aún no sabemos cómo ubicar, entre otros China, Al Qaeda y Google.

¿Siguen teniendo sentido los principios humanistas en el mundo de hoy?
¿Tiene el pensamiento humanista algo que decir frente a los problemas del tiempo nuestro?

Consideraremos ahora algunos ejemplos de problemas del tiempo nuestro para ver si el pensamiento humanista tiene respuestas y propuestas para las preguntas que nos ponemos nosotros, los políticos y los filósofos, y sobre todo las mujeres y los hombres de hoy.

El problema de la corrupción

La primera pregunta que nos planteamos es sobre el futuro de la democracia. Karl Popper estaba preocupado con que los grupos con fuertes compromisos en los valores impusieran sus convicciones a los demás.

Hoy, por lo contrario, parece que las democracias occidentales están muriendo de escepticismo y de corrupción. Clases dirigentes que no creen en nada hacen política sólo para ejercer poder y ganar dinero.

El bien común se compra y se vende libremente en los Parlamentos y en las Casas de Gobierno. El público se convence de que los políticos son todos corruptos y pierde la confianza en las instituciones democráticas.

Nuevos movimientos surgen que ni siquiera quieren ser llamados partidos y sólo una cosa prometen: hacer limpieza. Es la manera en que tomaron el poder los fascistas y los comunistas en Europa y los populistas y los coroneles en Latinoamérica en un pasado no tan lejano.

Cuando toman el poder estos movimientos restringen o anulan la libertad de la prensa y las garantías democráticas y siguen robando más que los otros porque son sin controles.

Un otro problema de la democracia es que el mundo se hace cada vez más complicado y por cada problema complejo hay una solución simple y equivocada, perfectamente adecuada para ganar un debate televisado, pero luego no funciona en la práctica. Las soluciones que funcionan muchas veces son amargas en el comienzo y dan frutos sólo en el largo plazo.

pedir los sacrificios necesarios para el bien común y las reformas necesarias no se hacen con un peligro creciente de fracaso para todo el sistema económico, político y social.

¿Qué hacer? Necesitamos partidos no ideológicos, pero tampoco escépticos y solo pragmáticos. Necesitamos partidos que tengan una visión alta de la política como servicio a la persona, a la nación y al bien común. Partidos que sepan seleccionar una clase dirigente, competente y honesta.

Partidos que puedan pedir al pueblo sacrificios con la certeza que los sacrificios no servirán para enriquecer a los políticos sino para garantizar el futuro de los jóvenes y mejorar la vida de todos.

Hoy se habla mucho en muchos países de leyes especiales anticorrupción. Yo soy un poco escéptico. Bien vengan las leyes anticorrupción, pero el problema verdadero no es jurídico sino ético y político.

Necesitamos una educación política fundamentada en los valores humanistas y partidos que sean expresión de gente que comparte estos valores y un ideal de servicio al pueblo. Necesitamos partidos humanistas.

El peligro del estatismo

La manera más fácil de dar una respuesta a las demandas y a las necesidades que vienen de la sociedad civil es decir que sea el Estado el solucionador de los problemas. La solución estatista tiene dos defectos.

Uno es que crece continuamente el poder del Estado y con eso el poder de una burocracia que entra en todos los aspectos y dimensiones de la vida y las controla de manera que se reducen continuamente los espacios de la libertad y de la responsabilidad de los individuos y de las comunidades.

Paulatinamente la persona renuncia al ejercicio de su libertad y así la pierde mientras se fortalece un sistema de administración que considera al hombre como objeto y no como sujeto de la sociedad.

El segundo defecto de la solución estatista es que hemos desarrollado en muchos países un Estado social que cuesta más de lo que podemos pagar. Los impuestos suben demasiado y la gente comienza a pensar que no vale la pena de trabajar porque el Estado al final toma la parte mejor del resultado de los esfuerzos de los trabajadores.

Al final se reducen las ganas de inventar cosas nuevas y de intentar empresas nuevas, que es el elemento vital del sistema económico. Al final el Estado no consigue cobrar impuestos suficientes como para pagar el sistema de seguro social y llegamos a la llamada crisis fiscal del Estado.

¿Qué hacer? Necesitamos una política social subsidiaria en la cual el Estado no pretenda de substituir la familia como sujeto primario de la solidaridad social sino que trabaje con la familia proporcionando recursos para ayudarla a cumplir con su papel social.

El modelo social que fracasó pensaba en una sociedad de individuos aislados, sin familias, que recibían del Estado toda la solidaridad que necesitaban. Por eso, la familia perdía su función social y modelos de familia “alternativa” heterosexual y homosexual, podían ser favorecidos y difundidos.

Este modelo era común, contradictoriamente, a los socialdemócratas y a los neoliberales. Los socialdemócratas ponían el acento en el papel del Estado, los neoliberales en el de desengancharse de todos vínculos de las familias y de las otras comunidades. Es la realidad, pero, el hombre aislado necesita a menudo la protección del Estado y se transforma muy fácil en un objeto de la administración pública.

Necesitamos partidos humanistas que sepan juntar el apoyo a las familias con las políticas sociales para construir no un Estado de la asistencia social sino una sociedad solidaria, valorando el papel de las familias, de las sociedades intermedias, del trabajo y de las iniciativas sociales voluntarias.

El desorden financiero mundial

La crisis reciente de la economía mundial nace de la destrucción neoliberal de las reglas de las finanzas y de la convicción de la absoluta capacidad de los mercados financieros de dar reglas a sí mismos.

Las finanzas deben estar al servicio de la economía real, tomar los ahorros de la gente para hacer préstamos a los empresarios para crear puestos de trabajo, producir bienes y servicios, aumentar el bienestar de la nación.

Un banquero tiene que dar crédito a los que lo merecen y acantonar reservas para el caso de que el crédito no sea repagado. Por lo contrario, los nuevos banqueros dieron crédito con excesiva facilidad, no acantonaron reservas, distribuyeron dividendos muy altos y premios altísimos.

Asimismo, los créditos de mala calidad los camuflaron con habilidad y los vendieron al público. Al final nadie, ni siquiera los banqueros, sabía exactamente el valor de los valores que tenía en la caja fuerte. Hubo una caída de la confianza recíproca entre los bancos y por un día estuvimos a un paso del desastre total.

Necesitamos reconstruir las reglas éticas de las profesiones financieras, debemos traer de vuelta los bancos al servicio de la economía real. Debemos hacerlo en un nivel mundial porque es demasiado fácil utilizar la falta de coordinación de los sistemas de control financiero nacional para camuflar operaciones irresponsables.

Debemos reclamar la primacía del trabajo sobre al capital y del ahorro sobre la especulación. No se puede y no se debe producir dinero por medio del dinero. Se puede y se debe aumentar el capital por el medio de inversiones productivas que creen trabajo y riqueza para todos.

Los partidos humanistas son partidos realistas. Saben manejar problemas técnicos complejos sin perder de vista la primacía de la persona humana. El mismo Gómez Morin fue un gran técnico de las finanzas.

A diferencia de los socialistas, conocen bien el papel fundamental del banco en una economía moderna. A diferencia de los neoliberales, saben pelearse contra la tiranía de los señores del dinero para defender los derechos de las capas populares, de los pequeños empresarios, de los pequeños hombres de comercio, de los trabajadores.

Necesitamos partidos humanistas.

El desafío de la desigualdad y de la pobreza

En el mundo globalizado crece la distancia entre los ricos y los pobres. Los socialistas quieren disminuir la distancia por el medio de políticas redistributivas.

Ellos olvidan, como siempre, que antes de redistribuir hay que producir, que el pobre necesita más que un subsidio, un puesto de trabajo, que el trabajo nace de la empresa y no del Estado, que hay que sustentar a la empresa para crear oportunidades de trabajo para todos.

Los neoliberales nos recuerdan que la globalización ha sido una bendición por millones de trabajadores de los países más pobres que encontraron un empleo y una posibilidad de vivir, eso es cierto. Pero también es cierto que la globalización generó un desequilibrio entre el poder político y el poder económico.

Si el poder político intenta intervenir para mejorar la situación de los trabajadores y tutelar sus derechos, la empresa puede muy fácil trasladarse a otro país donde los derechos del trabajo no están defendidos.

Hay una competición entre los pobres para ofrecer a los ricos las condiciones más favorables y la justa defensa de los derechos del trabajo es dificultada. Como hemos tenido a *General Agreement on Tariffs and Trade*, (Acuerdo general sobre aranceles y sobre comercio) que significó el inicio de la globalización de los mercados, así ahora necesitamos un *General Agree-*

ment on Wages and Labor (Acuerdo General sobre Salarios y Derechos del Trabajo).

Esto no lo pueden hacer los socialistas que ven sólo lo malo de la globalización y no lo pueden hacer los neoliberales que ven solo el bueno de la globalización. Ese proceso lo pueden impulsar los humanistas que no tienen anteojeras ideológicas pero sí tienen principios y valores para la defensa de la persona humana y de los trabajadores.

Conclusión

Hemos reconsiderado los principios del humanismo, laico y cristiano. Hemos visto cómo ellos siguen iluminando los caminos y las luchas del presente.

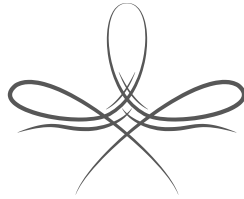
En México, estos principios inspiraron en años difíciles vuestra lucha intransigente contra un régimen autoritario. Ahora tenéis la tarea quizás no menos difícil de gobernar un sistema democrático con muchos partidos en el cual es necesario crear coaliciones y forjar alianzas.

Debéis buscar puntos de encuentro sobre el futuro de México con partidos que tiene orientación ideológica muy diferente y también opuesta. Debéis distinguir muy claramente los intereses sobre los cuales es necesario y justo pactar de los valores fundamentales sobre los cuales no se puede pactar.

Un partido humanista no puede ser ni oportunista ni intransigente. Debe hacer lo necesario para conseguir el bien común posible en este tiempo y en este contexto histórico determinado.

Por eso se necesita una gran claridad doctrinal, gran honestidad intelectual y moral, gran unidad interior en el Partido y todo esto no basta. Se necesita también la ayuda del Espíritu.

Permita que le desee, señor presidente, a usted y a todos los dirigentes y militantes del PAN, la ayuda del Espíritu porque se cumpla vuestro compromiso por el bien de México, de Latinoamérica y de toda la humanidad.

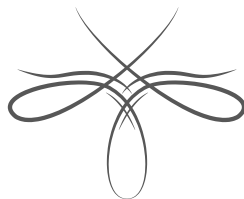


75 AÑOS DEL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL
se terminó de imprimir
en octubre de 2014 en los Talleres de
Editores e Impresores FOC, SA de CV.
Calle Los Reyes No. 26, Col. Jardines
de Churubusco, 09410, México DF.
Tel. 56 33 2872 Fax: 5633 5332
e-mail: luzfoc@prodigy.net.mx

La edición consta de un mil ejemplares.

El diseño y la formación estuvieron
a cargo de Retorno Tassier
Silvia Monroy Vázquez

El cuidado
editorial estuvo a cargo de
Carlos Castillo López.





PAN